





1871

THE CITY OF NEW YORK  
HISTORICAL SOCIETY



t. 598598  
c.



HISTORIAS.

---

HISTORIAS

---

# HISTORIAS,

POR

**DON EUGENIO GARCÍA RUIZ,**

EX-MINISTRO DE LA GOBERNACION.

---

TOMO SEGUNDO.

---

MADRID: 1873.

Establecimiento tipográfico de A. Bacaya, á cargo de E. Viota.

Pez, 6, principal.

THE FORMER

THE FORMER

# HISTORIAS.

## LIBRO XX.

(DE OCTUBRE DE 1833 Á JULIO DE 1834.)

### Sumario.

Estado del pueblo español en 1833.—Zea Bermudez.—Acto de Zea.—Illegalidad del carlismo.—Manifiesto de 4 de Octubre.—Levantamiento de los voluntarios realistas.—Talavera.—País vasco.—Navarra. Accion de Losarcos.—Castilla la Vieja.—Levantamientos en otros puntos.—Desarme de los realistas madrileños.—Sarsfield, Quesada y Albuin.—Cárlos en Portugal.—Acciones de Frómista y Cervera de Pisuerga.—Sostiénese la lucha en el país vasco-navarro. Por qué.—Zumalacárregui.—Acciones de Vargas y de Azpeitia.—Ocupacion de Vitoria y Bilbao.—Primer triunfo carlista.—Accion de Nazar.—El carlismo en el resto de España.—Cambio de ministerio.—Javier de Búrgos.—Extranjero.—Ataque de Guesa.—Encuentros en Alava y Vizcaya.—Sorpresa de Zubiri.—Quesada.—Acometida á Vitoria.—Ferocidad de Zumalacárregui.—Accion de Muru.—Acometida á Calahorra.—Nuevos encuentros.—Sorpresa de Muez.—Acciones de Dallo y de Gulina.—País vasco.—La guerra en el resto de España.—Deja Quesada el mando.

Estado del pueblo español en 1833. Al sentar en la conclusion del libro anterior que la muerte de Fernando sirvió de alegría á todos, nos referiamos á los hombres que se ocupaban de la cosa pública, pocos en verdad, porque en general el pueblo español ni pensaba ni era nada en política. ni lo es todavia por desgracia despues de más de medio siglo de revoluciones y reacciones sangrientas: su estado de cultura, su indiferentismo, su aversion á ilustrarse le colocan aun en una situacion excepcional en la marcha regular del mundo. No ha salido todavia nuestro pueblo, tomado en conjunto, de la degradacion en que le colocó el *Santo Oficio* cuando en Villalar cayó á las plantas de los extranjeros y magnates: la mayoría huye de la vida pública y las nueve décimas partes de los restantes que toman parte en esta lo hacen por especulacion y ape-

lando á todos los medios, en especial á los de la calumnia y la apostasia, para conseguir sus fines. Cuéstanos trabajo el confesar esto, que encierra tristes y dolorosas verdades.

Zea Bermudez. Cuando bajó á la tumba Fernando manifestó la alegría dicha en dos fuertes y encontradas aspiraciones, la de los apostólicos ó carlistas, que durante los últimos diez años habian trabajado en todos los terrenos por hacer presa á la España de la inquisicion, y la de los liberales, que naturalmente creyeron que la tiranía habia acabado con la muerte del tirano. En medio de esas dos aspiraciones y como hombre ciego de entendimiento, más que por naturaleza por descomunal amor propio, se presenta Zea Bermudez en su calidad de presidente del ministerio y dice: *Ni carlistas ni liberales: es preciso que vuelva la España á los tiempos de Carlos III, y yo seré el brazo poderoso que dirija la nave del Estado por ese derrotero, exento totalmente de peligros.* Para el desvanecido ministro, que sirvió á la causa constitucional de 1810 al 14 y del 20 al 23, habian pasado en vano los tiempos con sus grandes acontecimientos de 1788 á 1833: la historia era para él letra muerta, el progreso un mito, la humanidad una estatua inmóvil.

Acto de Zea. Habiendo encomendado Fernando á Zea en ilegalidad del carlismo. sus postrimerias *que velase por el trono de su hija y de su real autoridad*, el ministro, á luego de saber la muerte del monarca, concibió un pensamiento que puso por obra en la misma noche de 29 de Setiembre. Citó á su despacho á las autoridades y á una porcion de personajes, conocidos los más por sus ideas absolutistas, entre los cuales se hallaban Freire, Quesada y hasta el famoso duque de Alagon, y conduciéndolos al aposento donde Cristina, rodeada de sus dos inocentes hijas, lloraba la pérdida de su esposo, les dijo el ministro: «que la ilustre viuda que tenian delante, española por cariño y por su familia y como tal decidida á hacer la felicidad de la patria, deseaba saber de ellos si podia contar con su lealtad y cooperacion para sostener el orden y el trono de Isabel.» Como la hermosura, máxime la desgraciada, excita las simpatías hasta del hombre más fiero, contestaron

032 todos afirmativamente, pero no con frialdad, sino con en-  
103 tusiasmo. Acto continuo se suscribió por los presentes,  
- 032 comprometándose á cumplir su palabra, una manifesta-  
316 cion, que luego cubrieron con sus firmas los jefes de la  
81 guarnicion de Madrid. No pocos historiadores, siguiendo  
103 unos á otros rutinariamente, han dado á este acto semi-  
110 dramático de Zea más importancia que la que en sí tiene,  
103 llegando hasta decir que él salvó el trono de Isabel. Esto  
110 no es cierto. El deber de los convocados era contestar allí  
103 ó en otra parte como contestaron, puesto que tres meses  
110 antes habian jurado á Isabel por heredera del trono.  
103 ¿Quién á no ser un criminal podia creerse facultado para  
110 abandonar á la ilustre huérfana y á su desconsolada ma-  
103 dre? Digno de aplauso es el acto de Zea, pero no salvó el  
110 trono de Isabel, cuyo fundamento estaba en la ley pátria.  
103 El que otra cosa hiciese, tenia que ser rebelde y traidor.  
110 ¿En qué se apoyó el carlismo para sumir al país en la  
103 guerra civil? ¿Con qué derecho inició y fomentó esta?  
110 «Con el derecho de la *legitimidad*,» dicen los que ensan-  
103 grentaron el suelo de la pátria. ¿Y dónde estaba aquí ese  
110 derecho, innegable á los monárquicos de los Borbones de  
103 la primera rama? En una providencia de Felipe V, dero-  
110 gada por su nieto Carlos IV y por su biznieto Fernan-  
103 do VII, que tanta facultad tuvieron, por lo ménos, para  
110 derogarla como aquel para decretarla... Pero no, porque  
103 ningun derecho tuvo Felipe V para anular por sí la ley  
110 nacional de Partida, y Carlos y Fernando usaron de uno  
103 bien legítimo poniendo en vigor con el concurso de las  
110 Córtes las leyes nacionales, en cuya virtud reinaron en  
103 España las reinas Berenguela, Urraca, Petronila y otras.  
110 El partido carlista no era ni podia ser más que un partido  
103 faccioso, digno de la execracion de la historia hasta bajo  
110 el punto de la legalidad española. Así lo comprendieron  
103 los asistentes al acto de Zea, y en tal sentido procedieron  
110 despues como ellos Córdova, Manso, Llauder, Pastors,  
103 Canterac y otros hombres, que comprendieron el honor y  
110 el cumplimiento de sus deberes monárquicos de distinto  
103 modo que el cura Merino, quien faltó á uno y á otros  
110 despues de haber dicho *espontáneamente* en una exposi-  
103 cion dirigida á Cristina, fecha 22 de Enero de 1833, ala-

bándola por su decreto de amnistia, *que estaba dispuesto á empuñar las armas en favor de los derechos de la hija y sucesora de Fernando contra cualquiera que osare atacarlos.*

Manifiesto de 4 de Octubre. Dado el anterior paso, creyó Zea que podia desafiar impunemente al partido liberal, á la fecha poderoso y en accion, á la Europa constitucional y á la cultura del siglo, y compelió á la viuda gobernadora del reino á firmar el famoso manifiesto de 4 de Octubre, monumento desdichado de la soberbia de aquel ministro, en que en sustancia consignaba, «que defenderia la religion católica y la monarquía, *conservando intacto el depósito de la autoridad real, y que mantendria religiosamente LA FORMA* y las leyes fundamentales de esa monarquía, *sin admitir innovaciones peligrosas*, aunque halagüeñas en un principio, PROBADAS YA SOBRADAMENTE POR DESGRACIA. Esto hizo decir á Cristina el antiguo embajador constitucional: el insensato no llegó á comprender que lo que acababa de operarse con la muerte de Fernando era una revolucion y que esta revolucion la habia hecho la Providencia acortando la vida del monarca y no concediéndole otra sucesion directa que dos inocentes niñas, la mayor como heredera jurada de la corona, que la disputaba desde hacia tiempo el representante de la inquisicion. Equivocados andan Balmes y otros escritores sobre que este segundo acto de Zea impidió el triunfo de Carlos: es lo cierto que, sobre ser de todo punto inútil, hizo más daño que provecho á Isabel, porque muchos liberales se enfriaron, y si otra vez volvieron á su entusiasmo por la reina niña y su madre, debióse de un lado á la actitud facciosa en que inmediatamente se colocaron los apóstólicos y de otro á la fé inquebrantable de algunos patriotas, que comprendieron que la revolucion era ya una cosa segura y providencial, y que en medio de su curso arrollaria muy luego al desvanecido ministro.

La línea divisoria de los partidos estaba ya echada, y á ningun hombre le era dado borrar aquella y fundir estos á su gusto. El liberal se presentaba con propio derecho á pedir reformas á cambio de apoyar á la reina niña, y para que creyera más fácil su empresa veia al absolutista

profundamente dividido y á las dos parcialidades de él separadas por un abismo insondable. Quesada y Córbova, que ya clamaron contra las atrocidades de los apostólicos en 1823, sobre todo el primero, que además se portó con humanidad y laudable decoro en los últimos diez años, no podían querer nada ni querían con la gente de González Moreno, C. España y demás inquisitoriales: Llauder ansiaba el momento de poder decir á Mina, que en Vera cumplió con el honor militar y evitó muchas desgracias, y Canterac y otros pundonorosos militares, al propio tiempo que el trono de Isabel y la regencia de la hermosa Cristina, querían defender ya un sistema adecuado á los adelantos del siglo y que en nada se pareciese al que Fernando había llevado consigo á la tumba, cuanto ménos al que representaba su hermano, cuya significacion estaba bien patente en las intentonas de Capapé, Besieres y los agraviados de Cataluña. Nada de esto comprendió Zea, y no considerándole criminal, sino obcecado, la historia no le dirigirá cargos de traidor, pero sí de torpe en demasia, porque, en lugar de atraer, rechazaba; en vez de allegar gentes, las repelia, y lejos de quitar enemigos de por medio, les habia dejado en pié y con poderosos elementos para derrocar su despotismo ilustrado y sustituirle, á no haberlo impedido los liberales, con la cruel y estúpida teocracia. Los voluntarios realistas, deshonorante milicia para la patria, cuerpo demagógico y feroz á la devocion del clero, estaban en pié, decididos á defender la inquisicion y su genuino representante. ¿Cómo no los desarmó Zea á luego de jurada Isabel en vida de Fernando, siendo así que éste sabia que todos eran partidarios de su hermano? ¿Por qué no los desarmó al siguiente dia de la muerte de éste, antes de pensar en el malhadado manifiesto, disgustando á un mismo tiempo al partido liberal y á los apostólicos? ¿Por qué, para llevar á cabo el desarme, no reunió apresuradamente los 40 batallones de milicias provinciales, que hubieran hecho imposible el levantamiento carlista en mil puntos? Es doloroso sentar que el desarme de los realistas le provocaron ellos mismos, pero fué encendiendo la guerra civil, que acaso no hubiera tenido comienzo á no ser por la política personalísima y estulta del

presidente del ministerio, á quien la patria debe más que á nadie dias de luto, desolacion y deshonra.

Levantamiento de los voluntarios realistas. Talavera.

Es visto que Zea fué el culpante de la guerra civil: acaso hubiera estallado esta con otra política, pero habria nacido sin vida.

Como un torrente desbordado por soltar de súbito las compuertas que contienen el agua, así salió por do quiera el cuerpo de voluntarios realistas á la voz de *altar y trono*, esto es, de teocracia y Carlos V. El 2 de Octubre levantó pendones en Talavera un tal Gonzalez, liberal que habia sido del 20 al 23, convertido al realismo por su hermano Rufino, aquel superintendente general de policía, quien, como ya vimos, inauguró su mando con una circular en que llamaba á los liberales *hijos de maldicion*. Siguiéron al Gonzalez dos hijos y algunos realistas de Talavera y pueblos próximos, pero saliendo tropas en su persecucion se dirigió á Puente del Arzobispo, cuyos habitantes le hostilizaron desordenando sus gentes y haciéndole cinco prisioneros, entre ellos un hijo, y él escapó por los montes en direccion de la Extremadura baja. Los cinco prisioneros fueron conducidos á Talavera y entregados á un consejo de guerra, éste les condenó á ser pasados por las armas, cuya sentencia se ejecutó inmediatamente. La sangre de estos cinco fué la primera que se derramó en la guerra civil. Acosado Gonzalez por todas partes dióle alcance una fuerza de caballería junto á Villanueva de la Serena, y allí cayó prisionero con los pocos que le seguian, entre ellos el otro hijo. Conducidos á Talavera padre é hijo y otros cinco más, regaron todos con su sangre el suelo pocos dias antes enrojecido con la del jóven Gonzalez y sus cuatro desventurados compañeros.

A todo esto Zea, que era el iniciador de esta política salvaje, seguia odiando á los liberales y soñando en que él solo bastaba para concluir con los millares de realistas, que no habia tenido la precaucion de desarmar, por medio del fusilamiento de cuantos cayesen en poder de las tropas.

País vasco. En el momento de saber la noticia de la muerte de Fernando levantáronse los realistas de Bilbao, á cuyo frente se pusieron Fernando Zabala, el ex-oficial

de guardias Cárlos la Torre, un tal Velasco, de Sestao, y el marqués de Valdespina: secundaron el movimiento los voluntarios de Orduña, Bermeo, Begoña, Portugaleta, Somorrostro, Valmaseda y demás importantes poblaciones de Vizcaya. En Bilbao dieron los amotinados muerte á un tal Arechaga. Imitaron á los vizcainos los realistas alaveses, poniéndose á su frente un tal Verastegui, llamado despues Luqui, beato y como tal, hipócrita, que engañó á las autoridades de Vitoria asegurándolas que no se pronunciaría la ciudad, para concluir con pronunciarse él fuera y decir que habia cumplido su palabra al intimarlas que abandonasen la capital, como tuvieron que hacerlo para que él la ocupase con multitud de realistas de toda la llanura de Alava. Pronunciáronse en seguida los realistas guipuzcuanos, que vieron frustrado lo principal de su plan con permanecer fiel al gobierno y á las leyes la importante plaza de San Sebastian.

En las tres provincias llamadas hermanas el levantamiento de los voluntarios realistas produjo el de casi todos los habitantes de armas tomar, porque los jefes que se pusieron al frente del movimiento les tocaron los resortes más poderosos para electrizar á aquellos moradores fanáticos y apegados á sus privilegios; el de la religion, que les pintaban ademas en inminente peligro los groseros frailes, y el de los fueros que no creian seguros á no ser bajo el cetro de Cárlos V. La junta que se instaló en Bilbao dió una proclama el dia 15 de Octubre fomentando el fanatismo y el amor á los privilegios de todos los vizcainos y calumniando á los gobernantes y á todos los liberales, á los que calificaba de *faccion anti-religiosa y antimonárquica*, que habia alterado audazmente el órden de sucesion al trono y queria concluir con el social, cosa que solamente podia impedir el *virtuoso y magnánimo Cárlos*. Verastegui, en la proclama que dió el 7 en Vitoria, lleno de santa uncion y evangélica caridad, decia «que era preciso *exterminar* la perfidia liberal, que los segundos *vándalos* que mandaban habian abolido las libertades pátrias, que execraban contra el Dios Santo, que querian LA LIBERTAD DE PENSAR y la *abolicion* de los fueros y privilegios alaveses, por lo que les llamaba á la lu-

cha en nombre del mejor de los reyes, quien necesitaba de su auxilio para *exterminar la canalla liberal*. Por último, Alzáa, que fué el jefe de más prestigio que se levantó en Guipúzcoa, excitó tambien el fanatismo de sus paisanos por medio de la procama que dió en Oñate el 8, llamándolos á las armas para defender sus fueros y soterrar al turbulento liberalismo, al que suponía anhelante de vengar su *derrota* de 1823, como si esta *derrota* no hubiera llenado de vergüenza á los que introdujeron á los 100.000 soldados de Angulema para deshorrar, empobrecer y esclavizar la pátria. El fanatismo y el amor al privilegio pusieron las armas en las manos de los vascos, gente sencilla, ruda y en extremo refractaria á la civilizaci6n hasta por su lenguaje antiquísimo, desapacible y pobre.

En los primeros instantes de este general levantamiento, Verastegui fué dueño absoluto de Alava y se lanzó á tierra de Castilla para animar á los realistas á pronunciarse por Carlos V: la Junta de Bilbao envió algunos batallones á la parte oriental de la provincia de Santander, que fueron escarmentados por el provincial de Laredo en Limpias y en Ampuero, como al mismo tiempo lo fueron los realistas de Orduña por fuerzas de la Reina al mando del comandante Burgues, que fué allí de la parte de Castilla. Los guipuzcoanos eran dueños de toda la provincia, excepci6n hecha de San Sebastian y de algunos puntos fortificados.

Navarra. Ac-  
cion de Los  
Arcos.

En Navarra sucedió próximamente lo que en Vizcaya, Álava y Guipúzcoa: tan fanática ó más que las tres anteriores provincias y tan apegada á sus fueros y privilegios, subleváronse los voluntarios realistas de varios puntos de la parte montañosa, en donde á mediados de Octubre se puso al frente de ellos, haciendo traici6n á sus juramentos y á la causa que le estaba encomendada, el coronel Eraso, jefe del cord6n sanitario de la frontera, que pudo seducir á algunos soldados, secundándole Goñi y otros. Pero donde el carlismo se presentó más imponente fué en la Navarra baja, próxima al Ebro, debido á la iniciativa del general Santos Ladron, hijo del país, jefe de uno de los cuerpos de Mina al finalizar la guerra de la independenci6n y afiliado siempre despues al

bando apostólico, de cuyo fanatismo participaba, teniéndole éste medio trastornado el juicio. Al ocurrir la muerte de Fernando hallábase Ladron de cuartel en Valladolid, y burlando la vigilancia del capitán general Castroterreño se fugó en dirección de su país: llegado que hubo á Rioja hizo que se levantaran los voluntarios realistas de Logroño al mando de su comandante Basilio García y los de otros pueblos en número de 5 ó 6.000 hombres indisciplinados, y colocándose á su frente salió el 9 de Octubre para la inmediata ciudad de Viana en Navarra, en donde se le unieron nuevos voluntarios, con todos los cuales avanzó á Losarcos, villa de unos 500 vecinos, asentada á orillas de un riachuelo que baja de la Berrueza en el camino de Logroño á Estella y distante 16 kilómetros de esta última ciudad. El virey de Navarra, Solá, noticioso de la aparición de Ladron en la provincia al frente de 9.000 ó más hombres, dispuso que saliera á batirle el brigadier M. Lorenzo, militar bravo y experimentado, con unos 800 infantes y 100 ginetes. Sabedor Ladron de que Lorenzo venia en contra de él, y no calculando por su falta de seso que bastaba la décima parte de gente disciplinada para destruir la suya colecticia, mal armada y compuesta en su mayoría de casados, tan enemigos de correr riesgos como amigos habian sido de insultar á indefensos liberales, mandó un cartel de desafío á su contrario, lo cual sirvió á éste de aguijón para habérselas cuanto ántes con el carlista y su gente: Ladron le esperaba en buenas posiciones cerca de Losarcos, apoyándose sobre todo en un puente sobre el riachuelo dicho y en una ermita, pero despues de cambiar unos tiros, viendo sus indisciplinadas huestes que los soldados de Lorenzo avanzaban hácia ellas para acometerlas á la bayoneta, empezaron á correr en todas direcciones, abandonando á su jefe y á unos 30 valientes que no quisieron huir. Quiso Ladron recibir la muerte de los bravos y se lanzó intrépido hácia el enemigo; pero su caballo cayó acribillado á balazos, dando en tierra con el ginete, al que hizo prisionero un teniente de infanteria. Conducido Ladron á Pamplona, porque pidió la vida á Lorenzo bajo el pretexto de hacer revelaciones importantes al virey, un consejo de guerra le condenó á muerte, la

cual sufrió con valor y resignacion el 14 de Octubre, diciendo, *que aun cuando se le daba muerte por la espalda no era traidor, porque Santos Ladron siempre habia sido caballero.* Tambien fué fusilado su segundo Iribarren. El fusilamiento de Santos Ladron no pudo ser más funesto á la causa liberal, porque de todos los puntos de Navarra se gritó: *¡venganza y guerra!* y á este grito se organizaron los batallones que con más teson sostavieron la lucha civil.

Castilla la Vieja. El cura de Villobiado, Gerónimo Merino, fuese porque le escribiera Carlos, ó porque le sedujese la junta apostólica de Búrgos, salió á campaña el 12 de Octubre, poniéndose al frente de 5 ó 6 batallones de voluntarios realistas del partido de Salas de los Infantes, con los cuales se encaminó al pueblo de Cubo, sito entre Bribiesca y Pancorbo, en donde le esperaba Ignacio Cuevillas al frente de otros 6 ó 7 batallones: el 16, declarándose Cuevillas inferior al cura, hizo que reconociesen á éste por capitán general de Castilla la Vieja los 12.000 realistas allí reunidos, titulándose él comandante general de la Rioja. Pensaba Merino apoderarse *incontinenti* de Búrgos; pero el conde Armildez de Toledo, que mandaba en la plaza, supo conservarla sumisa y mandar alguna tropa contra los sublevados, á quienes Merino condujo á Salas, en donde el 23 dió una proclama templada, aunque arrogante, jactándose en ella de tener un ejército *suyo* de 90.000 combatientes, que, parecidos á los fuegos fatuos, habian de desaparecer, volviéndose á sus casas sin pelear. Al propio tiempo que Merino intentaba dar organizacion á los muchos batallones de realistas que hacia que se le agregasen, levantábanse casi todos los de Castilla, capitaneando los de Fuentecén, Peñafiel y otros pueblos de la ribera del Duero aquel Balmaseda, que en 1822 fué agente del gobierno francés para que se reformase la Constitucion en el sentido que queria Luis XVIII, y colocándose al frente de los de Palencia desde cerca de esta ciudad hasta Reínoza, y de la parte occidental de Búrgos Santiago Villalobos, natural de Valderredible y partidario absolutista de 1823, quien bajó de su país hasta Amusco, para llevarse á la montaña 12 ó más batallones, cuya

mayor parte se le desbandaron cerca de Herrera de Pisuer-  
ga á los pocos días, porque ni servian para la guerra ni  
querian hacerla, habiéndolos sacado de sus casas por el te-  
mor, como que se les conminó con pena de la vida sino  
iban á defender á Cárlos.

Miéntas esto pasaba en la provincia de Palencia,  
viendo Merino que no podia apoderarse de Búrgos, concibi-  
bió el proyecto más disparatado, que fué el de lanzarse  
sobre Madrid con aquellas gentes indisciplinadas y á la  
fuerza sacadas de sus casas, que echaban de ménos por sus  
hijos é intereses, y poniendo por obra su pensamiento, al  
frente de 25 ó 30 batallones de la sierra de Búrgos y tier-  
ra de Ayllon, Roa, Peñafiel, etc., se encaminó á Aranda  
de Duero, en donde descansó el 24: atravesando los puer-  
tos, llegó el 28 al Escorial, cuyos frailes, como casi todos  
los de España, conspiraban en pró de la inquisicion y de  
su genuino representante, y el 30 avanzó á Galapagar,  
poniendo en miedo á la corte; pero perseguido por Albuín  
(el Manco) y por el general Pastors, y no queriendo darles  
cara con sus huestes, indisciplinadas hasta el punto de no  
reconocer jefes ni quererlos, porque sus más ardientes de-  
seos eran retirarse á sus casas, soñó con llevar lo que él lla-  
maba su poderoso ejército, huyendo de luchar con los isa-  
belinos, nada ménos que á Portugal y presentarle á Cárlos  
para que viniese á su frente á sentarse en el sόlio espańol.  
Pero á Merino le sucedió lo que á Villalobos, que sus  
huestes se le desbandaron tan precipitada y escandalosa-  
mente, que, repasando de nuevo los puertos para pisar la  
Castilla, vió disminuidas aquellas en cuatro quintas partes,  
y con la restante, en vez de ir á Portugal, se dirigió á la  
Rioja, donde se avistó con Verastegui y Cuevillas: sepa-  
rándose luego de éstos, volvió con los suyos á la provin-  
cia de Búrgos, y en Villafranca de Montes de Oca le dió  
alcançe el 13 de Noviembre el brigadier Benedicto, jefe de  
la vanguardia de Sarsfield (que ya marchaba para Búrgos  
con el ejercito de observacion de Portugal), matándole  
ocho hombres y cogiéndole nueve prisioneros. Despues de  
esta derrota, se volvió Merino á su sierra, en donde licen-  
ció á los casados, visto lo cual, se le desertaron casi todos  
los solteros, y solamente se quedó con unos 150 hombres

montados, á los que batió el capitán Letona, quedándose entónces con solos 15 ginetes, con los cuales, corriendo mil riesgos y saliendo por su valor y serenidad de una infinidad de apuros, hizo el viaje á Portugal para presentarse á su soñado rey. Como el humo habia desaparecido aquella muchedumbre realista que, sobre no haber en la cabeza del tosco guerrillero para organizarla y dirigirla, nunca pensó en pelear.

Levantamiento en otros puntos. Al propio tiempo que las sublevaciones referidas tuvieron lugar otras en varios puntos del reino. Levantáronse, capitaneando en mayor ó en menor número voluntarios realistas, P. de la Bárcena en el valle de Toranzo, provincia de Santander, un tal Escandon en Siero de Asturias, Carnicer en tierra de Alcañiz, Galceran en Cataluña y Aguilar en Corrales cerca de Zamora.

Como acabamos de ver la torpeza de Zea en no haber desarmado con tiempo á los realistas y puesto sobre las armas los provinciales, que contaban con muchos oficiales y jefes libres, produjo los levantamientos referidos, esto es, la guerra civil, y su bárbara política fusilando á la familia Gonzalez y luego á S. Ladron, Iribarren y otros inauguró un periodo de horrores, que lleva el dolor más profundo al ánimo del hombre culto. Tan desatentado y ciego andaba el ministro que corrían los últimos dias de Octubre y aunque veia cerca de 100.000 realistas en el campo y ya habia sacrificado sin necesidad aquellas víctimas, conservaba aún en pié á los voluntarios realistas de Madrid, como si se propusiera entregarlos el depósito que le confiara Fernando, y gracias que en varias capitales de provincia y pueblos importantes, desentendiéndose del gobierno, habian sido á la fecha desarmados los realistas y armados con sus despojos varios vecinos de ideas liberales, que luego se organizaron bajo el nombre de milicianos urbanos. Los liberales obraban impulsados por el legítimo derecho de defensa y se armaban por él y por el trono que habia de protegerlos, protegiéndose á sí propio.

Desarme de los realistas madrileños. La salida de tantos realistas al campo proclamando á Carlos y los pasos que este daba desde Portugal para fomentar la guerra civil alar-

maron á Cristina, quien exigió de Zea que desarmase á los voluntarios de Madrid. Pudo hacerse esta operacion con un simple decreto, prévias las oportunas precauciones, pero estaba encargado de la capitania general de Castilla la Nueva aquel Freire vencedor de San Marcial y asesino cobarde en Cádiz al inaugurarse la segunda época constitucional, quien, como en esta ciudad, llevó las cosas de manera que ensangrentó las calles de la corte sin necesidad, que es el crimen mayor que puede cometer la autoridad al frente de una poblacion. Sin prévio aviso, sin orden de ninguna especie se encontraron los voluntarios realistas al salir armados ó uniformados de sus casas el domingo 27 de Octubre con que las patrullas que de orden de Freire recorrían las calles empezaron á desarmar y maltratar como si fueran facinerosos á los que veían con armas ó uniformes: esto produjo colisiones sangrientas, porque mientras unos realistas obedecían, otros se resistieron hiriendo ó matando, ó recibiendo la muerte: aquello fué una especie de cacería de fieras: en medio de estas luchas parciales el brigadier Basa recibió la orden de ocupar el cuartel de realistas, donde hoy se levanta el nuevo edificio de la bolsa, y como ya la guardia de prevención estaba enterada de las escenas salvajes de que era teatro Madrid hizo fuego á la intimacion de dicho brigadier, quien se posesionó del cuartel despues de alguna resistencia, que costó muertos y heridos á ambas partes. El ardor de la lucha de que era teatro el cuartel se comunicó á otros puntos de la poblacion, y por doquiera hubo desgracias que lamentar, las cuales cesaron con la venida de la noche, en que los sublevados se retiraron á sus casas. Fué hasta más criminal el gobierno, desarmando así á los realistas de Madrid, porque cuatro dias antes habia dado órdenes secretas á todos los capitanes generales para el desarme de los realistas y creacion del cuerpo de milicianos urbanos, medida tardía por lo que respecta á los primeros porque fué decretada cuando casi todos habian salido al campo y vuelto la mayoría á sus casas. ¿Por qué las órdenes que fueron á los capitanes generales de las provincias no se hicieron extensivas á Madrid? La ignominia que cayó sobre el gobierno y Freire fué inconmensurable.

Por estos mismos días se hizo extensiva la amnistía á todos los liberales expatriados, y con ello pudieron volver al suelo pátrio Argüelles, C. Valdés y los demás que votaron la regencia de Sevilla, así como F. Valdés, Mina, Jáuregui y otros militares. Mina se quedó en Cambo, cerca de Bayona, para atender al estado de su salud.

Sarsfield, Quesada y Albuin. En el comienzo de la guerra civil se señalaron grandemente por su decision en favor de la reina niña y de la libertad tres hombres que habian pertenecido á las bandas absolutistas en 1822 y 23. Sarsfield, de origen suizo, mandaba el ejército de observacion de Portugal: de ideas absolutistas con inclinacion á los apostólicos y sin haber dado garantia alguna á Zea, que fué tan torpe que no se la exigió, pudo haber puesto en el mayor peligro el trono de Isabel, pronunciando por Carlos, si no todo aquel ejército, que era el mejor de España, al ménos una gran parte de él: todo lo esperaban los carlistas de Sarsfield y no sin fundamento por sus anteriores compromisos: una cuestion de etiqueta llevó á la causa de la reina á este general engreido: Carlos no se dirigió á él, sabiendo que con una simple carta le hubiera hecho suyo; y aunque á nombre del pretendiente le escribió el obispo de Leon, el general se creyó rebajado con esto, no contestó á Abarca y se decidió á seguir sirviendo la causa de la legitimidad de la reina. Ordenóle en esto Zea que con la mayor parte de su ejército abandonase la frontera portuguesa y fuera contra las bandas carlistas de Castilla, Rioja y país vasco, lo cual verificó, siendo el primer general en jefe del ejército liberal del Norte. Si importante fué para el partido cristino la decision de Sarsfield, habíalo sido ya no ménos la de Genaro Quesada, de génio fuerte como todo hombre pundonoroso, humano, honrado y enemigo de los apostólicos segun lo demostró durante los últimos diez años: aunque antiguo absolutista, al abrazar ahora Quesada el partido de la reina niña, no sólo lo hizo de buena fé, sino convencido por experiencia y por ilustracion que era preciso dotar á la España de un gobierno liberal para sacarla de su postracion y ponerla al nivel de los pueblos cultos de Europa: Cristina y los liberales vieron con fundamento una gran adquisicion en

Quesada, quien fué encargado de la capitania general de Castilla la Vieja, en donde demostró su política conciliadora con los realistas que se retiraban á sus casas. Por último, Saturnino Albuin (el Manco), cubierto con toda clase de traiciones, siendo heróico con el Empecinado, vendiendo á éste en medio de sus triunfos, formando con el francés la partida de contra-empecinados, refugiado en Francia en 1814 para aparecer en las bandas de la fé en 1822 y 23 y luego ser el aprehensor de Bessieres, decidióse ahora por el partido cristino, y tan buenos servicios prestó durante la guerra que Merino no temia á nadie en su sierra favorita más que al Manco, porque la conocia como él y no le cedia en astucia y actividad.

Cárlos en Portugal. Antes de pasar adelante en los asuntos de Portugal.

la guerra tratemos de lo que habia hecho y hacia Cárlos para iniciarla y fomentarla desde Portugal. Ya vimos como, desobedeciendo á su hermano, no quiso salir del reino lusitano, en donde la lucha entre miguelistas y liberales no habia concluido, sin embargo de haberse instalado en Lisboa Pedro del Brasil con su hija María de la Gloria. Dos fanáticos feroces, representantes del odioso pasado, disputaban las coronas á dos reinas niñas, sus sobrinas carnales, que simbolizaban en los dos países hermanos la libertad y el progreso: Miguel veia ya casi perdida su causa, y Cárlos empezaba á hacer valer la suya inundando de sangre la España como aquel habia inundado el Portugal.

Así que llegó á noticia de Cárlos la muerte de Fernando, se creyó rey como representante de una legitimidad que segun nuestras leyes sólo podia pertenecer á la tierna Isabel. Hallábase Cárlos en Abrantes cuando supo el 1.º de Octubre la muerte de su hermano, y en el acto dió un manifiesto declarándose rey: trasladándose despues á Santaren expidió tres decretos, uno para el Consejo previniéndole que, mediante á ser él único sucesor de Fernando, le reconociese como rey, otro confirmando, con la condicion de *por ahora*, á todas las autoridades del reino, y otro confirmando tambien los ministros de su hermano, á saber: á Zea como presidente del ministerio con la cartera de Estado, á Cruz con la de la Guerra, á Ofalia con la de

Fomento, á Gualberto Gonzalez con la de Gracia y Justicia, y á Martinez con la de Hacienda. Ya sabia el que en tan inocentes nombramientos se ocupaba que lo hacia en balde, pero quiso así tentar la fidelidad de los por él enaltecidos. Llamó en seguida al embajador español L. Fernandez de Córdova, que lo era ante el usurpador Miguel, y le dijo que se declarara en su favor y le haria ministro, á lo que, despues de una larga conferencia, se negó Córdova, créese que por ver rodeado á Carlos de los hombres más fanáticos y furibundos, á quienes desde 1823 hizo cruda guerra, obteniendo de ellos idéntica recompensa. En su calidad de embajador recibió Córdova los tres decretos dichos para remitirles á Madrid: otra vez volvió á ver á Carlos para entregarle copia del decreto de Cristina de 17 de Octubre en que se le declaraba conspirador y usurpador y se le secuestraban sus bienes, pero muy luego abandonó Córdova á Portugal con perjuicio de la causa isabelina, siendo de esto culpable Zea, porque en su ceguedad se empeñaba en que siguiese de embajador ante Miguel, que no reconocia otro soberano en España que su compañero en usurpacion el beato Carlos.

Viendo éste que ningun efecto habian producido sus decretos al Consejo, autoridades y ministerio, dió otro manifiesto declarando que habia llegado el caso de castigar severamente á los ministros y á todos los empleados y excitando á los españoles á la guerra civil para realizar su ideada usurpacion, y en seguida una proclama al ejército fechada en Castello Branco el 4 de Noviembre, en la cual, despues de consignar *que Dios le habia llamado al tron español para defender su santa causa*, exhortaba al ejército á que se pasase á sus banderas, *yendo por él á Portugal*, ó uniéndose á las divisiones ó *partidas* pronunciadas en su favor, á cuyos jefes, oficiales y sargentos concedia desde luego el empleo inmediato, así como un grado á los que se presentasen del ejército cristino dentro del término de un mes.

En esto rodeaba á Carlos una verdadera córte de españoles, portugueses y franceses, la cual tenia que moverse segun los lances de la guerra miguelista, siguiéndole su esposa la soberbia Francisca con sus hijos y la no

ménos soberbia Beira: sus consejeros y cuantos le seguian pasaban la mayor parte del dia entregados á prácticas religiosas para halagar las inclinaciones de su amo: el consejero que todo lo manejaba, para no hacer cosa de provecho, era Abarca, quien tenia tal ascendiente sobre Carlos que, por causa de celos políticos, se atrevió á deshonrarle, suponiendo infidelidades en su mujer, ya de alguna edad y no hermosa: lo más extraño del caso es que ni Francisca ni Carlos tomáran venganza del desvergonzado obispo.

Acciones de Frómista y Cervera de Pisuerga. Viendo Santiago Villalobos deshecha la mayor parte de la que creyó su hueste cerca de Herrera de Pisuerga, é interin él sostenia á

los voluntarios del norte de la provincia de Palencia y del occidente de la de Búrgos, mandó á un teniente suyo llamado Andresini á hacer exacciones y á castigar á los jefes realistas desertores, que se habian refugiado por de pronto en Valladolid; pero al llegar dicho teniente á Frómista al frente de unos 100 caballos fué sorprendido en los primeros dias de Noviembre por Albuin, quien con pocos lanceros hizo correr á los realistas, muchos de los cuales fueron lanceados y acuchillados impunemente, arrojándose otros de miedo en el canal de Castilla, en cuyas aguas perecieron y cayendo unos cuantos prisioneros. Mientras tanto Villalobos habia llevado los realistas de la parte de Herrera, Villadiego, Melgar de Fernamental y otros puntos á Cervera de Pisuerga, en donde el 11 de Noviembre una pequeña fuerza de Sarsfield, que este mandó en su persecucion durante su marcha de la frontera portuguesa á Búrgos, desbarató á más de 5.000 infantes realistas y unos 300 caballos: bastó una docena de ginetes de Sarsfield para que echaran á sus casas dichos infantes y caballos realistas, quedándose entónces Villalobos con solos 160 ginetes decididos pero muy mal montados.

El 23 de Noviembre ofreció la ciudad de Palencia el espectáculo doloroso del fusilamiento de seis prisioneros de la accion de Frómista, que lo fueron Manuel Gonzalez, Manuel Combarros y José Fernandez, naturales de Galicia, Vicente Santa Maria, de Búrgos, Raymundo Encinas, de Villaconancio y José Albillo, de Quintanilla de Muñó:

dos de estos infelices marchaban al suplicio pálidos y demacrados con los vendajes en las cabezas y brazos de las heridas de sable y lanza que recibieran en la huida, lo cual causó un horror indecible en la poblacion (1).

Sostiénese la Por do quiera marchaba mal la causa carlista en el comienzo de la guerra, y solo podia ofrecer algun cuidado á los libres en el país vascongado. ¿Por qué? vasco-navarro, levantado á la voz de sus clérigos y propietarios en defensa de odiosos privilegios y de la teocracia. Era allí el clero y es aun hoy dia numerosísimo hasta tal punto que en pueblos de 50 y 60 vecinos habia 5 y 6 curas: no era raro tampoco que una villa de 800 almas contase con 20 clérigos y aun la habia con 52 de estos no teniendo de aquellas mas que 1.200. Los propietarios grandes y pequeños estaban libres de toda clase de tributos, y lo mismo los comerciantes, los industriales y los que ejercian profesiones liberales: la España toda era así tributaria de aquella pequeña comarca, que con escándalo y asombro de las gentes ilustradas no daba por otra parte ni un solo hombre para defender la pátria. El país que de tales privilegios gozaba hacia bien en querer continuar en su disfrute, pero al tolerárselo la España se hacia indigna del nombre de nacion culta, que no hay civilizacion ni justicia allí donde unos trabajan para el provecho de otros y estos se hallan exentos de toda clase de cargas para que aquellos sufran todos los tributos. Arguyen aun hoy dia los defensores de los fueros vascos y los que inconscientes les apoyan, que todas las provincias de España debian respetar aquellos y constituirse ellas de la propia manera que estaban las provincias vascongadas, como si este argumento no fuera hasta el mayor extremo absurdo, porque no caben gobiernos ni nacionalidades sin pagar tributos y no habia de venir el extranjero á pagar los gastos de la España. El país vasco vivia de odiosos privile-

---

(1) Es digno de contarse el siguiente hecho. A una pobre mujer llamada Villalobona, que, exaltada á la vista de los dos infelices vendados, empezó á gritar diciendo que les llevaban así al suplicio por causa de una p., la metieron en prision los agentes de la autoridad y luego fué condenada á 6 años de galera. Al ocurrir el pronunciamiento de 1840, libre ya la Villalobona, oyendo á los liberales los mismos gritos con que ella ultrajó á Cristina, exclamó: *¡Jesus que maldécidos! ¡Pues no me llevaron estos TUNANTES á la galera por decir lo mismo que ellas dicen ahora!*

gios contra lo demás de España, que le era así tributaria de todo: constituía aquel una especie de Lacedemonia, de que eran ilotas los demás españoles. El interés mundano, el del privilegio, mas que el fanatismo, armó á los vasconavarros, eso que el fanatismo era inmenso, no solo por el país mismo, sino tambien por los clérigos y beatos que de todos los puntos de España fueron á refugiarse á sus montañas, pues ya sabemos que en la guerra contra Napoleón el fanatismo apareció más dormido de lo que convenia á los intereses generales de la patria comun.

En el mes de Octubre hubo diferentes encuentros entre las tropas liberales y los carlistas. Uranga, que mandaba unos 1.200 alaveses, fué batido en union del comandante retirado Iturralde, que dirigia otros tantos navarros, cerca de Estella, por el brigadier Lorenzo el 24, y el 26 batió tambien éste otra partida mandada por Basilio Garcia, persiguiéndola hasta el mismo puente de Logroño. Castañón y Jáuregui (el Pastorcito), que acababa de entrar de Francia, batieron el 22, no lejos de Tolosa, á multitud de carlistas mandados por Lardizabal, al que cogieron algunos prisioneros y varios efectos, entre los cuales hallaron ornamentos de iglesia y vestiduras sacerdotales que, echando á correr, abandonaron al divisar á los libres unos 20 ó más clérigos que iban con aquel cabecilla.

Zumalacárregui. Comenzada la guerra civil de la manera que dejamos narrada, habria de cualquier modo concluido pronto, á no ser por la crueldad del gobierno, que se empeñó en fusilar sin necesidad, su torpeza en no hacer ir rápidamente respetables fuerzas á Navarra y país vasco, que hubiesen dado pronta cuenta de los que no eran más que unos merodeadores indisciplinados y los desaciertos de Sarsfield y Valdés en los comienzos de sus mandos. Todas estas causas sirvieron de mucho á un hombre de verdadero teson vasco, de voluntad enérgica y carácter tan adusto como cruel, que si llegó á adquirir nota de organizador, culpa fué de sus contrarios que, pudiendo, no le impidieron que organizase. Era ese hombre Tomás Zumalacárregui, natural de Ormaiztegui, en Guipúzcoa, y ya conocido del lector por haber formado en las bandas de la fé en 1822 y 23 y por la conspiracion ab-

solutista del Ferrol en 1832. Separado entónces del mando de su regimiento, y no dándole colocacion el gobierno, se retiró á Pamplona, en donde era vigilado por las autoridades; pero él supo burlarse de ellas y marchar en los últimos dias de Octubre al seno de las facciones, sabiendo que las mandaria por hallarse descontentas de su jefe Iturralde, hombre de escasos conocimientos y débil carácter. Nombrado Zumalacárregui por una junta de notables, reunida en Estella el 14 de Noviembre, comandante general de Navarra, aun quiso continuar Iturralde con el mando; pero su segundo Carasa, que era de los firmantes del acta, se dirigió á los voluntarios y, con imperio, les dió á conocer á Zumalacárregui como comandante general de la provincia, arresando á Iturralde, al que el nuevo caudillo puso al momento en libertad y nombró su segundo. El mismo Eraso, que vino entónces de Francia, adonde tuvo que refugiarse despues de sufrir un descalabro, reconoció gustoso á Zumalacárregui, declarándose él su segundo.

Siguiendo el acnerdo de la junta de Estella, dedicóse Zumalacárregui á organizar las numerosas fuerzas carlistas que de todas partes le enviaban los fanáticos curas y los privilegiados propietarios, y hombre sério y conocedor del país, no prometió desde los primeros momentos á sus incoherentes masas comodidades y placeres, abundancia y goces, sino fatigas y penalidades, trabajos y miserias; y como que, al revés que á las castellanas, las retenia ante todo en el campo el amor á sus fueros, no se le desbandaron hablándolas el lenguaje triste de la verdad, cual se le hubieran desbandado las de otras provincias, que no se sentian con la vocacion del martirio, sin fueros que defender y sin un pronto botin que repartir.

Para ayudar en sus planes de organizacion, arbitrando ante todo recursos al nuevo jefe, y como la diputacion foral de Navarra, residente en Pamplona, era adicta á Cristina, se nombró una junta compuesta de clérigos y magnates del país, entre los que figuraban los paisanos Marichalar y Vidaondo y el cura de Losarcos Juan Echevarría.

Acciones de Vargas y de Azpeitia. En los últimos días de Octubre creyéronse tan poderosos los vizcainos, que organizaron en Bilbao dos expediciones, una á las órdenes de Ibarrola con encargo de ir sobre Santander, y otra á las de Bengoechea, que se brindó á apoderarse de San Sebastian. Partió Ibarrola de Bilbao, al frente de 3.000 realistas, que en su marcha hácia la capital de la montaña se aumentaron hasta más de 6.000, y el 3 de Noviembre llegó al pueblo de Vargas, sito sobre la carretera de Búrgos á Santander y á 25 kilómetros de esta ciudad: á su encuentro habia salido el brigadier Iriarte (Fermin) con solos 500 infantes y unos pocos caballos, aquellos del provincial de Laredo, y paisanos armados de la villa de Reinosa y de la misma Santander: acometió Iriarte á los carlistas sin tener en cuenta su número, y aunque Ibarrola se resistió al pronto y lanzó unos 150 caballos que tenia contra la gente cristina, bastaron una compañía de Laredo y algunos paisanos para rechazar la caballería enemiga y llevar el pavor á toda la infantería, que echó á correr en el mayor desórden: entonces Ibarrola, avergonzado de mandar gente tan cobarde, se lanzó en medio de los enemigos con la idea de perder la vida con honor, pero fué hecho prisionero. Perdieron en la accion entre muertos y heridos 70 hombres los carlistas y 24 los liberales. Mejor resultado obtuvo la expedicion de Bengoechea: aunque sorprendido éste en Azpeitia el 5 de Noviembre por Castañon y Jáuregui, por lo que huyó cobardemente, los suyos continuaron el combate bajo la direccion de Latorre, parapetándose en calles y plazas; y con tanta bravura se portaron, que los cristinos tuvieron que abandonar su empresa retirándose camino de Tolosa, la cual abandonaron á vizcainos y guipuzcoanos, engreidos con el triunfo de Azpeitia: estos avanzaron á San Sebastian, pero los liberales les ahuyentaron, por lo cual los vizcainos tuvieron que retirarse á la parte de Eibar en espectacion de lo que hiciera el general en jefe cristino.

Ocupa Sarsfield Vitoria y Bilbao. Deshechas como ya vimos por Sarsfield en su mayor parte las fuerzas realistas que encontró á su paso desde la frontera portuguesa hasta el Ebro, y eso que en algunos de sus cuerpos la disciplina

estaba tan relajada que en Melgar de Fernamental y otros pueblos unos capitanes victorearon á Cristina y otros á Cárlos, determinó el general en jefe penetrar en el corazón del país vasco, foco principal de la rebelion. Haciendo que se le uniese Lorenzo en Miranda de Ebro, cruzó este rio el 19 de Noviembre, al frente de 8.000 soldados, y el 20 barrió las masas realistas que trataron de entorpecer su marcha junto á Peñacerrada, fusilando en el acto despiadadamente á cuantos oficiales caian prisioneros, y el 21 entró en Vitoria, habiéndose marchado despavoridos los realistas que la ocupaban en direccion de Guipúzcoa y Navarra. El 23 dejó encomendada la ciudad á autoridades liberales y á vecinos que tomaron las armas como urbanos y salió en direccion de Bilbao, la que ocupó el 25 sin resistencia, porque los realistas, que tan entusiasmados se presentaban 15 dias ántes, la abandonaron, desertando la mayor parte de sus banderas para esconderse, creyendo perdida su causa, como lo hubiera estado á marchar Sarsfield desde Bilbao á ahogar la rebelion guipuzcoana, en extremo disminuida por la ocupacion de las capitales alavesa y vizcaina, y luego la navarra, que á la fecha nada tenia de imponente; pero el general en jefe, en vez de decidirse á hacer en Guipúzcoa y Navarra lo que en Alava y Vizcaya, dimitió su cargo, indicando al gobierno que le confriese el vireinato navarro, lo cual tuvo lugar, dándole por sucesor interino en el ejército ántes de observacion, ahora del Norte, á Valdés (Gerónimo), reputado general por sus campañas contra los insurgentes de la América del Sur.

El nuevo general en jefe abandonó la Navarra á Sarsfield, pero reteniendo la brigada Lorenzo, y él pensó destruir las partidas carlistas que vagaban por Vizcaya y Guipúzcoa mandando contra ellas grandes columnas, que no lograban más que ahuyentar á algunas de unos puntos para que reaparesen luego en otros. Así, aun cuando varios jefes carlistas huyeron á Francia, los más audaces, tales como Uranga, Alzaá, Latorre, Villareal, Zabala, etc., sostenian el espíritu de sus paisanos corriendo delante de dichas columnas y adiestrando á los suyos para la guerra de emboscadas y sorpresas á que tan perfecta-

mente se prestaba todo el país. Si Sarsfield hubiera llenado del todo su mision, no habiéndose perdido un tiempo precioso, como sucede con todo cambio de generales en jefe, ó si Valdés hubiese dividido bien sus tropas para limpiar de sublevados el país de los privilegios, la guerra habria acabado con el año de 1833, como equivocadamente lo creyó el último general, comunicándose así al gobierno, por haber espantado Lorenzo á unas cuantas partidas que se reunieron en Oñate para irse luego cada una hácia los sitios más seguros y más conocidos de ellas.

Primer triunfo carlista.

Bien pronto se convenció Valdés de su error. A mediados de Diciembre intentó Latorre, que mandaba unos 300 vizcainos, apoderarse de Amurrio sorprendiendo á la guarnicion que en ella habia, de 150 carabineros á las órdenes de Linaje, que en Santiago habia sido secretario de Nazario Eguía como más adelante lo fué de Espartero; pero rechazado el carlista se retiró á Muguía para unirse con Zabala, que mandaba otros 300 hombres. Al realizarse esta union iba persiguiendo á Zabala con una columna de cazadores de la guardia real, regimiento de Chinchilla y una seccion de caballería el brigadier baron del Solar de Espinosa, hombre más presuntuoso que cuerdo, quien al entrar en Muguía, que abandonaron los carlistas, cogió en clase de rehenes á dos hijas que allí tenia Zabala: este y Latorre se retiraron á Guernica, famosa por el árbol á cuya sombra se celebraban las juntas forales vizcainas, perseguidas por el baron, á quien arrogantes intimaron al aproximarse que no pensara penetrar en la villa porque contaban con medios para batirle. El baron, sin apreciar las ventajosas posiciones que tenian los carlistas en las cercas del pueblo y en algunas casas, desde las cuales les era dado fusilar impunemente á los infantes liberales, á los cuales la caballería no podia ayudar, mandó acometer para sufrir despues de un terrible choque la más completa derrota, teniendo él que escapar á pié camino de Bilbao, porque una bala enemiga mató su caballo: al principio de la lucha unos 150 soldados liberales se apoderaron de una casa grande llamada la Antigua, en la que se fortificaron para vender caras sus vidas al verse separados de toda la columna y ésta

derrotada y en marcha para Bilbao: quiso Latorre poner fuego á la casa para que se rindieran los 150 soldados, pero se opuso Zabala porque entre ellos se hallaban sus dos hijas, cogidas por el baron en Munguía. Vino á salvar á aquellos valientes el general en jefe así que supo la derrota del baron, y ahuyentando á los carlistas, mandó fortificar á Guernica, de la que se alejó el 26 para ir á Durango al espirar el año, despues de haber espantado á cinco ó seis partidas vizcainas y guipuzcoanas. El suceso de Guernica costó á los carlistas ocho muertos y 12 prisioneros y á los liberales 11 de los primeros y al pié de 200 de los segundos.

Accion de Na-  
zar.

Interin se perseguia por Sarsfield despues de su entrada en Bilbao y luego por Valdés á vizcainos y guipuzcoanos, en general acobardados, cometiése el error de dejar á Zumalacárregui que organizase en la segunda mitad de Noviembre, y casi todo Diciembre una porcion de realistas del centro y norte de Navarra de tal manera que, sin que nadie le hubiese molestado, pudo ya tener á sus órdenes 120 hombres escogidos y bien armados, que tituló sus guías, y cinco batallones numerados, con los cuales se dispuso á hacer la guerra de montaña, de marchas y contramarchas, emboscadas y sorpresas, á que tanto se prestaba el país por sus no interrumpidas escabrosidades y por el espiritu de sus habitantes. Lorenzo, que debió ser, digámoslo así, su sombra y haberle aniquilado cual aniquiló á Ladron y á B. García, ya vimos cómo fué reclamado por Sarsfield para ir á Bilbao y luego ocupado por Valdés para espantar en Oñate las partidas vascas. En este período, haciendo Zumalacárregui su cuartel general de las Amescoas, fué cuando el antiguo oficial de las bandas de la fé pudo contemplarse como general de un pequeño ejército, decidido á habérselas con otros liberales más numerosos.

Sarsfield, despues de tomar posesion de su vireinato, salió trascurrida la mitad de Diciembre, al frente de una respetable columna en persecucion de Zumalacárregui; pero fatigándole el carlista con marchas y contramarchas por el centro de Navarra, tuvo que retirarse de Pamplona sin haber podido darle alcance: dejó entonces el mando de

las tropas á Lorenzo, al que muy luego se unió el brigadier Oráa con una columna procedente de Aragon. Juntos los dos brigadieres creyeron aniquilar al carlista, pero ya era tarde para hacerlo, porque corrian los últimos dias de Diciembre y un temporal horrible de nieves favorecia á la gente de Zumalacárregui tanto como contrariaba al soldado liberal. Convencido de su fuerza se decidió el caudillo carlista á esperar á los jefes cristinos en las formidables posiciones de Nazar, pequeña villa del valle de la Berreza, distante 22 kilómetros de Estella, y despues de una órden del dia amenazando con la muerte á los voluntarios que abandonasen su puesto ó profriesen siquiera cobardes voces de huida, y de dirigirles una proclama enardeciendo su fanatismo y calificando á los libres de horda de impíos y asoladores, les llevó al combate, en que entraron tan animosos como si fueran veteranos avezados á vencer: despues de gastar hasta el último cartucho acometieron á la bayoneta, pero el cañon liberal se encargó de desalojarlos de sus posiciones, no sin haber causado por su extraordinario arrojó grandes estragos en los enemigos, anunciando con esto que la guerra civil iba á ser larga y sangrienta: dejaron los carlistas sobre el campo 150 cadáveres, y los liberales, eso que fueron los triunfadores y tenian artillería, al pié de 200. Zumalacárregui, muy satisfecho de su gente, que se batió contra un enemigo superior en todo, se retiró á Santa Cruz de Campezu y Otéo.

El carlismo en el resto de España. En estado bien misérrimo se presentaba el carlismo en el resto de España. Cataluña bajo el mando de Llauder, que se mostró inteligente para desarmar realistas y armar milicianos urbanos, sólo ofrecia á la causa de la inquisicion algunos partidarios, protegidos como en todas partes por el clero, que se guarecian en las montañas de Gerona ó en las escabrosidades de Montserrat: eran los más notables de aquellos el vicario de Oix, Ros de Eroles, Boquica y Plandolit. En el Maestrazgo, comarca asperísima, que comprende los confines de Aragon, Valencia y Cataluña, tampoco adelantó la causa carlista, á pesar de la traicion del gobernador de Morella C. Victoria, que entregó la plaza al baron de Hervés para recuperarla luego el brigadier Breton, gober-

nador de Tortosa, el que destruyó en seguida las partidas reunidas de Carnicer y otros, cogiendo prisioneros y fusilando al desleal Victoria y á Hervés. En Valencia salieron á campaña con pocas é indisciplinadas gentes el Serrador y otros partidarios tan ignorantes y fanáticos como rapaces y crueles. Aparecieron tambien en la Mancha el Locho, célebre por su vandalismo en 1823, y los hermanos Paliellos, verdaderos bandoleros, que encontraban abrigo para ellos y los pocos que les seguian, ya en las entrañas de Sierra-Morena, ya en los espesos montes de Toledo. Aguilar, el que se levantó cerca de Zamora, fué cogido y fusilado. Balmaseda, en fin, que se separó de Merino, recorría como fugitivo con una docena de jinetes, tan feroces como él, los montes de Soria y Guadálajara. Tal era el estado de la guerra civil al espirar el año de 1833.

Cambio de mi- En el comienzo de 1834 ya no era posible  
nisterio. Javier la continuacion de Zea en el poder. Los  
de Búrgos. sucesos de Guernica y Nazar, de que se disculpaban los  
generales por falta de fuerzas, aun cuando no fué esta la  
causa que les produjo, sobreexcitaron la opinion liberal, y  
del seno mismo del ejército, del consejo de gobierno, ó  
mejor de consulta, que dejó á la regente Fernando en su  
testamento, y hasta del cuerpo aristocrático salieron amar-  
gas censuras contra la política del primer ministro, redu-  
cida en cuanto á la guerra á un sistema de bárbara cruel-  
dad que rechazaba la cultura del siglo y daba un efecto  
contraproducente; por lo tocante al interior á estacionar  
al país, y respecto del exterior á divorciarle de la Francia,  
la Inglaterra y el Portugal liberales, halagando á las  
potencias del Norte, autoras de la intervencion de 1823 y  
que mejor que él conocian que Isabel II representaba la  
revolucion, por lo cual no querian reconocerla. Represen-  
taron contra Zea, con olvido de los deberes militares, que  
jamás consienten que un general se mezcle en asuntos  
políticos hallándose al frente de fuerza armada, los capi-  
tanes generales de Castilla y Cataluña Quesada y Llauder,  
y el marqués de Miraflores, á quien vimos totalmente con-  
sagrado á la salvacion de Fernando en 1820. Pero quien  
más contribuyó á desautorizar á Zea y preparar su caida  
fué el individuo del citado consejo D. Pedro Agustin

Giron, marqués de las Arenillas, tan enemigo de la demagogia en la anterior época constitucional como adicto á la causa de la libertad. Y todos cuatro, los dos últimos consecuentes con sus principios de siempre y los dos primeros por conviccion de que ya no era posible otra politica, expresaron al pedir la caida de Zea su ardiente deseo de que se convocasen Córtes estableciéndose el sistema representativo, único que podia salvar el trono de Isabel, porque solo á tal precio debia darle su apoyo el partido liberal. Cristina accedió á los deseos de Giron, apoyados por Carlota, y Zea lleno de despecho y soberbia dejó su puesto siguiéndole los demás ministros, excepcion hecha del de Fomento, que lo era hacia dos meses Javier de Búrgos. A Zea sucedió Martinez de la Rosa, á Cruz Zarco del Valle, y á Martinez interinamente Búrgos y luego Arnalde, encargándose Gareli del ministerio de Gracia y Justicia y Figueroa del de Marina.

Era Búrgos un antiguo afrancesado, malagueño impresionable, listo pero presuntuoso hasta el extremo de decir que para él no habia imposibles, cuando tantos tenia delante de sí con la naciente guerra civil. Sostúvole á todo trance Cristina porque gustaba de sus agudezas y la tenia encantada con la poco comun laboriosidad (extraña en un andaluz) que desplegara en su departamento, en el cual se hizo célebre á causa de su circular á los delegados de Fomento, por él creados con muy parecidas atribuciones á las que hoy tienen los gobernadores civiles sin la cortapisa de las diputaciones provinciales. Asocióse Búrgos á sus nuevos compañeros que pronto habian de dar á la España el Estatuto real, porque ni amaba ni odiaba la libertad, que amarla no puede sinceramente el que una vez dejó de amar á la patria, y para aborrecerla no se prestaban su organizacion de artista y su imaginacion de poeta. Por esto se habia visto á Búrgos servir en Paris á Fernando durante su tiranía de 1824 en adelante y representar contra ella, no para ir á otro sistema, sino porque perjudicaba los intereses materiales del país.

Extranjero. En el comienzo de 1834 la Europa tenia fijadas sus miradas sobre la península ibérica, ensangrentada diariamente por las luchas civiles: animaban y favo-

recian á los dos usurpadores que las habian promovido los gobiernos despóticos de Austria, Rusia, Prusia y los ocho ó nueve soberanos de las pequeñas porciones en que estaba dividida la desventurada Italia, y dispensaban sus simpatías á las dos niñas coronadas, representantes de la causa de la civilizacion, la Francia, la Inglaterra, la Suecia y la Dinamarca: Suiza y los Estados-Unidos reconocieron, como las últimas naciones, á las dos reinas: los tres déspotas del Norte, que celebraron el año anterior en Munchengratz, pequeña villa de la Bohemia, una alianza para oponerse á la causa del progreso, sabian muy bien que no les era dado ahora reproducir las intervenciones de Nápoles, Piamonte y España de 1820 á 23, pero quisieron ser fieles á sus principios y antecedentes, inclinándose del lado de la usurpacion y del retroceso aun á trueque de aparecer inconsecuentes y cobardes por hacerlo respecto de dos pueblos débiles, siendo asi que acababan de humillarse ante la Francia revolucionaria de Julio por considerarla poderosa.

Navarra. Or-  
baiceta.

Al siguiente dia de la accion de Nazar, y no pudiendo perseguirle Lorenzo por lo quebrantada que allí quedó su gente y lo tempestuoso del temporal, se instaló muy tranquilo Zumalacárregui en las Améscoas, que son dos valles sombríos y de escasas producciones, sitos entre Estella, á cuyo partido pertenecen, y Vitoria: conócense por la alta y baja Améscoa: á la alta, que tiene tres pueblecitos de 200 habitantes cada uno, la rodean casi las elevadísimas sierras de Andía ó Urbasa y de Santiago de Loqui, y á la baja, que cuenta con ocho aldeas de 250 almas la que más, las mismas dos sierras, aquí un poco ménos empinadas. En estos dos valles hermanos, que constituyen una especie de ciudadela natural por la dificultad de penetrar en ellos á causa de su estrechez y de lo fragosísimo de sus montañas, decidióse Zumalacárregui á esperar con ventaja al enemigo si osaba atacarle y á organizar y disciplinar sus fuerzas, caso de no ser molestado, como lo verificó entonces por haberse retirado los cristinos á las villas de Losarcos y Puente la Reina, para fortificarla como á Estella, y lo realizó despues cuando se desarrolló la guerra civil.

No era la situacion de Zumalacárregui para estarse quieto mucho tiempo, sino para alentar á su gente y entusiasmarla con atrevidas y felices acciones, por lo que determinó dejar las Améscoas á los 20 dias de hallarse en ellas y lanzarse á los angostos valles del Roncal, Salazar y Aezcoa, lindantes con Francia y el alto Aragon y en donde los liberales de ellos se habian armado en defensa de Isabel II: el plan del caudillo carlista era someterlos de grado ó por fuerza y apoderarse de la fábrica de municiones de Orbaiceta, sita en el último valle, cuya poblacion no pasaba de 1.500 habitantes, teniendo Orbaiceta los 400, sin contar la guarnicion, compuesta de 160 soldados á las órdenes del teniente coronel Bayona. El 17 de Enero presentóse en este valle Zumalacárregui al frente de sus batallones, fuertes ya de 4.000 y más hombres, y aunque algunos liberales le hicieron fuego á larga distancia no quiso contestarles en la seguridad de que se le entregarian apelando á lo que él llamaba patriotismo navarro, que debia traducirse en ser amantes de sus privilegios y fieles á Carlos, como en efecto lo logró, declarándose desde entonces aquellos montañeses los más firmes sectarios del pretendiente y entregando sus armas para que el jefe carlista organizase con ellas otro batallón. Desde Aezcoa bajó Zumalacárregui á Lumbier, villa importante próxima á Sangüesa, y Lorenzo y Oráa fueron en su busca; pero el carlista, abandonando á Lumbier, dividió su gente, cansó con sus marchas y contramarchas en aquellas ásperas estribaciones del Pirineo á los cristinos, y cuando éstos, por falta de espionaje, le perdieron la pista, creyéndole en el centro de Navarra, subió de nuevo á Aezcoa y acercándose á la fábrica de Orbaiceta la intimó en un brevisimo plazo la rëndicion, la cual tuvo efecto el 27 de Febrero ó por cobardía ó por la prudencia con que en ciertos casos se trata de disculpar á aquella, sin disparar un tiro, eso que los soldados se negaban por pundonor y patriotismo á deponer las armas que la patria les confiara para su defensa. La fácil posesion de Orbaiceta, sobre dar nombradía á Zumalacárregui y proporcionarle un cañon de bronce, 200 fusiles, más de 50.000 cartuchos y otras municiones, alar-

mó á Valdés en términos que, dejando Vizcaya, pasó precipitadamente á Navarra.

Ataque de Iba Valdés al frente de 5.000 hombres, que  
Guesa. bien dirigidos, en union de la columna de Lorenzo y Oráa, que constaba de otros 4.000, hubieran podido, si no dar cuenta de la faccion navarra, al ménos impedir sus progresos. Despues de descansar en Pamploña salió Valdés hácia la montaña en persecucion de Zumalacárregui, y siguiéndole la pista por Lumbier y Domeño dióle alcance el 3 de Febrero junto al pueblecito de Guesa, del valle de Salazar, sito sobre el rio de este nombre: un puente de dicho rio fué teatro principal de sangrienta lucha durante algunas horas, pero al anochecer escaparon los carlistas en retirada dejando sobre el campo 15 muertos y más de doble número de heridos, á los que recogió Valdés, dando al párroco y á la justicia del pueblo la órden de que les curasen y cuidáran con esmero. El feroz Zumalacárregui pagó este humanitario proceder de Valdés publicando una órden bárbara, fecha 9 de dicho mes de Febrero, en la cual, despues de insultar á los liberales, prodigaba la pena de muerte para conseguir por el terror lo que le negaba lo abominable de su causa: disponia la órden que serian pasados por las armas los alcaldes y regidores que circulasen órdenes del gobierno revolucionario ó que *hablasen siquiera en favor de este*; los conductores de pliegos que contuviesen dichas órdenes; las justicias que *retuvieran* en su poder las precitadas órdenes, *pues que su deber era echarlas al fuego inmediatamente*; los alcaldes que diesen parte al enemigo de los movimientos de sus voluntarios, y los mismos alcaldes que no dijesen á los voluntarios separados de las filas que tenían pena de la vida como no se reuniesen á ellas, en igual que los que no ayudasen á la aprehension de los desertores. Semejante órden, que por sí sola basta para cubrir de oprobio á su autor, menguando sus decantadas glorias, hizo entrar á la guerra civil en un periodo de infinitos horrores, porque ya no sólo se cometieron estos, como hasta el día, con los que llevaban armas por uno ú otro partido, sino tambien con inocentes ó autores de una accion á la que eran compelidos bajo la pena de perder la

vida, ya la ejecutasen, ya no, porque si obedecian á los liberales les mataban los carlistas y vice-versa.

Valdés, despues del ataque de Guesa, hizo que se corriese á Elizondo, bonita é importante poblacion, cabeza del valle del Baztan, sito al N. O. de Navarra al pié del Pirineo, y animando á la diputacion foral navarra, declarada traidora por Zumalacárregui, eso que solamente era obedecida en Pamplona, se encaminó á Vitoria, sabiendo que iba á dejar el mando á Quesada, nombrado general en jefe del ejército del Norte, porque prometió al gobierno dar feliz término á la guerra civil, atrayéndose al caudillo carlista, que habia servido á sus órdenes en las bandas de la fé de 1821 á 1823, ó exterminándole si no se le sometia.

Encuentros en Alava y Vizcaya. Los hechos de Zumalacárregui y el imponente aumento de su hueste, alentaron á las partidas vascas hasta el extremo de salir á atacar respetables columnas de cristinos, aunque haciéndolo segun su costumbre por medio de emboscadas y sorpresas, género de guerra que aquí no puede argüir valor ni pericia militar, porque le llevaban á cabo sobre un país escabrosísimo y con la ventaja de ser suyos todos sus habitantes. Junto á la gran montaña ó puerto de Gorbéa, que se eleva sombría en el confin de Alava y Vizcaya, atacaron los jefes carlistas Sopolana, Vivanco y otros á una columna cristina que iba en apoyo de Valdés y les rechazó con bravura cogiéndoles unos cuantos prisioneros, entre ellos un capitán, que al instante fué bárbaramente fusilado. Ya antes habia salido otro partidario alavés á interceptar el paso á la columna al frente de la cual marchaba el brigadier Espartero el 11 de Enero desde Vitoria á Bilbao para posesionarse del gobierno militar de Vizcaya. Espartero se vió tan apurado despues de un choque de tres horas que tuvo que dejar la mitad de su columna en una casa fortificada de Arrigorriaga, distante siete kilómetros de Bilbao, y refugiarse aquí con la otra mitad; pero en la misma noche del 11 volvió con más fuerzas, guiadas por liberales de la capital, y espantando al carlista salvó la mitad de la comprometida columna. Diariamente aumentaban los carlistas en número y osadía, y si bien Espar-

tero salió lleno de ardimiento á su encuentro desde Bilbao y sostuvo con ellos récios combates en diferentes puntos del centro y del litoral de su provincia, no pudo impedir que aquellos se hicieran dueños de Guernica, cuya guarnicion salvó á costa de grandes sacrificios, de Bermeo, Ondárroa, Marquina y otras. Espartero regresó el 30 á Bilbao cuando ya pudo contar perdida casi toda la provincia de su mando y aumentadas las facciones vizcainas con algunos miles de hombres que necesariamente tenia que facilitarlas la ocupacion de Bermeo, Guernica y otras importantes poblaciones.

Sorpresa de Interin Valdés se disponia á dejar el mando  
Zubiri. del ejército á Quesada, que no le tomó hasta

el 12 de Febrero en Logroño, Zumalacárregui aprovechó un descuido imperdonable de Oráa, seguido de una torpe credulidad hácia un espía navarro. Salió Oráa de Pamplona para la montaña por el camino de Roncesvalles, y al llegar al valle de Esteribar, poblado de multitud de lugarejos, se instaló sin precaucion en los de Zubiri y Urdaniz, que bañan el Arga, y dió una confidencia al espía, que villanamente se fué á comunicársela á Zumalacárregui diciéndole las posiciones que ocupaban los cristinos: la mayor parte de estos estaban alojados en Zubiri, 500 infantes en Urdaniz y unos 50 caballos del regimiento de Borbon en una venta próxima. Zumalacárregui, que habia salido de Zubiri al saber la aproximacion de Oráa, concibe el pensamiento de sorprender á este en altas horas de la noche del 12 con solas cinco compañías, que condujo á un monte inmediato, ordenando á sus voluntarios que se pusieran las camisas encima de los uniformes para que durante la oscuridad no se hicieran fuego unos á otros: divide su pequeña hueste en tres pelotones, uno de los cuales, aunque por traicion del oficial que le mandaba, copa completamente la caballería instalada en la venta, otro se lanza sobre Zubiri y hace un fuego horroso contra los descuidados cristinos, que le contestan desde las ventanas de las casas que ocupan, pero sin causar daño al enemigo, y el tercero, que se dirige á Urdaniz, sostiene reñidísima lucha de casas á casas y en algunas de estas cuerpo á cuerpo en zaguanes, habitaciones y

corrales: antes de esclarecer, viéndose dueño Zumalacárregui de toda la caballería cristina y de un regular botín, da órden de retirada, la que verifica lleno de entusiasmo por la sorpresa hecha en una columna de 3.000 y más hombres con solos 500. Oráa procuró tomar el desquite al siguiente día, pero no pudo lograrlo por escabullírsele el carlista en las escabrosidades de los próximos montes.

Quesada. Dos generales en jefe habia devorado la naciente guerra civil, y á los cinco meses escasos de su comienzo fijanse las miradas de todos los libres, creyéndole un redentor, en Genaro Quesada, antiguo caudillo, como ya sabemos, de las bandas de la fé, aun cuando enemigo de atropellos y persecuciones. Como al dejar la capitania general de Valladolid para ir al Norte se lisonjaba Quesada con la idea de reducir buenamente á Zumalacárregui, empezó su mando dirigiéndose al antiguo amigo y correligionario cuando debia perseguir al actual rebelde hasta acosarle para que, viéndose débil y comprometido, se hallase más propicio á su plan, que en materias de guerra nunca se debe trocar la esperanza que se lleva en la punta de la espada por cándidas ilusiones, y éstas en caso se llevan al terreno de la práctica más con el hierro y el fuego que con viejos recuerdos, ya sin fuerza por el lapso del tiempo, ó ya enojosos por no tener ahora las mismas opiniones los que, como en la ocasion presente, ántes las profesaron iguales. Y es tanto más de extrañar esta conducta de Quesada, cuanto que en el plan general que, á fin de acabar con la guerra, llevaba en su mente y transmitió al Gobierno el 22 de Febrero, no entraban medidas de templanza, sino de rigor sumo, como quien conocia por experiencia el país rebelado: decia de éste que sus aldeanos creian en su imbecilidad cuantas patrañas les comunicaban los corifeos de la rebelion; que la mayor parte de los ayuntamientos y clero secular y regular estaban decididos por los facciosos, á los que se podia considerar como cuadrillas de ladrones organizadas y protegidas por casi todos los habitantes; que seria muy conveniente desterrar todos los malos curas y frailes de las provincias; que la medida radical consistia en ocupar militarmente todo el territorio; que seria tambien muy

útil seducir á los principales cabecillas, empleando al efecto unos cuantos millones; que con dichos cabecillas no cabia indulgencia, y los oficiales subalternos debian ser trasportados á Ultramar lo propio que los sargentos y cabos; y por último, que destruidos que fuesen los batallones facciosos, debian ser multadas varias personas y lanzadas de la provincia otras, especialmente las eclesiásticas con confiscacion de bienes, y en seguida hacer una saca de 6.000 hombres al ménos para aliviar al resto de España del peso de la quinta.

Desde el 13 de Febrero al 7 de Marzo se cruzaron diferentes comunicaciones entre Quesada y Zumalacárregui: aquel procuró convencer á éste de que debia deponer las armas y seria espléndidamente recompensado por Cristina: ayudó en esta obra á Quesada Miguel Zumalacárregui, hermano del jefe carlista y diputado liberal de las Córtes de Cádiz, pero el astuto guipuzcoano, contestando en estudiados términos á su hermano y á su antiguo general, logró el objeto que se propuso al sostener tan larga correspondencia, que no fué otro que ganar tiempo para reorganizar y aumentar los batallones en medio del quietismo de los cristinos, que recibieron órdenes de no perseguirle. El 8 de Marzo, rotas las negociaciones, Zumalacárregui dió en Lumbier un manifiesto terrible ultrajando á Quesada (que habia puesto durante aquellas en libertad á su esposa), diciendo, que no rendiria las armas sino despues *que centenas de revolucionarios y el mismo Quesada fuesen despojo de la muerte*, y concluyendo con el grito de guerra *¡Carlos ó muerte! ¡vencer ó morir!* Quesada dió tambien á los navarros un arrogante manifiesto, fechado el 9 en Pamplona, aconsejándoles que fueran fieles á Cristina y jactándose de *que el ejército que él mandaba sólo tardaria en vencer á los rebeldes los dias que no lograrse alcanzarlos*. Ignoraba Quesada ó aparentaba ignorar que durante su correspondencia con el caudillo carlista habia éste llenado los huecos de sus batallones y creado otros dos más al pié de los Pirineos.

Acometida á Vitoria. Ferocidad de Zumalacárregui. Rotas las negociaciones, Quesada pensó en hacer la guerra con todo rigor, que habia de emplearse hasta contra las mujeres que direc-

ta ó indirectamente auxiliasen al bando carlista. Zumalacárregui la aceptó en el terreno que se le presentaba, convirtiéndose así en cruelísima, y lejos de intimidarle la actitud del cristino, se propuso llevar sus excursiones y sorpresas fuera de la provincia de su mando. Salió Quesada de Pamplona con una fuerte division en busca del caudillo carlista, quien, no creyéndose bastante fuerte para aguardar á los cristinos en Lumbier, abandonó esta villa y dividiendo su gente mandó á Eraso con la mitad de ella á Elizondo, de que se apoderó, y él con la otra mitad se bajó á tierra de Estella, desde donde, puesto de acuerdo con Villareal, que mandaba 1.400 alaveses, se encaminó á Vitoria, casi desguarnecida, con ánimo de sorprenderla y sacar de ella rico botin. Mientras que Quesada creia al caudillo carlista en la montaña navarra, éste se lanzó durante la noche del 15 de Marzo desde las Améscoas á la llanura de Alava, presentándose en las cercas de Vitoria al amanecer del 16: sin perder momento ordenó el ataque á la ciudad, dividiendo su gente en tres columnas, una bajo sus inmediatas órdenes y las otras dos bajo las de Iturralde y Villareal. Al avanzar las columnas hácia la poblacion, un paisano que salió de ella dijo á Zumalacárregui, que en el inmediato pueblo de Gamarra Mayor habia un destacamento de 150 tiradores alaveses, y sin detener el decidido ataque, mandó un escuadron de caballería y dos compañías á apoderarse de dicho destacamento, que á la intimacion de rendirse y hacerle fuego se resistió con vigor, pero cediendo al número, se entregaron prisioneros los 120 hombres que se habian salvado de la pelea bajo palabra de darles cuartel. De las tres columnas que atacaron á Vitoria, sólo la de Villareal pisó las calles de la ciudad para salir de ellas prontamente, perseguida por la guarnicion, que la hizo algunos prisioneros, entre ellos el oficial de caballería Domingo Retana y otros dos más de infantería, á los que bárbaramente mandó fusilar el comandante general de la provincia. Al verse rechazado Zumalacárregui con noticia de que se acercaba Espartero á Vitoria levantó el campo y se fué al pueblecito de Narvaja cerca de Salvatierra, ordenando que los 120 prisioneros de Gamarra fuesen al próximo de Heredia para ser *inconti-*

*nen* sacrificados todos como represalia de Retana y otros fusilados por los liberales. Deber del historiador imparcial es decir que quien inauguró el sistema bárbaro de los fusilamientos fué el gobierno cristino, pero el sacrificio atroz de los 120 tiradores alaveses cubrió de eterna ignominia á Zumalacárregui, acreditándose de tener corazon de tigre é instintos de hiena. Villareal se opuso al fusilamiento de tantos valientes, que no habian hecho otra cosa que cumplir con su deber, mas encontró inflexible á Zumalacárregui, que con horrenda hipocresía, ya paseándose por la habitacion de su alojamiento, ya posando su frente sobre la mano, fijo el codo en una chimenea, decia «que lamentaba de todo corazon tanto derramamiento de sangre, pero que era inevitable y justo por la ley de represalias.» No siendo capaz el cementerio del pueblo para enterrar en él buenamente tantos cadáveres, se obligó á los vecinos á que hiciesen una profundísima fosa, á la cual fueron lanzados en monton los 120 infelices despojados de toda su ropa. Generalmente los cristinos no fusilaron más que á jefes y oficiales y estos en corto número: estaba reservado al feroz y fanático caudillo carlista realizar una hecatombe de 120 hombres, casi todos soldados rasos.

Accion de  
Muru. Aco-  
metida á Ca-  
lahorra.

Hecho el anterior horrendo sacrificio, Zumalacárregui se volvió á las Améscoas en ocasion que Quesada y Lorenzo, que separados regian dos divisiones, no sabian, faltos de espías fieles, por dónde andaba el carlista. Al fin el 29 de Marzo diéronse la cara Zumalacárregui y Lorenzo entre Abarzuza y el caserío de Muru, á unos 18 kilómetros de Estella. Eran próximamente iguales las fuerzas de uno y otro bando, porque si Lorenzo guiaba al pié de 4.000 hombres, Zumalacárregui dirigia 3.800: fueron los carlistas los primeros á acometer, y si bien los cristinos resistieron valerosos la embestida, al fin tuvieron que ceder, refugiándose en Estella, hasta cuyos muros les fué persiguiendo el enemigo.

Animado Zumalacárregui con esta ventaja, despues de burlarse por medio de marchas y contramarchas, casi siempre nocturnas, de los planes de sus contrarios, lanzóse á la ribera del Ebro, y el 9 de Abril se presentó de-

lante de la ciudad de Calahorra intimando la rendición al fuerte, que ocupaban unos pocos soldados, los cuales contestaron negativamente: rompió el fuego Zumalacárregui, pero tuvo que alejarse al momento de allí y repasar el Ebro por la aproximación del infatigable Lorenzo, con quien no se atrevía á medir sus fuerzas en terreno llano: á la izquierda de dicho río supo el carlista que, tras de perseguirle Lorenzo, salía á darle la cara Quesada, y en tal aprieto, aunque llevaba su gente estropeada y fatigadísima por no haber dormido durante tres días con sus noches, logró salvarla por los montes, y llegó, para darla descanso, á Piedramillera, villa del valle de la Berrueza, distante unos 20 kilómetros de Estella. Aquí fué donde recibió el 11 de Abril la primera noticia de su rey Carlos por medio de una carta fechada el 18 en Villareal de Portugal, en la cual le trataba éste de mariscal de campo, y le animaba á proseguir su empresa, diciéndole *que fuese sólo los ojos en el corazón de Dios, en él y en la nación*, prometiéndole, como era consiguiente á su política, la conservación de los fueros vasco-navarros, y remitiéndole copia de un decreto refrendado por Abarca, verdadera y cruel ley de represalias, que contribuyó en gran manera á hacer más horrorosa y feroz la guerra civil.

Nuevos en- De tal modo se había llevado la guerra por  
cuentros. el gobierno no mandando al Norte las tropas necesarias, y por los jefes cristinos no empleando las que tenían cómo y cuándo debieron hacerlo, que en el mes de Abril de 1834 ya no aguardaba Zumalacárregui á que le buscasen los liberales, sino que salía á su encuentro, escogiendo, por supuesto, buenas posiciones en aquellas no interrumpidas montañas navarras, que la naturaleza parece que ha colocado allí para que tras de ellas puedan el fanatismo y la astucia, secundada por el espionaje, burlarse de los más claros talentos militares. El 21 de Abril, Quesada, que había ido á Vitoria, mientras que Zumalacárregui subió al Pirineo después de descansar en el valle de la Berrueza, salió por la llanura de Alava con una división de 5.000 hombres, que conducía medio millón de reales para el ejército. Zumalacárregui, que lo supo, reuniendo otras facciones navarras, bajó para encontrar-

le, y ocupando excelentes posiciones junto á Olazagoitia, confin de Alava, Navarra y Guipúzcoa, se decidió á atacar al cristino: éste, que conoció su desventajosa posición, así por la buena que ocupaba el carlista, como por superarle en número, ordenó á su vanguardia que atacase para que mientras tanto se salvara el convoy con la artillería por la parte de la inmediata venta de Alsásua: interin el convoy marchaba á su salvacion, se generalizó la pelea que sostenian los acosados cristinos, avanzando en direccion de la no lejana villa de Segura, en Guipúzcoa, despues de haber pasado los infantes dos arroyos, que venian crecidos, con el agua hasta la cintura: al fin, combatiendo sin cesar, y siempre perseguidos en valles y montañas, llegaron los cristinos á Segura, en donde no se atrevió el enemigo á acometerlos: perdieron los carlistas en estos combates algunos hombres, pero no tantos como los cristinos, que tuvieron al pie de 200 de baja, 84 de ellos prisioneros por cobardía de los soldados al ver las emboscadas y ataques inesperados de que eran objeto en aquellos estrechos valles. Entre los prisioneros se hallaba el capitán Leopoldo O'Donnell, hijo del conde de La Bisbal, y los oficiales Clavijo, Bernard y Villalonga. Despues de descansar en Segura, fuése Quesada á Villafranca de Guipúzcoa, y de aquí, torciendo á Navarra por el valle de Araquil, se encaminó á Pamplona, en la cual entró sin novedad con el convoy el 27. El suceso de Olazagoitia dió extraordinario aliento á Zumalacárregui y animó tambien á sus tenientes Eraso é Iturralde, que gobernaban ya respetables columnas, á acometer por su parte á los cristinos. El primero lo hizo el 24 contra Lumbier, aunque sin resultado, y el último entró por sorpresa el 26 en Losarcos, y aunque la guarnición se salvó en el fuerte, cogió á tres descuidados oficiales, que pronto habian de ser víctimas, como los de Olazagoitia, del furor enemigo.

Al caer prisioneros los tres oficiales en Losarcos, temiendo Quesada las represalias de Zumalacárregui hizo prender en clase de rehenes á tres parientes de jefes carlistas y á una mujer que tenia tres hijos en la faccion: atroz fué la conducta de Quesada, no por prender, sino por amenazar de muerte á seres inocentes, especialmente

á mujeres, caso que el carlista fusilase á algun cristino; pero lo fué más el proceder de Zumalacárregui. No satisfecho con los arroyos de sangre que habia hecho derramar en Heredia, ordenó 1.º, el fusilamiento de los prisioneros de la pelea entre Olazagoitia y Segura, que no quisieron tomar parte por D. Carlos, y 2.º, el de los oficiales presos en Losarcos: el 23 de Abril, hallándose en Echarri—Aranáz, villa del valle de Araquil, sita al sud de la sierra de Andía y distante unos 30 kilómetros de Pamplona, fusiló, por no querer ser infieles á sus banderas, al capitán Odonnell, á los tres oficiales Villalonga, Bernard y Clavijo, llevando moribundo á éste al sacrificio por graves heridas y á los catorce infelices soldados Maregosa, Lopez, Calderon, Linares, Cosco, Riga, Morales, Arandiana, Criado, Guerindá, Ibañez, Heredia, Elizondo y Batalla: los restantes prisioneros se salvaron escapándose los unos y tomando parte por el carlismo los otros. Al realizar estos asesinatos, que otro nombre no merecen, máxime llevándolos á cabo por no querer ser traidores los sacrificados, dijo el caudillo inquisitorial, *que lo hacia en justa represalia de la inhumana conducta que observaba el gobierno usurpador*, y que si habia fusilado á los catorce soldados fuéronlo los seis por el alcalde de Autun y un carlista muertos por los liberales, cuatro por la muerte de un voluntario que él dejó herido en Calahorra y los otros cuatro *por la conducta que se observaba con sus prisioneros*. Imposible es llevar la ferocidad á más alto grado. Respecto de los prisioneros de Losarcos mediaron contestaciones, cuyo término acabó de cubrir de oprobio al cabecilla carlista, para quien era una cosa grata el derramamiento de sangre humana. Pidiéronle los desgraciados oficiales el cange, y en decreto marginal á la exposicion dijo aquel con la hipocresia del beato, «*que deseando economizar la heroica sangre española accedia al cange por el oficial carlista F. Bayona y por Antonio Lasala, vecino de Lumbier y sentenciado á presidio por las autoridades liberales.*» Es de advertir que el Bayona habia muerto de heridas recibidas en una accion. Entónces Quesada dirigió al caudillo carlista una comunicacion hasta no más destemplada, llamándole *jefe de salteadores y bandidos*, y noti-

ciándole que tenia presos en la Ciudadela de Pamplona y en clase de rehenes á los que arriba citamos, los mismos que serian fusilados como lo fuesen los tres prisioneros de Losarcos, y que dado el caso, seguiria prendiendo otros parientes de jefes y oficiales carlistas, para sacrificarlos en represalias de los que él hiciera perecer. No salvaria á Quesada de la nota de cruel y bárbaro este documento, si á continuacion de lo que dejamos consignado no hubiera dicho á Zumalacárregui las siguientes notabilisimas palabras: *sin embargo, en obsequio de la humanidad, conservaré la vida en lo sucesivo a todos los que se titulan oficiales y caigan en nuestro poder, siempre que al recibo de ésta se dé libertad á los tres oficiales citados.* Desde este momento toda la responsabilidad de las atrocidades de la guerra civil cae sobre la cabeza de Zumalacárregui y de su rey. Las personas que estaban en rehenes escribieron á sus hijos que lograsen de Zumalacárregui el perdon de los prisioneros de Losarcos; pero el jefe carlista, so pretexto de que no debia ni podia sucumbir á las amenazas de Quesada, al que comparaba (debiendo compararse él) con Tiberio, Calígula, Neron y Bonaparte, desoyó los consejos de la prudencia y los ruegos de los que veian comprometida la vida de los autores de sus dias, y con impasible crueldad mandó fusilar á dichos prisioneros, cuya sangre pidió por la barbara ley de la guerra otra sangre carlista, acreditando así uno y otro bando que la España no era digna de figurar en el número de los pueblos civilizados.

Sorpresa de Muez. Acciones de Dallo y de Gulina.      Grandes eran los deseos de Quesada de es- carmentar á Zumalacárregui, y á ellos cor- respondia su actividad, habiendo recorrido en todas direcciones la Navarra durante los primeros veinticuatro dias de Marzo; pero el caudillo carlista ni le aguardaba ni le daba la cara á no ocupar ventajosas posiciones ó poder sacar partido de una sorpresa, fácil de realizar por ser partidarios suyos todos los habitantes del país y conocer este perfectamente sus voluntarios. El 25 por la noche se instaló el jefe cristino en Muez, pequeño pueblo del valle de Guesalaz, á 14 kilómetros de Estella, creyendo alcanzar luego á su contrario; pero éste, que se

hallaba á la distancia de unos 20 kilómetros, con noticia del sitio que ocupaba Quesada, movió su hueste por la noche, y á altas horas de ella se acercó á Muez, y haciendo fuego sobre las avanzadas liberales, puso en alarma toda la division: atacada una ermita próxima al pueblo, los que la ocupaban resistieron el empuje de los carlistas, y mientras tanto Zumalacárregui hacia fuego sobre la misma casa que ocupaba Quesada, quien con poco comun serenidad montó á caballo, y dirigiendo y animando en medio de la oscuridad á los suyos, especialmente á los artilleros, logró rechazar á los enemigos, á los que en su retirada persiguió la caballería, aunque sin resultado.

Desde Muez pasó Quesada el 20 á Pamplona para salir inmediatamente en busca del enemigo, al que no encontró en su paso á Elizondo, de donde á su aproximacion huyó la junta carlista: desde Elizondo pasó el cristino á Guipúzcoa por Vera, y el 7 de Junio entró en Tolosa, y por la carretera de Francia llegó el 15 á Vitoria; supo aquí que Zumalacárregui se hallaba en Echarri-Aranaz, y aumentando su gente con la columna que operaba en Alava, se lanzó el 17 en busca de su contrario, que no tuvo por conveniente esperarle. El mismo dia 18 en que llegó Quesada á Echarri-Aranaz y vió que no encontraba al carlista, dió orden á dicha columna para que volviese á Vitoria, y al llegar á la aldea de Dallo, sita sobre el Zadorra y á 18 kilómetros de aquella ciudad, se vió acometida por los batallones alaveses que la esperaban emboscados: al fuego de los carlistas contestaron sin descomponerse los cristinos, trabándose terrible lucha, que concluyó por triunfar los liberales, gracias á los certeros tiros de la artillería que llevaban, manejada por el comandante Laplace, que falleció de las heridas que recibiera salvando á sus camaradas.

Zumalacárregui, que el 17 habia abandonado á Echarri-Aranaz, se situó en Gulina, pequeño pueblo cabeza del valle de su nombre, sobre la carretera de Vitoria á Pamplona y á unos 18 kilómetros de esta ciudad. Allí fueron á parar las brigadas que dirigen Linares y el marqués de Villacampo. Zumalacárregui, que las esperaba, tenia bien situada su hueste desde el pueblo á una venta dis-

tante de él medio kilómetro, ocupando las principales alturas: rompieron los liberales el fuego, á que mandó constatar Zumalacárregui disponiendo al propio tiempo atacar á los liberales por tres distintos puntos con ánimo de envolverlos y obtener así un completo triunfo; pero estos se replegaron, y ocupando otras alturas próximas hicieron jugar su artillería, que, bien dirigida, contuvo al enemigo diezmando sus filas: protegida por el fuego de cañon, salió despues la caballería cristina, que con grande arrojo dió cargas, que por varias veces hicieron perder sus posiciones á los carlistas: volvian estos á atacar animados por su jefe, quien por do quiera exponia su vida, y ya avanzando, ya retrocediendo para volver á avanzar, sostenian los navarros su pabellon con valor digno de mejor causa. Despues de seis horas de sangriento combate, la infantería cristina, siempre protegida por la artillería, arremetió á la bayoneta en columna cerrada y llevó á los carlistas en retirada camino del inmediato valle de Ulzama. La accion de Gulina fué de las más sangrientas que registra la historia de la guerra civil: perecieron en ella más de 300 combatientes, los 200 carlistas y unos 120 liberales, lo cual se explica por la carencia de aquellos del arma de artillería: heridos tuvo el bando cristino unos 300 y al pié de 500 el carlista. Abandonó éste el campo; pero el liberal no se pudo contar vencedor. Zumalacárregui, para animar á los suyos, les dió gracias por su comportamiento. Quesada, que se convenció, si ya no lo estaba, por el resultado de la accion de Gulina, deque no era él el llamado á acabar con la guerra civil, pidió su relevo; pero ántes de hacer entrega del mando veamos lo que habia ocurrido en las otras pravnicias, en donde la lucha corria tambien por su cuenta.

**País vasco.** Miéntras la guerra civil habia tomado en Navarra el incremento y carácter que acabamos de ver, acrecentáronse tambien las partidas carlistas en las tres provincias hermanas, y en ellas, cual sucedió en el país navarro, los planes del general en jefe y sus tenientes de poco ó nada servian, porque aquí como allí el país era el mismo, con sus montañas elevadísimas, cortadas por estrechos valles, tan fiel el espionaje para el carlista como

infiel para el liberal, y la poblacion en masa tan entusiasta por el faccioso como hostil hácia el soldado castellano. La lucha de sorpresas, haciéndolas semi á traicion y de continuo impunemente, era la que se llevaba á cabo por los carlistas contra los liberales. Cada dia que pasaba se hacian necesarias más tropas para confundir por su número al carlista; pero el gobierno no se cuidaba de enviarlas, dando desgraciadamente poca importancia á las facciones cuando ya la tenian notabilísima. Más de 10.000 hombres sumaban las facciones vascas en el mes de Marzo de 1834, sin contar la respetable partida que gobernaba Andechaga, álias Castor, y con la cual era dueño de las llamadas Encartaciones, importante país que comprende parte de Vizcaya, Santander y Búrgos. Para haber concluido con dichas fuerzas carlistas se necesitaban ya por lo ménos 20.000 soldados, y Espartero, Jáuregui, Benedicto, el baron del Solar y los otros jefes cristinos apenas disponian de 8.000, no entrando en este número los de las guarniciones necesarias de Bilbao, San Sebastian. Vitoria y otras plazas para librarse de una sorpresa.

El comandante general de Vizcaya, Espartero, descansado que hubo en Bilbao de su expedicion á Bermeo y Guernica, salió el último dia de Febrero al frente de unos 5.000 hombres decidido á habérselas con las facciones vizcainas que se hallaban á la parte de la última villa; pero aunque las persiguió sin descanso durante varios dias, obligándolas á abandonar la provincia, otra vez volvieron por montañas y veredas, de ellas solas conocidas, sin más resultado para el cristino que ver fatigada su gente. A mediados de Marzo logró Espartero avistar cerca de Guernica á La Torre y Luqui, que escaparon despues de cruzarse unos tiros; sucede lo propio junto á Marquina con otra partida carlista; pero noticioso de que Castor tenia asediada á Portugalete, bonita villa sita á la misma entrada de la ria de Bilbao, se dirige el 22 precipitadamente á salvarla, y arrollando con bravura en el puente de Burceña é los carlistas, que se situaron allí para interceptarle el paso, llega á Portugalete y la salva, como á su apurada guarnicion. Infatigable el comandante general de Vizcaya, deja bien provista de todo dicha villa y sale

en busca del carlista, que se hallaba en Sodupe, y allí le bate por segunda vez. Vuela en seguida Espartero al centro de la provincia en persecucion de Valdespina, Zabala, La Torre y Luqui, que con 5.000 hombre, tenian tomadas las alturas de Auleztia, no léjos de Marquina, de donde les desaloja el 6 para batirlos, aunque con sensibles pérdidas, á los dos dias en un peligroso desfiladero del valle de Arratia, en el cual ambos bandos se dieron varias cargas á la bayoneta, dejándole cubierto de cadáveres, porque ni de uno ni de otro lado se daba cuartel. El brigadier carlista Armendia que cayó prisionero, fué fusilado en el acto. Espartero obtuvo por los anteriores hechos la faja de general. Decidido á no dar descanso al carlista ni tenerle él, recorre de nuevo Espartero la provincia, espanta en un punto al enemigo, le hace huir en otro despues de ligeros choques, y solamente logra batirle en Urigoitia, no léjos de Durango, á donde se dirigió de noche por sendas casi impracticables para sorprender la junta carlista castellana allí instalada, lo cual logró respecto de la mayor parte de sus individuos despues de haber ocasionado á la faccion más de 70 muertos: uno de éstos fué el presidente de dicha junta, canónigo Zeiza: entre los prisioneros que hizo se contaban otro eclesiástico y tres individuos más de la junta, que fueron tambien fusilados.

Las mismas correrías y con idéntico resultado que el obtenido por Espartero, hacian las columnas liberales en Alava y Guipúzcoa. Encuentros parciales sin éxito notable, sorpresas parecidas á las de los cazadores contra las fieras, asesinatos de soldados por paisanos emboscados en el monte que desaparecian no más disparar traidoramente su arma y atropellos de irritados militares contra las personas y cosas de los naturales. Las facciones perdian algunos hombres, más los liberales; pero aquellas se aumentaban no sólo con gente del país, sino de toda España, especialmente de Castilla, de la cual salieron muchos criminales que encontraban en ellas el nuevo Jordan, donde lavaban sus culpas y pecados.

Á estas fechas la guerra civil habia tomado un carácter de ferocidad increíble, no sólo para los que combatian con las armas en la mano, sino para todos los hombres y

para todas las cosas: desterrados los sentimientos de justicia y echadas á un lado las leyes, los generales cristinos todo lo atropellaban y escarnecian. Espartero dió con fecha 9 de Mayo en Bilbao un bando de inusitada crueldad, pues que en él prodigaba la pena de destierro contra los jóvenes del país, la de muerte contra el que huyese hasta sin armas al aproximarse las tropas, la del saqueo de las casas cerradas y la de multa y confiscacion contra los curas y justicias que no dieran parte del paradero de las facciones, contra los parientes de carlistas armados y contra los escribanos y curas que saliesen de sus pueblos sin motivo justificado. Así se ponian en práctica órdenes severas y bárbaras, propias solamente de un despiadado conquistador.

La guerra en el resto de España. Durante los primeros seis meses de 1834 la guerra civil no ofrecia alarmantes caracteres en el resto de España, excepcion hecha de la escabrosa comarca del Maestrazgo, en donde, ayudados como en todas partes, por el clero y favorecidos por las asperezas del país, habian crecido los carlistas hasta el punto de formar numerosos aunque indisciplinados batallones, á cuya cabeza se colocó Carnicer. Entónces fué cuando se dió á conocer por su temerario arrojo y febril entusiasmo Ramon Cabrera, estudiante de teología de Tortosa, nacido más para la vida de los campamentos que para la de la iglesia: de corazon duro, excaso talento, pero astuto, valeroso, sufrido, de recursos imaginativos y gran serenidad, Cabrera se hizo notar desde luego entre sus ignorantes y fanáticos compañeros, y prontamente se vió al frente de un batallon, que era el primero para entrar en combate y el último para retirarse de delante del enemigo. Despues de varios encuentros, ya prósperos ó ya adversos, en Villafranca del Cid, Daroca, Castejoncillo, Calamocha y Betea, en todos los cuales se distinguió Cabrera por sus felices y repentinos recursos, Carnicer, accediendo á los ruegos de los catalanes que le prometieron un levantamiento de más de 20.000 hombre en la baja Cataluña, si él se presentaba en ella con su hueste, se decidió á cruzar el Ebro, y al frente de 10.000 voluntarios, casi todos aragoneses y valencianos, en general mal armados, pasó aquel rio cerca

de Mequinenza, yendo á situarse en Mayals, pueblo de 300 vecinos, distante unos 30 kilómetros al sud de Lérida y 100 de Tortosa. El 10 de Abril, el brigadier Breton y el general Carratalá, que salieron de Tortosa y Tarragona al frente de dos columnas así que supieron que Carnicer habia cruzado el Ebro, diéronle alcance en dicho pueblo de Mayals: ocupaban ambos bandos una extension inmensa al sudoeste de la poblacion, cuya campiña presenta muchos valles y colinas, porque los carlistas eran unos 12.000 hombres, contando algunas partidas catalanas, y las tropas liberales no llegaban á 6.000, incluso los urbanos de Reus, Porrera y Flix. A poco más del mediodía atacaron los primeros los cristinos, y Cabrera, que se hallaba al frente de las guerrillas, contestó con su ordinaria serenidad; pero acudiendo gran golpe de gente tuvo que replegarse al centro de los suyos: entónces la accion se hizo general, peleando de una y otra parte con singular bravura: más de dos horas habia durado el combate cuando Breton cargó impetuoso con su caballeria contra el ala derecha de los carlistas, la que á pesar de los esfuerzos de Cabrera, que llegaron al extremo de coger el fusil de un muerto de los suyos y pelear contra los ginetes contrarios á bayonetazos y culatazos, tuvo que ceder mientras que la otra ala y el centro eran tambien deshechos por una carga á la bayoneta, ordenada por Carratalá: al empuje de los liberales toda la hueste carlista echó á correr en espantoso desorden, dejando sobre el campo más de 300 muertos y 700 prisioneros, casi todos heridos. La mayor parte de los que escaparon de la accion lograron cruzar el Segre por bajo de Lérida y luego el Ebro para irse á sus antiguas guaridas de Aragon. La pérdida de los liberales fué de unos 100 muertos. Cuando Carnicer se refugió en la parte occidental del Maestrazgo, se vió con menos de la mitad de su gente, contando el batallon de Cabrera y las partidas de Quilez y Miralles, que luego se separaron de él para merodear por el país y esconderse en sus escabrosidades.

En Cataluña continuaban ofreciendo poca importancia las partidas carlistas, y ménos desde la accion de Mayals, que las dejó aterradas: entre las nuevas que habian salido á campaña distinguíanse la de mosen Tristany, estulto y

feroz canónigo de Gerona, que fué nombrado tal en premio de haber pertenecido en 1822 y 23 á las bandas de la fé, la de Vilella y Saperes, que tambien pertenecieron á dichas bandas: ninguna de estas partidas, así como las de los ya citados Plandolid y Ros de Eroles, hostigadas de continuo por los acertados planes de Llauder, llegó á inspirar sérios cuidados, y ménos dada su indisciplina, que no podia ser mayor, pues que el catalan, al revés que el vasco-navarro, era y es de suyo rebelde á sufrir freno de ninguna especie como empuñe una arma en sus manos. En la Mancha seguian los partidarios que ántes mencionamos haciendo sus correrías sangrientas, y huyendo de continuo de las columnitas liberales que los perseguian para guarecerse en los montes de Toledo ó Sierra-Morena. En Extremadura levantaron pequeñas partidas con éxito bien desgraciado Cuesta, Muñoz y Roderera, porque á poco fueron derrotados, y cayendo prisionero el Muñoz, fué fusilado en union de su hermano. Insignificantes por su número y por lo ruin de la gente que las componian eran las partidas que por este tiempo se levantaban, sin más plan que obedecer á las sugeřtiones del clero en Castilla, Astúrias y Galicia. Compuestas las más de ellas de 40, 50 ó 60 hombres, entraban en pueblos pequeños é indefensos y huian de los en que vislumbraban alguna resistencia. Siempre que los soldados cristinos las daban alcance, lograban derrotarlas, y haciéndolas algunos prisioneros, les fusilaban sin piedad, y ellas á su vez saciaban su venganza en infelices alcaldes ú otros individuos de justicia, de quienes sospechaban que habian descubierto su paradero. Solamente Merino era el que continuamente burlaba la persecucion de que era objeto en la sierra de Burgos y parte de los montes de Soria. Regresó el cura de Portugal no muy satisfecho de su rey Carlos; pero comprometido ya á seguir la causa del pretendiente, parecióle mal en su teson, ánimo inquieto y feroz fanatismo deponer las armas y volver á su vida pacífica del campo. Con unos 80 lanceros, recogidos los más en Portugal, atravesó Merino la distancia que hay de la raya lusitana á Salas de los Infantes, habiendo sostenido en el viaje tres encuentros, en el primero de los cuales sor-

prendió á 7 carabineros, que quiso fusilar, y no lo hizo por oponerse á ello Cuevillas. Instalado el cura en su sierra favorita, formó al momento un medio batallon de infantes y aumentó el número de sus ginetes hasta 200, con todos los cuales se corrió hácia la provincia de Palencia; pero batido en Herrera de Pisuerga por Albuin, que le causó 40 muertos, entre ellos el anciano padre de Balmaseda, tuvo que retirarse á sus ordinarias guaridas: desde éstas se bajó á la ribera del Duero, y siendo batido tambien cerca de Aranda, se unió á otros partidarios para probar fortuna en Aragon, perseguido siempre por Albuin, que le obligó á volver á su sierra, en donde se dedicó á aumentar y disciplinar su hueste, sobre todo la caballeria, que era tan brillante como la mejor de los cristinos. Ya ántes habiase puesto de acuerdo con Zumalacárregui, á cuyo efecto le mandó dos comisionados, quienes durmiendo y descansando de dia generalmente en casas de curas, pasaron por la noche, siempre provistos de buenos guias y muchas veces entre enemigos, la distancia que hay de la sierra de Burgos á la llanura de Aláva: precisamente los comisionados de Merino se avistaron con Zumalacárregui en el momento mismo en que las descargas de fusil hacian la espantosa carnicería de los 120 tiradores alaveses en Heredia. Zumalacárregui contestó á la carta de Merino diciéndole que procurase sostenerse en su país, y que si le embarazaba la mucha gente, la dividiese en partidas; que le mandase 100 ginetes que á él le hacian falta, y que si no podia sostener la lucha en la sierra, se pasase á Navarra, en donde seria bien recibido. Tal era el estado de la guerra, que, como acabamos de ver, sólo podia ofrecer serios cuidados al partido liberal en las tres provincias vascas y en Navarra.

Deja Que- La accion de Gulina llevó, como arriba  
sada el man- apuntamos, un profundo desaliento al corazon  
do. de Quesada, quien, contemplando por otro lado el grande incremento que durante su mando habian tomado las facciones, de lo cual culpaba al gobierno y gentes que le rodeaban porque no ponia á sus órdenes los elementos necesarios para anonadar al carlista, pidió su relevo. El gobierno, que ya no le miraba con buenos ojos por haber

perdido todas las ilusiones que le hiciera concebir aquel caudillo sobre dar fin á la guerra, se apresuró á mandarle por sucesor á José Ramon Rodil, que mandaba el ejército expedicionario de Portugal. En los primeros dias de Julio se encargó Rodil del mando; pero ántes de dar cuenta de sus planes de campaña y consiguientes resultados, tenemos que ver en libro separado lo que había hecho en la antigua Lusitania, concluyendo el presente con una observacion relativa á la guerra civil, que semejante en su nacimiento al pobre arroyuelo que nace entre peñas de estrecho valle, presentaba ahora la imágen de un rio caudaloso é imponente al lanzarse en el mar: Zea Bernudez puede decirse que la creó con su insensatez, Sarsfield no se fijó siquiera en ella para comprenderla, Valdés la descuidó y Quesada la empeoró.

# HISTORIAS.

---

## LIBRO XXI.

---

(DE ENERO DE 1834 Á JULIO DEL MISMO.)

### Sumario.

Portugal.—Cuádruple alianza.—Rodil y Cárlos en el Norte.—Accion de Artaza.—Sorpresas de Eraul y de las Peñas de San Fausto.—Accion de Viana.—Cesa Rodil en el mando.—Echarri-Aranáz.—Cenicero.—Accion de Alegría.—Mina.—Fuerzas liberales y carlistas.—Córdoba.—Peralta y Villafranca.—Accion de Unzué.—Batallas de Mendaza y Arquijas.—Cataluña, el Maestrazgo y Castilla.

Portugal. Ya vimos en el anterior libro cómo sostenia Cárlos desde Portugal sus pretensiones á la corona de España, rodeado de unos cuantos cortesanos beatos, que con él hacian votos por el triunfo de la causa miguelista, ya en mal estado aunque con trazas de prolongarse la lucha civil que devoraba al pueblo lusitano. El gobierno español, más que por dar el golpe de gracia á la causa de Miguel, por dárselo á la carlista, se decidió á invadir el Portugal, mandando en los primeros dias de Abril de 1834 un ejército de 10.000 hombres á las órdenes del general Rodil, que de estudiante en Galicia el año de 1808 habia obtenido los más altos empleos de la milicia guerreando en España contra el francés y luego en América contra los insurgentes hasta la batalla de Ayacucho. Rodil, que se hallaba de capitán general de Extremadura, se dirigió sobre Almeida, que ocupaban los miguelistas, hallándose en ella Cárlos, quien escapó precipitadamente sabiendo que los soldados portugueses no pensaban resistir á los españoles, que ocuparon la plaza en el momento, no sin

haberse hecho dueños de casi todo el equipaje de aquel pretendiente, quien tambien pudo caer en las manos del jefe cristino, y se cree que no le cogió ó por torpeza ó por otra causa, con gravísimo daño de la España, que se hubiera ahorrado largos dias de luto y desolacion con la captura del infante. Este se refugió en Santaren al lado de Miguel. Pronunciada Almeida por María de la Gloria, Rodil marchó en busca de Cárlos, arrollando por do quiera á los miguelistas y llevando así el desaliento al ánimo del pretendiente portugués, que se creyó perdido con la invasion española.

Unidos los españoles á la division liberal portuguesa, que mandaba el duque de Terceira, se aproximaron á Santaren, de donde huyeron los dos pretendientes, quienes se refugiaron en Evora, así que el 16 de Mayo derrotaron en Santaren Rodil y Terceira á los miguelistas. La accion de Seiserra concluyó con las pretensiones de Miguel: perdida ya toda esperanza de ceñirse una corona que no le pertenecia, sucumbió al convenio llamado de Evora-Monte, celebrado por intercesion de los ingleses, y en virtud del cual el pretendiente portugués se comprometió á no molestar en el trono á la reina su sobrina, reconociéndole en cambio el gobierno de esta una fuerte pension que habia de gozar en extranjero suelo. Entónces mejor que nunca pudo Rodil apoderarse de la persona de Cárlos; pero tampoco supo ó quiso hacerlo por respetos sin duda á los ingleses, que, encargados de proteger el embarque estipulado de Miguel, quisieron apadrinar la fuga del pretendiente español.

Los ingleses obraron en este asunto como buenos comerciantes, y nadie les fué á la mano, porque nuestro gobierno habia andado tan torpe que llamando á Córdova meses antes para emplearle en la milicia, se quedó sin representacion diplomática en Lisboa, dando con esto lugar á que los isleños tomaran bajo su proteccion á Cárlos y le condujeran á bordo del *Donegal* para llevarle en él á su país. Mediaron tardías reclamaciones y sérias protestas de Rodil á los portugueses sobre la fuga del pretendiente, cuando estuvo en su mano el capturarle y evitar así la prolongacion y aumento de la guerra civil.

El marqués de Miraflores, que habia ido de embajador á Lóndres con la idea de demandar fuerzas extrañas para dar fin á la naciente guerra, desarrollada por torpezas del gobierno y de sus generales, ya que no pudo impedir el desembarque de Cárlos en Inglaterra, pidió la ayuda del gabinete británico para que aquel sucumbiese á un pacto parecido al de Evora-Monte y se comprometiera á abandonar sus pretensiones, mediante una pension de 30.000 libras esterlinas (cerca de tres millones de reales); pero aunque el ministro de Estado inglés facilitó al marqués un secretario para que juntos hiciesen al pretendiente las oportunas proposiciones, éste se negó rotundamente á oirlas, y en seguida se instaló en una casa de campo de Kensinhthon, no lejos de Lóndres. Allí, sin perder tiempo, preparó su viaje para España, y saliendo de incógnito en la noche del 1.º de Julio, logró pasar el estrecho que separa la Inglaterra de la Francia, y atravesando rápidamente este país entró en territorio navarro el 12 del mismo mes, instalándose en Elizondo. Al saberse en Madrid que Cárlos se hallaba en Navarra al frente de sus partidarios, Martinez de la Rosa soltó, en su imaginacion de poeta, la nécia frase de *un faccioso más*, cuando ese faccioso equivalia á un ejército, porque al pisar el pretendiente el país rebelado se acreditaba de bravo, y esto tenia que entusiasmar á todos sus secuaces, aumentar sus huestes armadas y predisponer á estas á toda clase de sacrificios imaginables en pró de un rey que así exponia su vida perdiendo su reposo y comodidades.

Cuádruple alianza. El embajador español en Lóndres habia obtenido tan alto puesto porque se ofreció á recabar en él la alianza inglesa en favor de la reina Isabel. Instalado Miraflores en la capital de la Gran Bretaña, púsose de acuerdo con el embajador portugués Moraes Sarmiento, con el francés Talleyrand, que tanto contribuyó á la realizacion de la *Santa Alianza*, y con lord Palmersthon, ministro de negocios extranjeros de Inglaterra, y despues de varias conferencias logró que el 27 de Octubre de 1834 se firmase el tratado dicho de la *Cuádruple alianza*, que llenó de orgullo al marqués, hombre sencillo, de buenos sentimientos y amante de las patrias libertades, á

pesar de no producir más que un efecto moral en pró de su reina, porque la Inglaterra y la Francia no se obligaron en resumidas cuentas á nada, y si bien lo hicieron á mucho Portugal y España, sobre todo ésta, no tenían necesidad de tal tratado, como que 17 días antes de celebrarse habia entrado Rodil en suelo lusitano para concluir con las pretensiones miguelistas, ya que no lo hizo como debió y pudo con los carlistas. Considerando las cuatro partes contratantes del mismo modo la causa de la reina portuguesa que la de la española, el Portugal se obligaba por el artículo 1.º á hacer que el pretendiente español se retirara de los dominios portugueses, cuando no tenia poco que hacer con lanzar de ellos á Miguel, que sin las tropas de Rodil acaso hubiera permanecido aun allí largos años; la España se comprometia por el artículo 2.º á mandar un ejército sostenido á sus espensas que espulsase, en union de las tropas portuguesas, á ambos pretendientes; la Inglaterra se obligaba por el artículo 3.º á *cooperar*, empleando una fuerza naval en ayuda de las operaciones que habian de emprenderse por las tropas de España y Portugal, y la Francia se comprometia por el artículo 4.º *en el caso que las altas partes contratantes juzgasen necesaria su cooperacion, á hacer todo aquello que ella misma y las otras tres partes determinasen de comun acuerdo*; es decir, á nada concreto para hacer despues lo que hizo, que fué alhagar al gobierno de Cristina y proteger bajo mano al pretendiente, facilitándole armas, municiones, etc., y cerrando los ojos á cuanto sus naturales hacian en favor de la faccion. Tal fué el tratado dicho de la *Cuádruple alianza*, que no queria la España liberal porque se consideraba con fuerzas para acabar con la guerra civil, y que no debia querer porque la libertad dada por ajena mano es siempre vergonzosa, pero que queria el gobierno para pronunciar su presidente Martínez de la Rosa á los pocos meses la infeliz frase citada de *un faccioso más*.

Rodil en el Norte. La expedicion á Portugal, que tanto bien produjo á María de la Gloria y tan poco á Isabel, dió cierta importancia á Rodil, por lo cual, el gobierno fijó en él sus miradas para nombrarle al fin sucesor de Quesada. Al frente de los 10.000 de la expedicion

de Portugal, que fueron revistados en las cercas de Madrid, marchó Rodil para el Norte el 22 de Junio, y el 9 del siguiente Julio llegó á Mendavia. villa navarra, sita á la izquierda del Ebro por bajo de Logroño y en la cual Quedada le hizo entrega del mando. Creyó Rodil cosa sumamente hacadera concluir con la faccion por verse al frente de 30.000 hombres, y haciendo alarde de sus fuerzas, dirigió una proclama á los vasco-navarros aconsejándolos la sumision y diciéndolos que estaba su causa perdida por cuanto su príncipe (que á la fecha se hallaba ya en las cercanias de Bayona) marchaba á una nacion distante, y dos gobiernos tan poderosos como los de Francia é Inglaterra se habian declarado aliados de la España liberal. Como ningun efecto produjo la proclama. disponiendo su ejército de modo que una division, la más numerosa, fuese regida por Lorenzo y Oráa, otra por Córdoba y otra por Espartero, que habia subido de Bilbao á la Rioja, emprendió su marcha hácia Estella, precisamente cuando Carlos entró en España, cosa que, como ya vimos, tuvo lugar el 12 por la parte de Elizondo, á donde acudieron todas las fuerzas carlistas para saludar á su soberano.

Accion de Ar- Así que Zumalacárregui cumplió con su  
taza. rey, cuya custodia encomendó á Eraso, quien le condujo luego á entusiasmar á guipuzcoanos y vizcainos, se bajó al centro de Navarra con la atrevida idea de atacar á Rodil desde ventajosas posiciones, que á millares le ofrecia el país con sus valles y montañas y sus terribles desfiladeros. Rodil, que supo al momento con asombro la aparicion de Carlos en Elizondo, concibió el proyecto de capturarle, creyendo que se hallaba en territorio portugués: ni conocia el país vasco-navarro ni calculaba de lo que eran capaces sus habitantes para salvar á Carlos y sus privilegios. Sabiendo que Zumalacárregui ocupaba las Améscoas, quiso escarmentarle en ellas, y despues de diferentes planes encaminados á circunvalar al carlista, salió de Estella el 23 para ir á pernoctar á Echarri-Aranaz, cuyas débiles fortificaciones mandó mejorar. El 25, dejando Zumalacárregui las Améscoas, salió al encuentro de Rodil, con cuyas guerrillas se tiroteó ya al anochecer, por lo que nose generalizó la accion: la osadía del carlista

llenó de asombro al caudillo liberal. Zumalacárregui retrocedió, y Rodil dió orden de avanzar; pero en su marcha hácia las Améscoas se vió hostigado sin cesar por los carlistas, que ya disparaban desde las bocas ó comienzos de los valles para refugiarse al instante en ellos, ó ya lo hacian desde los montes próximos al camino para esconderse en sus espesuras.

El 31 de Julio, instalado Rodil en el valle de la baja Améscoa, tenia sus tropas en descanso á orillas del riachuelo que corre por su fondo y lleva el mismo nombre, cuando Zumalacárregui, aprovechándose de este descuido, descende sigiloso de la inmediata montaña de Artaza y sorprende y hace prisionera á casi toda la primera avanzada liberal, compuesta de 24 hombres: los pocos que escapan, llevan la alarma al ejército liberal, que al instante se pone en movimiento para rechazar al carlista: el primero que ataca á éste es Espartero, al que siguen Lorenzo y Rodil: las bravas masas carlistas pelean en retirada, y aunque inferiores á las fuerzas liberales, hacen más daño que reciben, porque las favorece el terreno y dan la cara ó la esconden á su conveniencia: la oscuridad de la noche hace cesar el combate, retirándose Zumalacárregui, á quien al siguiente dia quiso en vano perseguir Rodil, porque á él no le pareció conveniente esperarle. Miétras que el jefe cristino, dejando la Améscoa, iba á instalarse en Muez, el carlista, marchando y contramarchando segun le aconsejaban los movimientos de su contrario, se fué de nuevo á aquel valle. Así la guerra, presentando comunemente la imágen del vulgar juego del escondite, se hacia interminable. La accion de Artaza costó á los liberales más de 200 hombres fuera de combate y á los carlistas ménos de 100. Firme en su idea de capturar al pretendiente, dejó Rodil de perseguir á Zumalacárregui, y desde Muez se encaminó con la mitad de su ejército á Vizcaya, que Carlos recorria á su placer, protegido por las fuerzas de Eraso y las partidas vizcainas de Latorre, Valdespina, Zabala y otros. Con Rodil iba la division de Espartero. Realizó el jefe cristino diferentes marchas tras del pretendiente, que huia de él hoy para aparecer mañana en el mismo sitio, sin que se le diera alcance. Al fin

fatigados carlistas y liberales durante 15 días sin que se hubieran disparado un tiro, Cárlos se instaló con perfecta tranquilidad en la villa de Segura, mientras que Rodil, plenamente desilusionado de su idea de capturar al pretendiente, tuvo que hacerlo en la inmediata de Oñate para dar descanso á sus estropeadas tropas.

Sorpresas de Eraul y de las Peñas de San Fausto. Al salir Rodil de Muez encomendó al general G. Anleo que entretuviese á Zumalacárregui para que así pudiera él capturar á Cárlos.

Tenia á sus órdenes Anleo unos 12.000 hombres, 3.000 que condujo á Estella, otros tantos que mandaba Córdova por la parte de Puente la Reina, 4.500 que regian Lorenzo y Oráa, que se dividieron aunque con las debidas precauciones para auxiliarse si la necesidad lo exigia, y unos 1.800 que mandaba el brigadier Figueras, militar muy dado á descuidos, y los descuidos equivalen á crímenes en la guerra por la sangre que cuestan. Como el loño que acecha su presa preparaba Zumalacárregui desde las Améscoas, apoyado en su numeroso y fiel espionaje, una sorpresa contra Figueras, cuyas condiciones le eran conocidas, cuando se le presentó la ocasion de dejar su guarida, y haciendo una marcha nocturna por entre escarpados y espesísimos montes, logró colocarse el 14 de Agosto cerca de Eraul, villa de 50 vecinos, asentada sobre una altura á seis kilómetros de Estella: descuidado iba Figueras con su columna desde esta ciudad á Abarzuza, cuando Zumalacárregui, saliendo de improviso de entre la espesura de los montes, acometió con dos batallones la retaguardia del cristino, la cual, presa de vil miedo, echó á correr al oír los primeros disparos, perdiendo todos los equipajes con 70 acémilas cargadas de municiones de todas clases. Dueño el carlista de tan valiosa presa se retiró contento con ella para realizar el 19 otra sorpresa inmensamente más funesta á los liberales en el sitio llamado Peñas de San Fausto, del mismo término de Eraul. Habia dispuesto Anleo que el baron de Carondelet fuese á apoyar los movimientos de Figueras, Lorenzo y Oráa al frente de una columna, compuesta del provincial de Valladolid, que contaba con unas 700 plazas y de numerosa y brillante caballería, que era la que más imponia al carlista, quien casi

carecia de ella. Tenia que pasar Carondelet del otro lado de Eraul por un estrecho desfiladero, formado por las llamadas Peñas de San Fausto, que son tres enormes y escarpadísimos cabezos, á cuyo pié corre el riachuelo Amescóa, sin dejar más espacio que el estrecho camino que lamen las aguas de aquel: en esta angostura, sin salida á izquierda ni á derecha, una docena de hombres bien armados pueden detener la marcha de un ejército: pues en ella y terreno próximo al lado opuesto de donde marchaba Carondelet apostó Zumalacárregui su gente en esperas del enemigo: Carondelet mandó á un capitán de infantería que se adelantase con su compañía para reconocer el terreno, pero no viendo este al enemigo, se retira sin órden de su jefe, quien cree entonces que puede avanzar impunemente, cuando Zumalacárregui, al contemplar á los cristinos en lo más estrecho del desfiladero, ordena la acometida y su gente fusila sin piedad á infantes y ginetes liberales: sobrecogidos de terror los que salieron libres de los primeros disparos, no saben qué hacer en trance tan duro: unos retroceden corriendo á la ventura, otros atraviesan el rio sufriendo los fuegos carlistas y sólo algunos ginetes procuran vender caras sus vidas. Carondelet logró huir para culpar despues á Figueras y á los demás jefes de columna, que, pudiendo, no fueron á ayudarle. El provincial de Valladolid quedó en cuadro, pues perdió más de 400 hombres entre muertos y prisioneros: de unos 350 caballos se salvaron á duras penas 150: entre los muertos se contó al brigadier Erranz y entre los prisioneros al ayudante de Carondelet conde de Via Manuel, grande de España y joven de valor é inteligencia, al que fusiló Zumalacárregui á los pocos dias en Lecumberry, segun unos de órden de Carlos, segun otros porque Anleo no quiso acceder á un canje, propuesto por el carlista y segun nuestros informes porque así le plugo al candillo guipuzcoano, haciéndolo con una crueldad increíble, puesto que convidó á comer al prisionero, y no más acabarse el banquete le notificó que se preparase á la muerte, la cual sufrió á las dos horas con notable resignacion.

Accion de Las sorpresas de Eraul y Peñas de San Viana. Fausto produjeron en el soldado liberal un

desaliento profundo; á causa de ellas se resintió en gran manera la moral de todo el ejército, y como consecuencia de todo las deserciones al campo carlista se aumentaron lamentabilísimamente: esto no debe extrañarse, porque el soldado se aficiona tanto al jefe que le lleva á la victoria como desprecia, para huir si puede de él, al que le hace experimentar una tras otra derrota. Por el contrario, el entusiasmo de los carlistas subió de punto, y su caudillo se creyó ya capaz de acometer las más arriesgadas empresas. Hasta temeraria fué, por más que le salió bien, la que realizó en la tarde del 4 de Setiembre, presentándose con 4 batallones y 250 ginetes mal montados al campo llano de Viana, pequeña ciudad navarra, que sólo dista de Logroño 6 kilómetros, y es notable por haber muerto al pié de sus muros el famoso César Borgia, hijo del papa Alejandro VI. Ocupaba la poblacion Carondelet, no repuesto aun de la derrota de las Peñas de San Fausto, con 360 ginetes escogidos de la guardia y 5.º de ligeros y unos 1.200 infantes del regimiento de Castilla, del provincial en cuadro de Valladolid y algunos carabineros. Divisados los carlistas cuando se hallaron cerca de la ciudad, lo que supone otro descuido en Carondelet, éste ordenó precipitadamente que toda la caballería saliese al campo en busca del enemigo, apoyada por el regimiento de Castilla y la mitad de los provinciales de Valladolid. No fué pequeña la sorpresa de Zumalacárregui al ver aumentada la caballería que creyó reducida á la nada por el suceso de las Peñas: á su aspecto titubeó entre retroceder ó resistir la embestida que vió preparar á Carondelet; pero observando que los ginetes de éste no se movian (eso que por dos veces recibieron orden de acometer), se dirige á los suyos, tan mal montados como bravos, y recordándoles que los que tienen de frente son los vencidos de las Peñas de San Fausto, les lanza animosos contra los enemigos, que habiendo empezado por desobedecer á sus jefes, echan á correr cobardemente, llevando el desorden y el espanto á la infantería, los unos camino de Logroño y los otros de Mendavia: tan sólo se resistieron unos pocos ginetes animados por Carondelet y tres ó cuatro capitanes, que cumplieron con su deber batiéndose en

retirada, y dando así lugar á que se salvase el regimiento de Castilla, el que sin embargo perdió su bandera. Zumalacárregui entró en Viana al anochecer para sufrir el fuego de un centenar de provinciales de Valladolid que se defendieron heroicamente desde las casas consistoriales y otras de la plaza Mayor. El caudillo carlista, justamente entusiasmado con la victoria de Viana, conseguida por su despreciable caballería contra la brillante y más numerosa de Carondelet, abandonó por la noche la población y se encaminó á la llanura de Alava.

Cesa Rodil en el mando. La derrota de Viana, que con los sucesos

de Eraul y Peñas de San Fausto llenó de terror al partido liberal, desacreditó á Rodil, quien fué destituido. Dejó dicho jefe de regir al ejército del Norte en los últimos dias de Setiembre, en cuyo mes, corriendo en vano de nuevo tras de Cárlos, contempló con dolor bien de cerca el aumento y osadía de las facciones vizcainas, guipuzcoanas y de las Encartaciones. Guibelalde al frente de los guipuzcoanos intentó apoderarse de la importante villa de Vergara durante la noche del 5, y aunque rechazado por una corta guarnicion de soldados y urbanos, no lo fué sin llenar de terror á la poblacion, causando muertes, incendiando varias casas y saqueando otras; Valdespina y Zabala tuvieron varios encuentros hácia la costa con Espartero, que se portó brillantemente, y Castor atacó con 3.000 hombres é incendió á Villarcayo, poblacion libre de solos 100 vecinos, sin que lograrse rendir á los 200 urbanos y soldados que la guarnecian y se defendieron durante doce horas en el edificio municipal y algunas casas, hasta que Iriarte hizo levantar el campo al carlista para batirle en las inmediaciones, cogiéndole el botin que sacára de la villa y rescatando una docena de prisioneros.

El mando de Rodil fué funestísimo á la causa liberal. Ningun general se ha presentado al frente de sus tropas con más planes que él; pero ninguno fué más desgraciado en el mando á pesar de su actividad y buen deseo. Conociósele por el general *de las paralelas*, porque abusó de esta palabra al formar y propalar todos los planes que concibió, interin que el carlista se reia de ellos haciendo

la guerra de montaña con sus sorpresas y emboscadas, sus correrías increíbles, sus marchas y contramarchas, sus aglomeraciones y sus desmembramientos para volver á unirse cuando la necesidad ó la conveniencia así lo exigian. Al cesar Rodil en el mando, el gobierno dividió en dos el ejército del Norte: el más numeroso le encomendó á Mina con el gobierno de Navarra, y el ménos á Osma con el del país vasco. Como Mina se hallaba en Cambo, pequeño pueblo francés cerca de Bayona, restableciendo su salud, se hizo cargo interinamente del mando el conde Almildez de Toledo.

Echarri-Aranaz. Cenicero. Descansando Zumalacárregui dos ó tres días en la llanura de Alava, se dirigió por entre los montes y durante una noche, segun su costumbre, á Echarri-Aranaz. en donde los liberales habian levantado un débil fuerte que guarnecian 150 soldados: iba el carlista seguro de apoderarse del fuerte, porque un oficial traidor se habia puesto en inteligencias con él para entregársele. Encargó Zumalacárregui á dos compañías que entrasen precipitadamente en el fuerte así que el aleve oficial diera la señal convenida y se les abriese la puerta: él se quedó á cierta distancia con dos batallones por lo que ocurrir pudiera. Dada la señal, las cabezas de las dos compañías se arrojan hácia la puerta que abre el traidor para quedarse fuera, pero el sargento de guardia, que se apercibe de la traicion, cierra aquella dando voces de alarma, y la sorpresa queda frustrada. Ardiendo en ira Zumalacárregui da órden de retirada á las dos compañías, á las que tacha de cobardes, y llevándolas á un monte inmediato, las incierra dentro de un cuadro formado por los dos batallones, y manda que se echen suertes para fusilar en el acto un soldado de los que marchaban á la cabeza de ellas, lo cual tuvo efecto en medio del terror de toda su gente. Con esta crueldad quiso castigar hasta la sombra de la cobardía de los suyos.

Burlado en sus esperanzas sobre el fuerte de Echarri-Aranaz, decidese el caudillo carlista á invadir la Rioja para sacar de ella provisiones de todas clases: atraviesa el Ebro al frente de cuatro batallones y dos escuadrones, y cuando se dispone á ir á la villa de Ezcaray, rica por sus

fábricas de paños, tropieza cerca de Fuenmayor, villa á 11 kilómetros de Logroño, con un convoy de 2.000 fusiles que iba á esta ciudad, custodiado por tres escuadrones de húsares y unos pocos infantes: resisten éstos á la vanguardia carlista, que les ataca con brío y dan lugar á que el convoy avance hácia la capital de la Rioja; pero oprimidos por las masas facciosas tienen que rendir las armas: entónces Zumalacárregui lanza toda su caballería contra la que custodia el convoy, la cual no sólo resiste el ataque, sino que desordena al enemigo matándole su jefe: al ver esto Zumalacárregui se pone al frente de unos 50 lanceros y corre á rienda suelta contra el liberal, que no sabiendo defenderse abandona el convoy casi á las mismas puertas de Logroño.

Realizada tan valiosa presa, que mandó del otro lado del Ebro para que se armasen otros tres batallones navarros, se aproxima Zumalacárregui á Cenicero, villa de 400 vecinos, asentada sobre un recodo que forma el Ebro frente al lugar alavés de Puebla de la Barca, y á 15 kilómetros de Logroño, rio arriba: era el 21 de Octubre: á la vista del carlista, los pocos urbanos que habia en la poblacion se encierran en la iglesia, decididos á defenderse hasta morir si son atacados: á la intimacion de rendirse contestan con el fuego de fusil los urbanos, que reciben serenamente el del enemigo, quien á altas horas de la noche vuelve á intimarles la rendicion bajo la pena de poner fuego á sus moradas: entónces contestan los bravos cenicerenses *que jamás se entregarían á incendiarios*, y Zumalacárregui pone en ejecucion su amenaza incendiando las moradas de los principales defensores de la iglesia: estos continúan disparando contra los carlistas á la luz de las llamas que devoran sus casas, de las cuales huyen despavoridas sus respectivas familias: no habia apuntado aún la luz del dia 22 cuando Zumalacárregui mandó poner fuego á la iglesia; pero los urbanos suben á la torre cortando las escaleras, y desde ella se defienden con incomparable heroísmo, causando no pocas bajas á los enemigos: continuó la lucha en la mañana del 22; pero viendo Zumalacárregui la inutilidad de sus esfuerzos para reducir á aquel puñado de valientes, y temiendo por otro lado

que viniesen tropas de Logroño en su persecucion, levantó el campo, pasando á Alava tan avergonzado como entusiasmados dejaba á los de Cenicero, que por virtud de este glorioso hecho adquirió merecido renombre.

Accion de Ale- En vano procuraron Lorenzo y Oráa dar  
gría. vista á Zumalacárregui en su retirada desde Cenicero por Alava y la parte occidental de Navarra: fingió el carlista dirigirse hácia el centro de esta provincia, y cuando aquellos dos jefes, que ocupaban Los Arcos, le creian marchando á las Améscoas, él contramarchó de noche al frente de más de 5.000 infantes y 400 lanceros, y se presentó al despuntar la aurora del 28 de Octubre en la llanura de Alava y junto á la pequeña villa de Alegría, que ocupaba el brigadier O'Doyle con unos 2.200 hombres y cuatro piezas de artillería, en combinacion con los que guarnecian á Vitoria, once kilómetros distante, y los pueblos de Arrieta, Salvatierra y otros. Al acercarse Zumalacárregui á Alegría dividió su fuerza en dos mitades, una dirigida por él y otra que puso á las órdenes de Iturralde con encargo de que cayese sobre la villa por distinto punto que él. Tropezó el jefe carlista con un destacamento que de Alegría iba á Salvatierra, el cual se resistió á la intimacion de rendirse en la confianza de que O'Doyle saldria á su defensa, como así lo ejecutó en el acto, abandonando aquella poblacion imprudentemente, porque no sabia la fuerza con que contaba el enemigo. Al acercarse O'Doyle con su columna al sitio que ocupaba Zumalacárregui, éste le recibió á balazos, mientras que Iturralde, apareciendo por opuesto lado, rompió tambien el fuego contra el cristino, quien calculando lo terrible de su situacion y su inferioridad numérica, quiso retroceder; pero la caballería carlista, desplegada á tiempo á su retaguardia, se encargó de demostrarle que no tenia otra alternativa que rendirse ó pelear hasta morir: arenga animoso á los suyos y dá órdenes para el combate, replegando al instante sus tropas sobre una altura y haciendo que la artillería se coloque junto á un bosque inmediato: mientras que el fuego de la artillería desordena los batallones carlistas, la infanteria cumple con su deber: de uno y otro lado se combate con serenidad y arrojo: habia durado ya la pelea al-

gunas horas cuando el jefe carlista ordena á sus escuadrones que al galope se apoderen á todo trance de las piezas, lo cual ejecutan con pérdida de muchos caballos, matando ó hiriendo á todos los artilleros: entonces manda Zumalacárregui á su numerosa infantería cargar á la bayoneta á la contraria, la cual se desordena á pesar de los esfuerzos de O'Doyle que pierde su caballo y cae prisionero: los navarros persiguen á los fugitivos, á los que no dan cuartel atravesándolos con las bayonetas: el campo queda cubierto de cadáveres, y es tal la ferocidad del carlista que el mismo Zumalacárregui tiene que correr de un punto á otro para decir á sus voluntarios que respeten al que se rinda. Como el combate duró hasta casi el anochecer, el vencedor acampó sobre el teatro de su triunfo y hubo voluntarios tan feroces que durmieron sirviéndoles de almohadas los cadáveres de los cristinos. Perdióse toda la columna ménos unos 200 hombres que lograron refugiarse en el inmediato pueblo de Arrieta. Más de 1.000 cristinos quedaron tendidos en el campo cadáveres ó heridos, y los otros 1.000, que cayeron prisioneros, tomaron parte por el carlista. O'Doyle que no quiso ser infiel á su juramento fué fusilado al siguiente dia en union de un hermano suyo, un capitán y 13 oficiales. Los carlistas tuvieron 700 hombres fuera de combate. Al siguiente dia salió Osma de Vitoria al frente de 3.000 hombres, pero al saber la superioridad del enemigo y ver la desanimacion de sus soldados regresó á la ciudad.

Zumalacárregui volvió á Navarra y llegado que hubo á Lecumberri el 1.º de Noviembre publicó un bando ferocísimo disponiendo «que en adelante serian pasados por las armas todos los prisioneros que se hicieran al enemigo, lo mismo que los alcaldes que circulasen órdenes del gobierno revolucionario, los conductores de pliegos y los individuos que diesen parte de los movimientos de los carlistas.» De este modo dió á la guerra un carácter de verdadero salvajismo, eso que ya le tenia bien cruel por culpa de ambas partes.

Mina. Fuerzas liberales y carlistas. Tan formidable se presentaba la guerra en Navarra, merced á las causas que dejamos expuestas en varios pasajes, que, depuesto Rodil, el gobier-

no, á pesar de su tibio liberalismo, creyó que si algun general podia pacificar la provincia, ninguno tan á propósito para el caso, eso que eran bien conocidas sus ideas avanzadas; como el hijo del país, el héroe de la guerra de la Independencia, el ilustre caudillo del ejército constitucional de Cataluña en 1823, el noble Espoz y Mina, en fin, que seguía emigrado aun cuando voluntariamente desde que le vimos partir de Barcelona para Inglaterra. Aunque lleno de achaques, hijos lo de la edad sino de honrosísimas heridas, acudiendo al llamamiento de la patria, dejó Mina á Cambo y el 31 de Octubre logró instalarse en Pamplona, dando luego una alocucion á los soldados recomendándoles la más severa disciplina, y otra á sus paisanos, aconsejándoles una sumision honrosa. Si al partido liberal le hizo concebir Mina las más bellas esperanzas, al carlista le infundió fundados temores, y el mismo Zumalacárregui dijo que no podia el gobierno cristino haber mandado un general que le pusiera en más cuidado que el dos veces héroe de Arlaban, al que tan conocido era el país navarro desde el Ebro al Pirineo y de Tudela á Vera. Por este tiempo, mermadas en continuos combates y sorpresas, se componian las fuerzas liberales en Navarra y país vasco, sin contar los urbanos ni las guarniciones de Pamplona, San Sebastian, Vitoria, Estella y otros puntos secundarios, de unos 19.000 hombres, los 17.000 infantes y los 2.000 jinetes, divididos de este modo: la brigada Oráa, generalmente de vanguardia, fuerte de 2.100; la division Lorenzo, de 3.500; la de Córdoba, de 3.400; la de Espartero, de 5.500; la brigada O'Donnell (Leopoldo) primo del fusilado en Echarri-Aranaz, de 2.700, y la de Jáuregui, de 2.000. Todas estas divisiones y brigadas tenian su contingente de caballeria y artilleria.

Los carlistas tenian en Navarra, contando con dos de castellanos, 11 batallones á cargo de Zumalacárregui, cuatro compañías de guias, cuatro escuadrones y cuatro piezas de artilleria; en Guipúzcoa, tres batallones al mando de Guibelalde, en Alava cinco batallones con dos escuadrones al de Villareal; en Vizcaya siete batallones y dos escuadrones al de Latorre y Zabala, y en las Encartaciones tres batallones al mando de Andechaga (Castór),

total 30 batallones con los guías y ocho escuadrones: todo ello sumaba una fuerza, entre infantes y jinetes, de unos 20.000 hombres.

No hay que extrañar que la guerra civil se prolongase, cuando los carlistas (quienes eran dueños de todo el país y tenían en todas las montañas sus fortalezas, que valían cien veces más que las plazas fuertes ocupadas por los liberales) contaban con una infantería mayor que sus contrarios. Gravísimos cargos hay que hacer aquí al gobierno y á los generales, por no exigir éstos y proporcionar aquél una fuerza al ménos triplicada á la del carlista para acosarle y anonadarle, ocupando militarmente todo el país rebelado. Para sostener la lucha contaban los carlistas con casi todas las fortunas de las cuatro provincias, los cuantiosos recursos que les mandaban el clero y el partido fanático de toda España y las grandes sumas que les enviaban los legitimistas franceses y casi todos los príncipes de Europa. Al gobierno liberal le sobraban medios, contando con casi toda la España, para sostener bien un ejército inmensamente mayor que el que sostenía; pero como hasta la fecha no habia comprendido lo que era la guerra, no demandaba al país los elementos indispensables para acabarla, y esperaba, tan insensata como antipatrióticamente, que se los diese el extranjero, que en ninguna época de la historia ha dado nada, á no ser por su interés.

Córdoba. Posesionado Mina del mando, presentó Córdoba su dimision, alegando que habia servido en contrario bando que el general en jefe; pero éste hizo que no se le admitiese y le colmó de atenciones, merecidas por su brillante comportamiento en varios combates, sobre todo en Elizondo, en donde habia derrotado á algunos batallones carlistas mandados por Sagestibelza durante los últimos dias de Setiembre. Acertado anduvo Mina en la presente ocasion, porque era Córdoba, además de sincero partidario de la causa cristina, un buen general, como lo demostró muy luego en Orbizu venciendo, una tras otra, á dos columnas carlistas, para lo cual se levantó bastante enfermo del lecho, y acreditándose despues de sereno y gran táctico cuando fué general en jefe.

Peralta y Villafranca. No arredraron á Zumalacárregui las disposiciones que contra él y los suyos adoptó

Mina, y queriendo demostrárselo así al caudillo liberal, se lanzó con cinco batallones, cuatro piezas de artillería y algunos caballos á la ribera baja, y el 8 de Noviembre se presentó en Peralta, villa de 700 vecinos, rica por sus vinos, y sita á orillas del Arga, entre Tudela y Tafalla: defendíanla unos 100 urbanos, quienes, á la aproximacion de Zumalacárregui, se refugiaron en el fuerte, decididos á morir ó rechazar al carlista. Este intimó la rendicion con la amenaza de incendiar el fuerte, segun su bárbara costumbre, que ya habian adoptado los jefes liberales, en especial Lorenzo y Jáuregui; pero el comandante de los urbanos, Iracheta, ni se intimidó por las amenazas de aquel, ni accedió á los ruegos de su antiguo amigo Zaratiegui, ni á las súplicas y llantos de su esposa para olvidar el deber que como bueno se habia impuesto de defender la causa liberal. Ordenó Zumalacárregui el ataque contra el fuerte, valiéndose de la infantería y de los cañones; pero los urbanos contestaron con un nutrido fuego de fusil, que causó no pocas bajas al carlista, quien no pudo acercarse para hacer presa de las llamas el pequeño recinto ocupado por un puñado de bravos. Durante la noche redobló el enemigo sus ataques; pero sólo consiguió ver más mermadas sus filas, por lo que Zumalacárregui mandó tocar retirada, quedando libre Peralta y cubiertos de gloria sus defensores.

No cupo tan buena suerte á la inmediata villa de Villafranca, tan rica como Peralta, con igual vecindario y sita á la izquierda del rio Aragon, á la cual se dirigió Zumalacárregui en los últimos dias de Noviembre. Refugiados sus urbanos en la torre de la iglesia, que habian habilitado como fuerte y con ellos muchas mujeres y niños, recibieron con desprecio la intimacion del carlista para rendirse. Zumalacárregui dispuso que la artillería derribase las puertas del templo, lo cual tuvo efecto á los pocos disparos; no intimidó esto á los valientes urbanos, que contestaban con el fuego de sus fusiles al del enemigo; pero no pudiendo impedir, como hicieron los de Peralta, que éste se acercase á incendiar la iglesia, cuando

más descuidados estaban, vieron que ésta ardía por varios puntos y luego que el humo y las llamas les sofocaban. Entónces las mujeres y los niños demandaron á gritos piedad, y el jefe carlista accedió á que bajasen unas y otros por medio de escalas de mano. Al bajar la primera mujer, que era la bellísima esposa del comandante de los urbanos, enseñando su seno ensangrentado de una herida, no se sabe si por creerle un enemigo ó por venganza personal, disparó un urbano contra un carlista y le mató, enfureciendo esto en tales términos á Zumalacárregui, que, no más ver en tierra á aquella mujer y á sus compañeras las abofeteó y dió de palos en medio de los más groseros insultos, accion abominable en que no se sabe qué admirar más, si lo cobarde, ó lo bárbaro y cruel. El beato caudillo carlista pasó así de incendiario de templos á verdugo de indefensas y atribuladas mujeres, para luego concluir con ser asesino de los esposos de ellas. ¿Qué más pudiera haber hecho un vándalo, un hérulo ó un ostrogodo que este héroe de la llamada legitimidad, que este hijo predilecto de la iglesia católica, sobre el cual tenían ya fijos sus ojos el papa, el colegio de cardenales y todos los déspotas de Europa?

La conducta de Zumalacárregui con las débiles y afligidas mujeres irritó á los urbanos, que siguieron haciendo fuego toda la noche; pero al verse medio asfixiados por el humo de las maderas de la iglesia, que ya habia acabado con la vida de 4 mujeres y 3 niños, demandaron cuartel, que el carlista les negó. Todo el siguiente día continuaron peleando en medio del humo y de un calor abrasador; pero al anoecer observaron que la torre, que era de ladrillo, estaba calcinada, y que de un momento á otro tenia que desplomarse, sufriendo ellos el más terrible martirio: en tan desesperada situacion, y cuando ya habian muerto asfixiados más de 20, dijeron los restantes que querian bajar para ser fusilados, lo cual tuvo efecto incontinenti, sin que conmovieran á Zumalacárregui los gritos de desesperacion de niños y mujeres, ni el espectáculo atroz de aquellas ruinas cubiertas de cadáveres ni la idea de derramar tanta sangre inútilmente. Perecieron en Villafranca de 70 á 80 hombres, cerca de 30 asfixiados,

como 4 mujeres y 3 niños, y los restantes fusilados. Un grito de horror resonó en toda España liberal, y el gobierno se apresuró á endulzar la triste suerte de tanta viuda y tanto huérfano como Zumalacárregui hizo en Villafranca.

Accion de Unzue. Despues de cometer los horrores de Villafranca, Zumalacárregui se subió hácia Aoiz como para proteger á Cárlos, que de Vizcaya se habia corrido á la parte de Sangüesa, y Mina salió por los alrededores de Pamplona, á donde ya osaban acercarse de continuo los carlistas, con los que tuvo un ligero choque, para regresar luego á la ciudad. Desde ella escribió inmediatamente al gobierno diciéndole que la moral de las tropas no le gustaba, que no habia en ellas entusiasmo y que era de todo punto indispensable, si se queria dar fin á la guerra, mandarle muchos soldados y grandes recursos, porque las arcas del tesoro de Pamplona estaban vacias, escaseaban las subsistencias y muchos batallones iban vestidos de verano cuando ya el frio se dejaba sentir con alguna intensidad en aquellas montañas.

Ordenó Mina á Córdova y Oráa, dando el mando al primero, que fuesen en observacion de Zumalacárregui, que de Aoiz se habia corrido á su terreno favorito del partido de Estella, y á Lorenzo que fuera al opuesto lado, tierra de Tafalla, para proteger un convoy que marchaba á Pamplona. Eraso, que lo sabia, trató de sorprenderle en los campos de Unzue, lugar sito junto á la carretera entre Tafalla y Pamplona; pero Lorenzo, contando con una pequeña columna que la prevision de Mina habia encomendado al coronel Ortega para que en caso diera socorro á aquel general, no solo estaba resuelto á proteger el convoy, sino á batir al carlista si se le acercaba. Eraso, que contaba con fuerzas muy superiores á las de Lorenzo, acometió el 12 de Noviembre la retaguardia cristina, que trabó empeñada contienda con el enemigo, haciéndose luego la accion general. Ortega, que acudió presuroso á cumplir con su deber, dió una brusca acometida á los carlistas, llevando el desórden á sus filas y haciéndoles emprender una precipitada fuga despues de dejar el campo cubierto de cadáveres. El convoy pudo así llegar feliz-

mente á Pamplona. La accion de Unzue, corta, pero reñidísima, costó al carlista 250 muertos y á los liberales tan sólo una quinta parte.

**Batallas de Mendaza y Arquijas.** Precisamente en el mismo dia 12 tuvo lugar la batalla de Mendaza, pequeño lugar del valle de la Berrueza, que linda con la provincia de Alava, y contiene, entre otras poblaciones, las de Piedramillera, Sorlada, Nazar y Asarta. Hallábase Zumalacárregui en Mendaza y Asarta al frente de 13 batallones y unos 350 caballos, ocupando buenas posiciones y deseando medir sus armas con Córdova y Oráa, que sabia iban en su persecucion desde Los Arcos, eso que le imponian y no poco la inteligencia del primero y la actividad serena y gran prudencia del segundo, al que llamaba el *lobo cano*, convencido de que era muy dificil derrotarle como igualmente sorprenderle. Regian Córdova y Oráa tantos batallones como el carlista, más caballería y unos cuantos cañones. No más divisar Zumalacárregui las tropas liberales, desplegó sus guerrillas y mandó á tres batallones navarros que hiciesen fuego por la izquierda á la caballería y artillería para entretenerlas. Eran cerca de las cuatro de la tarde, y no habia tiempo que perder para dar y recibir la muerte de una y otra parte. Córdova hizo ante todo avanzar la caballería, colocó convenientemente la artillería, y dividió la infantería en dos alas y cuerpo de reserva. Avanzó la caballería con intrepidez contra dos batallones carlistas, que desde una pequeña eminencia cercana á Mendaza hacian un fuego vivisimo, mientras que, marchando por compañías, la protegia la infantería; pero ésta, á la vista del horrible fuego del enemigo, emprende cobardemente la retirada, en la cual la contiene, amenazando pistola en mano á los primeros que huyen, el capitán de caballería Villalobos: vuelve por éste la infantería á su puesto de honor, y avanzando con resolucion, mientras la caballería se queda en el llano, logra desalojar á los dos batallones de su ventajosa posicion para instalarse en ella. Jugaba en esto la artillería con bastante acierto, protegiendo los movimientos de varios cuerpos de infantería que Córdova iba lanzando contra el enemigo. Avanzaba Oráa por la derecha con toda su brigada, y observó

que Zumalacárregui tenia como emboscados y para reserva tres ó cuatro batallones en la sierra de Piedramillera, y dividiendo entónces su gente, hizo que tres batallones tirasen más á la derecha á envolver á los carlistas, mientras que con el resto corrió de frente, yendo los primeros con gran serenidad los granaderos de la guardia real: el éxito más completo coronó esta repentina y hábil maniobra de Oráa, porque interin que él arrolló de frente á los enemigos, los batallones que mandó por la derecha hicieron correr á los carlistas apostados en la sierra. Oráa puso en conocimiento de Córdova el éxito feliz de esta operacion, y no apreciándola éste en lo que valia, dió órden á Oráa para que se retirase de allí; pero el brigadier, que no acertó á comprender semejante mandato, se sostuvo en las posiciones conquistadas, convencido de que de ello dependia la victoria. Córdova habia dado la órden citada creyendo equivocadamente, porque era ya anochecido, que un fuego vivísimo, que salia de la llamada peña de Mendaza, próxima al pueblo, procedia del enemigo, cuando los que le hacian eran sus tropas que acababan de conquistarla. Siguiendo Oráa sus inspiraciones, y siendo ya completamente de noche, hizo que toda su brigada dirigiese sus fuegos contra Mendaza para desalojar de él al enemigo que le ocupaba, lo cual logró cuando ya la mayor parte de los carlistas marchaban en retirada hácia el inmediato valle de la Solana. La victoria conseguida por los liberales en Mendaza se debió principalmente á Oráa, y aunque Córdova dió por equivocacion órdenes que pudieron comprometerla, reconoció el mérito de aquel brigadier y le llenó de elogios. Oráa alojó sus tropas victoriosas, ya entrada la noche, en Mendaza, y los otros cuerpos descansaron en Sorlada, Asarta y Piedramillera. Tuvieron los liberales unas 300 bajas y los contrarios al pié de 500.

La derrota de Mendaza no quebrantó mucho al carlista, y dispuesto á habérselas de nuevo con los liberales, esperóles tranquilamente en el inmediato valle de la Solana, de clima templado en sus profundidades, en donde se da el olivo, y fértil además por regarle el Ega, que pasando despues por delante de Estella va á morir al Ebro

cerca de la villa de Azagra. El valle confina de un lado con el formidable Montejurra, divisándose desde el otro las empinadas sierras de las Améscoas. Cerca de la pequeña villa de Zúñiga, una de las del valle, hay una gran cañada con un puente, que lleva el nombre de Arquijas, punto distante unos 25 kilómetros de Estella. Aquí y en varios puntos de la orilla izquierda del río esperaba Zumalacárregui á los liberales, que cometieron la torpeza de no perseguirle al siguiente día de la batalla de Mendaza, en que su gente quedó bastante desorganizada, y lo dejaron para el 15, día de esta segunda pelea. Córdova hizo tres divisiones de su ejército, una que regia en persona y fué la que sostuvo más el combate al rededor del puente, otra que encomendó á Oráa con encargo de subir y dar un gran rodeo para caer por la parte de Zúñiga sobre la retaguardia enemiga y otra á cuyo frente puso al coronel Rivero (Felipe). Grandes esfuerzos hizo Córdova durante todo el combate, que fué hasta no más empeñado, para apoderarse del puente: no fueron menores los de Zumalacárregui para impedirlo; pero los de este hubieran sido inútiles á no detener á Oráa en su marcha algunas horas más de las que él creyó y creyó Córdova los cuatro batallones mandados contra él por el caudillo carlista así que tuvo noticia del plan del liberal para atacarle por la espalda. Oráa, que no pudo llegar antes al sitio de la batalla, tomó parte en ésta cerca del anochecer, cuando ya Córdova se disponia á abandonar el campo para retirarse camino de Losarcos, dando esto lugar á recriminaciones y luego escritos de los dos jefes, culpándose recíprocamente del mal éxito de la pelea. Es lo cierto que Oráa se vió envuelto ya de noche por considerables fuerzas carlistas á las que con su sola columna, desplegando un valor extraordinario y un verdadero génio militar, supo ahuyentar con el fuego y á la bayoneta hasta el extremo de desalojarlas de Zúñiga, en cuya villa él se instaló á las siete de la noche, marchando el enemigo en retirada hácia Orviso. Ambas partes se atribuyeron la victoria: si hubo esta, de nadie fué más que de Oráa, aunque le costó muy cara, pues de cerca de 1.000 bajas que tuvieron los liberales entre muertos y heridos, la mitad pertenecian á su co-

lumna. Los carlistas sufrieron ménos pérdidas, porque pelearon desde ventajosas posiciones así en montes próximos como á orillas del rio y entre arboledas. Una cosa importantísima consiguió el ejército liberal con la victoria de Mendaza y la pelea de Arquijas, que fué demostrar á Zumalacárregui que no podía, como él soñaba antes del dia 12, derrotar á sus contrarios y venir sobre Madrid. Fatigados los liberales con la accion de Arquijas retiráronse á cuarteles de invierno, haciendo por su parte lo propio Zumalacárregui, que se instaló en las Améscoas, adonde estaba Cárlos, que allí pasó la Navidad de 1834 viendo coronadas de nieve aquellas montañas.

Cataluña, el Maestrazgo y Castilla. Necesitamos volver la vista atrás para enterarnos del estado de la guerra durante el último medio año de 1834 en las comarcas donde el carlismo armado podia sostenerse. Llauder tenia poco ménos que reducidas á la impotencia á las facciones catalanas, prestando importantes servicios á la causa liberal. Habiéndose instalado en Barcelona el infante Sebastian de Borbon, seducido ya por su madre la de Beira para que abrazase el partido de Cárlos, Llauder le vigiló de continuo, frustró sus planes y le hizo salir de su provincia. Romagosa, aquel feroz Romagosa de 1823 y 24, desembarcó, procedente de Génova y con dinero que le facilitó el rey C. Alberto, el que se halló en la toma del Trocadero, el 12 de Setiembre en las playas catalanas con la idea de producir un levantamiento general; pero sorprendido por Llauder fué llevado á Igualada, en donde se le fusiló en union de un ayudante suyo. En Lérida descubrió Llauder otra conspiracion, cuyo principal jefe fué pasado por las armas. Cristina, agradecida á los buenos servicios de Llauder, le nombró ministro de la guerra, cargo que éste aceptó en los primeros dias de Diciembre, por lo cual cobraron ánimo y se aumentaron las partidas facciosas; pero éstas fueron objeto de una gran persecucion por parte de los jefes liberales Van-Halen, Azpiroz y otros, quienes realizaron una batida que les dió por resultado matar muchos carlistas, fusilando despues los prisioneros para sufrir á su vez horribles represalias.

Casi deshechos cual quedaron en Maya's los carlistas

del Maestrazgo, así Carnicer como Cabrera y demás partidarios de esta comarca, apenas hicieron otra cosa en el resto de 1834 que huir de las columnas liberales, que no les daban punto de reposo. Sin embargo, dichos partidarios, ya unidos ó ya separados, no solo cansaban á sus perseguidores, sino que algunas veces daban la cara para escapar al instante, y tambien sorprendian los pequeños destacamentos que no tenian la suficiente vigilancia. Como en todas partes, aquí se fusilaba á los prisioneros sin necesidad. Cuéntase de Cabrera que queriendo sus compañeros fusilar á unos cuantos prisioneros que llevaban consigo y les embarazaban en su marcha, él se opuso con decision diciendo, *que le horrorizaba la sangre fuera del campo de batalla*. Si el hecho es cierto, el tigre ocultaba momentáneamente sus instintos para satisfacerlos más á su placer en mejor ocasion. En el mes de Agosto sorprendió al pequeño destacamento de Alfara: al momento ofició al gobernador de Tortosa ofreciéndole el canje de todos los prisioneros que tenia en su poder por dos compañeros suyos que estaban presos en aquella ciudad: el gobernador no le contestó; prendió á su anciana madre y fusiló los dos presos con bárbara crueldad: Cabrera, no obstante, soltó á los prisioneros de Alfara por salvar á su madre, que no fué puesta en libertad. Enaltece tal rasgo á Cabrera, al que más adelante juzgaremos con la severidad merecida, como le enaltecen otros de valor personal en encuentros para él desgraciados ó prósperos: en uno de estos peleó Cabrera con un palo, y agarrándose á la cola del caballo del jefe de la tropa liberal le desmontó y se apoderó del bruto matando á su dueño: en otro que tuvo lugar en Abejuela, cogido Cabrera de los faldones de la levita por un fusilero valenciano, logró deshacerse de su contrario agarrándose á sus piernas y derrivándole, para precipitarse en seguida por un derrumbadero, en el cual no pereció por una especie de milagro.

Al finalizar el año de 1834 Nogueras batió en Alcorisa á Carnicer y Cabrera, dejándolos tan mal parados, que el primero se escondió con muy pocos de los suyos en los montes, y el segundo, al ver deshecho su batallon, se decidió á ir á Navarra á avistarse con Carlos y recibir sus

órdenes, ya para volver al país á encender de nuevo la guerra, ó ya para pelear como simple voluntario al lado de Zumalacárregui.

En Castilla no presentaba la guerra mejor aspecto para los carlistas que en el Maestrazgo: puede decirse que solo la sostenia el cura Merino, siempre acosado por las columnas liberales, pero librándose él siempre tambien de ellas por su actividad, buen espionaje y conocimiento que tenia de la sierra en que operaba, cuyos habitantes todos le eran completamente adictos.

# HISTORIAS.

---

## LIBRO XXII.

---

(DE ENERO Á JULIO DE 1835.)

### Sumario.

El Estatuto Real.—El cólera en Madrid. Matanza de los frailes.— Los Estamentos.—Estado de la guerra.—Ormáiztegui.—Segunda accion de Arquijas.—La brigada provisional en Elizondo. Situacion de Mina.—Toma de Losarcos.—Accion de Lárraga.—Accion de Larrainzar. Mina en Elizondo.—Toma de Echarri.—Aranaz.—Accion de Arroniz.—Accion de Ezcurra.—Cesa Mina en el mando.—Accion de Villaro.—Se encarga Valdés del mando. Artaza.—Segunda accion de Guernica.—Tratado de Elliot.—Toma de Treviño.—Abandono de Estella y de varios puntos.—Pérdida de Villafranca, Tolosa, Vergara y otras plazas. Sorpresa de Descarga.—Primer sitio de Bilbao. Muerte de Zumalacárregui.—La guerra en el resto de España.

El Estatuto Real. Apartemos por unos momentos nuestros tristes ojos de las horribles escenas de la guerra y dirijámoslos al campo político, en donde veremos, al lado de crueles decepciones, abrirse en su tercera época las Córtes, aun cuando no para funcionar como nacionales, sino cual privilegiadas y de un modo hasta no más vergonzante. La entrada de M. de la Rosa en el ministerio significaba la resurreccion del sistema representativo, no en verdad con la Constitucion de 1812, de que fué ardiente partidario, ya que no uno de sus autores, en las Córtes ordinarias de 1813 y 14, sino con otro código político que estuviera conforme con sus reprobables tentativas de 1822 para reformar, dando gusto al tirano Fernando, la obra de los legisladores de Cádiz. Todo el mundo esperaba una Constitucion que armonizase las atribuciones inseparables del jefe del Estado en una monarquía

con los derechos de los pueblos, una Constitucion adecuada á las necesidades públicas, dada la situacion del país en medio de una guerra asoladora, y que reconociese las franquicias de éste al propio tiempo que le marcase sus deberes; una Constitucion, en fin, segun la cual las Cámaras, en union de la Corona, pudieran elaborar leyes justas y adaptadas á las costumbres del pueblo, porque sin esta condicion de nada sirven las leyes segun el axioma de Horacio: *¿quid leges sine moribus vanæ proficitium?* Pues del ministerio M. de la Rosa salió un engendro monstruoso, que vieron con ódio los absolutistas, con desprecio los liberales y con gusto solamente sus autores. Fueron estos Javier Búrgos y el mismo Rosa, esto es, el indiferentismo hácia la libertad y el tibio amor á ella despues de habérsela profesado ardientemente hasta la demagogia en sus juveniles años. La *Gaceta* dió á luz tal engendro, calificado más adelante por Búrgos de *especie de Constitucion*, bajo el nombre más que español italiano de *Estatuto Real*. Era éste una Carta otorgada, amalgama informe del pasado y del presente, que no podia producir ningun bien ni á la corona ni á los pueblos. Aunque el Estatuto Real no se presta á un sério exámen porque era una obra ridícula, y las cosas ridículas no admiten, por lo despreciables, una critica razonada, diremos de él que, reservando al poder real, que hacia gracia al pueblo de tan pobre Código político, casi los mismos atributos que en las monarquías absolutas, establecia dos Cámaras, la de próceres ó magnates y la llamada popular: habia de componerse la primera de próceres vitalicios, nombrados por la corona, y de próceres hereditarios, y la segunda de procuradores, elegidos tan sólo por unos 5.000 ciudadanos, puesto que el derecho de nombrarlos se vinculaba en los individuos de los ayuntamientos cabezas de partido asociados á igual número de mayores contribuyentes: las dos Cámaras así nombradas no tenian ni la sombra de la soberanía, porque sólo podian ejercer el derecho de peticion y aprobar los presupuestos: no estaban facultadas para darse un reglamento interior, sino que se le dió el gobierno como si fuesen un Consejo de Estado ó un tribunal cualquiera: por último, el gobierno no tenia la obli-

gacion de reunir las más que de dos en dos años y para los asuntos que á él le pareciesen convenientes.

Tal era el Estatuto, en el cual, segun la frase de M. de la Rosa, trató éste de hermanar la libertad con el orden, cuando llevaba dentro de su seno el gérmen de todas las discordias y la libertad estaba misérrimamente proscrita de todo su contexto. No estaba en verdad la nacion muy adelantada para recibir entónces un código politico avanzado; pero no por esto podian desconocérsela sus derechos de una manera tan lamentable y hasta criminal. Ninguno definió mejor al Estatuto que el honrado Argüelles, fijándose en su voluble autor principal y exclamando á luego de leerle: ¡*qué apostasia!*

Aunque el Estatuto Real fué sancionado por Cristina el 10 de Abril, las Cámaras no se abrieron hasta el 24 de Julio siguiente. Nos ocuparemos pronto de ellas, que ántes hemos de dar cuenta de los sucesos ocurridos en Madrid el 17 del último mes.

El cólera morbo. Matanza de los frailes.

En la conclusion del libro 19 hablamos de la aparicion del cólera morbo en España ántes de la muerte de Fernando VII. Nacida esta epidemia en la India, despues de asólar más de media Asia, una parte de Africa y casi toda la Europa, presentóse en Andalucia, como ya vimos á últimos de 1833, y despoblado esta rica comarca, avanzó al Norte y en todas direcciones, llevando una cónsternacion indecible y un luto general por todos los ángulos del país en 1834. El mundo siempre fué victima de pestes asoladoras, debidas á lo viciado del aire ó por largas sequías, ó por grandes humedades, ó por materias putrefactas que envenenan la atmósfera en que respiran todos los séres vivientes. Sufrió epidemias el Egipto en antiquísimos tiempos, y las padeció muy terribles Cartago unos 500 años ántes de J. C. La más cruel y general de la antigüedad fué la llamada de Atenas, descrita magistralmente por Tucídides, la cual asoló la Grecia el año de 427 ántes de la era cristiana, segundo de la guerra peloponésica. Terrible fué la de Florencia en el siglo xiv, descrita por Boçacio, que la presencié, en su Decameron, y no ménos horrorosa la de Milan de 1630. á la que hicieron más las preocupaciones vulgares, fomen-

tadas por el doctor español Francisco Avilés Aldana, quien consultado por el consejo de sanidad milanés sobre el cruel azote, y contestando como médico, se propasó después á consignar imprudentemente, *que era posible que algun hombre bribon y maléfico propagase, por cualquier veneno, la enfermedad contagiosa y pestilencial.* (*Possit aliquis maleficus et veterator homo, per aliquod venenum contagiosum morbum et pestem, quæ nunc viget propagare.*)

De estas palabras del afamado médico español á los polvos venenosos para producir el contagio con sólo arrojarlos á las calles, á casas y á personas, no hubo más que un paso, y ese se dió, sacrificando á cien inocentes el estúpido vulgo, aficionado siempre á lo sobrenatural, y especialmente en las grandes calamidades públicas.

Pero ninguna peste ha habido que pueda compararse ni en estension ni en horrores con el cólera morbo asiático, así llamado á causa de haber tenido su origen á orillas del Ganges por efecto sin duda de los muchos cadáveres de hombres y animales que en él arrojaron los indios en años de sequía, seguidos de grandes calores. El contagio invadía por pocos dias una poblacion, pero durante ellos la asolaba: diríase que era un feroz mensajero encargado de hacer víctimas en un punto para marchar á otro á desempeñar su espantoso ministerio. Presentábase el mal con fuertes vómitos, horribles calambres en piés, piernas y brazos y enormes dolores de vientre, que producian grandísima diarrea: contraíanse las facciones del acometido de una manera espantosa volviéndose cárdenas, sus ojos se hundian y sus dientes tomaban un color amarillento como los que nos describe Camoens en sus Lusíadas de las gentes que él vió cerca del Cabo de Buena-Esperanza. Hacía repentinamente el mal tantos progresos, que la mayor parte de los acometidos perecian en pocas horas sin auxilio facultativo ni eclesiástico, ni de la familia ni de los amigos, porque el miedo borró de los corazones todos los afectos hasta los más naturales y tiernos: el esposo abandonaba á la esposa, el padre al hijo, la hija á la madre y el hermano al hermano: de los extraños no se diga; si no habia piedad filial, ¿cómo habia de existir la caridad para con el prógimo? El enfermo era un apestado

del que todo el mundo huía. Solamente las madres y no todas, esponian su vida por el fruto de sus entrañas. El terror se veía pintado en todos los rostros, cosa nada extraña (aun la recordamos, como que entonces éramos muchachos), porque á las diez de la mañana despedía uno á un amigo ó deudo querido y á las tres de la tarde tenia noticia de que ya estaba en el cementerio: así es que muchos murieron de pavor. Como existia la idea de que los cadáveres de los coléricos contribuian por su hedor á aumentar el contagio, se les enterraba en el acto mismo de morir echándoles encima cal viva, y varios fueron llevados vivos á la fosa. Muchas casas se cerraron á causa de perecer por completo los individuos que las habitaban, y no pocos pobres se vieron ricos sin soñar dias antes en serlo, porque no podian nunca imaginarse que habian de heredar á parientes lejanos, que contaban con numerosa familia, arrebatada toda en horas por la epidemia: otros tuvieron la desdicha de verse de este modo ricos por tres ó cuatro dias tan sólo, porque la peste, que les sacó de pobres por muertes de parientes, les llevó á la tumba no más heredarlos. Observóse que el contagio se cebó ménos que en las otras edades en la de la mocedad, esto es, en la de 15 á 30 años. Las grandes ciudades y los pueblos á orillas de rios caudalosos padecieron mucho y los situados en las alturas poco, librándose del contagio algunos de estos. No acertó ningun médico á curar tan terrible mal, y así fueron pocos los que se salvaron de los por él acometidos: fué creencia general entonces que algunas personas se libraron del contagio llevando consigo pedazos de alcanfor y aspirando éste metido en el cañon de una pluma, así como algunas localidades tuvieron ménos mortandad por encender diariamente grandes hogueras, que siempre purifican el aire, y hacer que los ganados de todas clases recorriesen las calles dos veces cada dia, al amanecer y al ocultarse el sol. En los pueblos más castigados arrebató el cólera una octava parte de su poblacion y en los ménos una vigésima. De todos modos tales y tan horrorosos fueron sus estragos que durante un año no se contó un pueblo en donde se viera una mujer que no vistiese de luto por la pérdida de algun deudo.

Invadido Madrid por el cólera en los primeros dias de Julio, gentes malvadas, á las que creyó el estúpido vulgo, hicieron correr la absurda especie de que los coléricos morian, no por la epidemia, sino por el envenenamiento de las aguas de las fuentes públicas que realizaban los frailes ó por sí mismos ó por agentes asalariados suyos. Tomóselos á los frailes por los *homines veteratores* que imaginó en Milan el doctor Avilés Aldana, porque el ódio de los liberales hácia ellos era tan antiguo como profundo: representaba este ódio la ley terrible de la compensacion, mejor dicho, de la expiacion, pues los frailes, como ya vimos, habian hecho muchísimo daño á los liberales de 1823 al 33. A semejante ódio, ajeno al vulgo, se unió la codicia de éste, que vió una grande ocasion de satisfacerla con una matanza de frailes, seguida del saqueo de sus conventos. La calumnia del envenenamiento corria de boca en boca; algunos frailes eran insultados cobardemente por gentes desvergonzadas y bárbaras, y dióse el caso de que, viniendo un dia cierto fraile de Fuencarral con unas alforjas al hombro, un grupo de desalmos le culpó de llevar en ellas veneno para las aguas, y á duras penas pudo escapar de sus garras. Todo esto y más lo sabian el ministerio Rosa y las autoridades, y no sólo dejaron todos que la grosera calumnia adquiriese alarmantes proporciones, sino que no tomaron medidas para impedir los males que ella tenia que producir irremisiblemente de no desvanecerla. Lo extraño es que, una de esas autoridades, la primera, fuese el bravo y honrado Martínez de San Martín, aquel jefe político de 1822, que tan buenos servicios prestára á la causa de la sociedad, superintendente á la sazón de policia y capitán general interino de Madrid.

Llegó el 17 de Julio, el dia en que el cólera causó más víctimas, y la exaltacion contra los frailes por el supuesto envenenamiento llegó á su colmo entre las gentes de mal vivir, hombres criminales, mujeres perdidas y chiquillos haraposos, azuzados por sus perversos deudos para lanzar gritos de muerte contra los que vivian en los claustros.

Divididos los malvados en grupos y provistos de armas, oyéronse casi á un tiempo gritos de muerte en la Puerta

del Sol contra los frailes que ocupaban el inmediato convento de San Felipe el Real, sobre cuyo solar se eleva la casa llamada de Cordero, en la calle de Atocha, frente al convento de Santo Tomás, y á las puertas de San Francisco el Grande, de la Merced (hoy plaza del Progreso) y otros. A los pequeños grupos, que gritan ¡*mueran los frailes!* se unen sujetos de mala catadura, entre ellos algunos individuos de la sociedad secreta llamada la Isabelina, y constituyendo ya respetables turbas, penetran en las iglesias y en los claustros, abriendo á balazos y golpes de hacha y martillo las puertas que encuentran cerradas. Hombres, mujeres y chiquillos, todos sedientos á la vez de sangre y oro, buscan por do quiera á los objetos de su rabia y de su codicia, y despues de asesinar sin piedad á cuantos frailes encuentran, sin respetar edad, ni achaques, ni siquiera la enfermedad que á algunos tiene prostrados en cama, roban y saquean cuanto encuentran á su paso, dinero, alhajas, ropa, cuadros y comestibles, y lo que no pueden llevarse lo destrozan contra el suelo y paredes ó lo arrojan por las ventanas. Más de cien frailes fueron asesinados de este modo en los principales conventos de Madrid, siendo uno de ellos el de Atocha, fuera de la villa. Durante estas escenas de horror y vandalismo, en las que tomaron parte algunos urbanos, y de las cuales salieron ricos varios malvados, las tropas permanecieron quietas, la milicia sobre las armas sin dar un paso para impedir aquellas, y las autoridades en punible inaccion, pues puede decirse que solamente se las vió en los sitios de las matanzas cuando ya las turbas no encontraban á quien sacrificar. Logróse, sin embargo, por San Martín, al que diríase que el génio del mal habia quitado la energía y el sentimiento del deber, salvar á algunas víctimas acudiendo, aunque tarde, á San Isidro y á Santo Tomás. Un fraile de este convento logró encaramarse, no se sabe cómo, á la altura donde estaba la estatua del santo, y detrás de ella se salvó: al siguiente dia hubo que bajarle, y encontrósele como aletado por el miedo y la falta de alimentos, de lo cual se repuso llevándosele á su casa el jefe militar que acudió á aquel convento y se quedó guardándole.

Los sicarios inventaron, para cohonestar sus horrendos crímenes, que las matanzas de los frailes tuvieron lugar porque estos hicieron fuego sobre el pueblo desde las ventanas del convento de San Cayetano, ocupado por gilitos: fué lo cierto que un malvado, que años adelante lo contaba en descargo de su conciencia, atormentada por grandes desgracias domésticas (pues que, como dice el refran vulgar, Dios suele castigar sin palo cuando no lo hace la justicia de los hombres), entró en el convento en clase de amigo, y convenido de antemano con los de afuera disparó una arma de fuego para que así empezasen las matanzas, pasando por provocadores los que luego fueron vilmente asesinados.

Si responsabilidad cabe en la matanza de los frailes á M. de San Martín por no tomar para evitarla las convenientes medidas, al ministerio M. de la Rosa le corresponde inmensamente mayor por su apatía, de que no le sacaron ni los gritos ni los actos blasfemos y escandalosos de los ladrones y asesinos, ni los ayes penetrantes de las víctimas sacrificadas tan cruel como cobardemente. No les exclaustro con anticipación, como demandaban el espíritu liberal y la conveniencia de la nación, y no les defendió, cual era de su deber, contra las iras de los malvados, teniéndolos como presos en sus conventos. El superintendente de policía dejó su puesto: el ministerio continuó en el suyo con escándalo y horror de todos los buenos. Si la historia hace un fundadísimo cargo al voluble y superficial granadino porque no supo evitar la efusión de sangre española el 7 de Julio de 1822, esa misma historia le declara el principal responsable de la matanza de los frailes, pues que, pudiendo evitarla, no lo hizo: después pudo castigarla, y como haciendo sangrienta burla de las leyes, de la moral y de la justicia, se suplició tan solo meses después á un pobre músico del ejército por haberle encontrado una vil prenda de lienzo de las robadas á los frailes por los bandidos.

Los Estamentos. El 24 de Julio, á los siete días de la infame matanza de los frailes, abrió Cristina en persona las Córtes, á las que el Estatuto llamaba *Estamentos*, nombre que tenían los brazos de las antiguas Córtes

aragonesas. Faltó muy poco para que esta ceremonia no tuviera lugar, pues que en el mismo día de ella debió estallar, preparada por la sociedad secreta la *Isabelina*, una conspiracion que diera al traste con el Estatuto y sus autores para reemplazar aquel por una Constitucion liberal y á éstos por ministros de ideas avanzadas, entre los que figuraban personas tan conocidas como Perez de Castro, Calvo de Rozas, Garcia Herreros y Florez Estrada. Habia fraguado la conspiracion y debia dirigirla un agudo intrigante, llamado Aviraneta, conspirador de oficio, que despues se fué á ejercer sus malas artes al campo de Carlos; pero tan ruin sujeto, escondido en una casa y rodeado de misterios, fué delatado por uno que estaba en la trama poco ménos intrigante que él, y esto desbarató el plan, llevándose preso la policia al Aviraneta, quien, al verse descubierto, se tragó la lista de los conjurados y otro papel donde tenia escrito el plan, por lo cual no pudo probarse nada, ni el ministerio adelantó cosa alguna en sus pesquisas aun cuando prendió á varios personajes, para soltarlos luego, entre ellos Calvo de Rozas, el duque de Zaragoza Palafox y el famoso demagogo del 20 al 23 Romero Alpuente.

Cristina leyó un discurso, en el cual los ministros la hicieron decir, «que el Estatuto era el cimiento de la obra que los Estamentos estaban llamados á levantar,» frase que, contentando á muy pocos, no satisfizo á la mayoría del partido liberal, que deseaba de plano un código político más en armonía con las necesidades de la nacion y en donde se reconocieran los fueros y franquicias de esta. Así resultó que desde el primer momento se entabló una lucha terrible entre el ministerio y los procuradores de ideas avanzadas, que miraban á aquel como una coleccion de apóstatas, no merecedores de regir los destinos del país. Figuraba ya en el ministerio como encargado de la cartera de Hacienda, que se hizo dejar á Imaz, el conde de Toreno, quien regresó de su segunda emigracion poseido de ideas altamente reaccionarias, partidario acérrimo de la política de retroceso y utilitarismo de L. Felipe y de cuanto oliese á francés, muy pagado de su saber y aficionadísimo al mando, que despreció en 1822. En contra de

éste, Búrgos y M. de la Rosa (pues que sus otros compañeros no inspiraban grande aversion) se colocaron desde el primer momento los procuradores, bien conocidos del lector, Argüelles, tipo de honradez y consecuencia, y A. Galiano, que lo era de facundia, ligereza y sibaritismo, y á su lado se pusieron Lopez (Joaquín María), uno de los mejores oradores que ha conocido la Europa, aunque de poco cálculo político, su amigo Caballero (Fermin), que tenia el mismo defecto sin poseer su elocuencia, y el conde viudo de las Navas, ardiente y sincero partidario de la causa popular. El Estatuto reconoció tambien el derecho de nombrar procuradores á todas las colonias, y así es que lo fueron por Filipinas Lecaroz y García Camba, y por Cuba Kindelan y otros dos.

Desde las primeras sesiones del Estamento de procuradores se convenció todo el mundo de que el Estatuto era letra muerta, porque la opinion pública reclamaba otro Código político, y así es que, contra lo establecido en aquel, los procuradores avanzados no solo tomaron la iniciativa para elaborar leyes, sino que, sin que pudiera impedirlo el ministerio, discutieron y votaron para ser sancionadas luego por la regente la ley que abolió, de conformidad con la decretada por las Córtes constituyentes, el voto de Santiago y la llamada de los derechos fundamentales, equivalentes casi á los despues titulados derechos individuales, porque en ella se estatua la seguridad individual, el sagrado del domicilio, la libertad de imprenta y la igualdad de los españoles para obtener empleos y cargos públicos. Presentaron dichos procuradores otros proyectos de ley sobre desamortizacion, diezmos y diferentes reformas, que no fueron aceptadas por timidez. La cuestion de hacienda ocupó, durante muchas sesiones, al parlamento para concluir por facultar á Toreno á fin de que contratase un empréstito de 400 millones de reales, cosa que pidió con extraordinario empeño el ministro, porque con ellos se proponia hacer muchos milagros, que no hizo, para pacificar el país y cubrir el déficit que resultaba en el presupuesto de entradas, déficit que ascendia á la respetable suma de 300 millones. Tambien el parlamento confeccionó en Octubre la ley que excluia de la sucesion

á la corona á Carlos y á todos sus descendientes.

Al finalizar el año de 1834 el parlamento habia hecho bastante por la libertad política de los españoles, pero la division de éstos, sin contar con la producida por la guerra civil, era muy grande y además precursora de inmensos trastornos, que con precision tenian que redundar en pró de los carlistas armados.

Estado de la guerra. Ormaiztegui. En el comienzo de 1835 el estado de la guerra en el Norte no tenia nada de lisonjero para el partido cristino, eso que Miraflores habia logrado para el mes de Agosto anterior una adición al tratado de la *Cuádruple alianza*, en cuya virtud Portugal é Inglaterra se comprometieran, *cuando el caso llegase*, á dar ayuda material á la reina de España, y la Francia por su parte se obligó á impedir con todo rigor que se enviasen por su frontera pirenaica gentes, armas y pertrechos militares á los carlistas, aunque, como de costumbre, nada de esto cumplió el gobierno de L. Felipe, tan aleve como hipócrita para la España liberal. Por otra parte dejaba y mucho que desear la moral del ejército, y los carlistas envalentonados habian aumentado sus batallones y se creian fuertes para acometer por do quiera á los cristinos.

Ardiendo en deseos Zumalacárregui de batir á Jáuregui, porque éste en sus escursiones por los montes de Navarra y Guipúzcoa habia incendiado varios caseríos y santuarios, abrigos de carlistas, salió de sus guaridas de las Améscoas, y bajando al país guipuzcoano al frente de 10 batallones se instaló el 1.º de Enero en Villarreal y Zumárraga, pueblos tan cercanos que sus casas se tocan, sitos en la carretera de Francia del otro lado de las sieras de Arlaban. Jáuregui, que supo la aproximacion del carlista, se marchó de Vergara á Mondragon para reunirse con Espartero, que se movió al tener noticia de la salida de Navarra del caudillo guipuzcoano, y con Carratalá, que gobernaba otra columna cristina. Zumalacárregui avanzó hasta la pequeña villa de Ormaiztegui, que le vió nacer, sita sobre dicha carretera entre Zumárraga y Tolsosa, y allí, ocupando excelentes posiciones, se decidió á esperar el 2 á los jefes liberales, que contaban con más fuerzas que él. Fueron los primeros á acometer los libera-

les, y haciéndolo con brío lograron desordenar á los carlistas, á quienes rehicieron la presencia y exhortaciones de Zumalacárregui para pelear con bravura hasta la noche, que puso fin á la contienda. Al siguiente dia se reprodujo el combate, jugando la artillería cristina, aunque sin éxito, contra las masas carlistas parapetadas en posiciones casi inexpugnables, por lo que los liberales determinaron retirarse, molestando los carlistas á la columna de Carratalá, que con gran trabajo logró entrar á media noche en Vergara. Tuvieron fuera de combate en estas refriegas unos 100 hombres los liberales y pocos menos los carlistas. Despues de ellas, Córdova, que hizo dimision del mando que tenia en Navarra, fué agraciado con la capitania general de las tres provincias vascas, porque todo el mundo tenia fé en su pericia y en su decision por la causa cristina.

**Sorpresa.** Miétras que Zumalacárregui volvia á sus guaridas ordinarias de las Améscoas, Eraso se movió de Vizcaya para el partido de Villarcayo, y el 6 de Enero hizo una importante sorpresa junto á la venta llamada del Rivero, derrotando la pequeña columna que mandaba el marqués de Campoverde, quien pudo escapar trabajosamente con la mitad de su fuerza, dejando en poder del enemigo más de 200 prisioneros y tendidos en el campo unos cien hombres. Sorpresas como esta fuera del país vasconavarro desalentaban grandemente al soldado liberal, quien con razon se quejaba de ir á las órdenes de muchos jefes imperitos y descuidados, que le llevaban, como él decia, al matadero.

**Segunda accion de Arquijas.** Quería el bravo Lorenzo vengar la sangre liberal que en Arquijas se habia derramado el último mes de Noviembre, y así solicitó de Mina que pusiera á sus órdenes respetables fuerzas para ir en busca del carlista: concediéndoselo Mina, pudo Lorenzo, á cuyas órdenes se puso la columna de Oráa, marchar á mediados de Enero desde Estella al frente de 10.000 hombres y una respetable artillería en busca de Zumalacárregui. Dirigióse al valle de la Solana y en Orviso sostuvo el 17 contra fuerzas inferiores á las suyas un sangriento choque, que concluyó por desalojar al enemigo de sus formidables po-

siciones. Pero este choque no fué más que el preludio de la segunda acción de Arquijas, una de las más sangrientas de la guerra civil y á la cual Lorenzo, lleno de entusiasmo, retó formalmente á Zumalacárregui. Observándose unos á otros llegó el 5 de Febrero, y Lorenzo se presentó antes del medio día á la vista de la cañada y puente de Arquijas sobre el Ega, que ya describimos en el libro anterior. Allí le esperaba Zumalacárregui con su gente bien ordenada y tan ansiosa ó más de batirse que la liberal, eso que debieran poner espanto en los ánimos muchos cadáveres insepultos, rígidos y sin descomposición, por efecto de la nieve y el frío, que por do quiera se veían de la acción ocurrida en el mismo sitio tres meses hacia. Lorenzo, después de hacer jugar su artillería, que desconcertó á los carlistas, dispuso que unos 1.000 hombres acometiesen á la bayoneta colocándose él á su frente. Avanza intrépida la pequeña columna, y aunque las balas carlistas la merman logra acercarse al puente, que sirve de teatro durante media hora de terribles escenas en que con inusitado furor se da y se recibe la muerte cuerpo á cuerpo: cae mortalmente herido el brigadier carlista que recibe el empuje de los libres, y Lorenzo, que pasa el puente, se cree ya vencedor; pero entonces se coloca Zumalacárregui al frente de su batallón de guías y con él logra restablecer el combate, que se convierte en una verdadera carnicería, mientras que el fuego de fusil y de cañón no cesa en todas las inmediaciones: los esfuerzos de Zumalacárregui, que espone su vida con la misma intrepidez que Lorenzo, obligan á éste á reparar el puente cerca ya del anochecer, después de haber hecho un horrible destrozo en los carlistas, aunque no superior al que estos causaron en su gente.

La victoria se la atribuyeron no sin fundamento los carlistas, ya porque perdieron ménos gente que los liberales, y ya también porque Lorenzo se pronunció en retirada hácia el valle de la Berrueza, siguiéndole Oráa, al que persiguió el enemigo hasta Santa Cruz de Campezu, ya entrada la noche. Lorenzo no se retiró sin recoger más de 300 de sus heridos: tuvo en la acción unos 260 muertos; los carlistas contaron más de 200.

La brigada provisional en Elizondo. Mandaba, como arriba vimos, una pequeña columna, que llevaba el nombre de brigada provisional, el coronel Ocaña, valiente y entendido militar, á cuyas órdenes iban varios jefes que despues figuraron como generales del ejército español, entre ellos Narvaez y Serrano. A esta brigada, compuesta de tres batallones no muy nutridos, pero sí animosos, la dió Mina el encargo de ir á socorrer á Elizondo, que despues de sostenida y abandonada varias veces por los liberales, habia quedado últimamente por estos, fortificándola de una manera regular. Hostigábanla de continuo los carlistas mandados por Sagastibelza, que á todo trance queria hacerse dueño de la capital del Baztan para dominar así todo el valle y facilitar por aquel sitio sus comunicaciones con el país vecino. De Pamplona parte á Francia una carretera que pasa por Elizondo, equidistante de aquella ciudad y de la de Bayona. A los 27 kilómetros de los 40 que separan á Elizondo de Pamplona, está el elevado puerto de Velate, que divide los valles de Ulzama y del Baztan, éste más fértil y templado que aquél. Cuando Sagastibelza, que desde los primeros dias de Febrero se ocupaba en batir con artillería el fuerte de Elizondo, supo que se acercaba á socorrerle la brigada provisional, abandonó el sitio y se fué al frente de tres batallones á esperar á los liberales en el mismo puerto de Velate, á donde Ocaña llegó el 6 de Febrero en medio de un temporal deshecho de agua y viento. Trató Sagastibelza de disputar el paso á Ocaña; pero éste logró arrollarle en las alturas y bajar á dormir al valle del Baztan. Al siguiente dia continuó su marcha; pero al momento se le opusieron de nuevo los carlistas, con los que sostuvo sangriento y porfiado choque, viéndose obligado á encerrarse en el pequeño lugar de Ciga, uno de los 14 que componen el ayuntamiento del Baztan: allí, acosado por Sagastibelza, que recibió otros tres batallones de refuerzo, se parapetó como pudo en las casas del pueblo abriendo fosos y realizando prontamente otros medios de defensa en todas las boca calles para rechazar al tenaz y atrevido carlista, que le puso formal sitio: horrible fué la situacion de la brigada provisional durante los dias 7, 8 y 9 de Febrero, sufriendo constante

fuego de fusil y de cañon; pero el 10 se hizo aquella más crítica por la aproximacion de Zumalacárregui al frente de tres batallones, con los que y los seis de Sagastibelza pensó rendir la hueste liberal, que hizo un supremo esfuerzo en el último dia y en el siguiente 11, confiada en que Mina, enterado del caso, la enviaria socorro.

Mina hizo avanzar tropas en direccion de Elizondo, sabido lo cual por Zumalacárregui levantó el sitio el 12 y dirigió su gente á la derecha camino de Roncesvalles: entonces la brigada provisional pudo abandonar á Ciga y llegar á Elizondo cerca del anochecer, habiendo tenido en estos combates unos 100 hombres entre muertos, heridos y prisioneros, siendo mucho menor la pérdida de los carlistas: estos fusilaron á dos oficiales y cinco soldados que cayeron en sus manos.

Instalado Ocaña en Elizondo pronto se vió rodeado de carlistas con los que sostenia choques diarios, viendo lamentables bajas y llenos de terror á sus soldados y á los habitantes del pueblo por el fuego de unos obuses que aquellos hicieron jugar por primera vez, habiéndose construido en el país bajo la direccion del coronel Reina, que del ejército habia desertado á la faccion. Mina, que aun cuando con dificultad se comunicaba con el jefe de la brigada provisional, apremiaba á éste para que batiese al carlista saliendo de Elizondo, cosa que no podia hacer sin gravísimo riesgo por ser sus fuerzas inferiores á las del enemigo. Cumpliendo, no obstante, con las órdenes del general en jefe, y siempre confiado en que se le enviarían refuerzos, repetidamente reclamados, hizo Ocaña algunas salidas á los pueblos del valle sin obtener resultado: la última, verificada el 3 de Marzo por la parte de Lecaroz, costó al liberal mucha sangre, y si se salvó la brigada provisional debióse á la serenidad y pericia de Ocaña, que supo conducirla en ordenada retirada por escalones á Elizondo, que al siguiente dia se vió rodeado de carlistas muy confiados ya en apoderarse del pueblo y de las tropas en él encerradas, y tan exhaustas de todo que carecian de pan, pues sólo le habia para los enfermos, de vino y de todo lo más preciso. Hacian más angustiosa esta situacion los ayes y lamentos de niños y mujeres que

se habian refugiado en la iglesia para salvarse de la metralla que arrojaban los recién construidos obuses carlistas. Ocaña, para que no desmayase con esto su tropa, tuvo que echar del pueblo á las mujeres y niños, enviándolos á Francia. Soportaba con valor el jefe liberal las amarguras del sitio esperando socorros que pronto le habia de llevar Mina en persona, venciendo para ello difficilísimos obstáculos.

Situacion de Mina. Sin que las facciones hubieran tomado notable incremento, pero sí entusiasmo y audacia durante el mande de Mina, éste se veia contrariado en sus planes y aspiraciones por la rivalidad del ministro de la Guerra Llauder, quien no le miraba con buenos ojos á causa de sus ideas avanzadas, por la escasez de recursos en que el gobierno le tenia, faltando á muchos soldados el calzado y ropa de invierno, y por no mandarle los soldados que pedia con urgencia, asegurando «que creia poder acorralar bien á Zumalacárregui y hacer que la guerra tomase un buen aspecto como se le enviasen 10.000 hombres efectivos, pero no como los del batallon titulado de Castilla, que le enviaran, compuesto de 300 individuos desnudos y descalzos.» Aunque Llauder intentó separar á Mina del mando pretextando su mal estado de salud, no lo consintió el ministerio. No tenia otro pensamiento Mina que exterminar al carlista. Dió órdenes para que se mejoraran y se aprovisionasen los fuertes; dividió las tropas convenientemente para que peleasen con ventaja y salvaran los convoyes que iban de Castilla; organizó con prudente sigilo el poco espionaje que podia tener en un país tan enemigo como lo era la Navarra, y en su patriótico entusiasmo por la causa liberal acudió al socorro de Maestu, villa de Alava, distante 22 kilómetros de Vitoria y 13 de Salvatierra, eso que el cuidado de ella corria de cuenta del comandante general de la provincia. Tambien por este tiempo devolvió á Zumalacárregui una hija de dos años que hacia meses, sin que lo supiese el caudillo liberal, se hallaba como en rehenes en Pamplona en union de su ama de cria: cumplió así Mina con su deber, dando de paso una leccion al jefe cristino, que cometió la barbarie de aprisionar á un sér inocente y á una criatura an-

gelical. Hecho todo lo anterior y entregando la plaza con su ciudadela á la custodia de la milicia urbana, se decidió á ir en persona á Elizondo con objeto de salvar la brigada provisional, y tambien con la idea de que, acudiendo allí Zumalacárregui al frente de las facciones navarras y guipuzcoanas, podría dar á todas ellas el golpe de gracia y proporcionar á la España la deseada paz. Achacoso y enfermo, pero lleno de entusiasmo, salió Mina de Pamplona camino del Baztan á principios de Marzo al frente de unos 2.000 hombres, dando orden á Oráa para que con su division marchara por el flanco izquierdo y á otros jefes que lo hiciesen á retaguardia.

Toma de Los-  
arcos. Accion  
de Lárraga.

Antes de narrar la marcha de Mina á Elizondo merecen mencionarse dos sucesos que tuvieron lugar en la parte meridional de Navarra. La importante villa de Losarcos, sita entre Viana y Estella, y en la cual se habian invertido gruesas sumas para fortificarla, fué tomada por Zumalacárregui el 24 de Febrero. Aproximóse á ella el caudillo carlista el 23 al frente de varios batallones y algunas piezas que vomitaron mucha metralla contra el castillo y puntos fortificados: el primero de estos que cayó en poder de los carlistas fué la casa titulada de Aizcorbe: abierta brecha en ella, los cristinos presentaron su pecho al enemigo; pero entrando éste á la bayoneta, los arrolló haciéndolos retirar á otras posiciones: acometen en seguida los carlistas el hospital; pero son rechazados por sus defensores, que se defienden á balazos y con granadas de mano: la venida de la noche hizo creer á los libres que el enemigo suspenderia todo ataque hasta el dia siguiente; pero Zumalacárregui dió orden para que jugase la artillería contra el hospital y el castillo, sobre los cuales mandó arrojar gran cantidad de guindillas encendidas, que abundan en el país y cuyo humo es tan insoportable, que ahoga al que de cerca le aspira. Al ver este reprobado medio de hacer la guerra, y considerando que con prolongar la lucha iban á perecer misérrimamente muchos heridos y enfermos que habia en el hospital, determinaron los sitiados abandonar sigilosamente la plaza ántes de rayar el alba y así lo pusieron por obra, dejando á los centinelas en sus puestos para salvar á costa

de sus vidas la guarnicion. Al amanecer del 24, observando el carlista que no habia enemigos en la plaza entró en ella, perdonó á los centinelas y respetó los heridos y enfermos del hospital, á los que mandó trasladar á más cómodos alojamientos para que los cuidasen con esmero: hizo más el caudillo carlista, y nos complacemos en consignarlo aquí en disculpa siquiera de las mil atrocidades que tenia cometidas: á un jefe y seis oficiales heridos que, al indicársele, no quisieron tomar parte por Cárlos, les mandó á Viana despues de hacer que les curasen sus heridas.

Desde Losarcos, á donde vino para entrar como en triunfo Cárlos, marchó Zumalacárregui á tierra de Tafalla en busca de una respetable columna que deseaba batirse con él á las órdenes del brigadier Carrera, quien llevaba consigo á Narciso Lopez, ajusticiado más adelante en Cuba, mandando una respetable fuerza de caballería, en cuya arma era notable por su potente lanza. Diéronse vista el 8 de Marzo carlistas y liberales cerca de Lárraga, villa de más de 200 vecinos, sita cerca del Arga y á 11 kilómetros de Tafalla. Quiso acometer la primera la caballería carlista, á la cual desconcertaron las descargas de los cazadores de Carrera, dándole lugar para que colocase convenientemente sus batallones, poniendo tres en linea de batalla y otros tres en reserva, sin contar los cazadores que ocupaban unos viñedos, desde los cuales podian herir casi sin ser molestados. El Arga separaba á los combatientes. A la vista de lo bien ordenada que tenia su hueste Carrera y de sus ventajosas posiciones, Zumalacárregui titubeó; pero pareciéndole vergonzoso retroceder, lanzó sobre el puente dos batallones que fueron rechazados: enciéndose en ira el caudillo carlista, y cogiendo otro batallon se pone al frente de los tres y avanza hácia el puente, pero es tambien rechazado con grandes pérdidas y aunque con dolor tiene que abandonar el campo, convencido de lo temerario de su empresa, para ir luego en busca de Mina, ya dispuesto á partir al socorro de Elizondo. La pérdida de los carlistas en la accion de Lárraga pasó de 60 muertos y más de 100 heridos: la de los cristinos no llegó á una mitad.

Accion de  
Larrainzar.  
Mina en Eli-  
zondo.

Tomadas por Mina las convenientes disposiciones, salió de Pamplona sin que le arredrasen ni su mal estado de salud ni el tempo-

ral furioso de lluvia y viento quetenia obstruidos todos los caminos por donde habian de ir unas tropas mal vestidas y peor calzadas, como estaban en su mayoría las que conducia. Era el 12 de Marzo, y Mina, que marchaba por el valle de Ulzama, cerca del pequeño pueblo de Larrainzar, siguiéndole casi paralelamente á la izquierda Oraá con unos 3.000 hombres, observó que le esperaba Zumalacárregui con seis batallones apostados en el monte de dicho pueblo y ocupando, como de costumbre, las más ventajosas posiciones, para caer con impunidad sobre su enemigo. Mina dió orden de atacar, y Zumalacárregui le salió al encuentro, confiado en batir al general en jefe cristino, Lograron los liberales desconcertar al primer batallon carlista que se les puso delante; pero animándole Zumalacárregui y haciendo entrar á otros cuerpos en accion, puso en grande aprieto á Mina, que daba disposiciones aquí y allá, lo propio que Oraá, para que los suyos peleasen con brío y entusiasmo. Quiso la suerte que el coronel Joaquin Elio, que pocos dias ántes se pasára á la faccion abandonando sus banderas, no acudiese al sitio que le mandó Zumalacárregui ocupar con dos batallones más para cerrar á Mina el único paso que habia en el puerto para bajar al Baztan, y así pudo el general en jefe escabullirse de entre los batallones de Zumalacárregui y ganar aquel valle para llegar á Elizondo en la madrugada del 13 con grande alegría de parte del pueblo y la guarnicion. Casi todos los historiadores hablan de un ardiz de que se valió Mina para ganar el Baztan, suplantando una orden de Zumalacárregui para Elio, que éste creyó verdadera: es una invencion ridícula. Elio, de suyo perezoso, no cumplió la orden de Zumalacárregui de ocupar el sitio que le señaló en el puerto, por lo que tuvo que escaparse y esconderse hasta que, pasadas unas semanas, le perdonó su nuevo caudillo. En la accion de Larrainzar tuvo Mina una pérdida de 200 muertos y doble número de heridos: fué mucho menor la de Zumalacárregui, quien, en vez de seguir á Mina al Baztan, se bajó hácia Echarri-Aranáz me-

ditando nuevas empresas. Antes de la accion de Larrainzar habia cometido Zumalacárregui una accion asaz bárbara y cobarde: aprisionó á varias esposas de los liberales del Baztan refugiados en Elizondo, y despues de maltratarlas, las exigió por su rescate la suma de 15.000 duros, que las infelices tuvieron que buscar para verse libres.

Mina permaneció pocos dias en el Baztan, y durante ellos se empeoró en el resto de Navarra la causa liberal. Reconoció parte del valle para averiguar dónde estaban ciertos cañones que se habian fundido hacia poco, señalando la opinion de aquellos habitantes el pueblo de Lecaroz, cercano á Elizondo, como cómplice en la fabricacion: Mina exigió de los vecinos de Lecaroz que le señalarasen los sitios donde se habian fundido y ocultado los cañones: una ferrería perteneciente á un liberal, refugiado en Pamplona, fué incendiada, y no diciendo, porque no lo sabian, los vecinos de Lecaroz el sitio donde estaban escondidas las piezas, mandó quintarlos para ser fusilados, órden atroz que aun cuando se llevó á cabo solamente en una mitad, manchó la reputacion del caudillo liberal, que siempre se portó con humanidad. Hizo más Mina contra los infelices de Lecaroz: mandó incendiar el pueblo, y el fuego consumió cerca de 20 casas. Recorriendo los montes del desventurado pueblo encontró en ellos tres cañones de poco valor, que llevó como en triunfo á Pamplona, en donde entró de regreso el 21, despues de haber dado el 19 multitud de disposiciones, cuyo cumplimiento encargó á Oráa, para sostener por la causa liberal los puntos fronterizos de Urdax, Santestéban, Zugarramundi y otros, y levantar y sostener el espíritu público con la formacion de partidas volantes mandadas por liberales del país.

Echarri-Aranaz. Miétras que Mina recorria los montes del

Baztan en busca de cañones carlistas, se cometió la torpeza de dejar á Zumalacárregui que se apoderase á poca costa de Echarri-Aranaz, importante punto en esta guerra, porque, bien fortificado y artillado, servia como de antemural para que los carlistas no bajáran impunemente á la ribera, y de refugio á las columnas libe-

rales en sus operaciones desde Pamplona á Vitoria y viceversa. La villa de Echarri-Aranaz, de unos 250 vecinos, se halla sita en el valle de Araquil, al pié de la sierra de Andía, á orillas del riachuelo Burunda y sobre la carretera que va de Vitoria á Pamplona, distante de esta ciudad unos 30 kilómetros. Guarnecíanla unos 360 hombres, la mayor parte del reorganizado provincial de Valladolid, y tenia en el fuerte, un poco separado de las casas, tres buenos cañones con la correspondiente dotacion de artilleros. Acercóse Zumalacárregui á la villa el 15 de Marzo y empezó á batir el fuerte con un gran cañon del tiempo de la guerra de la independencia, que se habia encontrado en las playas de Guipúzcoa y con inmensas dificultades subido á Navarra, y á causa de su vejez fué bautizado por los soldados carlistas con el nombre del *abuelo*: al fuego de esta pieza contestaron las del fuerte, haciendo gran destrozo en las filas carlistas. Convencido Zumalacárregui de que sin otros elementos que sus fusiles y el *abuelo* no podia apoderarse del fuerte, ordenó hacer una mina, la cual estalló el 18 por la noche, arruinando media pared y volando entre los escombros 30 de sus defensores. Abierta la brecha, disponíase Zumalacárregui á lanzar á ella sus batallones, cuando algunos provinciales de Valladolid y aun artilleros, cansados de esperar socorro, que en verdad debieron dársele las columnas que allí cerca operaban, se pasan al enemigo: éste enarbola entónces bandera blanca, y casi toda la guarnicion se precipita por la brecha para entregarse á discrecion: el caudillo carlista recibe placentero á la tropa, hace que los suyos ocupen el fuerte, y no sólo perdona á los jefes y oficiales que se hallan en él, sino que les conserva sus espadas, manda que se les entreguen sus equipajes y les facilita escolta para que con ella lleguen sanos y salvos á Pamplona, en union de los pocos soldados que se conservaron fieles á su bandera, porque los más de estos abrazaron la carlista. Fuese estudiada ó no esta humanidad de Zumalacárregui, el historiador tiene que alabarle, y le alaba con gusto como ensanchando el ánimo aterrado por tantas atrocidades recientemente cometidas. Durante el sitio fué herido el brigadier Villarreal, muy estimado de Zumalacárregui, y junto á la ca-

beza de éste pasó una bala de cañon cuando se hallaba descansando en su alojamiento. La conducta de Zumalacárregui en Echarri-Aranaz, no sólo le enaltecíó, sino que sirvió de tema para execrar más y más la de Mina en Lecaroz y la que á luego observaron sus tenientes en Iturren, en donde bárbaramente sacrificaron á bayonetazos 24 heridos moribundos, arrojando á las calles sus cadáveres mutilados; horrible maldad, que dió márgen á un manifiesto del partido carlista parangonando los hechos de Zumalacárregui en Losarcos y Echarri-Aranaz con los de Mina y su gente en Lecaroz é Iturren.

A los pocos dias de la toma de Echarri-Aranáz abandonaron los liberales el fuerte de Olazagoitia sobre la misma carretera de Pamplona á Vitoria más cerca de esta ciudad. Tal abandono hizo decir á Zumalacárregui que habia conquistado á Olazagoitia sin costarle sangre ni dinero.

Por este tiempo Lopez, que recorria la ribera con 600 caballos, dejó por descuido que una partida carlista tomase el fuerte de Lodosa sobre el Ebro y se llevara sus efectos, y para cohonestar su torpeza echó la culpa á varios vecinos de Sesma, á los que quiso que se condenase á trabajos forzados en el canal de Castilla, cosa que Mina rechazó indignado.

Accion de Acababa de llegar á Navarra el general Arroniz. Aldama al frente de una fuerte division, que se aumentó con la brigada que mandaba Carrera. Segun las órdenes que tenia del gobierno se encaminó Aldama desde Castilla hácia Estella sin ir á conferenciar con Mina. Lleno de ilusiones, ajeno al país y teniendo á los carlistas por hordas indisciplinadas y gentes perdidas, como les calificaban los periódicos de Madrid, creyó Aldama que a la vista de sus tropas tendria que huir el enemigo ó sufrir una vergonzosa derrota. Con la division Carrera mandaba Aldama 13 batallones, ocho piezas de artillería y unos pocos caballos. Supo al momento Zumalacárregui el sitio á donde se habia dirigido Aldama á la falda de Montejurra, elevadísima montaña que parece como una ciudadela natural de Estella, y se decidió á ir en su busca al frente de ocho batallones bien nutridos y

unos 200 caballos. Descansaba Aldama aun cuando muy vigilante el 29 de Marzo en Arroniz, villa de 400 vecinos, cuando le dió vista Zumalacárregui, que ocupaba las inmediatas alturas. Mandó acometer el liberal dividiendo su gente de modo que varios batallones se posesionaran de la cordillera derecha y otros de la izquierda, mientras que Carrera tomara la ermita del pueblo, protegidos estos movimientos por la artillería, que fué colocada en una eminencia próxima. Al avanzar los liberales, Zumalacárregui mandó hacer fuego, y entónces se empeñó un rudísimo combate, en que se tomaban y perdian posiciones, derramándose en abundancia la sangre por ambas partes: batíanse los carlistas con valor heróico, pero á este le contrarestaba la artillería liberal, y á tener cañones Zumalacárregui, una gran victoria hubiese coronado sus esfuerzos: aun sin ellos puso en tal aprieto á Aldama que se hubiera pronunciado en retirada á no acudir voluntariamente á su socorro el brigadier F. Ribero, que en su paso para Estella al frente de tres batallones, oyó el fuego de cañon y acudió valeroso á ayudar á los suyos, ganando por su arrojo la cruz laureada de San Fernando. A pesar de este contratiempo para Zumalacárregui siguió este peleando hasta que las sombras de la noche vinieron á separar á los combatientes, que dejaron sobre el campo unos 200 muertos, pocos más carlistas que liberales. Atribuyéronse éstos la victoria porque desalojaron de varias posiciones á los contrarios, quienes, lejos de creerse vencidos, ocuparon al dia siguiente las mismas posiciones, que Aldama no creyó conveniente conquistar retirándose á Lerin, desde cuya villa fué luego á salvar á Córdova, comprometidísimo en las montañas que rodean á Maesta, á donde como comandante general de Alava habia ido con siete batallones para salvar su guarnicion en peligro y abastecer el fuerte.

Accion de Ezcurrea. Encargado Oráa por Mina de conservar el

Baztan para la causa liberal y decidir por ella á sus habitantes y á otros de los próximos valles, procuró poner en planta las instrucciones que le dejara al abandonar á Elizondo, y aquel inteligente brigadier llevó su cometido hasta donde le fué posible. Aseguró varios puntos

de la frontera, fortificándolos convenientemente, inclinó muchos ánimos en favor de la reina, sobre todo en el pueblo de Valcárlos, cabeza del valle de su nombre, en donde se halla el paso de los Alduides, al que decidió en masa y dió armas, y en seguida salió á perseguir al enemigo, ocupado principalmente por los pueblos de Saldias, Ezcurra y otros del inmediato valle de Busuburua Mencer, en la fabricacion de armas y municiones, para lo cual les ayudaban grandemente los franceses fronterizos á vista y paciencia de sus autoridades. Dirigióse Oráa el 6 de Abril al frente de respetables fuerzas al último valle, y junto á Ezcurra, villa de 200 vecinos, trabó pelea con los batallones que mandaba Sagastibelza: á las dos horas de combate llevaba el liberal una gran ventaja, pero cuando más segura creia la victoria se presentó Zumalacárregui con unos 3.000 hombres, y Oráa tuvo que retirarse peleando hasta que con gran trabajo logró refugiarse en Santesteban recién fortificado y guarnecido, y desde allí pasó al siguiente dia á Elizondo.

Cesa Mina El 8 de Abril presentó Mina la dimision de en el mando. su mando, sabiendo por amigos particulares que el gobierno tenia ánimo de relevarle. No mejoró la guerra en Navarra bajo el mando de Mina, pero es un hecho que su salida del país empeoró aquella de una manera extrordinaria. El mismo Zumalacárregui, bien fuese por aficion á Mina, á cuyas órdenes sirvió durante la guerra de la Independencia, mediando además la buena accion de haberle devuelto éste su hija, ó bien porque estimara en lo que valian para esta guerra sus dotes militares y la circunstancia de ser navarro, celebró su relevo, dedicándole estas frases: *Él (Dios) nos ha presentado por contrario á Mina. Mina SOLO podia balancear nuestra victoria. Mina SOLO podia detener sobre los bordes del abismo el trono vacilante de la débil criatura que la bajeza y el crimen quieren imponernos por reina; él, que á la energia, á la actividad y á su talento militar reúne una reputacion colossal y por sus venas corre sangre navarra y... sin embargo, él tambien ha caido.* En efecto: la guerra llevaba ya inutilizados varios generales en jefe del partido liberal, mientras que Zumalacárregui, al frente de ella en el

opuesto bando, habia logrado reunir un ejército numeroso y aguerrido, que á la fecha contaba con respetable caballería y una porcion de cañones. Mal lo hicieron comunmente los generales cristinos, y si alguno hubo que comprendiese la guerra ese fué Mina, al que como á otros no ayudó el gobierno con los recursos de hombres y dinero que eran necesarios. Es tambien un hecho tristísimo que todos los sucesores de Mina empeoraron la lucha, como tendremos ocasion de ver en el curso de esta historia.

Accion de Villaro. Antes de dejar Mina el mando tuvieron lugar en Vizcaya, entre otros hechos, las acciones de Miravalles y Villaro, en que Espartero se portó con su ordinario arrojo: en la primera, que tuvo lugar el 26 de Marzo, batió á cuatro batallones carlistas causando bastantes muertos, y despues de la accion cometió el acto atroz de incendiar á Luyando, pequeño lugar alavés, no lejano de Orduña y Amurrio, y en la de Villaro, villa vizcaina, sita en la falda del puerto de Gorbea, desalojó á la faccion de sus formidables posiciones, cogiéndola 35 prisioneros que fusiló sin piedad, como lo habian sido dias ántes por Eraso 37 soldados que cogió en un pequeño fuerte cerca de Orduña. De este modo horrible se hacia la guerra, como si la España fuese un país de cafres.

Por este tiempo estaban ya tan envalentonados los carlistas vizcainos que no permitian á los soldados de la libertad ser dueños de otro terreno que el que pisaban, y Eraso tenia bloqueada la plaza de Bilbao en términos que sólo podia entrar en ella algun convoy custodiado por numerosas fuerzas y siempre á costa de sangre.

Se encarga Valdés del mando. Artaza. El general Valdés (Jerónimo), que acababa de suceder á Llauder en el ministerio de la guerra, ofrecióse á sus compañeros y á Cristina para volver al Norte en la idea de acabar la lucha fratricida, arrogancia imperdonable en quien ya habia demostrado sus escasas dotes para vencer á un enemigo contra el que se necesitaba más numeroso ejército y más provisto que el que él se encargaba de dirigir. Llegada que hubo á Madrid la dimision de Mina salió Valdés con el doble carácter de ministro de la guerra y general en

jefe en direccion de Vitoria, á donde llevó é hizo ir algunas tropas de Castilla y reconcentrar otras del teatro de la guerra, y despues de publicar el 18 de Abril dos largas alocuciones, una á sus soldados ofreciéndoles grandes recompensas y otra á los navarros y vascos amenazándoles si no se entregaban con el rigor de las leyes militares *y conque se entregarían á las llamas las poblaciones de ciertos valles que servían de refugio á los rebeldes*, partió el 19 al frente de 22.000 hombres en busca de Zumalacárregui, que á la sazón se hallaba en las Améscoas. De los 22.000 hombres hizo Valdés tres divisiones, que puso á las órdenes de Aldama, Córdova y Seoane (Antonio). No intimidó á Zumalacárregui lo numeroso del ejército cristino, ántes determinó salir á su encuentro y molestarle como siempre desde posiciones por él escogidas. Avanzó Valdés con su hueste hasta llegar cerca del pueblecito de San Martin de Améscoa, en donde se le presentaron las guerrillas de Zumalacárregui haciéndole fuego, que el liberal despreció, porque acababa de concebir el extraño proyecto de marchar desde allí, como lo hizo, de monte en monte para ganar así la sierra de Urbasa por su parte meridional, á fin de no pelear con el carlista en sitio escogido por éste, sino en el que la suerte le deparase. Tomó Zumalacárregui este plan de Valdés por una cobardía y se decidió á seguirle por aquellas asperezas con once ó doce batallones, en la seguridad de batirle. Despues de pasar Valdés dos noches frias al raso, llegó el 22 á las alturas de Artaza, pequeño pueblo de la Améscoa baja, distante 16 kilómetros de Estella, en las cuales tenia ya apostados Zumalacárregui dos batallones en combinacion con sus restantes fuerzas. Empezaron los dos batallones carlistas el fuego, al que contestaron las gentes de Valdés avanzando por la derecha en direccion de Estella, visto lo cual por Zumalacárregui hizo entrar en accion el resto de sus fuerzas, lo que obligó al cristino á hacerle frente, colocando varios batallones en una altura desde la cual hacian gran daño á los carlistas que disparaban al pié de ella. Mientras que se batian los batallones colocados en la altura salió el resto del ejército del término de Artaza, siguiéndole despues aquellas fuerzas. Entonces Zumalacárregui escogió

sus tropas más ligeras y se lanzó con ellas tras las cristianas, que volvieron á hacerle frente, trabándose ruda pelea, que, á causa de carecer de municiones los carlistas, duró poco tiempo, pero el suficiente para que la brigada de Buerens se pronunciase en retrada y en gran desorden camino de Abarzuza: lo demás del ejército, alejado Zumalacárragui, continuó su marcha para Estella, á donde entró ya muy de noche y en medio de tal confusion y espanto, que en el camino se hicieron fuego unos batallones á otros creyéndose enemigos. Al siguiente dia tuvo Valdés que disponer la salida de una columna de Estella para proteger á la gente de Buerens que se habia refugiado en Abárzuza y recoger los muchos dispersos y extraviados que pasaron la noche en los montes y viñedos. La marcha de Valdés á Estella equivalió á una gran derrota, porque vió su ejército presa de vil miedo y desmoralizado, eso que el enemigo que en tal situacion le puso era extraordinariamente inferior á él. Carlos celebró como un notable triunfo la accion de Artaza, y por ella hizo que se cantase un *Te-Deum* en Oñate, en cuya villa acababa de instalar su ambulante corte.

Segunda accion de Guernica. Valentía de los defensores de un convento.

A los pocos dias de los anteriores sucesos padeció otro triste contratiempo la causa liberal. Recorria la costa vizcaina con una columna de 3.000 hombres el brigadier F. Iriarte, y el jefe carlista Sarasa, que contaba con superiores fuerzas, se decidió á ir en su busca desde Villaro y batirle entre Lequeitio y Guernica. Mandaba Sarasa seis batallones vizcainos, con los cuales emprendió su marcha, dando orden á Gomez, que disponia de otros tres guipuzcoanos, para que le siguiese. El 1.º de Mayo dió vista Sarasa á las tropas liberales cerca de Guernica, y animando á su gente la hizo tomar precipitadamente la villa, que no tenia guarnicion, si bien habia una de 200 hombres de los regimientos del Príncipe y Gerona en un convento de monjas, sito en las inmediaciones. Dueño Sarasa de la villa, que es pequeña, pero bonita, hizo salir casi todas sus fuerzas á oponerse al liberal que avanzaba animoso: trábase la pelea, y la gente de Iriarte lo arrolla todo, haciendo gran destrozo en los carlistas, que se refugian dentro

de la poblacion, y desde ésta hacen un fuego tan mortífero, que Iriarte se ve obligado á reconcentrar sus tropas junto al convento: desde aquí, decidido á pasar la noche en Guernica, hace jugar la artillería y avanzar toda la infantería; pero los carlistas, parapetados en casas y bocacalles, le rechazan causándole enormes pérdidas. Iriarte reúne de nuevo su gente fatigada y, arengándola con entusiasmo, la lanza otra vez contra la poblacion, pero entónces redobra el carlista sus esfuerzos, se bate con verdadera desesperacion á la bayoneta y logra arrojar al liberal, que deja dicha plaza cubierta de cadáveres y unos 260 prisioneros, entre ellos 50 heridos. La columna de Iriarte acababa de ser destrozada, logrando él refugiarse en Lequeitio con los tristes restos de ella. Perecieron en la pelea unos 500 hombres, entre ellos algunos ahogados por romperse una escalera que hacia de puente para pasar la ria llamada de Mundaca, y luego los carlistas fusilaron á tres jefes prisioneros del Príncipe, Gerona y Córdoba, á dos capitanes, un teniente y tres subtenientes. Los carlistas tuvieron tambien más de 200 muertos.

Al siguiente dia 2 cercó Sarasa el citado convento é intimó la órden de rendirse á los 200 valientes que le ocupaban, quienes vieron serenos cómo el jefe carlista mandó hacinar combustibles para poner fuego al edificio si no se entregaban: lejos de intimidar á aquellos bravos el espectáculo de los cadáveres de sus compañeros, tendidos aquí y allá, entre el convento y la villa, les animó para resistirse hasta la muerte: desprecian otra intimacion de Sarasa hasta el extremo de no contestarle: éste les invita entónces á que dejen salir á las monjas y tampoco le responden: pone fuego el carlista á las puertas del edificio, y los sitiados, disparando contra el enemigo, le presentan tras de las puertas quemadas fuertes paredes de guarda fuegos: hace jugar Sarasa un cañon para abrir brecha y llevar allí más combustibles con ánimo de que el humo ahogue á los sitiados, y estos se burlan tambien del último medio: quieren morir ántes que entregarse á su feroz enemigo, al que han visto fusilar sus bravos jefes. Confiaban en que fueran tropas liberales en su socorro. En efecto: Espartero, que se hallaba en Villarreal de Alava

y supo en la tarde del 2 la catástrofe de Iriarte, descendiendo por el puerto de Urquiola y vuela al frente de 5.000 hombres á Guernica, á la que dió vista el 3 de madrugada: á su aparición se intimida Sarasa y da orden de abandonar la villa, marchando él con sus batallones vizcainos hácia el valle de Arratia y Gomez con los guipuzcoanos á Elgoibar. Espartero se adelantó hácia el convento al frente de su escolta, y los bravos que le ocupaban salieron á recibirle y recibir sus plácemes y sus alabanzas por la conducta heroica que acababan de observar. El jefe de aquellos valientes era un teniente de Gerona llamado Calvo.

Tratado de Merced á la política bárbara inaugurada  
Elliot. por Zea Bermudez y á la natural ferocidad del bando apostólico hacíase la guerra, como hemos visto, con una crueldad de salvajes: incendios, devastaciones, saqueos, asesinatos, violaciones, atropellos y toda clase de actos atroces, ejecutados diariamente por ambas partes, llenaban de oprobio y vergüenza el nombre español. Pocas veces, como tambien hemos visto, se respetaban los prisioneros, cuya sangre se derramaba con criminal indiferencia, sino con infernal fruicion. Sin que sea nuestro ánimo disculpar á los liberales, preciso es reconocer en éstos más humanidad que en los carlistas. Enfrente de los fusilamientos de Espartero, de su incendio de Luyando y de sus bandos draconianos y usurpadores de la potestad legislativa, están el fusilamiento horrible, llevado á cabo por Zumalacárregui, de los 120 tiradores alaveses, el incendio de la iglesia de Villafranca de Navarra, sus latigazos azotando cobardemente el rostro de las infelices esposas de los urbanos de esta villa, sacrificados incontinenti de entregarse, y sus malos tratamientos y fuertes multas á las mujeres de los liberales del Baztan cuando Mina acababa de devolverle su hija. Crueldad y grande hubo en varios jefes cristinos, pero fué mayor la de muchos jefes carlistas, como lo demuestran los hechos referidos. Sangre y esterminio respiraban unos y otros y en todos habia tan gran ferocidad que ella llamó la atención de las naciones cultas de Europa, horrorizadas con los anuncios diarios de crímenes espantosos y nunca oídos, pues tal fué el fruto maldito de esta guerra promovida por

la ambicion de un hombre ignorante, fanático y en todos conceptos despreciable.

El pueblo que más se escandalizó fué el inglés, cuyos periódicos publicaban las atrocidades de ambos bandos, condenándolas con energía: hacian casi lo mismo los diarios franceses, aplicándonos la frase de *que el Africa empezaba en los Pirineos*, sin tener en cuenta que de su país venian hombres, armas y toda clase de recursos á la faccion, fomentando así la lucha que nos devoraba, para insultarnos cuando ménos debian hacerlo. El gobierno inglés, al que se dirigió el ministerio Rosa en demanda de un medio que regularizase la guerra, recibió gustoso el pensamiento y poniéndole por obra comisionó al jóven lord Elliot para que, presentándose en el campo de Cárlos, viesse de inclinarle á celebrar un tratado en virtud del cual se dulcificara el modo de hacer la guerra, respetando los prisioneros y estableciéndose un cange de ellos entre ambas partes. Mina, que estaba ya inclinado á semejante convenio no solo por humanidad sino por su condicion de navarro, así que supo por el mismo Elliot, quien se le notició desde Bayona, fecha 5 de Abril, el asunto que le traia á España, dió las órdenes convenientes para que sus tropas no pusieran impedimento al inglés, y además le envió desde Pamplona á su compatriota mister Wilde para que le asegurara de sus nobles deseos, por más que á causa de ciertas cartas recibidas de Lóndres sospechase que el gobierno británico mandaba aquí á Elliot más bien que con un objeto humanitario con otro político en favor de Cárlos.

Presentóse Elliot en el cuartel general carlista cuando ya Mina habia dejado el mando: fué recibido con todo agasajo por Cárlos y Zumalacárregui, quienes hicieron ver á los suyos que Inglaterra les iba á ser favorable en adelante; y despues de breves conferencias entre el último y el inglés se convino en el tratado, que, remitido á Valdés, aprobó y firmó éste en Logroño el 27 de Abril y el 28 Zumalacárregui en Eulate: al pié de la firma de ambos caudillos aparece la de Elliot, nombre que lleva el tratado.

Consta éste de nueve artículos. Por el 1.º se comprometian los generales de ambos bandos á conservar la

vida de los prisioneros y á canjearlos; segun el 2.º el canje se haria al ménos dos ó tres veces al mes; el 3.º disponia que el canje fuese en justa proporcion y que los prisioneros excedentes permaneciesen tales hasta nuevo canje; segun el 4.º el canje de los oficiales de todas categorías se haria de grado á grado; el 5.º era referente á los depósitos de los prisioneros en las plazas que habian de ser designadas por ambas partes, debiéndose respetar dichos depósitos por el partido contrario con la condicion de que en ellos no pudieran fabricarse armas ni efectos militares: el 6.º disponia que no se pudiese quitar la vida durante la lucha á persona alguna civil y militar por sus opiniones sin que fuese juzgada conforme á los reglamentos y ordenanzas militares; el 7.º disponia que ambas partes respetasen religiosamente á los heridos y enfermos que hallasen en hospitales, pueblos, ciudades, cuarteles ó cualesquiera otros parajes; en el 8.º se consignaba que se observarían las mismas condiciones que en el país vasco-navarro, si la guerra se extendiese á otras provincias, y en el 9.º y último se estipulaba que el tratado se observaria religiosa y rigurosamente por todos los comandantes que pudieran sucederse en ambos partidos.

Tal fué el tratado de Elliot, que despojó á la guerra de su carácter verdaderamente salvaje. Combatiéronle los liberales exaltados, que es muy cómodo reprobar lo que, de seguir, no ofrece peligro al que lo reprueba, por horrendo que ello sea: lo más extraño es que le condenase Argüelles, que nunca perteneció á los bullangueros, que decian que se habia tratado de potencia á potencia con Zumalacárregui, como si nada valiera la inmensa y preciosa sangre que se iba á economizar. El tratado llenó de gloria al lord Elliot. ¡Lástima que no se hubiera celebrado muchos meses ántes, y lástima tambien que, á pesar de su art. 8.º, no se hiciera extensivo á las demás provincias de España!

Zumalacárregui quiso hacer alarde de sus sentimientos de humanidad delante de Elliot. Despues de firmar el tratado hizo ir á su presencia á los prisioneros que tenia para decirles, « que en obsequio al noble lord les perdo-

naba la vida y les daba la libertad.» Lo que no pudo darles el caudillo carlista fué la salud y el aspecto del bienestar, porque los infelices se hallaban casi desnudos y tan pálidos y estenuados de hambre que parecían espectros.

Toma de Treviño. Hay enclavado en Alava, del otro lado de

Miranda de Ebro, un pequeño territorio castellano, que se llama condado de Treviño, compuesto de la villa de su nombre y de varias poblaciones. Fortificóse dicha villa en los comienzos de la guerra y se la dotó de una guarnicion de 500 hombres entre soldados y urbanos. Era así Treviño un punto importante para refugio de liberales y un padrastro para los carlistas en sus correrías de la llanura de Vitoria al Ebro. Convencido Zumalacárregui de lo útil que seria á los carlistas alaveses la posesion de Treviño, determinó tomarla, y sigilosamente se lanzó á ella desde las Améscoas el 10 de Marzo, al frente de 12 batallones, un regimiento de caballería y seis cañones: el 11 hizo jugar la artillería contra la poblacion y el fuerte: los sitiados abandonaron parte de la primera, retirándose tras de varias obras de defensa, hechas en bocacalles y plazas: un batallon alavés se lanzó furioso contra las primeras obras, y á la bayoneta logró que los sitiados se refugiaran en el fuerte: cañoneado éste durante toda la noche y acobardados sus defensores, éstos ofrecieron entregarse á discrecion, lo cual realizaron en la mañana del 12, eso que no habian tenido más pérdida que dos muertos y 13 heridos. Encontraron los carlistas en el fuerte 500 fusiles, muchas municiones y varios efectos de guerra. Casi todos los soldados, en número de 300, pertenecientes al provincial de Laredo, tomaron parte por Carlos: los urbanos, en número de 200, fueron los primeros prisioneros, segun el tratado de Elliot, y como á tales se les condujo á un depósito de Navarra.

Abandono de Estella y de varios puntos.

Desde Estella se fué Valdés á Logroño temiendo una invasion de Zumalacárregui en Castilla, empresa arriesgada por un lado para

los carlistas, y por otro condenada por la inmensa mayoría de los navarros, que no querian abandonar su país por las comodidades que él les proporcionaba. Entró en el ánimo del nuevo general en jefe abandonar casi todos los

puntos fortificados, y si bien pudiera aprobarse esta medida respecto de algunas pequeñas fortificaciones en el centro del país enemigo por contar ya éste con artillería para tomarlas al menor descuido de los liberales, ó por no poder éstos socorrerlas á tiempo, merece la más severa censura por lo que toca á poblaciones importantes como Estella y á comarcas decididas por la causa liberal como el Baztan. Valdés, llevando á cabo su idea, hizo un daño inmenso á la causa liberal: ordenó que se abandonase á Estella, la cual ocupó Zumalacárregui, y que se evacuase el Baztan, cuyos naturales, comprometidos por Mina en favor de la reina, tuvieron al fin que refugiarse en Francia, dejando así la frontera á merced del carlista. Oráa, obedeciendo mal de su grado las órdenes del general en jefe, salió de aquel país en medio de la mayor tristeza, dejando en pié las guarniciones de Elizondo, Santesteban, Urdax y Oyeragui, y ofreciendo á los baztaneses que pronto volvería á verlos, con gran trabajo por lo intransitable de los caminos á causa de continuas lluvias, condujo su columna hasta las alturas ya conocidas de Larrañizar, en donde le esperaba Sagastibelza el 27 de Mayo con cuatro batallones bien situados, que empezaron por acometer y batir la vanguardia liberal, llevando el desórden á todas las tropas. Corriendo de acá para allá procuró Oráa infundir aliento á su gente; pero descalza ésta y fatigadísima por el mal estado de los caminos, desoyendo la voz de su jefe, se pronunció en vergonzosa fuga: gracias á un batallon de la Princesa pudo contenerse algun tanto el desórden y salvar la mayor parte de la columna, que se refugió ya muy de noche en el pueblo de Elizaburu, yendo á la retaguardia Oráa, que tuvo la pérdida de 60 muertos, más de otros 60 ahogados en el riachuelo Ulzama, que venia desbordado, y al pié de 400 prisioneros. Oráa, que habia cumplido con su deber, pidió la formacion de causa para que se esclareciesen los hechos y se castigára al que lo merecia: esto último lo hizo Valdés con bastante lenidad y sin derramamiento de sangre: Oráa no desmereció en el concepto público ni en el de Valdés, porque á los pocos dias le dió orden de volver al Baztan para recoger las guarniciones de los citados fuer-

tes, lo cual ejecutó con gran pericia militar, apoyado por las brigadas de Gurrea y Mendez Vigo (Santiago), saliendo el 5 de Junio de Elizondo, y llegando el 7 á Pamplona. Desde este momento todo el Baztan y casi toda la frontera francesa por la parte de Navarra quedó á merced del carlista.

Pérdida de Pujante hasta no más el carlismo, no parecía sino que Valdés había ido á las provincias del Norte para sufrir derrota tras de derrota y perder en un momento las más importantes plazas de aquel teatro de la guerra, haciendo así ésta poco ménos que interminable. A las poblaciones fortificadas que él mandó abandonar se unieron las de más valía, que conquistaron los carlistas de un modo tan rápido como asombroso. Mientras que Valdés seguía inactivo sobre la ribera del Ebro, Zumalacárregui se lanzó con 12 batallones y numerosa artillería á Villafranca de Guipúzcoa, cerca de su pueblo Ormaíztegui, la que empezó á batir, resistiéndose su guarnicion, confiada en que la socorrerian las columnas liberales, en especial la de Espartero, que recibió orden de hacerlo con promesa de ser secundado. Al anochecer del 2 de Junio llegó Espartero con su division de 5.000 hombres á la cúspide de la enorme cuesta ó puerto de Descarga, no léjos de Zumárraga, y allí mandó hacer alto para esperar noticias de otras columnas: la noche era de abundantes lluvias, que en aquella altura tenian al soldado aterido de frio, porque no podia encender hogueras para calentarse y secar su traje. Como el temporal arreciase y Espartero empezára á conocer que habia cometido una grandísima imprudencia al llevar sus soldados á aquel puerto en una noche terrible y rodeado de enemigos, provistos de fieles espías, dió orden de abandonarle cuando por desgracia era ya tarde. porque Eraso con varios batallones, apostados en los mejores sitios, sorprendió el grueso de las tropas cristinas en su descenso, despues de haber dejado pasar la vanguardia mandada por el baron del Solar: á los gritos y descargas de los carlistas, quedan aterrados los cristinos, y como no pueden defenderse porque la lluvia tiene empapados sus vestidos y el frio medio paralizadas sus ma-

nos, echan á correr en espantoso desórden, que no le es dado contener á Espartero, á pesar de los esfuerzos que para ello emplea al frente de 40 ginetes: escapan los cristinos á la desbandada, y los carlistas, despues de causarles un gran destrozo, cogen más de 2.000 prisioneros, librándose Espartero con muy pocos, merced á la velocidad de su caballo, que le llevó á Vergara, en donde al siguiente dia entraron los tristes restos de su division.

La catástrofe de Descarga obligó á entregarse á los de Villafranca, y tal pánico produjo en las huestes liberales, que abandonaron á Tolosa, en donde entró Zumalacárregui. En seguida intimó éste la rendicion á Vergara, cuyos defensores, en número de 1.000, no opusieron la menor resistencia. Igual resultado obtuvieron los carlistas en Eibar, que capituló, haciéndolo despues Durango y por último Ochandiano, que entregó el marqués de San Gil, torpe é inhumano militar, que en la capitulacion se cuidó más de sus caballos que de los pobres urbanos, á los que entregó sin condiciones para que sus enemigos les llevasen á recibir malisimos tratamientos en las minas de Barambio.

Tras estos estrepitosos triunfos, los carlistas se dispusieron á sitiar á Bilbao, á donde queria Carlos asentar su corte de beatos é intrigantes, que no miraban bien á Zumalacárregui y del cual pensaban deshacerse, así que les conquistase dicha villa. Dueño de Vergara, quiso visitarla Carlos y á ella se dirigió el 10 de Junio: allí fué á verle Zumalacárregui despues de haberle enviado la dimision del mando, incomodado por las intrigas y bajezas que contra él ponian en juego los cortesanos, que le llamaban Tomás I, á cambio de que la gente de Zumalacárregui les calificaba á ellos de *ojalateros*, palabra que hizo fortuna en ambos campos y era aplicada á los que, sin hacer nada por su parte, al hablar de empresas entre manos, decian *ojalá* que se realicen!

Porque aun le necesitaba, Carlos halagó á Zumalacárregui, quien continuó en el mando para ir al sitio de Bilbao á encontrar una muerte sin gloria, eso que la merecia con ella, aun cuando no fuera más que por su seriedad y reconocido valor.

Primer sitio  
de Bilbao.  
Muerte de Zu-  
malacárre-  
gui.

Siéntase la villa de Bilbao, cabeza de Vizcaya, sobre la margen derecha del rio Nervion, que tambien lleva aquí el nombre de ria, por confundirse sus aguas con las del mar y tener tal profundidad y anchura que anclan en ella toda clase de barcos menores y hasta fragatas mercantes: dista once kilómetros de Portugalete, que la sirve como de centinela á la misma orilla del Océano cantábrico, por esta costa con frecuencia revuelto y tempestuoso: la barra de Portugalete, que tambien se llama de Bilbao, es bastante peligrosa, y junto á ella han naufragado en todas épocas muchas embarcaciones. Sobre la orilla izquierda de la ria, que se comunica con la poblacion por dos puentes, uno de hierro y otro de piedra muy antiguo, hay bastantes casas, y allí existía el convento de San Francisco, que durante este sitio sirvió de cuartel, como hoy existe la estacion del ferro-carril, dominada por inmediatas alturas. Por toda su parte oriental, Nordeste y Noroeste la rodea una elevada montaña, á cuyo pié están las casas apiñadas entre ella y la ria, en términos que con piedras arrojadas á mano desde la altura podria hacerse gran daño á muchísimos edificios. No se concibe, pues, viendo esta situacion de Bilbao, cómo se decidieron sus habitantes cristinos en union de los soldados á desafiar las iras del entonces pujante carlismo en un asedio formal. Muy cerca, como á medio kilómetro, subiendo la cuesta en su parte oriental se encuentra Begoña, que no puede menos de pasar, aunque no quiera, por un arrabal de Bilbao, y á mitad del camino el suntuoso cementerio de esta villa, que es muy rica y sostiene de antiguo dilatado comercio con todo el mundo. Contaba entonces, pues hoy es más populosa, con solos 5.000 vecinos en su inmensa mayoría carlistas, solo que los hombres de armas tomar de estas opiniones se hallaban en la faccion desde el principio de la guerra. Si la mayoría de los bilbainos era carlista, la totalidad era fuerista ó amiga de sus privilegios. ¿Por qué, pues, como lo vamos á ver, se batian unos por la libertad y otros por el despotismo? En verdad que, por más que admiremos el heroísmo de los bilbainos cristinos, podemos decir, que una cuestion de nombre dividia en dos bandos tan opuestos é

irreconciliables á hombres que tenian idénticas aspiraciones: vivir con sus privilegios sobre la ruina ó á cargo de la nacion española.

Retirado sobre el Ebro el ejército de Valdés, quien tambien mandó abandonar, además de las arriba citadas, la plaza de Salvatierra, y guarnecida sola Vitoria por aquella parte, el carlista, despues de fluctuar entre el asedio de esta ciudad ó Bilbao, decidióse por la capital de Vizcaya con la esperanza firmísima de tomarla y convertirla en asiento de la córte del pretendiente, robusto punto de apoyo para sus ulteriores empresas y garantía de un empréstito en el extranjero, con el cual podria comunicarse libremente por la mar. No era ya Espartero comandante general de Vizcaya, sino el conde de Mirasol, militar prndonoroso y afable, y gobernador de la plaza el coronel R. Solano. A ambos animaba una misma idea, la de sepultarse entre las ruinas de Bilbao antes que entregarla al carlista: de la misma opinion participaban el pueblo y la tropa que la guarnecia en número de unos 4.000 individuos. Contaba la plaza con cuarenta piezas de artillería y con la ayuda de una escuadrilla inglesa, surta en Portugalete, además de un buque francés y algunas embarcaciones pequeñas españolas: tenia municiones sobradas y víveres en abundancia para un sitio algo largo.

Despues de haber recorrido Zumalacárregui los alrededores todos de la plaza y hacer que se colocase convenientemente la artillería, dió orden á Eraso para que intimase la rendicion. Consistian las fuerzas sitiadoras en 22 batallones con numeroso tren de batir, compuesto de obuses, morteros y diferentes cañones: algunas de estas piezas se colocaron á la izquierda de la ria, pero la mayor parte de ellas en Begaña y á derecha é izquierda, enfilando las más contra el fuerte llamado del Circo ó de la Muerte, levantado por los bilbainos cerca del cementerio y en declive como está éste. Casi paralelos al del Circo estaban los fuertes de Mallona á la izquierda, de Larrinaga y Solocoeche á la derecha. Eraso cumplió la orden de su general en jefe, pasando el 12 de Junio una arrogante comunicacion á Solano para que le entregase la plaza dentro del término de tres horas, «si no queria ver la úl-

*tima* ruina de la hermosa villa con su artillería de grueso calibre, sus mortíferos obuses y sus horrendos morteros.» Solano contestó á Eraso, que hallándose en la plaza el comandante general de la provincia, á él le correspondía contestar; pero Mirasol no se dignó hacerlo, y se dirigió á la tropa, urbanos y vecindario, escitando su entusiasmo para la defensa, de lo cual por cierto no necesitaban. Al amanecer del 13 dió Zumalacárregui orden de hacer fuego, y como éste no fuese más que de fusil, contestaron de la propia manera los sitiados. El 14 ordenó Zumalacárregui que la batería colocada junto á la iglesia de Begoña comenzase á vomitar metralla, principalmente contra el fuerte del Circo, que contestó al enemigo en union de una batería sita á sus inmediaciones: tan certero y continuado era el fuego de las piezas carlistas, que de vez en cuando dirigia en persona Zumalacárregui, que al medio-día abrieron brecha en el Circo. Entonces fué cuando se demostró de una manera magnífica el entusiasmo patriótico de la tropa y los urbanos: una compañía de éstos y otra de aquella volaron del recinto de la ciudad á unirse á la guarnicion del fuerte y presentar con sus cuerpos una muralla de carne humana en reemplazo de la de piedra derruida por el carlista. Sostiénese por ambas partes un nutridísimo fuego de fusil, y es tan certero el de los defensores antiguos y nuevos del Circo que el carlista no se atreve á dar el asalto. Mientras peleaban los sitiados del Circo, varios hombres y hasta algunas mujeres que subieron de la plaza lograron construir una segunda línea á espaldas de los escombros. Por la tarde continuó el mismo fuego de fusilería mezclado con el de algunos cañones: los sitiados esperaban el asalto decididos á rechazarle; pero los sitiadores no se consideraron con fuerzas para realizarle, y segun es fama querian bombardear la villa, á lo cual se opuso Zumalacárregui diciendo, «que ni las leyes de la guerra ni su honor militar le permitian lanzar proyectiles sobre edificios ocupados por niños, mujeres y enfermos, cuando tenia enemigos que combatir en las obras exteriores de la plaza.» Amaneció el dia 15, y Zumalacárregui ordenó que todas las piezas situadas en Begoña hicieran fuego sobre el Circo, interin él disponia la

columna que habia de entrar al asalto; pero quiso la suerte que la artilleria cristina tuviera tal acierto que no sólo apagó los principales fuegos enemigos, sino que una bala de cañon destrozó el mejor de sus obuses, y una granada inutilizó porcion de fusiles que estaban en pabellones en el pórtico de la iglesia, matando dos centinelas. Estos contratiempos llevaron allí á Zumalacárregui, quien para enterarse bien de todo lo ocurrido, se fué á una casita que habia á la derecha segun se sube, separada de dicha iglesia solamente por el camino, y observando desde un balcon la linea enemiga, una bala de fusil le hirió en la pierna derecha dos dedos por bajo de la rodilla: la herida no tenia nada de grave, pero no permitiendo andar al paciente hubo que colocarle en una camilla y conducirle á su alojamiento, desde donde, hecha la primera cura, quiso resueltamente que se le llevase á Cegama, cerca de su pueblo.

La ausencia de Zumalacárregui vino á hacer más triste la situacion de los sitiados, porque Eraso, que recibió el encargo de proseguir el asedio, por más que se presentaron en el campamento Maroto y el tristemente célebre Vicente Gonzalez Moreno, llamado al fin á suceder al caudillo guipuzcoano, dió órden el 16 para que los obuses y morteros disparasen contra la poblacion, causando inmensos daños en los edificios y algunas desgracias personales. Esto exacerbó más el ódio que los sitiados tenían á los carlistas, contra los que redoblaron sus fuegos de todas clases. Por otra parte, confiaba en socorros que les prestaria el ejército cristino; pero si bien el general Latre, que se hallaba en Burceña, intentó dárselo, no pudo realizarlo por impedirselo los carlistas apostados en los mejores puntos de uno y otro lado de la ria. Continuó así el asedio hasta el 24, en que Carlos se presentó en el campo de los suyos, no para decirlos como hombre bueno que respetasen niños y mujeres, sino para hacerles arrojar toda clase de proyectiles sobre la poblacion. Miéntras el beato príncipe recorría el 27 como en son de triunfo la linea, arrojaron sus cañones sobre la plaza 130 granadas y 57 bombas: los sitiados pelearon aquél dia con mayor bravura, como para demostrar al bárbaro pretendiente que prefe-

rian la muerte á su dominacion. En la noche del mismo 27, miéntras que por una especie de trégua, ni pedida ni acordada, conversaban carlistas y cristinos desde sus respectivos puestos para dirigirse, por lo comun, insultos y amenazas, el ayuntamiento se reunió para deliberar, bajo la presidencia del alcalde primero Arana (Juan Ramon), sobre la situacion de la plaza, á la que nuevamente intimó Eraso su rendicion: por unanimidad acordó el ayuntamiento resistir hasta la muerte. Al poner el cuerpo municipal este acuerdo en conocimiento de Mirasol, le dijo el alcalde primero, «que el ayuntamiento habia acordado perecer entre las ruinas de la villa ántes que capitular,» y un concejal añadió: «hoy me han arruinado tres casas; mañana acaso me arruinarán las que me restan: pues bien; miéntras circule sangre por mis venas, yo no capitulo.» En seguida Mirasol contestó á Eraso, «que Bilbao estaba decidido á no ceder jamás por la fuerza de las armas.» Vista esta contestacion, determinó Eraso mandar al siguiente dia 28 dos parlamentarios, que lo fueron Zaratúegui y Arjona, quienes nada pudieron acordar con Mirasol, porque ellos querian la rendicion de la plaza, y el comandante general en todo pensaba ménos en entregarla. Volvieron á su campo los parlamentarios sin recibir el menor insulto de parte del pueblo, á no tener por tal el legítimo entusiasmo que á su vista hizo prorumpir á muchos en ardientes vivas á la libertad y á Isabel II. El 28 ofició Eraso á Mirasol para decirle, «que si dentro de dos horas no entregaba la plaza, romperia de nuevo el fuego contra ella.» Mirasol le contestó con la siguiente lacónica frase: «*Se puede romper el fuego cuando se quiere.*» El fuego le comenzaron el mismo dia 28 los cristinos, contestándole los carlistas, que arrojaron á la plaza hasta el anochecer 27 bombas y 50 granadas. El 29 arrojaron los sitiadores, sin resultado, algunas carcasas ó proyectiles incendiarios, cosa prohibida por las leyes de la guerra; el 30 hicieron solamente fuego de cañon y de fusil, y el 1.º de Julio, despues de disparar algunos cañonazos, levantaron el sitio, marchándose camino de Durango. Las tropas de Latre y Espartero, lo mismo que las de la Hera, nombrado hacia poco tiempo general en jefe de un ejército ha-

mado de reserva, no quisieron obedecer las órdenes de Valdés para que se retiraran de los alrededores de Bilbao, y puesto la Hera á la cabeza de todas, por acuerdo de los oficiales generales, contribuyeron mucho con sus movimientos, protegidos por la marina, á que levantasen el sitio los carlistas. Dichas tropas entraron en Bilbao el mismo día 1.º de Julio. Duró este sitio 18 días: murieron durante él unos 200 liberales y de carlistas un número próximamente igual. El valor de los destrozos que sufrió la villa se elevó á algunos millones de reales, pues el enemigo arrojó sobre ella más de 1.600 proyectiles. El ayuntamiento y la diputación expusieron á Mirasol contra el proceder de algunos jefes militares, que trataban despóticamente al paisano; y ambas corporaciones, después de consignar lo que á su juicio era más conveniente para acabar con las facciones, concluían pidiendo la conservación íntegra de los fueros y privilegios de Vizcaya.

Herido Zumalacárregui, según arriba vimos, fué conducido en hombros de granaderos por toda Vizcaya y gran parte de Guipuzcoa: diéronle descanso durante un día en Durango, en donde le visitó Carlos, que no pudo obtener de él que se quedase allí para curarse, sino que se hizo llevar á Cegama, entregado ya, para que le asistiese, á pesar de tener tres buenos facultativos, á un curandero charlatan, paisano suyo, apodado *Petriquillo*, en quien en su testarudez vasca puso toda su confianza: al extraerle la bala el día 24 conforme al plan estúpido de *Petriquillo*, se le hizo un destrozo horrible en la pierna, lo cual le produjo fuertes temblores y una calentura tan atroz que en pocas horas dió fin á su existencia, cuando ya tenía 46 años cumplidos. Tal fué el fin de Zumalacárregui, que había logrado en año y medio ser el terror de los liberales, más que por nada, por errores del gobierno y torpeza de los generales cristinos. Los admiradores de él dijeron entonces y sostienen hoy, pero sin fundamento, que fué envenenado, ó al ménos que se emponzoñó su herida: siempre se dijo una cosa parecida sobre todas las muertes de los hombres que adquieren celebridad, y más en la guerra. Es lo cierto que quien le mató fué la ignorancia, no la maldad de su fervoroso partidario *Petriquillo*, á quien con mayor

ignorancia se entregó, despreciando la ciencia de buenos médicos y cirujanos. Como era sencillo en sus costumbres y de probidad notoria no dejó bienes de fortuna, y en su lacónico testamento se lee esta principal cláusula, que le enaltece mucho: *Dejo mi mujer y tres hijas, únicos bienes que poseo: nada más tengo que poder dejar.* Cuando Carlos recibió la noticia de la muerte de su general en jefe, á quien tanto debía, exclamó: *¡Los altos juicios de Dios! ¡Son cosas que Dios hace!* Los carlistas, que más adelante se hicieron isabelinos, han visto en estas palabras de Carlos una satisfaccion encubierta por la muerte del guerrero que en sentir de ellos le hacia sombra y de quien ya no necesitaba: antes pudieron verlo y abandonar á su rey. Nosotros no vemos en tales palabras más que una estúpida indiferencia, muy propia del beato corrompido y sér degradado que tantos papeles habia hecho en el mundo desde su estancia en Valencey á la fecha.

Muchos, así en España como en el extranjero, han tenido durante largo tiempo á Zumalacárregui, no sólo por un gran organizador, sino tambien por un génio y por un héroe esclarecido. Digamos aquí de nuevo, porque esto es lo justo, que Zumalacárregui no hubiera podido organizar fuera del país vasco navarro un sólo batallon: sus campañas de la independenciam y de 1822 y 23 en las bandas de la fé, con las cuales adelantó tan poco en su carrera, cuando tantos, empezando por Mina, llegaron de paisanos á generales, no dan la mejor idea del tan ensalzado caudillo carlista, al que en esta guerra civil sirvieron de pedestal el espíritu unánime del país levantándose en favor de sus fueros, la situacion topográfica del mismo con sus no interrumpidas montañas, tan á propósito para las emboscadas y sorpresas y burlar así con poca gente numerosas fuerzas contrarias, el fiel y crecidísimo espionaje de que carecia el cristino, y el fanatismo de todos sus naturales, atizado por los curas y frailes que allí acudieron de todos los puntos de España. Con estos elementos era fácil organizar: cualquiera organiza allí, al menor descuido del gobierno de la nacion, fuerzas respetables: más que organizador, lo que allí habia (y hoy subsisten los mismos elementos en pié) era un país organizado para la defensa del

fanatismo religioso y de sus fueros: el voluntario más bien guiaba al general que era guiado. Ya surgirá más adelante otra guerra civil enteramente igual á esta de los siete años, en donde hombres adocenados, sin instruccion, sin talento de ninguna especie aparezcan tan organizadores como Zumalacárregui, ó poco ménos: allí es el país, no el génio, el organizador.

La guerra en el resto de España. Ni la muerte de Zumalacárregui ni el levantamiento del sitio de Bilbao empeoraron la causa carlista en el Norte, segun más adelante veremos, que ahora procede echar una ojeada sobre la situacion del carlismo armado en otras provincias de España. Merced á los repetidos triunfos de Zumalacárregui y su gente, animáronse, como era natural, los carlistas de otras provincias, y la guerra, fomentada siempre por el clero desde el púlpito y el confesionario, tomó en algunas sensible incremento. En Cataluña no sólo aumentaron sus partidas Tristany, el Ros de Eroles y otros, que con poca gente se refugiaron en las asperezas del país al concluir el año anterior, sino que salieron á campaña nuevos cabecillas tan feroces como los antiguos, descollando entre ellos Borges y Grau. Llander, que por lo que más adelante veremos, dejó el ministerio en Enero de 1835 para volver á la capitania general de Cataluña, quiso exterminar á la faccion siguiendo un sistema contrario al que adoptó luego Valdés en Navarra, y fortificó en dilatadas líneas muchos puntos, que generalmente no sirvieron más que para aumentar el número de los facciosos, quienes sorprendian á los que les guardaban, y, sacrificándolos despiadadamente, se apoderaban de sus armas y municiones.

En el Maestrazgo, que casi quedó limpio de carlistas al finalizar el año de 1834, tomó la guerra alarmantes caracteres, merced principalmente á la audacia de Cabrera y á la poca actividad de las columnas encargadas de perseguirle. Como ya anunciamos, decidióse Cabrera á ver á Carlos y á Zumalacárregui durante el mes de Enero de 1835, y disfrazándose de arriero y acompañado de un tal García y de una mujer llamada la *Albeitaresa*, atravesó el Ebro y se presentó en Navarra en los primeros dias de Febrero. Vió á Carlos, á su ministro Villemur y á Zuma-

lacárregui, y despues de varias conferencias, el primero le dijo que convenia á su servicio que volviese á Aragon y le despidió dándole un pliego para Carnicer: en este pliego Carlos ordenaba á Carnicer que se presentase en Navarra y que hiciese reconocer por jefe de las partidas del Maestrazgo á Cabrera durante su ausencia. Con el mismo disfraz que fué y corriendo grandes riesgos volvió Cabrera de Navarra al Maestrazgo, en donde encontró á Carnicer el 7 de Marzo, y entregándole el pliego de Carlos, en el acto le dió aquel á conocer como jefe interino de todas las partidas del país y él se preparó á hacer su viaje á las provincias sublevadas por el camino más largo, puesto que se fué á atravesar el Ebro por Miranda: al pasar el puente de esta villa en union del mismo Garcia que acompañó en su viaje á Cabrera y de otro, Carnicer fué conocido, á pesar de su disfraz de arriero, por unos carabineros, preso y fusilado el 6 de Abril. Varios escritores liberales, siguiendo la opinion de diferentes carlistas del Maestrazgo, han culpado á Cabrera de la muerte de Carnicer, y en verdad que no se han desvanecido aun los indicios que contra él resultan de haberle delatado, por ambicion de mando, á las autoridades liberales, en la idea de que no volviese para dejarle el segundo lugar; pero son en mayor número los que niegan semejante hecho fundándose en que el tortosino era buen amigo de Carnicer y por lo tanto incapaz de sacrificarle de una manera tan baja.

Orguloso con su mando quiso Cabrera que todos los partidarios del país le reconociesen, y al efecto les citó á una reunion, que tuvo lugar el 17 de Marzo en San Cristóbal de Herves, concurriendo él con solos 30 hombres y Quilez y Forcadell, que entre ambos tenian unos 200. Mal de su grado sometióse á él Quilez, al que hizo ver que tal era la voluntad de su rey, y juntos los tres partidarios sostuvieron un ligero choque el 19 con la columna de Noguerras en la villa de Tronchon, tierra de Castellote. Logró Cabrera aumentar su hueste y organizarla en los montes, y el 23 de Abril ya pudo presentarse al frente de 400 infantes y 30 caballos para sorprender á Noguerras en los pinares del lugar de Alloza, tierra de Alcañiz: Noguerras, que llevaba triplicadas fuerzas, no más divisar á

los carlistas, dió órden á la caballería para que les acometiese, y éstos la desordenaron por medio de una descarga á quemaropa: manda Noguerras otra carga, y segunda vez rechazan á la caballería los carlistas, quienes no pueden resistir la tercera y se retiran ordenadamente por entre los montes, nó sin dejar asombrado á Noguerras, que no acertaba á comprender tanto valor ni tanta serenidad. Entónces Cabrera, huyendo los encuentros de sus muchos perseguidores, se dedicó con ahinco á aumentar su hueste sacando mozos de los pueblos, y tantos se le agregaron que las autoridades tuvieron que apelar á bandos cruelísimos contra los pobres ayuntamientos, que no tenían culpa alguna de que sus subordinados se fueran á aumentar las facciones. Viéndose Cabrera al frente de unos 1.000 hombres, y despues de varios encuentros insignificantes y de realizar algunas sorpresas de nacionales, á los que comunmente sacrificaba sin piedad, sostuvo á mediados de Mayo junto á Mosqueruela, partido de Mora de Ebro, una accion contra 500 soldados, la que quedó indecisa. En seguida, marchando y contramarchando generalmente de noche y provisto de buenos espías, concibió el audaz pensamiento de sorprender á Caspe, villa rica de más de 2.000 vecinos sobre el Ebro, distante rio abajo unos 70 kilómetros de Zaragoza: se aproxima á ella ántes del amanecer del 23 de Mayo; se apodera de algunas casas que saquea; pero sabiendo que va Noguerras en su persecucion, abandona la villa con rico botín, no sin fusilar bárbaramente á cinco nacionales que hizo prisioneros. Desde Caspe se dirigió Cabrera á los montes de Chert para organizar bien su hueste.

En la Mancha, Castilla la Nueva y Extremadura se aumentaron tambien las partidas carlistas que existian á fines de 1834, y salieron á campaña otros hombres en general feroces y de malos antecedentes como los que batallaban desde el comienzo de la guerra, distinguiéndose entre los últimos Peco, que luego fué de todos los partidos, Orejita, Monzon, la Diosa, Perfecto, etc. Todos estos cabecillas llevaban la desolacion por do quiera, y más que el de carlistas merecian el nombre que se les daba de *latro-facciosos*. Unicamente podia considerarse carlista

al brigadier Isidoro Mir, que habia hecho la guerra de la Independencia, y al salir ahora á campaña por Cárlos en Extremadura y Mancha trató, aunque en vano, de poner orden en la gente indisciplinada y criminal que asolaba el país á las voces de Cárlos V y religion. Perseguidos incessantemente por las columnas cristinas, perecieron muchos de estos partidarios, incluso Mir, que murió en un encuentro cerca de Ciudad-Real.

En Andalucía salieron á campaña para ser deshechos instantáneamente tres ó cuatro partidarios, siendo uno de ellos un desertor de presidio, que fué fusilado en Jaen.

En Galicia se levantaron diversos partidarios; pero casi todos con éxito tan desgraciado, que, no pudiendo reunir dos centenares de secuaces, ó se refugiaron en Portugal, ó fueron cogidos y fusilados: tal suerte cupo á Quiroga, Sanchez Balmaseda, el canónigo Gorostidi, fray Antonio Besa y el cruel Viñas, llamado *el capador*, dictado que merecia por sus crueles hechos con algunos hombres.

En Castilla la Vieja fué donde la causa carlista, tan pujante á veces en 1833 y 34, recibió en 35 un golpe terrible. Despues de varios encuentros, sostenidos por el cura Merino, unos adversos como en Huerta del Rey y Torregalindo, y otros prósperos como en Roa, donde puso fuego á varias casas y á la iglesia, y en Ontoria del Pinar, en cuya villa sorprendió una fuerza superior á la suya en cuatro quintas partes, pero en donde por su natural crueldad manchó su hazaña fusilando á varios prisioneros, fué alcanzado y derrotado por el coronel Sanabria cerca de Lerma: allí recibió una coz de su caballo, que le obligó á esconderse, y viéndose postrado en cama y con su gente mermada hasta el extremo de no contar más que con 200 caballos, dió orden de que marcháran á las provincias del Norte, adonde él, despues de curarse, se dirigió en compañía de dos personas de confianza á presentarse á Cárlos en los últimos dias de 1835. Merino habia desaparecido de Castilla; pero para lograr tal resultado, los liberales habian tenido que emplear ocho ó más columnas á las órdenes de los coroneles Albuin, Sanabria, Azpiroz, Narvaez, Hoyos y otros.

# HISTORIAS.

## LIBRO XXIII.

(DE ENERO Á DICIEMBRE DE 1835.)

### Sumario.

Sublevacion de Cardero.—Discusiones en los Estamentos.—Sucesos del 11 de Mayo.—El ministerio reclama la intervencion extranjera. Legiones inglesa, francesa y portuguesa.—Los incendiarios. Espantosa anarquía por doquiera.—Asesinato del general Basa y otros horrores.—Motin del 15 de Agosto en Madrid.—La guerra en el Norte. Córdoba general en jefe. Batalla de Mendigorría el 16 de Julio.—Accion de Losarcos.—Maroto. Intrigas en el campo carlista. Accion de Arrigorriaga.—Sale Ezpeleta de Bilbao.—Eguía general en jefe carlista.—Accion de Guevara. Retirada de Córdoba á Vitoria.—Accion de Montejurra.—Bombardeo de San Sebastian y de Guetaria.—Atroz conducta de Espartero con los chapelgorris.—Expedicion de Guergué.—La guerra en el resto de España.—Caída del ministerio Rosa-Toreno.—Mendizábal.—Los Estamentos. Su disolucion.

Sublevacion de Cardero. Tenemos que volver la vista atrás para enterarnos de la situacion del gobierno y de los partidos con los trabajos, tendencias y aspiraciones de uno y otros en medio de la guerra civil que devoraba á la infeliz España. Derramábase superabundantemente en los comienzos de 1835 la sangre española por doquiera y más en el Norte de la Península, y en Madrid ocurrían sucesos dolorosos y tristísimos, que llenan de angustia el alma, porque ahora se ve claro que ellos favorecian, sin intencion de parte de sus autores, á la causa del oscurantismo. Y no condenamos aquí esos sucesos, porque abrigamos la íntima conviccion de que, no habiendo efecto sin causa, ellos no habrían tenido lugar á no provocarlos el gobierno con su torpeza, ó con su desprecio hácia la pú-

blica opinion que, segun M. Aurelio, acaba por ser siempre la reina del mundo. La historia de todos los pueblos nos demuestra que no hay revueltas serias ni conmociones profundas allí donde se respetan las leyes y se rinde culto á la opinion, así como cuando se desprecia ésta y aquellas son objeto de escarnio de parte de los gobernantes, las asonadas, los motines y los fuertes sacudimientos son fatalmente inevitables.

La guerra habia adquirido horribles proporciones al empezar el año de 1835; el ministerio M. de la Rosa no tomaba medidas para levantar el espíritu público; tenia á las tropas desatendidas y á sus generales sin las fuerzas que necesitaban y pedian con urgencia para acabar con las facciones, y pretendia á todo esto con insensatez sin igual que el partido de las reformas rindiese culto á la torpe concepcion constitucional llamada Estatuto, que para nadie era aceptable sino para sus autores y unos cuantos privilegiados. Culpábase hasta por algunos periódicos á Llauder de intentar un golpe de Estado, entónces imposible, y como consecuencia natural de tal estado de cosas surgió una conspiracion que, lanzando á los más audaces al terreno de los hechos, ocasionó lamentabilísimas desgracias, abrió ancha brecha en la disciplina militar y dió márgen á que el carlismo se envalentonase y aumentara sus fuerzas en armas. De esa conspiracion salió el plan que un jóven oficial, llamado Cayetano Cardero, al que conocimos ya de edad madura, se encargó de llevar á cabo.

Era Cardero ayudante del batallon *Voluntarios de Aragón*, 2.º de ligeros, al que comprometió por medio de los sargentos para apoderarse del Principal, establecido en la casa de Correos, hoy Ministerio de la Gobernacion, con la idea de que, una vez allí y apoyado por la milicia urbana, patriotas y algunas fuerzas más del ejército, se mandaria una comision á Cristina para que cambiase el ministerio; se elaborára una Constitucion liberal y se llamase á las armas á todos los españoles de cierta edad para acabar con las facciones. Tras de Cardero estaban la sociedad Isabelina, jefes militares de alta graduacion, entre ellos los generales Quiroga y Palarea, y hombres civiles de impor-

tancia. Cardero, que era un espíritu animoso y de recursos, aun cuando no lo parecía, tuvo maña para ver y engañar al capitán general Canterac (quien ejerciendo su cargo desde el día anterior recibió aviso de que iba á estallar un movimiento), y poniendo en juego una porción de recursos, para lo cual le ayudó su compañero el abandonado Rueda, logró apoderarse de dicha casa de Correos en la madrugada del 18 de Enero. Instalado allí, se encontró con que ninguno de los jefes comprometidos salía á ayudarle, y que los patriotas y urbanos no parecían á no ser en corto número, y los últimos aislados. Lejos de desanimarse por esto Cardero, colocó convenientemente el batallón, compuesto de 700 plazas, situó centinelas por todos los alrededores del edificio y esperó los acontecimientos. A poco más de las siete de la mañana, cuando ya las autoridades y muchos vecinos de Madrid tenían noticias aunque confusas del movimiento, se presentó á pié, lleno de valor y también de ira, el capitán general, al que Cardero le franqueó respetuosamente el paso: subiendo al patio, increpó Canterac en durísimos términos á Cardero, le amenazó y aun insultó por haberle engañado á primeras horas de la noche: Cardero intentó calmarle y empezó á exponerle el pensamiento que allí le tenía con sus patrióticas aspiraciones: lejos de oírle Canterac, le dió con el bastón de mando un golpe en el pecho y le dijo que era indigno de llevar la charretera, cosa que Cardero sufrió con mal reprimida ira: amenazó de nuevo el general al ayudante, y éste le dijo, que no le comprometiese, porque si se propasaba á ultrajarle otra vez no respondía de lo que pudiera ocurrir: esto irritó más el carácter violento de Canterac, quien arrojándose sobre Cardero le arrancó el sable y con él se dirigió á los soldados para que obedeciesen á su general: el profundo silencio que siguió á esta escena, debió advertir á Canterac que no podía contar con aquella tropa; pero su adverso hado y su valor personal, le impulsaron á arengarla de nuevo, y gritando ¡viva el Estatuto real! la mayor parte de los soldados y los pocos paisanos y urbanos que allí había contestaron ¡viva la libertad! Canterac quiso de nuevo arengar á la tropa; pero en el acto de pronunciar ciertas

palabras, que no fueron escuchadas, sonaron unos cuantos tiros y él cayó cadáver sobre el pavimento del patio: Cardero se acercó á él en el acto, le pulsó la mano derecha y dijo: *está muerto*: mientras tanto silbaron dos balas: una de ellas hirió á un soldado y otra llevó parte de la charretera de Cardero, quien recogió su sable con gran serenidad y ordenó que se retirase á un sitio más decente el cadáver del desventurado general, que tan brillantemente se había portado en América.

La muerte de Canterac, que corrió rápidamente de boca en boca, aterrando al vecindario, hizo retraer de todo punto á los comprometidos, porque las catástrofes inesperadas dan siempre tortuoso giro á los acontecimientos que las producen. Quiroga se fingió enfermo, Palarea no pareció, y los batallones de urbanos y tropa, que habían prometido ayudar, permanecieron en perfecto quietismo. Cardero conoció su situación, pero no desmayó. Presentósele el gobernador militar Bellido, al que recibió con mil atenciones, contándole todo lo ocurrido y haciéndole ver su irresponsabilidad en la trágica muerte del general: concluyó por hacerle ardientes protestas de lealtad hacia Cristina y la reina: Bellido fué á palacio en busca de Llauder, quien al momento hizo avanzar cinco columnas por otras tantas calles hacia la casa de Correos y dos piezas de artillería, que mandó colocar casi enfrente de la fachada principal, de la cual distaban poco, porque la plaza de la Puerta del Sol que entónces existía no contaba ni con la quinta parte de amplitud que la que hoy tiene. Las tropas se colocaron en las bocas-calles y en casi todos los balcones de las casas próximas al edificio de Correos, y Cardero hizo ocupar por su parte las ventanas y balcones del edificio. Intimó Llauder la rendición á los sublevados una y dos veces, y despreciada que fué, mandó el ministro romper el fuego, al que contestaron aquellos incontinenti: empezaron las piezas á vomitar metralla, que estrellándose contra las paredes de piedra del Principal ó mal dirigida, hacia daño á los mismos sitiadores: un casco de metralla privó de la vida al brigadier Zamora. Continuó el fuego de fusil durante toda la mañana y parte de la tarde, ocasionando no pocas víctimas: el mismo

Llauder vió atravesado su sombrero por dos balas. Temblaba el gobierno no teniendo seguridad completa en las tropas y ménos en los urbanos, por lo que consintió que se hiciesen á Cardero proposiciones, que éste rechazó, no con orgullo, pero sí con entereza, halagado con la idea de que le apoyaria el Estamento de procuradores y animado por la actitud de un batallon de urbanos que iba con la tropa á batirle y no quiso hacerle fuego. Al fin, despues de ver á Cardero varios jefes militares, se convino en una suspension de hostilidades, y tras de ésta, á la caida de la tarde, el gobierno sucumbió á una capitulacion, dictada por el mismo Cardero, tan honrosa para él como menguada para los ministros, en virtud de la cual los sublevados saldrían del edificio de Correos tambor batiente y bayoneta calada, para ir á la guerra del Norte, echándose el velo del más completo olvido sobre los acontecimientos de aquel dia. ¡Qué fuerza tendria entónces el principio de autoridad cuando á tanta ignominia sucumbió! Y no se crea que deseamos el derramamiento de una sola gota de sangre: lo que reprobamos es la precipitacion del ministerio en hacer un convenio bochornoso cuando pudo rendir hasta por hambre á los sublevados ántes de 48 horas.

Cardero salió á la puesta del sol al frente del batallon, con el que llegó á las diez de la noche á Alcobendas, desde donde al siguiente dia marchó para Búrgos, y en esta ciudad fué separado de las filas y desterrado á las Baleares. Hizo aquel oficial el papel de héroe de un dia, durante el cual nada consiguió en pro de la libertad, que amaba; pero en cambio dió ocasion á que hubiera varias y muy ilustres víctimas, á que el gobierno se cubriese de oprobio y á que el carlista se gozara en las divisiones lamentabilisimas de los liberales y en el relajamiento de la disciplina de los soldados de la patria.

Discusiones en los Estamentos. A ardientes ya que no solemnes debates dieron lugar en ambos Estamentos los sucesos del 18 de Enero. Desprestigiado hasta el mayor extremo por causa de ellos el ministerio, combatiéronle rudamente en el Estamento de procuradores el C. de las Navas, García Carrasco, Argüelles, Trueba y el brillantísimo orador Joaquin María Lopez, que siempre arreba-

taba al auditorio con su fogosa elocuencia; pero lo que indignó á toda persona sensata fué que Palarea, primer comprometido en los acontecimientos, tuviera la poca aprension de combatirlos calificándolos de crimen inaudito, y de decir que tras del batallon sublevado habia personas comprometidas en la trama, y que solamente el partido carlista podia ser el autor de ella como mayor interesado en introducir la division entre los liberales. ¡Lástima que un hombre de tan buenos antecedentes y eselarecidos servicios como Palarea olvidase así en esta ocasion los deberes de la honradez y se desentendiese de los gritos de su conciencia! Alcalá Galiano, que habia tenido anticipado conocimiento de la conjuracion, siendo esta de su agrado, si bien la condenó en principio, disculpó al batallon sublevado haciendo recaer la responsabilidad de su acto sobre el ministerio, al que culpó implícitamente de fraguar golpes de Estado que el batallon trató de evitar. En el Estamento de próceres atacaron fuertemente al gobierno el duque de Rivas, Gil de la Cuadra y Quesada, ensañándose éste de un modo feroz é injusto contra Llauder, al que calificó de conspirador y jactancioso sin vergüenza, concluyendo por pedir que se le exigiese la correspondiente responsabilidad. El ministerio se defendió débilmente en ambas Cámaras, y Llauder, á quien faltaban de todo punto dotes oratorias, de una manera lamentabilísima. Solamente M. de la Rosa logró hacerse escuchar, pero tan quebrantado quedó su gabinete por la discusion, que Llauder presentó incontinenti su dimision para volver á la capitania general de Cataluña, y á los pocos días presentaron la suya Moscoso y Gareli: la cartera de la guerra dióse, diríase que por burla, interinamente al melifluo poeta granadino, que luego la dejó á Valdés; á Gareli le reemplazó Dehesa (Juan), y en sustitucion de Moscoso fué nombrado para el interior Medrano (Diego), que pronto dejó la cartera á Alvarez Guerra.

Con los nuevos ministros cobró ánimo el partido liberal, y si bien sus principales representantes en el Estamento de procuradores no estaban satisfechos con la solucion de la crisis, se contentaron por el pronto con proponer medidas, que el gobierno aceptó, encaminadas á

dar fin á la guerra, suprema aspiracion de todo buen patriota. Entónces fué cuando se circularon órdenes á todas las provincias para que las autoridades protegiesen á los liberales y levantaran así el espíritu público en favor de Isabel y se crearan cuerpos francos, cuyos individuos fueron llamados *peseteros*, porque recibian una peseta de sueldo al dia; se publicó una nueva ley de milicia urbana para que esta fuese más numerosa en las capitales y pueblos decididos por la causa liberal, y se facultó al ministerio para que movilizase en cada provincia un batallon de dicha milicia, medida que apoyó gustosísimo Toreno, como que le sirvió de fundamento para obtener 150 millones de reales con destino á los gastos de la guerra. El ministerio pudo así mandar más fuerzas al Norte, unas que se comprometió á guiar el ministro de la guerra Valdés, que tomó el cargo de general en jefe en reemplazo de Mina, y otras que condujo el general la Hera bajo el nombre de ejército de reserva, el cual, segun ya vimos, contribuyó á última hora á levantar el sitio de Bilbao.

11 Sucesos del Mal visto por los procuradores avanzados  
de Mayo. el ministerio reformado, vinieron á hacer á éste más impopular las noticias del teatro de la guerra, tan pésimamente conducida por Valdés con su ida de Victoria á las Améscuas, su desgraciada accion de Artaza y su abandono de Estella y demás puntos fortificados.

Era el 11 de Mayo, y despues de acalorada discusion en la casa de Caballero, fueron 60 ó más procuradores ardiendo en deseos de batallar contra el ministerio al local de las sesiones, sito en el convento del Espíritu Santo (hoy palacio del Congreso), que se hallaba rodeado de inmensa muchedumbre tanto ó más impresionada que los representantes del país por la marcha de la guerra, de que culpaban á los ministros, calificándolos abiertamente de traidores, porque para las multitudes todos los que gobiernan son traidores y hasta ladrones como no sucedan las cosas á medida de su deseo, si es que no los llaman tales por no satisfacer su ambicion y otras más ruines pasiones. El fogoso tribuno Lopez fué el encargado de sostener una proposicion para que el Estamento acordase dirigir una peticion á Cristina manifestándola, que la

marcha que seguía el ministerio estaba causando gravísimos males á la patria. Como el presidente se opusiera sin fundamento á que se diese cuenta de la proposición, Lopez tomó la palabra, y con grande energía increpó al ministerio por las medidas que se habían tomado introduciendo agentes de policía en la tribuna pública y colocando fuerza armada en las cercanías de la cámara como para cohibir la libertad de las deliberaciones. Los arranques oratorios de Lopez produjeron un espantoso tumulto en la tribuna pública, que fué despejada. Dió M. de la Rosa satisfacción á la Cámara diciendo que, si bien las autoridades, por haber llegado á su noticia que se trataba de alterar el orden, habían colocado tropas cerca del edificio, él las mandó retirar así que tuvo noticia del hecho. Concluido satisfactoriamente este incidente, Argüelles promovió otro que de nuevo agitó los acalorados ánimos, combatiendo á los ministros por la celebración del tratado Elliot, que era para ellos un título de gloria, y no se concibe cómo Argüelles, en su reconocida sensatez, no lo creía así. Contestóle con noble dignidad M. de la Rosa, vanagloriándose de haber contribuido á un acto tan conforme con la justicia, la conveniencia y la humanidad, y concluyendo por decir que, si el Estamento veía responsabilidad de parte del ministerio, podía pedirla cuando gustase. Entónces se levantó Caballero y dijo, que debía formularse acusación contra el ministerio y exigirle la responsabilidad de su conducta, y poniendo en práctica lo que acababa de decir presentó la siguiente proposición: «Pido al Estamento se sirva declarar que, conforme al art. 137 del Reglamento, puede examinar la conducta de los secretarios del despacho respecto de las estipulaciones entre el general Valdés y el rebelde Zumalacárregui, y por tanto que se acuerde reclamar del gobierno el referido convenio.» Hoy, que se examinan los hechos con perfecta calma, nos parece inverosímil la torpe conducta de los procuradores liberales: si odiaban al ministerio (y razón les sobraba para ello), bastábales su fatal marcha política y el estado desastroso de la guerra para presentar contra él un voto de censura y no darle éste en una cuestión por la cual debían dársele de con-

fianza y de gracias á nombre de la patria y de la humanidad entera, interesada en proscribir los horrores de la lucha civil. Lo extraordinario y anómalo fué que el Estamento tomase en consideracion dicho voto de censura por una mayoría de cuatro votos. Levantóse la sesion en seguida, y al salir del local M. de la Rosa y subir á su coche, algunos bullangueros audaces, salidos de los grupos que allí habia, se le acercaron para insultarle y amenazarle, gritando ¡muera el traidor! Miró el ministro con serenidad á los insolentes y subió al coche, que le condujo á su casa, en donde le esperaban otros gritadores que dispersó el nuevo capitán general Ezpeleta. A los pocos dias púsose á discusion el dictámen conforme á la proposicion de Caballero, y despues de largo debate, M. de la Rosa sacó de su bolsillo una copia del tratado Elliot, la leyó con calma y la comentó tan admirablemente que la mayoría de los procuradores se pronunció contra dicho dictámen. Engreido con este triunfo el ministerio, cuyos dos miembros más influyentes, Toreno y M. de la Rosa, preferian al bien de la patria el particular suyo de seguir siendo ministros, logró de Cristina que cerrase la legislatura el 29 de Mayo, cuando más desdichas llovian sobre el país, y cuando los carlistas, habiendo llegado á su mayor apogeo, se preparaban para asediar por primera vez á Bilbao.

El ministerio reclama la intervencion extranjera.

Legiones inglesa, francesa y portuguesa.

No queria el ministerio, como acontece con todos los poderes arbitrarios ó menospreciadores de la opinion pública, que los Estamentos se ocupasen de una cuestion que él tenia entre manos con Valdés y algunos personajes ingleses y franceses: la de la intervencion

armada para concluir con el carlismo. Los personajes ingleses y franceses que se carteaban con Toreno y M. de la Rosa, juzgaban á sus respectivos gobiernos como si fueran árbitros de sus acciones, y Valdés, acobardado miserriamente desde la accion de Artaza, y aquellos ministros, pensando sólo en conservar sus carteras aun á costa del honor nacional, juzgaban como cosa lícita y corriente la intervencion armada de Inglaterra y Francia. Indudablemente que dichos extranjeros calcularian que

en último resultado nada habian de perder sus respectivos países en la intervencion; pero lo extraño es que así Valdés como los ministros españoles no llevaran las manos á sus rostros, impulsados por la vergüenza, ántes que pensar en herir el sentimiento nacional demandando auxilios personales á potencias extrañas á fin de acabar una guerra, para concluir la cual tenia la España liberal inmensísimos elementos que debian ponerse en juego en vez de acudir al auxilio extraño, nunca desinteresado y siempre deshonroso.

Colocado en tan antipatriótica senda el gabinete español, habia dirigido M. de la Rosa con fecha 20 de Mayo una nota al D. de Frias, nuestro embajador en París, para que, apoyándose en el tratado de la *Cuádruple alianza* reclamára el apoyo del gobierno francés, y otra al embajador en Lóndres, que lo era el general Alava, sucesor de Miraflores, para que no sólo apoyase el gabinete de Saint James la idea ante el de las Tullerías, sino que por su parte mandára una flota que operase en el golfo de Vizcaya. Los gabinetes de Lóndres y Paris se negaron á prestar los auxilios pedidos, el francés porque L. Felipe no queria indisponerse con los déspotas del Norte, y el inglés porque no creyó probada suficientemente la necesidad de la intervencion y sí juzgaba que la España liberal tenia recursos propios para acabar con los rebeldes. Trasluciéronse estas negociaciones, que fueron altamente reprobadas por los buenos liberales, y se exacerbaron más y más los ánimos contra los ministros, á los que en público se acusaba de traidores, pero en especial á Toreno y M. de la Rosa. Lo que hicieron los gobiernos de París, Lóndres y Portugal fué consentir que en sus respectivos países se formara una llamada legion de voluntarios para hacer la guerra al carlismo á costa de España, y en su virtud vinieron unos 5.000 ingleses, gente en general perdida y mal mirada del soldado español, 4.000 franceses argelinos y otros tantos portugueses, que miraron con ira los carlistas, dándose lugar con esto á que la guerra tomára peor carácter del que á la sazón tenia. Al frente de la legion inglesa vino Lacy Evans, al de la francesa Bernelle y al de la portuguesa el baron Das Antas. Las tres legiones

fueron al Norte, la portuguesa atravesando Castilla, la francesa desembarcando en Cataluña y recorriendo esta provincia y la de Aragon y la inglesa desembarcando en Portugalete.

Los incendiarios. Es- Toma el descontento público en ciertos pe-  
pantosa anar- ríodos diversas formas, segun los que le im-  
quia por do- primen movimiento, haciéndolo unos para el  
quiera. bien, miétras que otros lo verifican para sa-  
tisfacer sus infames apetitos. En esos periodos las catás-  
trofes sociales son seguras, como la mayoría de los ciuda-  
danos permanezca en criminal apatía, que los malos hacen  
lo que quieren en determinados momentos, porque los  
buenos, que siempre son en todas partes los más y por  
ende los responsables de lo que suceda, se lo toleran con  
su indiferencia vituperable,

A manera que crecia el odio contra el ministerio des-  
arrollábase las más viles pasiones, én unos de ven-  
ganza contra el partido carlista, en otros de exterminio  
contra los frailes, cuya exclaustracion, más conveniente  
á ellos que á nadie, no se decretaba como lo queria la  
opinion; en muchos de devastaciones y de incendios, y en  
no pocos de saqueos y de robos. Respirábase sobre todo en  
la parte oriental de España, que pretende pasar por la  
más ilustrada, una atmósfera de crímenes, que las autori-  
dades no purificaban, ó por falta de energía ó por carencia  
de fuerzas en que apoyarse para ello, ó por cobardes con-  
templaciones. Quienes á virtud de todo esto cobraron más  
aliento fueron los incendiarios, criminales propios exclu-  
sivamente de las tribus salvajes ó de las últimas capas de  
los pueblos civilizados, que por envidia y haraganeria  
aborrecen la sociedad en que viven, cuya destruccion de-  
sean con la de las obras que la representan. Los ministros,  
olvidando por completo el patriotismo, no atendian más  
que á conservar el poder, que las oposiciones aspiraban á  
arrebatarle, sin querer fijarse en las consecuencias que su  
actitud adementada tenia irremisiblemente que producir  
en un país que presentaba la imágen de un gran hacina-  
miento de combustibles, prontos á arder en el instante que  
se les aplicara la mecha.

En los meses de Marzo y Abril las ciudades de Má-

laga, Zaragoza y Murcia ofrecieron lamentabilísimas escenas: en la última trataron los revoltosos de asesinar al obispo, que huyó; pero sacrificaron á tres individuos tachados de carlistas é hirieron á 18 ó 20, y en Zaragoza una turba de sicarios, guiada por un fraile protervo llamado Caspe, despues de intentar el asesinato del arzobispo, que logró fugarse, invadió furiosa el convento de la Victoria, á que el Caspe habia pertenecido, y con infernal fruicion sacrificó en el mismo coro de la iglesia á cuatro religiosos é hirió de gravedad á otro; dió despues muerte en la calle á un canónigo ilustrado y liberal llamado Marco y á un lego franciscano, y encaminándose al convento de San Diego asesinó en él á dos frailes, no pasando adelante en sus horrores porque unas compañías de urbanos disolvieron los grupos de los bandidos.

Los sucesos de Zaragoza y Murcia compelieron al gobierno á ordenar á los capitanes generales que instalasen comisiones militares para juzgar sumariamente y castigar con rigor á los alborotadores, y como para dar satisfaccion á los amantes de las reformas suprimió el 4 de Julio la compañía de Jesús y el 25 siguiente hizo lo mismo con los conventos y monasterios que no tenian 12 individuos profesos, cuando lo que la opinion pública demandaba con imperio era la más radical exclaustracion.

A pesar de estas medidas tal era el estado anárquico de algunas poblaciones y tan audaces se presentaban los criminales, que se creian con derecho á ejecutar los más horrendos hechos. De nuevo se alteró el orden en Zarazozo durante los primeros dias de Julio, tomando parte algunos soldados en el motin: los bullangueros saquearon algunas casas y quemaron los conventos de San Agustin y Santo Domingo despues de asesinar á 11 religiosos: restablecióse luego el orden y se hizo justicia el 7 de los de los principales asesinos é incendiarios.

Como un funesto contagio propagose la sed de sangre y exterminio á otras comarcas. En la populosa é industrial Reus, sabidas ciertas crueldades ejecutadas por los carlistas en algunos prisioneros cristinos, se alteró el orden el 22 de Julio, incendiando los alborotadores tres ó cuatro conventos, asesinando á varios frailes y quemando

las iglesias de San Juan y San Francisco casi á ciencia y paciencia de las autoridades, que se disculpaban con no tener tropas suficientes para contener á los sicarios. De Reus cundió el fuego á Barcelona, y luego á Tarragona, Valencia, Alcañiz y otros puntos. El 25 de Julio por la tarde aparecieron grupos amenazadores en los principales puntos de Barcelona, y sin que algunas autoridades pudieran impedirlo por carencia de fuerzas, hallándose Llauder fuera y casi todas las tropas de su mando en persecucion de los carlistas, se dirigieron aquellos á satisfacer su sed de exterminio al convento de Carmelitas descalzos, que entregaron á las llamas: hacen despues lo mismo con el de carmelitas calzados, matando á algunos frailes, y luego con otros, cuyos moradores huyen despavoridos al ver presa de las llamas á sus moradas: los frailes del convento del Seminario hicieron fuego á los incendiarios, de los que mataron é hirieron á algunos.

Al saber los sucesos de Barcelona, vuela Llauder á ella el 27; pero por criminal contemplacion á sus paisanos ó por más criminal cobardía, ni siquiera intenta castigar á los incendiarios y sicarios, contentándose con recordarles la existencia de las comisiones militares, y da así lugar á que se animen los protervos para ejecutar nuevos horrores. En el mismo dia 27 partieron de Barcelona muchos incendiarios, y muy luego se supo que habian ardido diferentes conventos y monasterios con muerte de algunos de sus moradores en Sabadell y Mataró, sufriendo igual suerte los de cartujos de *Scala Dei*, de Montealegre, de San Cucufat del Vallés, de Murtra, de capuchinos de Igualada y otros, gozándose los incendiarios en la destruccion de mil objetos preciosos y de riquezas artísticas de primer orden. Llauder, al que se presentó una comision de Mataró, salió para este punto el 29 al frente de una pequeña columna y disolvió la banda de criminales matando á algunos. En Mataró ordenó al general Bassa que, interin él perseguia á los carlistas, fuese con la reducida columna que tenia á sus órdenes á encargarse de la capitania general que habia dejado encomendada á Pastors.

Asesinato de Bassa y otros horrores. La tranquilidad de Barcelona era aparente á pesar de las acertadas medidas de todas cla-

ses que, para asentarla sobre sólidas bases, adoptaba el brayo general Pastors. El general Pedro Nolasco Bassa, que fué quien desarmó á los realistas de Madrid, era valiente hasta la temeridad, y cumpliendo con las órdenes de Llauder, sin mirar que sólo contaba con una fuerza de unos 500 hombres, y estos medio indisciplinados, decidióse á ir á Barcelona. Al saber que se acercaba Bassa empezaron los anarquistas á odiar en él al representante de Llauder, al que calificaban del modo más atroz, y circularon voces de que iba á penar los excesos que el ausente capitán general no castigó. Esto fué lo suficiente para predisponer los ánimos de los perversos de un modo horrible en contra de Bassa. Llegado éste á Barcelona en un día triste del primer tercio de Agosto y sin detenerse en parte alguna, se fué en compañía de Pastors, que salió á esperarle, al palacio de la capitania general, en donde á poco rato supo que la ciudad estaba en conmoción y que ésta la producian, no sólo los grupos de malvados, sino dos batallones de la milicia urbana, que al frente de sus músicas y con banderas desplegadas ocupaban la inmediata plaza. Bassa, que contaba con solos 300 soldados y su pequeña columna medio sublevada, no quiso escuchar al leal Pastors, quien le rogó por lo más sagrado que se fuera á la ciudadela, único punto donde podia contarse seguro: igual ruego le hicieron diferentes autoridades, que, al ver el aspecto que presentaba la poblacion, acudieron á palacio. Bassa dijo á Pastors que bajase á la plaza para hacer saber al pueblo, que el capitán general interino no abrigaba otros deseos que los del orden y prosperidad de la poblacion. Pastors, despues de insistir amistosamente, aunque en vano, en que se trasladase Bassa á la ciudadela y dar orden despues á un ayudante suyo para que hiciese ir de la ciudadela á palacio la tropa franca de servicio, orden que no fué cumplida, bajó á manifestar á las turbas los nobles sentimientos del general; pero aquellas le recibieron con los terribles gritos de *¡Muera Bassa! ¡Muera tambien ese!* Con gran trabajo logró salir Pastors de entre la muchedumbre, y corriendo á palacio se encontró con que las autoridades habian desaparecido de allí por vil miedo, y que Bassa se hallaba

solo en su despacho. Pastors se abrazó á Bassa, y le dijo: *Los amotinados están ya dentro de palacio; no hay que perder un momento.* Y cogiéndole del brazo, le dirigió á una escalera falsa para que escapase, y cerrando la puerta se volvió intrépido y sereno al salon para recibir á la multitud, que ya pedia á gritos la cabeza del capitán general interino. El noble Pastors, modelo de amistad y de subordinacion, se adelanta hácia aquella turba de sicarios, y dice: *¿Qué quieren Vds., señores? ¿A quién buscan ustedes?—Queremos la cabeza de Bassa,* contestan varios asesinos.—*Pues han llegado Vds. tarde,* les replica Pastors; *el general ha huido y debe estar ahora en la ciudadela ó embarcado.* Entónces sale de entre la multitud un grito de rabia contra Pastors, diciendo: *¡Muera, pues, éste, muera!* Tal grito fué la sentencia de muerte de Bassa, que noble y magnánimo no quiso, como se verá, que por él sucumbiese Pastors. Este, dispuesto al sacrificio con una nobleza sin par y una abnegacion más que heroica, intentó persuadir á aquellos desalmados, cuando de repente apareció Bassa por una puerta lateral del salon, diciendo: *Aquí está el que Vds. buscan.* Un grito aterrador de *¡A él, á él!* salió de todas las bocas, é instantáneamente se arrojaron varios malvados hácia Bassa, al que se aproximó Pastors para cubrirle con su cuerpo, retrocediendo sin volver la cara á un rincon de la sala. Cubriendo con su cuerpo á Bassa presentó Pastors su pecho á los asesinos, á los que intentó hablar; pero uno de ellos disparó á boca de jarro un pistoletazo contra Bassa, que no le acertó, si bien quemó la sien izquierda y frente de Pastors: en el acto sonó otro tiro que, pasando la faja de Pastors, fué á herir en el corazon al infeliz Bassa, quien cayó bañado en su sangre y agarrado á la mano de Pastors para pronunciar enternecido estas palabras: *Gracias, compañero, mil gracias; habeis hecho por mí...* No pudo más: la muerte fué instantánea. Pastors se cubrió el rostro con las manos, y aquella multitud estúpida y desalmada se arrojó sobre el cadáver de Bassa, y despues de arrastrarle por los salones le arrojó por un balcon á la calle para hacer luego con él un auto de fe!!! La ciudad que tan horrendo crimen consintió no era digna de la libertad, sino de la férrea do-

minacion de un Cárlos de España, de quien probablemente serian envilecidos seides los que sacrificaron á un valiente como Bassa.

Asesinado éste y quemado su cadáver, los sicarios encendieron otras hogueras para arrojar en ellas los muebles y papeles que no robaban de las oficinas de policía, del tribunal de rentas y de otros puntos, y tambien echaron por tierra una estatua colosal erigida á Fernando VII. ¡Sino hubieran pasado de aquí las aspiraciones de los barceloneses!

El heróico Pastors se encargó á ruegos del ayuntamiento de la capitania general, y despreciando de nuevo su vida salió del palacio á pié y sin sombrero, siendo objeto de compasion para unos y de burla para otros; pero él, en alas de su patriotismo calmó unos ánimos, alentó otros y viendo propicio para defender la causa de la sociedad á un batallon de urbanos le arengó y montando despues á caballo recorrió con él varias calles, logró que se le agregasen otras fuerzas y uniéndosele por último un escuadron de lanceros de la milicia se dirigió á los grupos que se entretenian aun en incendiar y pillar y les acuchilló y disolvió.

Restablecida la calma material en la ciudad, provocó Pastors una reunion de autoridades y de ella salió la idea de nombrar una *junta auxiliar consultiva*, la cual dirigió á los catalanes en 13 de Agosto una alocucion, recomendándoles el órden y el respeto á las leyes, y á Cristina una exposicion, seis dias despues, rogándola que reuniese inmediatamente las Córtes con el carácter de constituyentes *para la confeccion de una ley fundamental análoga á las luces y necesidades de la nacion.*

A virtud de los anteriores sucesos Llauder, que se hallaba en las montañas de Gerona, pidió y obtuvo licencia para irse á Francia, y Cataluña no tuvo otro capitán general, aunque interino, que Pastors, hasta que más adelante fué nombrado Mina para tal cargo. En el mismo mes de Agosto habianse formado otras juntas parecidas á la de Barcelona en Zaragoza, Málaga y Cádiz, y como movidas por idéntico impulso se dirigieron con acaloradas exposiciones á Cristina pidiéndola la reunion de Córtes

constituyentes, á cuyas demandas contestaba el ministerio con arrogantes artículos en la *Gaceta*, amenazando á los pronunciados con los rigores de las leyes: el ministerio solamente logró con sus amenazas que se formasen otras juntas en Sevilla, Granada, Valencia, Badajoz y otros puntos, que pidieron la destitucion del ministerio, tratando de traidores, enemigos de la patria y del trono de Isabel á Rosa y Toreno, quienes siempre permanecian quietos en sus poltronas, á pesar de varias reformas en el gabinete, que desde la caída de Valdés habia tenido primero de ministro de la Guerra á Castro-Terreño y luego á Ahumada, y del Interior á Alvarez Guerra, sucesor de Medrano, para dejar despues su puesto á Riva Herrera.

Metin del 15 de Agosto en Madrid. Tan débil por lo odiado se creia al ministerio hasta en el mismo Madrid que unos cuantos inquietos trataron de derribarle valiéndose para ello del conspirador Aviraneta, que todavía continuaba en la cárcel. Dióles éste el plan, consistente en que por el piquete que habia de ir á la plaza de toros en la tarde del 15 de Agosto se pidiese la caída del ministerio, en la confianza de que el pueblo que fuese á la funcion se agregaria á los urbanos que diesen el grito, pero si bien este se dió, muy pocos se agregaron á los que le dieron y el plan fracasó, para que envalentonado el gobierno tratara de prender á los dos dias á algunos procuradores que decia estaban comprometidos y á otras personas de cuenta. Con motivo de la actitud que tomó dicho piquete, los carlistas de los barrios bajos alteraron el órden, y restablecido por la tropa, prendióse á una vieja lenguaraz y sanguinaria, que durante el tumulto cometió varios excesos, por lo que fué ajusticiada á los pocos dias. En el 16 logró Aviraneta salir de la cárcel y se escapó por el camino de Zaragoza. De modo que puede decirse que el motin del 15 de Agosto sólo dió de sí la fuga del intrigante Aviraneta y el suplicio de una vieja desvergonzada.

La guerra en el Norte. Córdoba general en jefe. Batalla de Mendi-gorria. Volvamos la vista á la guerra, en donde contemplaremos horrores, pero tambien heroismo, y no se apenará tanto el alma como en las escenas que acabamos de presenciar de asesinatos, incendios, desolacion, ruina y miserias en las

más populosas ciudades de España, abandonada sin duda de la mano de Dios, cuando así la sangraban y destruían casi todos sus hijos, poseídos de espantosa demencia. Hallábase Córdoba en Madrid, enviado por Valdés después de la acción de Artaza y su retirada á Miranda, cuando, abatido y sin consuelo éste tan probo patriota como desgraciado general por el mal éxito de sus operaciones en el Norte, mandó su dimisión durante el sitio de Bilbao, y el gobierno puso sus ojos para sucederle con el carácter de interino en el general L. Fernández de Córdoba, quien á pesar de su conducta en el *Siete de Julio* y su entrada en España con los 100.000 *hijos de San Luis*, había abrazado con fe la causa de Isabel y de la libertad y dándose á conocer ventajosamente en esta guerra. Lleno de entusiasmo á su edad de 38 años, acepta el difícil cargo, sale precipitadamente hácia el Norte, y pasando por Pancorvo, en vez de ir á Miranda, se dirige á Balmaseda para acudir con unos cuantos batallones al socorro de Bilbao, ignorando que Hera, encargado del mando en jefe, había ya ayudado á levantar el asedio de esta plaza. En Balmaseda reúne más fuerzas, y sosteniendo diversas escaramuzas entra el 2 de Julio en Portugalete, en donde se entera de que Bilbao está libre. Preséntase en esta plaza el 3, toma posesión del mando, que gustoso le entrega Hera y en el acto publica una alocución en que se leen estas frases: *Isabel y libertad sean nuestra divisa; muerte ó libertad nuestro grito de guerra; muerte ó libertad el término de nuestras fatigas y la recompensa de nuestras faenas.*

El general que así hablaba, olvidando la historia de su juventud y decidido á conquistar laureles, tenía que habérselas con el general en jefe que acababa de suceder á Zumalacárregui, y no era otro que el odioso y odiado sexagenario Vicente G. Moreno, el *comandante del pueblo soberano* en Valencia durante el levantamiento de 1808 contra los franceses, y tiempo andando el cobarde y pérfido asesino de Torrijos y compañeros, acontecimiento que le valió el denigrante título de *verdugo de Málaga*. Los cortesanos *ojalateros* de Carlos habían inclinado el ánimo de éste á dar el mando á Moreno después de habérselo prometido á Maroto, porque aquel estaba entregado

á ellos y era enemigo de éste como lo es el intrigante del hombre sério y el estulto del inteligente.

A salvo Bilbao ya no tenia Córdoba que hacer nada en esta plaza, de la que determinó salir el 5 de Julio al frente del ejército, que condujo á Miranda por Orduña y Puentelarrá, y aun cuando trataron de entorpecer su marcha las facciones de Castor y otras, llegó sano y salvo á este último punto el 6 y el 7 á Miranda, desde donde pasó á Vitoria. En esta ciudad supo Córdoba que Moreno habia dado órden de sitiar á Puente la Reina, una de las mejores villas de Navarra, poblada por 4.000 y más habitantes, sita sobre la márgen izquierda del Arga, y como á la mitad del camino de Estella á Pamplona, y allá se encaminó decidido, no sólo á hacer levantar el sitio, sino á batir al sucesor de Zumalacárregui. Antes que llegara Cordova á los alrededores de Puente la Reina, Eraso habia batido la poblacion con numerosa artilleria, á la que contestó la de la plaza á cargo del coronel San Just, que tenia para defenderla unos 600 hombres. Aseguran algunos escritores que la gente de San Just, cometió una vileza imperdonable: habiendo salido de la plaza 150 hombres en dos pelotones, uno de estos se encaminó hácia las baterias enemigas, y para que éstas no disparasen, volvieron los soldados las armas, por lo cual juzgaron los carlistas, al ver las culatas arriba que se iban á entregar; pero al pié ya de los cañones vuelven los fusiles á la cara y matan cobardemente á los artilleros, retrocediendo á la plaza muy ufanos de su vil accion. Al saber Moreno, á quien acompañaba Carlos, que Córdoba pernoctaba el 14 en Lárraga, cruzó el Arga y se situó ventajosamente con su hueste en las alturas que dominan á Mendigorria, villa de 400 vecinos, asentada á la márgen izquierda de dicho rio, que fertiliza su campiña, poblada de ricos viñedos y olivares, entre Puente la Reina y á su Sud y Artajona que tiene á su Oriente. Córdoba disponia de unos 20.000 hombres, contando con las divisiones y brigadas de Espartero, Oráa, Gurrea, los dos Mendez Vigo (Santiago y Froilan), San Miguel (Evaristo) y otros: tenia numerosa artilleria y unos 600 caballos que regia Lopez. No era inferior el ejército carlista ni contaba con

ménos cañones, y si bien su caballería no podía compararse con la cristina, en cambio había escogido sus posiciones y desde ellas se lisonjeaba con un seguro y estrepitoso triunfo, que le permitiría invadir la tierra castellana y venir sobre Madrid. Viendo Córdoba á su contrario dueño de Mendigorría pasó el Arga por el puente de Lárraga y llevó su cuartel general á Artajona, distante unos cuatro kilómetros de Mendigorría con un campo igual al de esta villa. Ambos ejércitos se hallaban á la izquierda del Arga que, bajando del Pirineo, pasa por Pamplona y aquí es algo caudaloso, y solamente los separaba una distancia de tres ó cuatro kilómetros. Moreno apoyaba el de su mando en el rio y posiciones de Mendigorría; Córdoba en Artajona, desde donde, caso de una derrota, podía retirarse á Tafalla. Moreno tenía una fe ciega en el triunfo; Córdoba esperaba conseguirle por su génio, su actividad y su valor. Desde el amanecer del 16 se prepararon los dos generales al combate, colocando sus respectivas fuerzas en línea de batalla con ala izquierda, derecha, centro y reserva: ambos esperaron el ataque, y al ver que se acercaba el medio día sin que el carlista acometiese, dió orden Córdoba á los suyos de hacerlo y avanzando toda la línea, la division de Espartero, despues de descargar los fusiles, acomete á la bayoneta un cerro titulado de la Corona, del que el brigadier Tello, despues de porfiado choque y con pérdida de bastantes hombres, desalojó á los batallones carlistas que le ocupaban, mientras que Gurrea, con una bravura admirable, desordenó la izquierda enemiga y la ocupó sus posiciones. Córdoba, al frente del centro y apoyado por la artillería, tambien había desalojado á los batallones carlistas de las posiciones más próximas á Mendigorría. En el centro carlista, mandado por Villarreal, encontraron los liberales heroica resistencia; pero San Miguel logró desordenarle, aunque perdiendo mucha gente, al frente de dos batallones de la guardia, sostenidos por otros dos del Príncipe. Moreno pudo contar desde este instante perdida la batalla, porque sus soldados, culpándole de inepto, echaron á correr en desórden, pasando unos á nado el Arga, otros por sus vados y otros por el puente, adonde acudió multitud de ellos,

obstruyéndose unos á otros el paso. En estos terribles momentos así Villarreal como Moreno se acuerdan de que Cárlos se halla en Mendigoria y puede caer prisionero: precipitadamente disponen que dos batallones alaveses, que estaban de reserva, hicieran frente á los cristinos para que Cárlos se salvase, como lo logró, no sin gran riesgo, cruzando el puente y marchando á uña de caballo en direccion de Mañeru. Córdova ordenó que casi todo el ejército pasase á la derecha del rio en persecucion de los fugitivos, que rehechos un tanto en las próximas poblaciones de Mañeru y Cirauqui se opusieron á los libres para ser nuevamente vencidos y arrojados hácia Estella, picándoles su retaguardia la caballería. Perdieron los carlistas en esta batalla más de 2.000 hombres entre muertos, prisioneros y pasados de los que ántes habian servido en el ejército: los cristinos tuvieron cerca de 1.000 bajas. El triunfo de Mendigorra fué importantísimo, más que por nada, por el aliento que dió al ejército liberal, abatido y casi desmoralizado por el mando fatal de Valdés. Todos los cuerpos se portaron con bizarría, lo mismo que sus jefes, distinguiéndose particularmente Gurrea, San Miguel, Tello, Espartero, Oráa, Meer y el coronel Narvaez, que fué gravemente herido. El gobierno premió á Córdova con el empleo de teniente general y el mando en propiedad de general en jefe; á Espartero le dió una gran cruz, y á los brigadieres Tello, barones del Solar y de Meer y á Oráa los elevó á mariscales de campo: era ya tiempo de premiar los relevantes méritos y dilatados servicios del último. Tambien premió á otros segun sus méritos ó la relacion de sus jefes, que muchas veces no es fiel ni justa. Córdova, dando gracias á las tropas por su buen comportamiento, se encaminó á Pamplona, en donde fué recibido como en triunfo.

Accion de los Arcos. Escarmentado el carlista con el golpe que recibió en Mendigorra, por de pronto se dedicó á reponer sus fuerzas en Navarra con tanto mayor motivo, cuanto que organizó una expedicion á Cataluña, de que más adelante hablaremos, al mando de Guergué. Córdova, procuró, con más afan que fortuna, mejorar el abastecimiento de las suyas, que era detestable por el

abandonó en que le tenía el gobierno, quien carecía de recursos por la sublevación de las principales ciudades de España durante Julio y Agosto. Hasta el 2 de Setiembre nada ocurrió que digno de narrar sea. En dicho día hubo un encuentro en Los Arcos, que habían abandonado los carlistas y ocupaba de paso Aldama con su división, de la que formaba parte la brillante caballería de la guardia y el regimiento de lanceros, mandado por el Diego Leon, que á un natural valeroso, reunía la circunstancia de ser en extremo sordo y no podía intimidarle el silbido de las balas, que no oía. Trabada la acción en las cercas de la villa contra seis ó siete batallones carlistas, se distinguió León de una manera extraordinaria cargando al enemigo y desordenándole en términos que la pequeña ventaja que obtuvieron los liberales fué debida indudablemente á él.

Maroto. Intrigas en el campo carlista. Acción de Arrigorriaga.

Rafael Maroto, militar entendido, con brillante hoja de servicios en su empleo de teniente general, que hacia poco habíase presentado en el campo de Carlos para defender sus ideas absolutistas, era el único que reunía condiciones para suceder dignamente á Zumalacárregui. Convencido de esto Carlos le ofreció el mando; pero la camarilla que rodeaba al pretendiente y no podía transigir con el carácter severo de Maroto, hizo que Moreno fuese nombrado sucesor del caudillo guipuzcoano. Burlado cruelmente Maroto y viéndose en insufrible inacción, pidió á Carlos que le señalase puesto para defender su causa, ó de lo contrario le diera licencia para volverse á Francia, de donde había venido durante el sitio de Bilbao. Carlos ni le colocaba ni le daba el permiso solicitado: la camarilla y Moreno le odiaban, aquella por temor á su carácter entero y éste por envidiosos celos, y no querían que se utilizasen sus servicios. Aconteció que entre Valdespina, Zabala y Latorre se armase grande escándalo, en virtud del cual el último obtuvo el cargo de comandante general de Vizcaya, mientras que los dos primeros fueron puestos en prisión, para luego soltarlos y como en desagravio suyo destituir á Latorre. Entonces fué cuando Carlos, recibiendo nueva visita de Maroto en la idea de

obtener el permiso pedido para volverse á Francia, fué nombrado comandante general de Vizcaya. Colocado al frente de los batallones vizcainos, Maroto concibió el pensamiento de bloquear á Bilbao, y poniéndolo por obra, con una actividad é inteligencia poco comunes cortó la ría para incomunicar la plaza con Portugalete y el mar, echando un puente de barcas sobre ella, y levantó trincheras y otras obras sobre las dos márgenes, á fin de impedir el paso de barcos y tropas. Realizado esto como por ensalmo, convirtió el bloqueo de Bilbao en sitio, y para formalizarle pidió cuatro batallones á Moreno: éste, que vió con ruin envidia lo mucho que habia hecho Maroto en pocos días y lo más que prometia hacer, no sólo le negó los batallones pedidos, sino que llevó su malignidad hasta el extremo de poner una comunicacion á Maroto, en la que le decia, «*que S. M. habia visto con desagrado la falta de cumplimiento á una comunicacion dirigida unos dias ántes para que facilitase de sus fuerzas un batallon al comandante general de Guipúzcoa.*» Visto esto por Maroto hizo comprender á Cárlos que ni un dia más estaria á las órdenes de Moreno, y exigiéndole el pretendiente que esplanase sus quejas, Maroto dirigió una comunicacion al ministro carlista, en la cual, tratando á Moreno con el mayor desprecio y diciendo de él que si habia ido al campo carlista no lo hizo por conviccion, *sino por la persecucion indispensable á que habia dado lugar su comportamiento en la época de su mando en Málaga, por lo cual era detestado por todos, en general*, insistia en que se le admitiese la dimision y se le diera permiso para regresar á Francia. No contestando el ministro, Maroto tuvo que sucumbir á otra órden de Moreno para que fuese á los alcances de Ezpeleta y Espartero, quienes lograron penetrar en Bilbao despues de proteger el desembarco de la legion inglesa, mandada por Lacy Evars. Así que supo Moreno que los dos generales cristinos habian entrado en Bilbao, encargó á Maroto que les persiguiese en su salida de esta plaza, que con precision tenian que verificar por no ser necesarios en ella. Maroto reclamó nuevamente fuerzas al general en jefe; pero éste sólo le envió, y con manifiesta repugnancia, dos batallones navarros y dos

escuadrones, con los cuales y los batallones vizcainos se situó en Arrigorriaga y barrios y caseríos de la circunferencia. Dista Arrigorriaga de Bilbao tan sólo nueve kilómetros río Nervion arriba, á cuya márgen izquierda está situada, y sobre el cual tiene un hermoso puente de tres ojos y de 244 piés de longitud: su corta poblacion de 150 vecinos está en su mayor parte diseminada en caserios sobre montañas y estrechos valles, muy aparentes para emboscadas y lances de guerra como los que de continuo ofrecia este que nos ocupa. El 11 de Setiembre salieron las tropas liberales de Bilbao: iba de vanguardia la division de Espartero, la que guiaba Ezpeleta ocupaba el centro, y los ingleses de Lacy Evars marchaban á retaguardia para proteger á las dos divisiones en las cercanias de Bilbao y volver á la plaza. Avanzó Espartero, y al pisar el término de Arrigorriaga se encontró con fuerzas enemigas que le hicieron fuego, y á las que acometió con tanta impetuosidad como falta de prudencia. Al primer empuje de Espartero pasó Maroto con serenidad el rio por un vado próximo; dejó que el liberal avanzase hasta el mismo Arrigorriaga y sus inmediaciones, y viéndole comprometido en aquellas escabrosidades y estrecheces, lanza la mayor parte de sus fuerzas por los flancos y de frente sobre las de Espartero, á las que desordena tan completamente, que, viendo su derrota Ezpeleta, da órden de retirada á Bilbao, á donde llegó sin novedad con su division, como llegaron los ingleses dejando abandonadas á las tropas de Espartero: en desórden éstas y acosadas desde ambas orillas del rio, llegaron en retirada con grandes pérdidas á la caida de la tarde al puente de Bolueta, que sólo dista dos kilómetros de Bilbao, y alli Espartero acreditó su personal valentia acometiendo con solos cinco ordenanzas á más de 40 ginetes carlistas que quisieron impedirle el paso, despues que casi toda su mermada division, agotados los cartuchos, estaba á la derecha del rio y en las cercas de la villa: Espartero ganó el puente sable y pistola en mano, aunque recibiendo dos heridas de lanza y una de bala que le atravesó el brazo izquierdo. Fué hasta criminal la conducta de Ezpeleta y del gobernador de Bilbao no mandando tropas que facilitasen á las de Es-

partero el cruce del puente de Bolueta, eso que se le veía pelear desde las casas de la plaza; el último batallón de Espartero se arrojó á un vado del Nervion para ganar la villa, y como no le conocia, se ahogaron algunos soldados. La derrota de la division de Espartero, cuya imprudencia en acometer y cuya impericia en la retirada fueron notables, costó más de 1.000 hombres, los 200 muertos sobre el campo ó ahogados, 400 prisioneros y otros tantos heridos. Los carlistas tuvieron muy pocos muertos y unos cien heridos. Mayor hubiera sido la pérdida de Espartero si Moreno, que estaba entre Durango y Arrigorriaga, hubiera ido á ayudar á Maroto; pero lejos de esto, hizo que se retirasen unos escuadrones de caballería para amenazar la gloria de su rival y culparle ante Carlos de no haber conseguido un triunfo más grande. De tal modo hizo llegar Moreno á noticia de Carlos los sucesos de Arrigorriaga, que éste, en premio del buen servicio que acababa de prestarle Maroto, le destituyó á los pocos dias del mando, despues de una entrevista que con él tuvo para hablarle de la perfidia de Moreno, de la cual se cuidó muy poco el pretendiente, porque al entrar Maroto se hallaba, segun éste asegura en su *Memoria ó Vindicacion*, dulcemente entretenido en escribir una carta amorosa á la de Beina, con la que queria casarse por haber muerto á la fecha en Inglaterra su esposa Francisca.

Sale Ezpeleta de Bilbao. La desgracia de Arrigorriaga no daba motivo á Ezpeleta para que continuase en Bilbao, en cuya plaza no hacia falta el ejército de reserva que mandaba, y sí en Navarra y Alava, á donde le llamó Córdova, que hizo un amago sobre la peña de Orduña para engañar á Moreno á fin de que pudiese salir Ezpeleta. Partió éste al fin de Bilbao, y sin ningun contratiempo, llegó á Balmaseda. Al saberlo Moreno conoce que Córdova le ha engañado con su movimiento y se lanza trás de Ezpeleta, que de Balmaseda logró avanzar hasta Medina de Pomar, en donde se vió acosado por el carlista, que guiaba más que duplicadas fuerzas. Sábelo Córdova, y se dirige hácia Medina, mandando un parte á Ezpeleta para que sepa que pronto será auxiliado: Cuevillas, jefe de la caballería carlista, intercepta el parte que inmedia-

tamente remite á Moreno para que sin dilacion y ántes que llegara Córdoba, se atacase á Ezpeleta en la seguridad de destrozarle por lo reducido de su ejército; pero Moreno no se mueve, al ver lo cual Ezpeleta sale de Medina á altas horas de la noche, y por medio de una marcha forzada logra llegar sano y salvo á Puentelarrá sobre la izquierda del Ebro. Al saber Cuevillas que Ezpeleta habia salido de Medina, corre al cuartel general y encuentra á Moreno tan satisfecho que, arguyéndole por no haber acometido y deshecho al general cristino aprovechándose del parte que se interceptó á Córdoba, le contestó, que no le habia recibido, y fué que cuando llevaron el pliego á Moreno se hallaba descansando, y sin leerle le metió debajo de la almohada y se volvió á dormir, mientras que Ezpeleta sacaba sigilosamente su columna de Medina.

Eguía general en jefe carlista.

El anterior suceso desconcertó á Moreno entre los suyos; pero la camarilla le sostenia y fué preciso que cometiese otra torpeza para que Carlos le diera sucesor. Intentó apoderarse de Vitoria en los primeros dias de Octubre, y en tal idea se apoderó de la Puebla de Arganzon, villa castellana del condado de Treviño, sita á la izquierda de Zadorra y á la mitad del camino de Miranda á aquella ciudad, cortó el puente de Armiñon y colocó varios cañones y buen número de batallones en el desfiladero de dicho rio ántes de subir á la llanura de Alava. De este modo creyó derrotar á los liberales que habian de ir de la parte de Miranda para en seguida acometer á Vitoria y tomarla. Córdoba, que supo el plan de Moreno, reunió numerosas fuerzas en Miranda, y con tanto entusiasmo y acierto las guió contra el carlista, que en poco más de una hora logró arrojarle de sus posiciones y entrar como dando un paseo militar en la capital alavesa. Moreno fué llamado al cuartel general y Carlos le destituyó del mando, dándosele á Nazario Eguía, el manco de Santiago de Galicia, que habia heredado el titulo de conde de Casa-Eguia, dado por Fernando al otro Eguía, de infausta memoria, llamado *Coletilla*, y tenia tambien perversos sentimientos como, entre otras cosas, lo demostró, queriendo fusilar un aprendiz de músico inglés, muchacho de 13 años, al que cogiera de prisionero

Maroto y le servía de criado, segun este general nos cuenta en su *Vindicacion*. El nombramiento de Eguía produjo alteraciones en los mandos de las fuerzas carlistas. Fueron nombrados jefes de division Villarreal, Iturralde y Gomez, y de brigada Latorre, Guibelalde y Sopenana: á Sagastibelza se le nombró comandante general de Guipúzcoa, á Zaratiegui jefe de estado mayor de una division y á Mazarrasa del general en jefe.

Accion de Eguía, que tomó el mando el 21 de Octubre, recorria el extremo Norte de la llanura de Alava de este lado de los puertos de Arlaban, apoyándose en ellos, Salvatierra, Guevara, Gamboa y otros pueblecitos cercanos al nacimiento del Zadorra, que pasando por delante de Vitoria, Nanclares, Puebla de Arganzon y Armiñon, da luego sus aguas al Ebro por bajo de Miranda. Ordenó Córdova desde Vitoria que, protegida por Espartero, restablecido ya de sus heridas, viniese á esta ciudad desde Bilbao la legion inglesa, y á fin de que esta difficilísima marcha se realizase atravesando toda Vizcaya, se decidió él á ir en busca de Eguía, batirle si podia y si no entretener su hueste para que no se opusiese á los ingleses y á Espartero. El 27 de Octubre salió Córdova muy de madrugada de Vitoria, y á las pocas horas dió vista al enemigo, situado sobre las montañas que sirven de base al castillo de Guevara, apoyando su izquierda en Salvatierra, donde tenia sus hospitales y almacenes. Córdova ordenó á la vanguardia que se apoderase de Salvatierra, lo cual verificó ayudándola la brigada de Mendez Vigo (Santiago), que atacó de frente y con furia á varios batallones carlistas, les desordenó y obligó á dirigirse por la izquierda hácia el castillo de Guevara, en el que no pudieron refugiarse porque una segunda acometida de Mendez Vigo les obligó á precipitarse al pequeño valle de Barandía ó Barundía, que fertiliza el Zadorra. Rehicieronse aquí los carlistas, merced al arrojo y pericia de Villarreal, y aquel campo fué teatro durante algunas horas de sangrientos choques, pero sin producir resultado decisivo: hubo un momento en que los tiradores de Villarreal pusieron en tal aprieto á la masa del ejército cristino que la hubieran desbaratado sin los esfuerzos de la ca-

ballería mandada por el bravo Diego Leon. Al ver que se acercaba la noche, dió Córdova orden de retirada, la cual fué protegida por los lanceros de la guardia Real, que cargaron á los batallones carlistas que venian persiguiendo la retaguardia cristina, y así pudo ésta entrar ya de noche en Salvatierra, como antes habia entrado todo el ejército. No se puede decir quiénes fueron los victoriosos, porque si bien Córdova tuvo que abandonar lo principal del campo de batalla, en cambio se apoderó de Salvatierra, donde se apoyaba la izquierda enemiga al comenzar el combate. Unos 60 muertos de cada ejército quedaron sobre el campo, y Córdova recogió 130 heridos.

Pero el combate empeñado no habia concluido: la noche impuso una trégua á los combatientes. Los carlistas ocupaban las inmediaciones occidentales de Salvatierra, decididos á rechazar á los cristinos si osaban atacarles en sus posiciones ventajosas. Córdova queria atacar de nuevo al siguiente dia; pero oido el parecer del inteligente Oráa, se acordó la retirada á Vitoria, la cual empezó en la mañana del 28, saliendo la segunda division, casi toda la artillería y los heridos por el camino real y por la derecha el resto del ejército, sabiendo que tenia que habérselas con el enemigo. Al instante mandó Eguía varios batallones á molestar á los que se retiraban: éstos hacian frente á aquellos cuando les oprimian con su arrojo y con su número. Córdova y Oráa, éste en la retaguardia y aquel donde quiera que veia peligro para los suyos, daban acertadas disposiciones para avanzar\* conteniendo á los carlistas. Fueron infinitos los lances que se empeñaron y en que jugaron la artillería de montaña, la infantería y la caballería; pero de todos salió airoso Córdova, sabiendo conservar con su presencia y sus palabras el entusiasmo del soldado que se batia cantando y marchando al son de las músicas y del estampido del cañon, que ora se oia desde una altura, ora desde un pequeño valle, al que al instante era conducida la pieza para llevarla luego á otra altura é ir así ganando terreno camino de Vitoria, á donde por fin entró todo el ejército fatigadísimo de varias horas de combate, marchando siempre en retirada. Esta costó á Córdova más de 400 hombres entre muertos y heridos: á los car-

listas muy pocos. Culpóse entonces á Córdoba de haber cometido una imprudencia en ir á batir á Eguía: esto es muy fácil decirlo despues de saber el resultado: si Córdoba logra destrozár á Eguía el 27, los mismos que le calificaron de imprudente le habria colocado acaso en el número de los grandes capitanes de los modernos tiempos. Por de pronto logró Córdoba que la legion inglesa viniera á Vitoria.

**Accion de Monte-  
tejurra.** Desde Vitoria marchó Córdoba por Miranda y Logroño á Navarra, á donde tambien se trasladó Eguía. Era el 1.º de Noviembre, y despues de un ligero combate entre Cirauqui y Mañeru, Córdoba se aproximó á Estella, que tomó á viva fuerza en pocas horas: tenia escasos defensores, que la abandonaron á manera que entraban en ella los carlistas, como la abandonaron tambien casi todos sus fanáticos habitantes. Esto obligó á Córdoba á abandonarla á su vez, y poniéndolo en ejecucion, salió al siguiente dia de la poblacion cuando ya Eguía se hallaba en sus mismas cercas para recuperarla. Lanzó Eguía varios batallones contra la retaguardia de Córdoba, que les dió cara, mientras que el grueso del ejército liberal trepaba por las alturas del inmediato Montejurra, para ocupar posiciones y rechazar al enemigo: la retaguardia, protegida por algunos batallones, trepó tambien y los carlistas hicieron lo mismo, generalizándose luego la accion: fué esta empeñadísima en varios puntos de la formidable montaña; pero los cristinos avanzaban siempre que podian y así lograron descender á la villa de Allo, asentada al pié de la cordillera. Mandó Córdoba formar en batalla sus tropas junto á las eras de Allo, pero Eguía no aceptó el combate y se retiró á Estella. Costó esta pelea á los cristinos unos 30 muertos y más de 100 heridos: la pérdida de los carlistas debió ser menor.

Con los sucesos de Estella y Montejurra puede decirse que acabaron los lances de la guerra en el Norte el año de 1835. Córdoba volvió á Vitoria por Logroño y Miranda en esperas de que pasase lo más crudo del invierno. Luego veremos lo que ocurrió en otras provincias, que antes hemos de narrar lo más sucintamente que podamos tres acontecimientos que no se pueden dar al olvido.

Bombardeo de San Sebastian y de Guetaria.

Durante el mes de Setiembre intentaron los carlistas apoderarse de San Sebastian, empresa bien difícil por lo casi inexpugnable de su castillo de la Mota. Los liberales de la plaza hicieron algunas salidas contra los sitiadores, de las cuales estos quedaron victoriosos. En Noviembre aproximaron los carlistas numerosa artillería, mandada por Montenegro, y con ella tomaron la casa fuerte de Arambarri, sin que pudiera impedirlo el cañon de la plaza: el 5 de Diciembre tomaron una caserna construida en el convento de San Bartolomé extramuros, y en esto Montenegro intimó la rendición bajo la pena de bombardear la plaza: como no tuvo contestacion realizó su amenaza arrojando bombas sobre la poblacion, que causaron el daño consiguiente y algunas desgracias personales; pero al ver que no conseguia más que esto, levantó el campo aunque para volver luego á otro asedio más formal con superiores fuerzas de infantería y artillería. Por de pronto se fué á Guetaria (patria de Sebastian Elcano, el que dió la primera vuelta al mundo, muerto Magallanes en las islas Filipinas), bien guardada y dotada de artillería gruesa, cuyo castillo, que se defendió con heroismo contra numerosas fuerzas, no pudo tomar, eso que le tuvo asediado varios meses.

Atroz conducta de Espartero con los chapelgorris.

Habiase formado en Guipúzcoa al principio de la guerra un batallon de voluntarios liberales, llamado de *chapelgorris*, porque gastaban gorras coloradas, que esto significa en vascuence aquella palabra. Compuesto de gente joven y entusiasta, habia prestado este batallon importantes servicios, ya por sí solo, ya formando parte de una division del ejército ó ya de otra. Hallábanse agregados estos guerreros intrépidos durante los meses de Noviembre y Diciembre de 1835 á la division de Espartero, que tenia órden de proteger la línea de Vitoria á Miranda, y en la pequeña expedicion que hizo desde esta villa á Haro llevando á los chapelgorris, éstos cometieron algunos excesos, infinitamente menores que los que les atribuyeron despues los partidarios ciegos del general. Es lo cierto que unos individuos del batallon robaron entré objetos de comer unas bagatelas de la iglesia de Labastida ó de Bri-

ñas. El obispo de Calahorra se quejó á Espartero exagerando los sucesos, acaso como á él se les contaron, y Espartero, sin mirar que el prelado era persona parcial, queriendo complacerle, formó su division en el pueblo de Gomecha el 13 de Diciembre y ordenó que los chapelgorris pusiesen sus armas en pabellones, y despues de insultarlos bárbaramente, llamándolos *pandilla de ladrones y deshonor de todo* el ejército, eso que no resultaron más efectos robados que un rosario de plata, un candelero de metal y un chaleco de seda, mandó ¡horroriza decirlo! diezmar aquel batallon de bravos y luego quintar el diezmo para fusilar incontinenti á quienes designára la suerte, lo cual tuvo efecto sin mediar más tiempo que el preciso para que los 10 inocentes que el azar señaló como victimas fuesen absueltos por un capellan. Este horrible sacrificio se hizo á la vista del ejército aterrado y del batallon casi en rebeldia. Dos de los infelices asesinados (pues otro nombre no puede darse á su muerte), lo fueron un jóven francés tan honrado como caballero, que habia sentado plaza para defender la libertad de España y ganar con su sangre la cruz de San Fernando y un guipuzcoano, llamado Alzate, hombre probo, liberal decidido, alcalde que habia sido de un pueblo y padre de cinco tiernos hijos, que por entusiasmo hácia la causa cristina sentó plaza tambien en el batallon. ¡A ambos les mató Espartero por *ladrones!* Ninguna ley de guerra autorizaba el proceder de Espartero, y ménos sin contar con el general en jefe. Jamás un caudillo militar puede apelar al bárbaro medio de quintar sus tropas, porque ese medio envuelve la negacion de las más sencillas nociones de la justicia, que es la misma en lo militar que en lo civil, y no se apela á él á no ser en los pueblos incultos. Tronaron contra el proceder del general cristino en el Parlamento el C. de las Navas y Ferrer; pero como Córdoba, formado el oportuno expediente, apoyó á Espartero; éste siguió con su mando, y léjos de arrepentirse de las muertes hechas, dijo, *que si alguna injusticia se habia cometido era la de no haber hecho más general el castigo haciendo que alcanzase á las clases superiores*, esto es, á los oficiales y jefes. La fuerza bruta de las bayonetas se impo-

nia ya á los poderes públicos, saltando impunemente por encima de las leyes, la moral y la justicia. ¡Desgraciada nacion donde tal sucede! El militarismo, que nada funda, está llamando á sus puertas. A los pocos meses de los asesinatos de los chapelgorris Córdova echaba en cara á Espartero en Vitoria que las tropas de su division eran las más alborotadoras de todo el ejército.

Expedicion de Guergué. Apuntamos arriba que despues de la batalla de Mendigorria y hallándose descansando las tropas de Córdova, pensaron seriamente algunos carlistas en expediciones lejanas, creyendo que á la vista de unos cuantos batallones se levantarian en favor de Carlos los países que fueran invadidos: forjando aquellos en su mente mil ilusiones, compelieron á éste á que autorizase por de pronto dos expediciones, una al mando del canónigo Batanero, *que se prometia llegar á Madrid* con la gente que se le facilitase, expedicion que no tuvo efecto hasta meses adelante, y otra al del brigadier J. A. Guergué, militar desde la guerra de la independencia, de valor reconocido, ideas fanáticas, carácter indeciso y limitada inteligencia, que habia de ir á Cataluña, creyendo que en este país, organizando sus partidas en armas, lograria formar un ejército tanto ó más respetable que el vasconavarro. El 8 de Agosto salió Guergué de Estella, en donde pocos años despues fué fusilado por Maroto, al frente del cuerpo expedicionario, que se componia de 2.600 hombres, más de las dos terceras partes navarros y el resto castellanos, dividido en cinco batallones y un escuadron con dos piezas de montaña, y marchando con lentitud al Oriente, penetró el 13 en Aragon, atravesó el 14 el rio que lleva este nombre y fué á pernoctar á Ena, pequeño lugar distante 20 kilómetros de Jaca: haciendo una marcha forzada se presentó el 16 á la vista de Huesca, que le abrió sus puertas, como luego lo hizo Barbastro en donde formó un batallon de voluntarios casi todos de la ciudad. Perseguido por la columna de Gurrea desde antes de salir de Navarra y despues tambien por Montes, capitan general de Aragon, corrió Guergué á atravesar al Cinca y su tributario el Esera y el 24 logró penetrar en Tremp, cabeza de la cuen-

ca ó gran valle que lleva su nombre. El 25, marchando para Talarn, se le incorporó Antonio Borges con su partida de 500 hombres y luego un coronel de carlistas, llamado Orten, que guiaba unos 3.000 hombres, que no eran más que chusma, pronunciados al sólo anuncio de que se acercaba el jefe navarro. Siguió este marchando por las montañas, huyendo de la persecucion que también le hacian las columnas enviadas á su encuentro desde Barcelona y otros puntos, y el 31 de Agosto llegó á Guisona, villa cercana á Cervera en la provincia de Lérida. Aquí se convenció Guergué de que todas sus risueñas esperanzas no eran más que tristes ilusiones. Los partidarios catalanes, que se le habian agregado, le daban muestras diarias de su natural insubordinacion; sus soldados no estaban satisfechos de los paisanos de los pueblos que habian recorrido, y en especial los navarros, al verse descalzos, medio desnudos y mal alimentados manifestaron claramente que no querian guerrear en aquella tierra, para ellos extranjera é ingrata, y si volver á su querida Navarra, de donde no gustan salir sus hijos en armas, porque en ella encuentran las comodidades de que carecen en otras provincias. El soldado navarro es tan excelente en su país como nulo fuera de él. Esto nos lo han demostrado tres recientes guerras, la de la independéncia, la del 1833 al 39 y la del 72 al 76. De aquí el que nunca temiese Mina que Zumalacárregui invadiera las Castillas como lo temieron otros generales españoles.

Vista tanta y tanta contrariedad, determinó regresar á Navarra, y para hacerlo con ménos peligro dividió su gente en dos columnas, una á sus inmediatas órdenes, y otra á las del coronel Juan O'Donnell. Retrocediendo de Guisona hasta Aragon, trató de vadear el Cinca frente á Barbastro; pero una tempestad horrorosa se lo impidió y tuvo que subir hácia Benasque: el 11 de Setiembre, al ver ocupada esta poblacion por las tropas cristinas, y que Pastors, que le vino siguiendo en su retirada, abandonó imprudentemente el punto de San Juan de Lern, se dirigió á él y así salvó la expedicion: cuando más perdida la creia, pero viéndola en creciente disgusto por su vuelta á Cataluña en vez de avanzar á Navarra. Acosado por Gur-

rea y Pastors, tuvo Guergué que refugiarse en las montañas de la Seo de Urgel, y el 14 durmió en Noves á orillas del Segre: allí su tropa, aspeada y hambrienta, pedia á gritos capitular ántes que sucumbir al hambre y á toda clase de privaciones. Afortunadamente habia en la caja militar unos pocos fondos, que distribuidos entre la tropa quietaron á ésta, la cual al siguiente dia atacó á una seccion de la columna de Pastors batiéndola y haciéndola algunos prisioneros para despues marchar á Oliana, en donde se proveyó de calzado. Todo esto hizo olvidar por de pronto á los navarros las dulzuras de su país; y habiéndosele juntado Tristany, el Ros de Eroles y otros partidarios, Guergué se decidió á acometer en vez de aguardar á ser acometido. Dió orden á dichos partidarios para que molestasen á Pastors por los flancos, y él se encaminó en su busca á Solsona y de aquí á Cardona, de donde huyó el general cristino. Con esto se envalentonó Guergué y se lanzó á la provincia de Gerona: pasó á la vista de Olot, y sosteniendo algunos encuentros insignificantes recorrió todo el Ampurdan y llegó hasta la Junquera en la misma raya de Francia, de la que regresó proponiéndose tomar á Olot el 5 de Octubre: como intimó en vano la rendicion, dejó á Odonnell para que sitiase la plaza con un batallon navarro, otro castellano y algunas partidas catalanas, y él se encaminó con el resto de sus fuerzas á Manresa. Ocurrieron entónces dos prisiones, una en Francia y otra en Olot. El abominable Carlos España fué cogido por la gendarmería francesa al pisar el territorio español, créese que por dar él mismo parte para que le cogieran y verse libre así de la palabra dada á su rey de ponerse al frente de las partidas catalanas. El coronel Juan Odonnell cayó prisionero en las cercas de Olot en una salida que hizo la guarnicion de esta villa, y luego fué conducido á Barcelona, á donde le esperaba una muerte trágica.

El 24 de Octubre atacó Guergué la villa de Guisona, donde los liberales acababan de establecer una guarnicion que quedó prisionera y á su frente el gobernador, coronel Monfá, el cual pensó Guergué canjearle por Odonnell. En últimos de dicho mes, aun cuando vió Guergué que mu-

chos navarros se le habian desertado marchándose á Francia, como que contaba con 5 ó 6.000 catalanes, determinó lanzarse al campo de Tarragona, que recorrió presentándose delante de Valls y otros pueblos importantes para regresar á Torá, cerca de Cervera á mediados de Noviembre. En Torá se declararon los navarros en abierta insurreccion para volver á su país, y los batallones 7.º y 8.º se pusieron en marcha para Oliana, á donde tuvo que seguirlos Guergué con el resto de su expedicion y algunas partidas catalanas. El 22, gritando continuamente por el camino *jule, ule, á Navarra!* llegaron á Pobla de Segur, del partido de Tremp, donde ordenó Guergué á Cordeu que con el pequeño batallón de la ribera se adelantase para dar cuenta á Cárlos del mal resultado de la expedicion, cosa que no pudo realizar el Cordeu porque fué copado con su gente al entrar en Navarra. Guergué, perseguido siempre por dos ó tres columnas liberales, llegó á Barbastro el 24, el 25 durmió en Bolea y el 26 en Ena: el 27 cruzó el rio Aragon y el 29 pisó el suelo navarro, cuya montaña recorrió de Oriente á Occidente hasta llegar á Elizondo el 3 de Diciembre para ir el 9 al cuartel real á dar cuenta de su empresa, cuyo resultado definitivo fué perder la mitad de la gente que sacó de Navarra, entre desertores, muertos y prisioneros, desorganizar con el mal ejemplo algunas partidas catalanas y dejar por doquiera un rastro inmenso de sangre y devastaciones, volviendo á Navarra mohino y avergonzado y convertido en objeto de escarnio así de propios como de extraños.

La guerra en el resto de España. Los principales acontecimientos ocurridos en Cataluña durante la segunda mitad de

1835, fueron los de la expedicion de Guergué; pero aparte de ellos tuvieron lugar otros, de que vamos á hacer ligera mencion. Los facciosos catalanes, merced ante todo á la escasez de fuerzas con que contaba Llauder, se habian aumentado de un modo notable; recorrían á su placer la montaña, y fortificando varios puntos importantes como Torá, Orgañá y Tuixent, bloqueaban á Berga, Solsona y Cardona. Nuevos partidarios habian salido á campaña entre ellos Sausó, Toriana, Camas-Cruas, Brujó, Vall, Masgoret y el Muchacho, todos ellos feroces, que sacrifi-

caban sin piedad á los prisioneros como ellos y los suyos eran sacrificados por los cristinos, pues que aquí se despreció el tratado Elliot hasta por Pastors, al que se le recordó en vano Guergué.

Pastors, lo propio ántes de los incendios de Barcelona y asesinato de Basa que despues, trabajó con afan y excelente voluntad persiguiendo á varios partidarios generalmente con próspera fortuna. El coronel Conrad, hallándose Guergué en el campo de Tarragona, batió á Torres en Pobla de Segur, causándole grandes pérdidas. El de igual clase Niubó, hizo prisioneros en Guimerá á 500 carlistas, de los que fusiló 70 incluso su jefe. Igual carnicería hicieron luego los cristinos en San Quintin. A estas atrocidades contestaban los carlistas con otras mayores, y así la guerra era aquí, como lo fué en el Norte hasta el tratado Elliot una lucha de exterminio, cual sino perteneciesen los que la hacian á un país civilizado. En estas circunstancias fué cuando Mina, que se hallaba curándose en Francia, recibió el nombramiento de capitán general, que aceptó por ser cosa del ministerio Mendizabal, y saliendo de Pau para Perpiñan, ganó la tierra española entrando en posta, y sin mirar el grave riesgo que le amenazaba, por la Junquera para llegar á Barcelona el 21 de Octubre, con cuyo motivo se disolvió la junta auxiliar de gobierno creada en Agosto anterior. Cuando Mina se encargó del mando habia en Cataluña al pié de 20.000 carlistas en armas. Aunque entrado en años y lleno de achaques, atendiendo sólo á su principal obligacion, que era la de dar fin á la guerra, publicó el 29 de Noviembre un bando terrorífico, ajeno á su carácter é impropio de sus humanitarios sentimientos, y declarando la ciudad en estado de sitio, con la idea de contener á los anarquistas, salió á campaña en Diciembre, dejando encargada la capitania general al segundo cabo Antonio Maria Alvarez.

**El Maestrazgo.** Los horrores de que esta comarca fué teatro en la segunda mitad de 1835 superaron á cuantos hemos visto en el Norte durante los veinte primeros meses de la guerra. A la crueldad innata de Cabrera se unia para hacer la lucha más sangrienta el fanatismo de los frailes, que iban con él, sobre todo uno llamado Escoriguela, que

todos los dias y en todas partes predicaba el exterminio de los libres. Desde los montes de Chert, á donde dejamos á Cabrera despues de su acometida á Caspe, reconocido el tortosino por su intrepidez y astucia como jefe de todas las partidas y poseido de más ferocidad á manera que se saciaba de mando, salió á esperar á la columna que guiaba por aquella tierra el coronel Azpiroz. Esperábala el carlista emboscado en un barranco y cuando vió bien comprometido en él al liberal, mandó hacer fuego á los suyos: desordenaron estos toda la columna, que con gran trabajo y peleando pudo llevar Azpiroz hasta el pueblo de Prat de Compte, en donde hubiera caído prisionera á no acudir la columna de Montero que ahuyentó al enemigo. A los pocos dias se apoderó Cabrera de Zurita, que guarnecian unos 30 urbanos, que se le entregaron, y faltando á la capitulacion estipulada cometió la horrible maldad de fusilar á dos ancianos que apenas podian andar y á dos hermanos de 16 y 18 años, ocasionando su crueldad otras dos muertes, la de la madre de éstos y la de otro hijo que llevaba á sus pechos. Luego consiguió Cabrera otro triunfo en Yesa, destrozando al comandante de caballería Jácome. En principios de Agosto se acercó á la importante villa de Albocácer, en donde penetró á viva fuerza, refugiándose 30 soldados y otros 30 urbanos, mandados estos por el juez Palamera y aquellos por el sargento Lasantas, en la torre de la iglesia, á la que puso fuego el carlista, sin que esto intimidase á los 60 valientes, que se le hicieron á él continuado hasta que la aproximacion de Noguerras le obligó á retirarse. Seguidamente se apoderó Cabrera por sí ó por medio de sus tenientes Quilez, Forcadell y el Serrador de Beceite, Castellote, Valderrobles y otros puntos fortificados, haciendo prisioneros á sus destacamentos: el de Beceite constaba de 140 hombres, de 80 el de Valderrobles y de 100 el de Castellote.

El 11 de Agosto entró Cabrera en Segorbe, de donde sacó abundante botin y algunos miles de duros, y perseguido por Noguerras abandonó la ciudad para caer en su retirada sobre la pequeña columna del coronel Decref, á la que batió el 14 en Jana y no la destrozó del todo por tener que huir, abandonando la pelea, al divisar á su in-

cansable perseguidor *el diablo de Noguerras*, como él y los suyos le llamaban.

Después de diversas correrías dirigióse Cabrera á Rubielos, importante villa del Bajo Aragón, á 40 kilómetros de Teruel, que guarnecían unos 100 hombres, mitad urbanos y la otra mitad soldados del provincial de Ciudad-Real. Era el 12 de Setiembre cuando Cabrera se aproximó á Rubielos al frente de dos batallones y medio escuadrón: intimada la rendición, que fué rechazada, penetró Cabrera en la población á viva fuerza, rompiendo las puertas: los urbanos y nacionales tuvieron que refugiarse en el fuerte: no queriendo rendirse, Cabrera puso fuego al edificio y se sirvió de tortugas, en una de las cuales se metió él mismo, matándole dos de los que iban á su lado é hiriendo á los otros dos: esto exasperó al tortosino, quien viendo que el fuego puesto al fuerte no se comunicaba al sitio de donde recibía más daño, trató de derribar la pared que daba á una casa inmediata, observado lo cual por los sitiados, prendieron fuego á dicha casa para quedar aislados; pero el destructor elemento, á causa de un recio vendabal, se vuelve contra ellos, y al verse víctimas de un calor sofocante y una sed devoradora, enarbolan bandera blanca para entregarse salvando sus vidas. Acepta Cabrera la capitulación, y faltando infamemente á ella fusila en el acto al pié del fuerte á los principales urbanos, y en seguida tolera que su vil chusma invada las casas de los asesinados, las saquée y viole á sus esposas é hijas. Pero como el tigre estaba más sediento de sangre, no le satisfizo la que acababa de deramar, y al siguiente día, conducidos los restantes capitulados en número de 65 al término de Noguerauelas, después de comer el rancho su gente, la mandó formar un gran círculo, hizo que se dejase en cueros á aquellos infelices, y al verlos así les invitó á que se salvaran corriendo. ¡Todos los 65 quedaron tendidos en el campo de botes de lanza ó acuchillados, habiéndose encontrado algunos cadáveres con más de 20 heridas! Desde aquel día adquirió con razón Cabrera el título de *tigre del Maestrazgo*, y la maldición de todos los buenos le acompañó por do quiera. Al anuncio de los horrores de Rubielos

muchos urbanos de pequeñas poblaciones dejaron las armas, refugiándose en las ciudades.

A los pocos días presentóse Cabrera delante de Requeña, población que le rechazó con entusiasmo patriótico, causándole algunas bajas y luego se encaminó á Beceite.

El 24 logró Nogueras batir á Quilez y al Serrador, eso que estos llevaban triple número de combatientes, y el 1.º de Octubre volvió á batirlos con sola su caballería en Minuesa, en donde recibió dos heridas.

El 17 de Octubre se presentó Cabrera al frente de dos batallones y unos 100 caballos delante de Alcanar, importante villa marítima catalana, próxima á la Rápita y al puerto de los Alfaques, que defendían unos 70 urbanos: éstos, al aproximarse el tortosino, se retiraron al fuerte y él ocupó la villa: acometido el fuerte y despues de algunas horas de combate se refugiaron los urbanos en la iglesia, á la que el defensor de la religion puso al siguiente día fuego, que apagaron los sitiados, prorrumpiendo en gritos de alegría porque vieron que de la próxima villa de Vinaroz iba en su socorro una columna de 450 urbanos, carabineros y francos. Al enterarse de esto Cabrera, dejando á algunos de los suyos á la vista de los sitiados, se lanzó sobre la columna, la cual, al ver la inmensa superioridad del enemigo, trató de retroceder; pero Cabrera mandó apretar el paso, y los liberales no tuvieron otro remedio que dar la cara. Ordenó el carlista atacar á la bayoneta, al ver lo cual los nacionales de Vinaroz se acobardaron, echando casi todos á correr é introduciendo el desórden más espantoso en la columna: los carlistas hieren y matan sin piedad así al que huye como al que opone resistencia: véñse aquí y allá luchas aisladas, sostenidas por valientes que prefieren morir matando á una fuga ignominiosa y acaso inútil, y despues de dos horas de combate el campo ostenta más de 100 cadáveres de nacionales, francos y carabineros con otros 10 más de carlistas. Los que huyeron al principio se salvaron en Vinaroz y en los pueblos próximos. Los defensores de Alcanar, viendo la triste suerte de los que iban en su auxilio, capitularon y Cabrera mismo les condujo hasta cerca de Vinaroz.

Despues de la catástrofe de esta villa, que sirvió á Ca-

brera para enseñorearse de la marina á la derecha del Ebro hasta Peñíscola, hizo abandonar á los liberales Cherta y las Roquetas y él se retiró á la Puebla de Benifasó, para ir luego á acometer á Alcañiz, de donde le rechazó Noguerras levantándose del lecho, en el que le tenían postrado sus heridas, y haciéndose montar á caballo.

El 10 de Noviembre el Serrador se acercó á Lucena, villa de 800 vecinos, sita á 40 kilómetros al NO. de Castellon, y la puso cerco con más de doscientos hombres: los soldados y urbanos que la defendian despreciaron las intimaciones atestadas de disparates que les dirigió por escrito el toscó partidario, llamándole *cabecilla de ladrones y facciosos*. y éste rompió el fuego; pero al saber que se acercaba Buil con una columna levantó el sitio.

Rechazado Cabrera de Alcañiz y viéndose al frente de 3.000 infantes y más de 200 caballos, se lanzó á tierra de Calatayud en ocasion que marchaba de Madrid para Zaragoza una columna compuesta de un batallon de Sória, dos compañías de zapadores y unos 30 caballos: dióla vista Cabrera cerca de Terrer, pequeño pueblo distante 6 kilómetros tan sólo de Calatayud, y en el acto mandó á Quilez que la acometiese con la caballería: tal espanto produjo en toda la columna la presencia de la numerosa gente de Cabrera, que sin hacer aprecio de la voz de sus jefes, se desordenó de una manera lastimosa para ser presa instantánea del enemigo. Un capitán de zapadores se atravesó con su espada al verse desamparado de sus soldados. Toda la columna ménos los 30 jinetes que escaparon á Calatayud cayó prisionera.

En el primer tercio de Diciembre, despues de haber dado descanso á su hueste en las sierras de Cuenca, bajó Cabrera á las vegas de Daroca y tierra inmediata de Molina, que aun cuando lleva el nombre de Aragon, pertenece á Guadalajara. Tan imponente se presentaba ya Cabrera despues de sus últimos triunfos, que el gobierno determinó hacer un esfuerzo para ver si podia concluir con el cruel partidario. Palafox obtuvo el mando de una columna que, partiendo de la provincia de Valencia fué á Aragon, en donde de órden de Palafox se le unió Noguerras restablecido ya de sus heridas. El 15 logró dar vista en las inme-

diasiones de Molina al tortosino, que guiaba 4.000 infantes y más de 300 caballos contando con la partida del titulado Organista. Esperó el tortosino al liberal colocando su gente en unas alturas: él ocupaba el centro, Forcadell el ala izquierda, el Organista la derecha y Quilez con la caballería estaba como de reserva. Palaréa, que contaba con unos 3.500 infantes y 300 ginetes, hizo de su hueste cinco columnas, y dejando una de reserva, lanzó á un tiempo las cuatro contra los carlistas con órden de atacar á la bayoneta despues del primer disparo. Los carlistas intentaron sufrir el primer empuje; pero al ver de cerca las bayonetas de los libres se desordenaron y echaron á correr como gamos. Cabrera logró volverles al combate en un vallecito próximo; pero otra carga á la bayoneta les hizo correr de nuevo, y la caballería, en vez de sostenerlos, volvió grupas precipitadamente al divisar la contraria que iba á apoyar la infantería: ésta y la caballería se cebaron en los fugitivos matando sin piedad á cuantos cogian por delante, y no fué más grande la mortandad porque los que huían, vadeando un riachuelo próximo, lograron salvarse. Tuvieron los carlistas en la accion más de 300 muertos y 600 entre heridos y prisioneros: aquí fueron rescatados los que llevaban de la sorpresa de Terrer. Palaréa prestó un inmenso servicio con su triunfo sobre el cruel tortosino, llevó el entusiasmo al Bajo Aragon y á Valencia, y tal desaliento á los carlistas que se presentaron á indulto más de 3.000, aunque muchos con ánimo de volver á las facciones en mejor ocasion: el gobierno le dió el mando de la provincia de Castellon con el de una division de seis batallones y tres escuadrones, como á Nogueras el de la de Teruel con otra division de cinco batallones y dos escuadrones. Despues de la derrota mandó Cabrera á casi todos los suyos á sus casas para pasar las navidades, y él se dirigió á sus puertos favoritos en espera de que pasasen los rigores del invierno para volver á campaña.

Mancha. En este país presentaba la guerra el mismo carácter que desde su comienzo, sin que el carlismo lograrse otra cosa que llevar el llanto y la desolacion por do quiera con sus partidarios feroces, ladrones y desmora-

lizados. Perecían unos cabecillas y eran reemplazados por otros de sus mismas inclinaciones: los soldados cristinos les trataban como á fieras dañinas, de las que á la verdad se diferenciaban poco en su género de vida y en sus obras.

**Galicia.** Tampoco en esta comarca habia hecho fortuna el carlismo, merced al espíritu indiferente del país, recorrido por algunas partidas sin importancia y á las acertadas medidas para exterminarlas ó no dejarlas tomar vuelo del capitán general Morillo, quien sinceramente deseaba lavar la mancha, si no de traición, de debilidad y contemplaciones con los invasores de 1823 por medio de actos ostensibles en pró de la libertad y del trono de Isabel que entónces la representaba.

**Caida del mí-  
nisterio Ro-  
sa-Toreno. Su-  
bida de Men-  
dizábal.** Durante la última quincena de Agosto, el gobierno, que habia visto aparecer y extinguirse como fuego fátuo la conspiracion del día 15, podia contarse solamente dueño de Madrid, porque las más importantes ciudades ni le prestaban obediencia ni por consiguiente le enviaban recursos de ningún género. El ambicioso Toreno, cubierto de inmensa impopularidad, ansiaba conservar su cartera aun á costa de la ruina de la patria, y como ejercia grande influencia sobre Cristina, inclinó el ánimo de esta á que llamase de Inglaterra á Mendizábal, quien, como en su lugar vimos, contribuyó con sus recursos de todos géneros á preparar la expedicion de Pedro del Brasil, que dió por resultado la caída del tirano usurpador Miguel y la elevacion de María de la Gloria al sόlio portugués. Pero Toreno queria á Mendizábal como un agente suyo, que le sirviese de apoyo, y en esta idea hizo que éste fuese llamado, anunciándole al mundo como el redentor de la infeliz España, devorada en el Norte y Oriente por la guerra civil y destrozada en el resto por la anarquía, que más que nadie habia creado con su política de resistencia el ministerio Rosa.

Era Mendizábal, que nació en Cádiz el año de 1790, un hombre extraordinario, si no por su talento é instruccion, que no eran grandes ni con mucho, por diferentes cualidades, que le dieron la celebridad de que goza. La

naturaleza le habia dotado de elevada estatura y gran corpulencia, lo que le valió el dictado de *Juan y medio*. Hijo de Rafael Alvarez y de María Mendez, al lanzarse en la carrera del mundo, empezó por renegar de su castellano apellido materno y tomar el vizcaino de Mendizábal. Liberal desde jóven, espuso su cabeza por la causa constitucional, y tuvo que emigrar en 1823 á Inglaterra en donde logró hacer una regular fortuna. De buenas intenciones, era largo en promesas y sereno hasta lo que se dice sin aprension cuando no podia cumplirlas, que en este caso no lo hacia por falta de buena fé, sino por sobra de imaginacion meridional: de instintos semi-revolucionarios por su origen y semi-conservadores por su regular capital, adquirido en fuerza de trabajo, y por su contacto con Pedro del Brasil y varias notabilidades de la banca inglesa, hoy marchaba á impulsos de los primeros para ser mañana guiado por los segundos. Su génio emprendedor, que le habia elevado á capitalista de dependiente de una casa de comercio, no reparaba en abordar las más árduas empresas, sin mirar si le habian de salir bien ó mal. No era haoendista y ménos hombre de Estado sino un arbitrista audaz, para quien no habia dificultades, pues que por todo atropellaba, siempre con sanas intenciones y siempre mirando al bien de la patria mejor que al suyo propio, al revés que el que más contribuyó á traerle á la escena política en dificilísimo y hasta pavoroso período. Tal era Mendizábal, que vino á España precedido de inmensa popularidad merced á multitud de circunstancias, entre las cuales merecen mencionarse el desprestigio sin fin á que habia llegado el ministerio Rosa-Toreno, su prolongada ausencia de la patria que no le habia dado ocasion para cometer errores ni adquirir envidias ni enemistades, y sobre todo su fama de medio salvador de la causa liberal portuguesa, que era una natural y valiosa garantia de que tambien y con mayor razon salvaria el sistema representativo español.

Sabida por Mendizabal la voluntad de Cristina, abandonó á Lóndres, visitó en París á vários personajes y embarcándose en un puerto francés del Océano, arribó á Lisboa y desde aquí se encaminó á la Granja, donde se hallaba la

gobernadora, á la cual, obedeciendo á los instintos que segun dejamos dicho le eran peculiares, prometió que si llegaba á formar ministerio respetaria el Estatuto y sostendria las régias prerrogativas. De la Granja vino á Madrid y conferenció con sus amigos, que eran Argüelles, A. Galiano y otros liberales avanzados. Al ver esto Toreno, llevado de su ruin ambicion, trabajó con Cristina para que encargase la formacion de un ministerio á Riva Herrera; pero la gobernadora, que ya habia abandonado la Granja, oyó los consejos del embajador inglés (quien, así como el francés, se mezclaban más de lo conveniente en nuestros asuntos) y Mendizabal fué el encargado de formar un gabinete que reemplazase á Toreno y compañeros. Fué Toreno quien con el dolor y repugnancia consiguientes firmó el decreto de su relevo con fecha 14 de Setiembre. El nuevo ministerio quedó constituido de este modo: Mendizabal con la Presidencia, el ministerio de Hacienda é interinamente el de Marina; Martin de los Heros el del Interior; Gomez Becerra el de Gracia y Justicia y Almodóvar el de la Guerra.

En el mismo dia en que fué nombrado ministro elevó Mendizabal una exposicion á Cristina en que, á vuelta de ciertas frases en propia alabanza sobre sus trabajos en pró de Pedro del Brasil, decia, que constituido un ministerio homogéneo y encargado él del departamento de Hacienda, era preciso dedicarse ante todo á acabar con la guerra civil, fijar la suerte de las corporaciones religiosas *cuya refozma reclamaban ellas mismas*, (como si la opinion pública quisiera otra cosa que su total extincion) fundar el crédito público, que debia estudiarse en la libre y opulenta Inglaterra, y afianzar en las prerrogativas del trono los derechos y deberes del pueblo. Semejante programa, vago en demasia, fué aplaudido por los más y criticado con dureza por alguno que otro escritor moderado: los que aplaudieron es claro que lo verificaron por la confianza que les inspiraba la personalidad de Mendizabal, quien tenia la errónea idea de liberalizar la situacion, dejando en pié el desacreditado Estatuto, por medio de leyes importantes.

Por de pronto se sometieron al gobierno todas las jun-

tas, aun cuando algunas lo hicieron con cierta repugnancia y despues de alardes ridículos de independecia y algaradas más ridiculas de unos cuantos exaltados, entre los que se distinguió, presentándose en Andalucía, el C. de las Navas, que reunió una multitud de gente, que se deshizo como el humo; se levantó el estado de sitio que pesaba sobre Madrid, y se cambiaron las autoridades militares de las principales provincias, dando el mando de la de Cataluña á Mina y de Aragon á Palafox, y aprovechando el patriótico entusiasmo de Palarea, Quiroga, O'Daly, Lopez Baños y otros que supieron cumplir sus deberes en 1823. Esto hizo que renaciese la confianza, que reviviera el crédito y que todo liberal se entusiasmase como si pronto hubiera de ver soterrado para siempre el carlismo con sus funestas y vergonzosas aspiraciones. Mendizábal era el ídolo de los más, y hasta el ejército, desnudo aquí, hambriento allá y lleno de privaciones por do quiera, saludó con júbilo al nuevo Mesías. Con fecha 28 de Setiembre se dió el decreto convocando las Córtes, ó los dos Estamentos que habian de reunirse el 16 de Noviembre siguiente «para revisar el Estatuto, desenvolver los principios de gobierno contenidos en el programa del día 14 y *constituir definitivamente la gran sociedad española.*» Los moderados recibieron muy mal esta medida, considerándola muy revolucionaria; algunos exaltados la contemplaron, por el contrario, como un principio de apostasia de parte de Mendizábal; pero la opinion general la recibió con satisfaccion, fijándose en que no adelantan más los pueblos por correr mucho en ciertos periodos, sino por andar lo conveniente y con pié firme para no dar una caída. El 11 de Octubre fueron suprimidas las comunidades religiosas, excepcion hecha de la de escolapios, dedicada á la enseñanza. Ya el ministerio Rosatoreno habia suprimido en Julio los conventos que no contaban con cierto número de frailes, y las juntas, de acuerdo con la opinion pública, que pedia la abolicion completa del clero regular, hicieron desocupar muchos conventos; de modo que el ministerio Mendizábal puede decirse que sólo vino á regularizar con su decreto la exclaustracion, recibida en general con júbilo por los frai-

les jóvenes para lanzarse á las aventuras mundanales, y por los viejos con temor de encontrarse sin medios de subsistencia, porque por un lado veian muy amortiguada la piedad de los fieles para con todos los eclesiásticos, y por otro no creian, como así sucedió, que el gobierno les pagase 5 rs. diarios que les señaló al lanzarlos de sus moradas, dada la penuria del tesoro público por causa de la guerra. En algunas partes se realizó la exclaustracion siendo los frailes objeto de insultos y bufonadas: la época se prestaba á ello, porque se les tenia, y con fundamento, por fomentadores de la guerra civil. Existiendo la misma opinion contra los curas se dictaron muchas medidas que, siendo hasta no más justas, ellos tomaron por agravios: tal sucedió con la abolicion del fuero eclesiástico en lo criminal, la prevencion á los obispos para que se abstuvieran de dar dimisorias y órdenes sagradas cuando existia un clero superabundante y que en general nada hacia más que vivir sobre el país con la renta de grandes propiedades, diezmo y derechos de pié de altar; la reforma de los estudios eclesiásticos en los seminarios y el destierro de algunos prelados por haberse negado irrespetuosamente á obedecer ciertas órdenes de la potestad civil. Se dieron despues ciertas providencias para halagar y entusiasmar á la milicia urbana, entónces tan necesaria y útil por causa de la guerra, como es perjudicial y funesta en tiempo de paz, y se movilizaron algunos batallones, siendo nombrado inspector de ella el general A. Seoane, y del distrito de Madrid el brigadier Narciso Lopez. Con fecha 24 se dió el decreto, que llenó de asombro á la España, llamando á las armas 100.000 hombres, que Mendizábal creyó necesarios para acabar la guerra, y habian de ser designados por la suerte entre todos los españoles de 18 á 40 años, con abolicion de la talla, para que sirviesen á la patria lo mismo los de alta que los de baja estatura, y con la facultad de redimirse los que pudieran y quisieran por la cantidad de 4.000 rs. Mendizábal calculó que esta quinta le daría 75.000 hombres para el ejército y 25 millones de reales para atender á algunas necesidades de éste; y si bien el cálculo sobre el dinero fué bastante acertado, no así el relativo al número de soldados,

porque de las provincias centrales se fueron muchos mozos á las facciones, y de las de Galicia, Zamora, Salamanca y Extremadura á Portugal. Se apeló tambien por el ministerio al patriotismo del país para que por medio de donativos voluntarios mejorase la situacion del tesoro público, y de la península obtuvo éste, además de muchos efectos para el ejército, 12 millones de reales, señalándose la provincia de Oviedo, que dió unos 300.000 rs., como en contrario sentido se distinguió Pontevedra, que solamente proporcionó 3.383: de las colonias vinieron otros 8 millones más; la Habana sola dió cerca de 3 y el resto de la isla de Cuba 2 largos; la de Puerto-Rico cerca de uno, y 2 próximamente las Filipinas. Bien poco significaba todo esto para sostener los gastos de la guerra, calculados para el año próximo en 600 millones de reales, los 400 y más para el ejército, 8 para las tres legiones extranjeras, 80 para los cuerpos francos y movilizados, y el resto para otras atenciones indispensables. Entónces se pensó en un empréstito, que Mendizábal creyó lograr por medio de sus relaciones con Inglaterra; pero los isleños no se le hicieron por exigir para realizarlo un tratado de comercio que arruinase nuestra naciente industria. Pensó entonces Mendizábal, aun cuando por poco tiempo, que la venta de bienes del clero regular le sacaria de apuros, sin calcular que esos bienes tenian que venderse muy baratos y dar gracias al que los solicitase, porque los compradores de ellos, odiados de los carlistas, defendiendo su adquisicion, se convirtieron en los más resueltos defensores del trono de Isabel y de la libertad, en términos que acaso sin su auxilio hubiera triunfado el pretendiente.

Los Estamentos. Su disolucion. El 16 de Noviembre abrió Cristina en persona los Estamentos en el local del de procuradores, leyendo el correspondiente discurso, en el cual se consignaban lisongeras esperanzas de ver pronto terminada la guerra civil con el aumento del ejército por la quinta de 100.000 hombres; se aseguraba que los soberanos signatarios del tratado de la *Cuádruple Alianza* daban pruebas repetidas (que la nacion no veia) de su adhesion á los principios consignados en él, y, entre otras medidas favorables á la agricultura, tales como la venta de los

bienes de propios y construcción de caminos y canales, estos tantas veces olvidados como prometidos, se anunciaban tres proyectos de ley importantes, uno sobre elecciones, otro sobre libertad de imprenta y otro sobre responsabilidad ministerial, que en España ha sido y es un fantasma impalpable, merced á nuestra carencia de costumbres públicas. Produjo el discurso grande entusiasmo, siendo pocos por consiguiente los que le miraron como deben mirarse todos los discursos de tal género, sin prevención y con calma aguardando sus efectos; pero esto no se vé por desgracia en España, en donde la imaginación sucumbe á las impresiones del momento para luego recibir tristísimos desengaños. Presidia J. Isturiz el Estamento de procuradores, nombrado al efecto interinamente en sesión preparatoria, como luego le presidió en propiedad, designado por la corona, que tenía la facultad de elegir entre cinco votados por la cámara. Esta se había aumentado á la fecha con varios miembros de las colonias, porque todas ellas tenían derecho á mandar representantes, y así es que en la sesión preparatoria del 14 se aprobaron los poderes de J. F. Lecaroz y Andrés García Camba, elegidos por las islas Filipinas, como ántes se habían aprobado los de un cubano, llamado Kindelan, elegido por Santiago de Cuba. Puesto á discusión el discurso de la corona hablaron en contra el C. de las Navas, Antonio Gonzalez y un lenguaraz sempiterno llamado Perpiñá, y en pro Argüelles y Alcalá Galiano: el Estamento le aprobó, como hizo el de próceres despues de ligerísimo debate.

El 21 de Noviembre, despues de haber publicado el gobierno la ley reintegrando á los compradores de bienes nacionales del 20 al 23, presentó al Estamento de procuradores el proyecto de ley electoral firmado por los cuatro miembros de que constaba el gabinete, Mendizabal, Almodóvar, Heros y Gomez Becerra; presentó otro despues sobre la fuerza ciudadana armada, con la novedad de no llamarla milicia urbana sino, al estilo francés, guardia nacional; luego otro sobre libertad de imprenta, tambien con la novedad de hacerlo *el secretario de la Gobernacion del reino*, que ántes se decia del *Interior*, y, por último,

el 21 de Diciembre demandó Mendizabal lo que se llamó *el voto de confianza*. Reducíase éste á que los Estamentos autorizaran al gobierno para cobrar las contribuciones del año próximo y para arbitrar recursos con que atender á la fuerza armada, pero sin acudir á nuevos empréstitos. Puesto el voto de confianza al debate se pronunciaron lo ménos 50 discursos en contra y otros tantos en pró para acabar por aprobarle sin que hubiera votacion más que sobre uno de sus artículos, la cual fue tan favorable al gobierno que estuvieron á su lado 134 procuradores y solamente tres en la oposicion. De los muchos que combatieron el proyecto, entre los que se distinguieron Torreno, M. de la Rosa y C. de las Navas, ninguno votó en contra, lo que probó el furor que por hablar y dar gusto á la imaginacion hay en nuestro país, aun cuando luego se obre en contrario sentido del que se habla, defecto si cabe más feo que aquel que compelió á Caton censorio á arrojar de Roma al elegante hablador Carneades, embajador de los atenienses, que se jactaba de haber defendido ante los romanos por la mañana la justicia y por la tarde la injusticia (*et justitiam quam pridie laudaberat, sustulit*). El voto de confianza, habiendo entrado ya el año 1836, no podia negarse por los hombres de gobierno á ningun ministerio y ménos á Mendizabal que tenia la de todo el país liberal, quien por efecto de las pomposas promesas del ministro veia en éste nada ménos que su redentor en la cuestion de hacienda y su áncora de salvacion respecto de la guerra. El Estamento de próceres aprobó tambien el voto casi sin discusion y unánimemente.

El 8 de Enero empezó el debate sobre el proyecto de ley electoral, que fué largo y enojoso, como que ocupó casi todas las sesiones hasta el 24 y tomaron parte en él muchísimos procuradores, unos en pro y otros en contra, distinguiéndose entre los últimos, M. de la Rosa y Torreno, como en pro Lopez, Argüelles y A. Galiano. No merecia el honor de ser aquí mencionado tal proyecto á no ser porque, aparte de haber producido él la disolucion de los Estamentos, abria ancha brecha en el Estatuto, proponiendo el gobierno y la comision que la renta de 12.000 reales que aquel Código exigia para ser procurador se re-

bajase á 6,000: contaba asimismo el proyecto con una importante particularidad, que iba tambien contra la subsistencia del Estatuto, y era la de que á los que habian de ser elegidos no se les daba el nombre de *procuradores*, sino el de *diputados* como en la Constitucion de 1812. Por lo demás el proyecto, aun con las reformas de la comision, no correspondia á la época ni llenaba ninguna aspiracion legitima ni satisfacía el sentimiento liberal del país, que si no estaba preparado para el sufragio universal, lo estaba para uno extenso y sobre todo directo. Ofrecióse en la discusion el espectáculo de que los moderados opináran por el método directo y los avanzados por el contrario. El gobierno carecia de pensamiento fijo, y así vió impassible que amigos suyos votaran ciertos artículos con la oposicion: tan extraña conducta produjo sus naturales consecuencias: el dia 14 fué desaprobado un artículo por 97 votos contra 42, votando con Toreno y Rosa muchos ministeriales, y el dia 24 fué tambien rechazado el art. 17, que establecia, como la deseaba el gobierno, la eleccion por provincias, contra la oposicion moderada, que la queria por distritos: 71 votos echaron abajo el artículo contra 66 que apoyaron el pensamiento del ministerio, con lo cual éste sufrió una derrota, si no esperada, por sus vacilaciones merecida. Suspendidas en dicho dia las sesiones, el 27 se presentó Mendizabal en ambos Estamentos y leyó el decreto firmado por Cristina disolviendo *las actuales Cortes* (tal era la fórmula), para que las nuevas, que habian de ser elegidas por el método estatuido por M. de la Rosa, se reuniesen el 22 de Marzo inmediato. Mendizabal hizo bien en disolver el Estamento de procuradores. Al partido moderado, cubierto de descrédito, no podia entregársele la gobernacion del Estado, y él necesitaba para *marchar adelante*, que el elemento liberal fuera más numeroso en aquel cuerpo, y las nuevas elecciones tenian que darle este resultado, para el cual se hallaba preparada la pública opinion.

# HISTORIAS.

## LIBRO XXIV.

(DE ENERO DE 1836 Á FIN DE AÑO.)

### Sumario.

Sucesos de Barcelona.—Expedicion de Batanero.—Combates en Arlaban:—Consecuencias de ellos. Pérdidas de Valmaseda, Mercadillo y Plencia.—Accion de Orduña.—Accion de Unzá.—Manifiesto de Carlos. La Dolorosa.—Pérdida de Lequeitio.—Otros encuentros. Orrantía.—Sitio de San Sebastian.—Nuevos combates en Arlaban.—Córdova en Madrid.—Sitio de Peñacerrada. El cura de Dallo y Martin Zurbano.—Sucesos en Navarra.—Idem en la izquierda y en la línea de San Sebastian.—Deja Córdova el mando y marcha á Francia.—La guerra en el resto de España. Cataluña.—El Maestrazgo. Asesinato de la madre de Cabrera.—Castilla la Nueva.—Astúrias y Galicia.—Los Estamentos.—Insurreccion llamada de los sargentos de la Granja.—Alzase Madrid. Asesinato de Quesada.—Expedicion de Gomez.—Expedicion de Sanz.—Expediciones de Basilio Garcia.—Córtes Constituyentes.—Norte. Oraá y Espartaco.—La guerra en el resto de España. Cataluña. Muerte de Mina.—Maestrazgo.—Castilla la Nueva, Astúrias y Galicia.—Nuevo sitio de Bilbao.

Sucesos de Barcelona. Infeliz hasta no más fué para la España el

comienzo de 1836. Barcelona, que por la ocupacion francesa se conservó ajena de todo punto á la primera época constitucional y despues se distinguió siempre por sus turbulencias y asonadas en los periodos de expansion y tolerancia; Barcelona, tan dócil al yugo de un tirano feroz como rebelde al suave imperio de las leyes bajo una situacion liberal, ofreció ahora repugnantes escenas de sangre y exterminio, de incendios y de horrores, que de seguro no habria ofrecido á la afligida pátria, como no hubiesen quedado impunes los crímenes espan-

tosos de que fué teatro durante el mes de Agosto anterior en bien del carlismo y menoscabo de la causa de la civilizacion.

Hallábase Mina, como ya dijimos, en persecucion de las partidas facciosas, y el gobierno de la ciudad, sometida al régimen militar para asegurar el orden público, corria á cargo del segundo cabo Antonio Maria Alvarez. En los últimos dias de Diciembre llegó á Barcelona un parte de Mina, fechado el 26 en San Lorenzo de Morunís, en que decia, «que los carlistas, que ocupaban el santuario de Santa María dels Horts, habian quitado la vida á 33 prisioneros, arrojándolos á un precipicio, y que él tomara las convenientes medidas para contener tales atrocidades.» Fué lo cierto que los carlistas acababan de fusilar al coronel Monfá, que Mina no quiso canjear por Juan Odonell (sin embargo de suplicárselo la esposa de aquél), conducido á la ciudadela á luego que cayó prisionero en Olot cuando la expedicion de Guergué, á dos comandantes de nacionales y á otros dos ó tres oficiales más del regimiento de Saboya, arrojando luego á las víctimas á un precipicio espantoso. Hubo imprudencia de parte de Mina en mandar tal parte sin estar bien cerciorado de lo sucedido; pero la manifestaron mayor y de todo punto indisculpable las autoridades militares de Barcelona, que facilitaron copia del parte á los periódicos para alarmar con su publicacion á todas las gentes. Corrieron de boca en boca noticias exageradísimas sobre asesinatos de oficiales, soldados y urbanos en Horts, y el 4 de Enero, despues del mediodía, empezaron á recorrer la poblacion grupos desalmados dando gritos de muerte contra Odonell y demás prisioneros carlistas, y concluyendo por acercarse á la ciudadela en ademan terriblemente amenazador: allí se aumentaron los grupos hasta convertirse en inmensas turbas, al ver lo cual formaron los batallones de la milicia y casi todos fueron á situarse en las inmediaciones de la fortaleza, como para presenciar los horrores que pronto iban á tener lugar. Pastors, que era á la sazón gobernador de la Ciudadela y tenia antigua amistad con su prisionero Odonell, trató de salvar á éste pidiendo á Alvarez desde los primeros momentos de la conmocion que le em-

barcase en un buque; pero el segundo cabo, como si deseara que fuese sacrificado el preso, se mostró indiferente á las reiteradas súplicas y amonestaciones de aquel honrado general, quien solamente contaba con 150 hombres para defender la fortaleza, cuya dotacion ordinaria no debia bajar de 2.000. Lo peor era que los 150 hombres que allí habia pertenecian al regimiento de Saboya, que diera su contingente para los asesinatos del santuario dels Horts, y por esto no se hallaban dispuestos á oponerse á las muertes que con gritos infernales pedian las turbas. Pastors, que vió la disposicion de sus soldados y la actitud imponente de la muchedumbre, mandó un ayudante á Alvarez pidiéndole socorro y órdenes: el segundo cabo siguió en su criminal apatía. Acercábase la noche y Pastors se preparó con resignacion, como cuando el asesinato de Basa, á sacrificar su vida en defensa del orden social y de los prisioneros que le estaban encomendados. Subió al parapeto más próximo á la puerta principal, al pié del cual habia una muchedumbre inmensa, y la dirigió la palabra para que se calmase y declarára sus deseos. *¡Queremos la cabeza de Odonell y de todos los presos!* gritaron algunos y repitió la multitud, que ostentaba en sus manos cientos de hachas encendidas, que desprendian una oscilante y siniestra luz. Insiste Pastors en calmar á las turbas, y las invita á que nombren comisionados que se vean con el segundo cabo, el cual acababa de comunicarle verbalmente la orden de que los prisioneros carlistas serian condenados á muerte por un consejo de guerra al siguiente dia; pero aquellas, lejos de aquietarse con esto, se envalentonan más porque están sedientas de sangre, y se precipitan, siendo ya las siete de la noche y á vista de la milicia y las autoridades, que lo contemplan todo en infame inaccion, hácia la muralla que creen más accesible, provistas de escalas: los soldados de Saboya, que debian impedirles la subida, se la facilitan: Pastors, que acude al sitio escalado, al verle lleno de innumerable muchedumbre, procura convencer á ésta, que no le escucha, demandando con gritos amenazadores las llaves de los calabozos, y como no se las dan, abren las puertas á balazos, y entrando en ellos asesinan sin piedad á cuantos

encuentran, valiéndose del puñal, de la pistola, de la navaja y de toda clase de armas ofensivas: muchos desalmados, cual si fuesen hienas enfurecidas, se ceban en los cuerpos de las víctimas, cuyos cráneos rompen con fruición propia de salvajes: Odonell, que era un bravo y buen caballero, recibe la muerte con serenidad, y sus verdugos le cortan la cabeza, que luego hacen rodar por el suelo como si fuera un objeto de diversion, arrastrando tambien su cuerpo por las calles! Así fueron sacrificados más de 200 prisioneros, contando con los pocos que habia en el fuerte de Atarazanas y el Santo Hospital, á donde tambien fueron las turbas á satisfacer su rabia infernal. No contentos los asesinos con las víctimas inmoladas, corrieron á los almacenes de pólvora de la ciudadela creyendo que allí se encerraban más prisioneros. Obsérvalo Pastors y vuela á la puerta, y colocándose delante de ella conjura á los malvados á que le maten ántes de penetrar con las hachas encendidas en aquel sitio que contenia infinidad de quintales de pólvora, que una sola chispa incendiaria, haciendo volar la fortaleza y la mayor parte de la ciudad: al oír esto retroceden las turbas aterradas, no sin que de ellas saliese un perverso que asestó una puñalada á Pastors, quien se salvó como de milagro, porque la mano del fiel soldado del regimiento de Saboya Pascual Lopez, que acompañaba á su general, torció el brazo del asesino.

Fueron despues las turbas á la gran fábrica de hilados de Bonaplata, levantada en tiempo de Fernando VII por el ministro Ballesteros, la cual se libró del incendio intentado en Agosto, y la pusieron fuego: éste devoró en pocas horas aquel establecimiento, que era por su grandeza y prosperidad la envidia de los extranjeros y el amparo de inmensidad de familias. Tambien los sicarios quemaron varios cuerpos de sus víctimas despues de mutilarlos.

El general Alvarez se cubrió de ignominia tolerando estos actos atrocisimos, que pudo evitar, como evitó que la anarquía se enseñorease al siguiente dia de Barcelona. Envalentonadas las turbas con la impunidad, diéronse á ver el dia 5 en diferentes puntos proclamando la Constitucion de 1812 y colocando la lápida en el edificio de la

Lonja. Andaba el ruin Aviraneta, que dias ántes llegára á Barcelona, mezclado en esta última trama, como acaso lo estaria en la que produjo los horrores del dia anterior, por más que él lo negó tiempo andando. Alvarez, que vió que las nuevas exigencias de las turbas no iban contra los carlistas, sino contra el régimen existente y las autoridades constituidas, montó á caballo, arengó á la milicia urbana y á las tropas, y prendiendo á unos cuantos alborotadores, disolvió fácilmente los grupos, quedando la poblacion en perfecta tranquilidad.

Al siguiente dia 6, sabedor Mina de los sucesos atroces del 4, voló á Barcelona con su pequeña escolta, y despues de dar una alocucion á los barceloneses, fuese por falta de fuerzas para imponerse á los malvados, ó fuese por otra causa, no impuso más castigos que deportar gubernativamente á las islas Canarias al Aviraneta y á 17 individuos más, entre éstos el comandante de urbanos A. Gironella, cuyo batallon simpatizó con los que habian colocado la lápida de la Constitucion en la Lonja. Fué muy criticada la medida de Mina, quien á las observaciones que le hicieron sobre la improcedencia de las deportaciones contestó, que mejor era deportar á los presos que someterlos á un consejo de guerra que les condenaria á ser fusilados. El noble Pastors, único que habia cumplido con su deber, fué destituido. Los asesinatos del 4 produjeron una tremenda represalia. El mismo dia 6 de Enero cayeron prisioneros de los carlistas 48 nacionales de Mataró, que fueron conducidos á Alpens. Sábese en este punto el cruento sacrificio del 4 en Barcelona, y sin que lo pudieran evitar Brujó y otros jefes de partida, amotinados los suyos contra dichos prisioneros, les sacaron á las cercas del pueblo y allí les dieron muerte cruel á tiros y bayonetazos.

Expedicion de Batanero. Acordadas por la misma época las expediciones de Guergué y Batanero, éste no pudo salir del país vasco-navarro hasta mediados de Enero de 1836, cuando ya el fracaso ocurrido á aquel debia servirle de fatal augurio para no lanzarse á insensatas aventuras. Vicente Batanero era canónigo de Sigüenza, su patria, cuando á poco de estallar la guerra civil mar-

chó al Norte á ofrecer al carlismo su espada, que ya habia empuñado como voluntario de las bandas de la fè. Apoyado en sus ilusiones por los ojalateros que rodeaban á Carlos, formó en Guipúzcoa una pequeña columna compuesta de 300 infantes y 60 ginetes, todos castellanos, y con el título de brigadier salió de Mondragon, subió á Navarra, y atravesando el corazon de esta provincia se fué á cruzar el Ebro por el vado de Lodosa, lo cual realizó de noche. Desde el valle del Ebro subió á la sierra de Cameros para caer luego en tierra de Soria: de ésta pasó á la de Guadalajara, entrando en poblaciones crecidas como Cifuentes y Trillo, en que desarmó urbanos, prendió á algunas personas para dejarlas libres por cierta cantidad de dinero y recogió voluntarios, que aumentaron su pequeña tropa hasta el número de 600 ó 700 combatientes. En la última villa alcanzó al enemigo una fuerza liberal de 500 infantes de la Guardia real y 60 caballos, que habian salido en su busca de Madrid, y si bien los carlistas opusieron resistencia, fueron desordenados por los caballos cristinos, escapando en direccion de Molina, en cuyas cercanías se rehicieron. De Molina retrocedieron hácia Sigüenza; pero perseguidos por tres ó cuatro columnas, volvieron á Castilla la Vieja por el puerto de Somosierra y se fueron salvando por los montes de Riaza, Sepúlveda y Cuéllar. Como la expedicion cruzó rápidamente tan extenso territorio, y la voz pública la diera más de quintuplicadas fuerzas que las que en realidad guiaba el canónigo, alarmáronse el capitan general de Valladolid y todos los comandantes de las demás provincias de Castilla, y de todas partes salieron columnas en su persecucion. En Valladolid se formó una de tropas y urbanos, y como el cuerpo escolar era ardiente entusiasta de la libertad, formóse un pequeño batallon, que se llamó de Minerva, y del cual fué individuo el autor de esta obra, que sólo contaba entónces 16 años, bajo la direccion del catedrático Moyano (Claudio), á la sazón tan exaltado como despues partidario de la reaccion moderada. Dicho batallon, que constaba de unas 200 plazas, se agregó á la columna de tropa y milicia, y salió con ella por Tudela de Duero y pueblos de su ribera rio arriba hasta llegar á Tórtoles, no

léjos de la carretera de Búrgos entre Arauda y Lerma; pero desde Tórtoles, por cuyas cercanías habia pasado ya Batanero en dispersion, regresó á Valladolid, en donde siguió prestando sus servicios á la causa liberal hasta su disolucion en 1839.

Habia sido destrozado Batanero á la fecha junto al pueblecito de Lastras de Cuéllar por el coronel Valdés, y perseguido sin descanso por Azpiroz, se fué en busca de las montañas de Reinosa, que ganó por entre Búrgos y la parte oriental de la provincia de Palencia: sufriendo mil penalidades en los puertos helándoseles á algunos las orejas y los dedos de las manos, bajaron los carlistas al valle de Pas, en donde otra fuerza liberal les dispersó de todo punto, cogiendo varios prisioneros. Los pocos que escaparon del encuentro en el valle de Pas se dirigieron por los montes á las provincias, y Batanero, que se escondió, llegó solo más tarde á beneficio de un disfraz de pasiego que se proporcionó. Tan desastroso fin tuvo la expedición guiada por el que decia, al ponerse á su frente, que con ella habia de entrar en Madrid.

Combates en Ni aun los rigores del invierno de 1835 y  
Arlaban. 36 pódian hacer que permaneciese en inaccion el ejército del Norte, estacionado en Vitoria y Miranda. Impulsábanle fatal é irresistiblemente á marchar contra el enemigo el entusiasmo que habia sabido despertar Mendizábal con sus promesas de acabar la guerra y regenerar la España y los refuerzos que el presidente del Consejo de ministros acababa de enviarle por la quinta de 100.000 hombres y la legion francesa que, procedente de Cataluña, donde meses ántes desembarcara, habia llegado recientemente á Vitoria. Los soldados ingleses que, en número de 5.000 se hallaban tambien en la capital alavesa al mando de Lacy Evans, se encontraban bien vestidos y equipados, y los franceses, en número de 4.000, al de Bernelle, lo estaban regularmente; pero los cuerpos españoles, en su mayoría, iban vestidos de verano en pleno y rigoroso invierno, y sus pagas eran tan escasas que apenas les daban para comprar, fuera del rancho, el mal tabaco que se vendia en el país casi de valde por estar libre de derechos: no habian alcanzado todavía á más los portentos de Men-

dizábal. Córdoba queria ir pronto contra Eguía y secundándole en sus aspiraciones el ministro de la guerra Almodóvar, que habia ido al Norte en Diciembre para regresar á Madrid en Enero, apresuró su salida de Vitoria para acometer al carlista en sus posiciones, sin calcular siquiera lo que eran éstas y los obstáculos que tenian que presentarle. Contando con un ejército de más de 30.000 hombres pensaba batir á los carlistas y marchar de seguida sobre San Sebastian para levantar el nuevo asedio que sufría, y si era batido, creía segura su retirada á Vitoria mejor que cuando la accion de Guevara. Ocupaba Eguía con su gente, que sumaba la mitad que la de Córdoba, las empinadas sierras de Arlaban, que poco más allá de Salvatierra se estienden al occidente del ferro-carril del Norte, formando casi un semicírculo en direccion de Vizcaya, y cuyas vertientes meridionales son de Alava como las setentrionales de Guipúzcoa: de este lado están las villas de Salvatierra, cerca de Navarra, Guevara y Villareal, próxima á Vizcaya, y del otro Oñate, Escoriaza, Arechavaleta y Mondragon. El 16 de Enero, despues de dirigir Córdoba una entusiasta alocucion á sus soldados y á los extranjeros, salió de Vitoria haciendo de su ejército tres grandes divisiones: por cortesía encomendó la que formaba el ala derecha á Evans; el centro en que iba él, á Bernelle y la izquierda á Espartero. Este tenia orden de avanzar por Villareal de Álava, Evans por el camino de Salvatierra á Guevara y Bernelle por el frente y en derechura á los puertos. Subiendo éstos el ejército cristino, el intrépido Bruno Villareal descendió un poco con cuatro batallones á acometer el centro, y empezando el fuego de guerrillas cayó herido de un balazo en la cabeza el coronel Ramon M. Narvaez. No desalentó esto á los cristinos, que siguieron avanzando, pero Villareal recibió refuerzos y aunque retrocediendo logró parapetarse en sitios ventajosos, desde los cuales causó no pocas bajas, hasta que Ribero, al frente de cuatro batallones, le hizo retroceder, aunque para ocupar otras posiciones más ventajosas: Ribero se sostuvo en la que conquistó con heróico arrojo hasta el siguiente dia, sufriendo sus soldados una noche horrible de lluvia y frio. Mientras tanto Evans ha-

bia empeñado combate á la derecha con sus ingleses y algunos batallones españoles, batiendo á los carlistas por dos veces y quedando dueño de los pueblecitos de Arbulo y Mendijar, que ántes ocupaba el enemigo. Entonces acudió B. Villareal á provocar á Evans, quien no quiso salir de la última poblacion. La izquierda, mandada por Espartero, logró posesionarse de Villareal de Álava despues de una ligera escaramuza. La noche vino á concluir con los combates, y mientras que los cristinos la pasaban en las posiciones que á fuerza de sangre habian ocupado, los carlistas descansaron en Salinas y pueblecitos próximos.

Al siguiente dia 17 unos y otros deseaban renovar la lucha, Córdova por ver si conseguia lo que no lograra el 16, y Eguía por sostener el honor de sus armas. Recibió Espartero orden de subir á apoyar á Ribero, comprometido casi en la cúspide de Arlaban, y asi lo ejecutó aquel, dejando á este parte de su fuerza para que se sostoviese, como lo hizo, hasta la noche contra el enemigo. Una niebla densísima impedia que se vieran unos enemigos á otros, á no ser á muy corta distancia. Dejando á un lado á Ribero, avanzaron Villareal y Sopelana contra la legion francesa, en la que hicieron fuerte destrozo, obligándola á bajar gran trecho de la cordillera, mientras que otros tres batallones carlistas maltrataban tambien á fuerzas de Espartero y del centro, que se batian en retirada para perder la venta de Arlaban, de que el dia anterior se habian apoderado. Entonces Ribero se vió obligado á descender realizándolo con tanta bravura como inteligencia. Victoriosos en dichos dos puntos los carlistas, fuéronlo asimismo sobre las tropas de Evans, quien, gracias á la niebla que espesó más al anochecer, logró pasar el Zadorra y salvar su division, que al fin dispersó Villareal al siguiente dia, acometiéndola junto al pueblo de Zuazo: aquí los ingleses, al oir los primeros disparos de los carlistas, echaron á correr hácia Vitoria, abandonando vergonzosamente varios efectos, entre ellos muchísimos morriones. Los sucesos de Arlaban, que se anunciaron al país como una victoria, fueron una verdadera derrota para las armas liberales y no de pequeñas consecuencias porque, lejos de escarmentar al carlista, se le dió aliento,

no se pudo pensar ya en socorrer por tierra á San Sebastian, y además se perdieron las plazas de Valmaseda, Mercadillo y Plencia.

Córdoba, mohino y avergonzado, tuvo que retirarse á Vitoria, y si no le persiguió el carlista, debióse indudablemente á la inmensa superioridad de fuerzas, que le era imposible batir de este lado de los puertos, cuyo terreno, aunque algo accidentado, constituye el Norte de la llanura de Álava. Tan impresionado quedó Córdoba que pidió al gobierno su relevo. No hay que estrañarlo: habian perecido más de 500 de sus bravos soldados despues de verlos á casi todos medio desnudos á mediados de Enero en aquellas sierras heladas y sin comer algunos batallones durante treinta y aun cuarenta horas.

Consecuencias de los combates de Arlaban.-Pérdidas de Valmaseda, Mercadillo y Plencia.

El mal exito de la empresa de Arlaban hizo pensar por de pronto á Córdoba en la defensiva, y como si temiese nuevas expediciones para el interior de España de los que ántes creyó batir y hasta aniquilar en su propio terreno, dispuso que se guardase bien la línea del

Ebro desde los orígenes de este rio hasta Logroño, y que se fortificasen varios puntos como complemento de dicha línea. Activó las obras de defensa de Peñacerrada para dominar la Rioja alavesa, y mandó fortificar á Treviño, que habian abandonado los carlistas, para alejar á éstos de la parte sudeste de la llanura de Álava. Lejos de pensar en ir por el corazon de esta provincia y de la de Guipúzcoa á San Sebastian, tuvo que cuidarse de la conservacion de la única vía que tenia practicable para ir por Valmaseda á Bilbao, sobre cuya plaza creyó que iria el enemigo más ó ménos pronto, y en tal idea no sólo mandó á Ezpeleta, que recorria la tierra de Villarcayo, un refuerzo de 4.000 hombres, sino que ordenó se mejorasen las fortificaciones de Villalva y Villasana, dos villas muy importantes respectivamente de los valles contiguos de Losa y Mena, pertenecientes al partido de Villarcayo, y cuyos habitantes se habian comprometido por la causa liberal. Córdoba fué á Pamplona á proteger el movimiento del Roncal y otros valles fronterizos, que se armaron de nuevo en favor de la causa cristina. Pero mientras que

Córdoba ponía en práctica sus nuevos planes, el carlista no se dormía, y aprovechando el entusiasmo adquirido por la victoria, decidióse á conquistar nuevos laureles. Trasladó Eguía su cuartel general á Durango, y de aquí á Zornoza para poner asedio á Valmaseda. Siéntase esta villa vizcaína, cabeza del partido de su nombre, que comprende Abanto, Baracaldo, Portugalete y otros pueblos de importancia y cuenta con más de 2.000 habitantes, á orillas del riachuelo Cadagua, sobre la carretera de Búrgos á Bilbao, á unos 22 kilómetros de esta plaza y en el confin de las provincia de Búrgos y Santander: la dominan grandes alturas, y sobre la más próxima tiene un castillo, unido entonces al pueblo por una muralla que rodeaba á ambos. El 7 de Febrero formalizó Eguía el sitio con su correspondiente tren de batir, situando la mayor parte de sus tropas hácia el valle de Mena, único punto por donde en caso juzgaba que habia de venir socorro á la plaza. Empezó el carlista el fuego de fusil y de pequeñas piezas de artillería el día 8, y viendo que no se rendian los defensores de la plaza, ordenó el 9 que la batieran dos cañones de 24 y 36, á cuya vista se acobardaron aquellos y sucumbieron á la capitulación que les propuso Eguía, la cual firmó el gobernador de la plaza, coronel Manuel Ladron de Guevara. Segun el convenio la villa seria respetada y la guarnicion, prisionera de guerra, habia de ser conducida al depósito más próximo para cangearla con preferencia á todos los prisioneros existentes, condicion la última que Córdoba rechazó indignado y con razon. Los prisioneros, en número de 400, pertenecian al provincial de Tuy. La conducta de Ladron fué execrada por todo el ejército y país liberal, porque pudo muy bien defender la plaza durante varios dias, en la seguridad de recibir socorros, y para ello contaba con cinco cañones pedreros, 60.000 cartuchos de fusil y abundante repuesto de víveres, empezando por pan, galleta y bacalao, y concluyendo por vino y chacolí.

A los dos dias mandó Eguía diferentes batallones contra Mercadillo, pequeño lugar del mismo partido de Valmaseda, defendido por unos cien hombres de dicho provincial de Tuy á las órdenes del capitan Otero, los

cuales capitularon, despues de ligera resistencia, en idénticos términos que la guarnicion de Valmaseda. Mandó demoler el jefe carlista las fortificaciones de Valmaseda y Mercadillo, y se volvió á Durango con ánimo de asediar á Plencia inmediatamente.

Es Plencia una bonita villa marítima, de 300 vecinos, sita á 15 kilómetros al NO. de Bilbao y equidistante de Portugalete y Bermeo: tiene un puertecito sobre el Océano Cantábrico, en donde entran buques de 150 y 160 toneladas, y la baña el rio de su nombre, llamado tambien Butron. Hallábase defendida por buenas fortificaciones construidas al principio de la guerra y guarnecida por unos 800 hombres incluso los urbanos: tenia tambien una pequeña compañía de urbanas, que prestaban sus servicios de vigilancia y de cuidar heridos. Como dominaban á la villa varias alturas, en ellas colocó Eguía sus cañones de grueso calibre. El 24 de Febrero rompió el fuego de fusilería y de cañon, al que contestó la plaza: el 25 la plaza de á 36 que presentó delante de Valmaseda hizo unos cuantos disparos, que abrieron brecha en el fuerte y desmontaron su artillería, teniendo que refugiarse los soldados en el recinto de la plaza, en la que luego entró un batallon carlista asaltándola á la bayoneta: entonces la guarnicion se rindió prisionera de guerra: los soldados tomaron parte por Carlos y los oficiales y las clases de tropa fueron conducidos á los depósitos. Las urbanas, cuyos atractivos quebrantaron la fiereza de los carlistas, fueron multadas por Eguía en la cantidad de 3.000 duros.

Accion de Córdova supo en Navarra las pérdidas de Orduña. Valmaseda, Mercadillo y Plencia, y determinó regresar á Vitoria, á donde llegó el 4 de Marzo, dejando en aquella provincia la legion francesa y las divisiones de Tello y baron de Meer. Nombró á Evans jefe de la izquierda, cuyo mando tenia Espartero; éste quedó con su division en el centro de Vizcaya, á donde habia bajado desde Vitoria por la Peña de Orduña; Ezpeleta recibió orden de ocupar á Valmaseda y fortificarla de nuevo por su importancia para ir á Bilbao, y el mismo Córdova se decidió á apoyar las operaciones de sus tenientes, llevando algunas fuerzas á la parte de la gran cuesta de Orquiola, que da

bajada á Durango, para obrar segun lo exigiesen los lan- ces de la guerra. Por esta época habia llegado á Vitoria la legion portuguesa, que á las órdenes del baron Das Antas, de figura rozagante, habia atravesado Castilla la Vieja. Constaba esta legion de unos 5.000 hombres perfec- tamente vestidos, con chaquetilla de paño muy ajustada al cuerpo, y bien equipados.

Ocupaba Espartero el 5 de Marzo á Amurrio, villa ala- vesa, enclavada en Vizcaya como á unos 6 kilómetros más allá de Orduña, y se propuso entrar en esta ciudad, guar- necida por un batallon y un escuadron carlista. Esperá- bale en las cercas de la ciudad la caballería carlista, al ver lo cual, dando órden á dos compañías de cazadores para que entrasen en aquella por la derecha, se puso á la cabeza de dos escuadrones de húsares, que anhelaban re- cobrar para su cuerpo el buen nombre que éste habia per- dido en tiempo de Zumalacárregui, y acometiendo de frente á todo galope á los ginetes enemigos, hace que éstos vuelvan la espalda sin pelear y entra en Orduña confundida su gente con la fugitiva: allí recibe el fuego que le dirige el batallon enemigo, situado en el magní- fico edificio de la Aduana, convertido en fuerte; pero acu- diendo la infantería, el enemigo abandona su posicion y la ciudad, dejando en poder del cristino algunos prisioneros. Distinguióse por su bravura el coronel de los húsares Pedro Regalado Elío, á quien despues de la refriega, un prisionero, al que torpemente se habia dejado su fusil, asesinó de un tiro. Espartero dispuso, en honra merecida de Elío, que la division llevase por él tres dias de luto, y que durante la campaña, al pasar revista de comisario, se nombrase al difunto como si existiera para que el primer búsar formado respondiese: *muerto en el campo del honor.*

Accion de Unzá. El 18 de Marzo ocupaba Espartero, como el 5, á Amurrio, amenazándole Eguía con respetables fuerzas. Desde las alturas de la Peña de Orduña determinó que Ribero subiese á ocupar con su bri- gada las crestas de Unzá y él se encaminó en la madru- gada del 19 á esta ciudad, junto á la cual le hicieron fue- go los carlistas: contestó con el de sus avanzadas, y viendo en esto empeñado á Ribero en el alto de Unzá, torció á

donde su jefe de brigada se batía bizarramente contra superiores fuerzas: para impedirle el paso destacó Eguía dos batallones sobre un desfiladero estrecho; pero Espartero arrolló esta fuerza, trepando hácia la altura dicha de Antomaña, operacion que dió lugar á que Ribero, descargado de enemigos, mandase parte de su brigada á ayudar á los que subian para que se hicieran dueños de otra altura llamada de Orquiano, en donde se generalizó la accion, peleando unos y otros con un valor extraordinario. Más de tres horas duraba el combate en aquellas sierras cuando Espartero ordenó un ataque general á la bayoneta, que se llevó á cabo con tanto arrojo, que el carlista tuvo que ceder el campo bajendo á la desbandada en direccion de Amurrio y Orduña. La accion de Unzá fué en extremo sangrienta, pues costó lo ménos 500 hombres entre muertos y heridos á los cristinos y otros tantos á los carlistas. Ambas partes se atribuyeron la victoria como sucedió en otros mil lances de esta guerra cruel, siendo, en verdad, el derrotado el país, porque aquellos no tenian más consecuencias que la muerte de unos cuantos centenares de hombres y la inutilidad de doble número de ellos. Espartero, despues de la accion de Unzá, pasando por delante del puerto de Gorbea, que dejó á su izquierda, regresó á Vitoria, miéntras que Eguía se fué á establecer en el valle de Llodio entre Orduña y Bilbao.

Manifiesto de Carlos. La Dolorosa. Contra todas las esperanzas de la nacion, á la cual Mendizábal habia hecho creer en la pronta conclusion de la guerra, marchaba en el mes de Marzo tan boyante la causa de Carlos, que sus batallones provocaban en Navarra todos los dias á las columnas liberales; en Guipúzcoa apretaban el cerco de San Sebastian, y en Vizcaya hacian lo propio respecto de Bilbao. Alentado con esto Carlos, despues de nombrar generalísima de sus ejércitos á la *virgen de los Dolores*, acaso por los increíbles y acerbos que su ambicion hacia sufrir á la infeliz patria, dirigió á los españoles un manifiesto en que, despues de hablar de los horrores que producía la revolucion y especialmente de los que tuvieron lugar en Barcelona y Zaragoza y otros puntos, concluía por pedir la union de todos los que amasen la religion y el rey, en la

seguridad de que, haciendo suya á la España, la gloria y felicidad de los que así obrasen, serian envidiadas de todos los pueblos del universo.

Pérdida de Lequeitio. Tras de Plencia quiso Eguía hacerse dueño de Lequeiteo, villa superior en todo á aquella, mejor fortificada y con puerto más ancho y cómodo sobre la misma costa á su Oriente y cercana ya á Guipúzcoa. Poblada con 550 ó 600 vecinos, tenia por defensores unos 800 soldados y 200 urbanos; tenia tambien como Plencia su compañía de urbanas. Sus fortificaciones eran más que regulares, y su castillo, sito sobre una eminencia próxima, tenia varios cañones, comunicándose con la plaza, que tambien contaba con otras piezas hasta el número de 17. Pero hay una altura, titulada Lumencha, que domina completamente el pueblo y la en que se hallaba el castillo: no se habia fortificado á Lumencha porque siempre se creyó empresa insuperable subir á este sitio, por lo escarpado de todos sus alrededores, piezas de artillería. Esto se encargó de desmentirlo Eguía, y si bien sus ingenieros le dijeron que el pensamiento era irrealizable, él comprometió á unos paisanos, quienes, valiéndose de bueyes del país, subieron al formidable sitio con universal asombro seis cañones de grueso calibre. Desde este acontecimiento, que tuvo lugar el 12 de Abril, pudo Lequeitio contarse perdida. Cerca del medio dia empezaron las piezas carlistas á arrojar proyectiles sobre el fuerte, en el que á las tres horas abrieron ancha brecha, por donde se arrojó un batallon que obligó á los defensores de aquel á refugiarse en la villa, la cual tomaron luego tambien los carlistas entrándola por dos ó tres puntos á la vez en medio del llanto y griterio del vecindario, especialmente de las mujeres. Eguía se portó muy bien, recorriendo las calles para impedir el saqueo y otros horrores. La guarnicion quedó prisionera de guerra. La mayor parte de las urbanas, así que fué ocupado el castillo, se embarcaron en un buque que las condujo á San Sebastian: á las pocas que quedaron en la villa las impuso Eguía una corta multa.

Otros en- La pérdida de Lequeitio impresionó viva-  
cuentos. Or- mente á Córdova, pero aun atormentó más su  
rantia. espíritu la escasez de recursos con que continuaba te-

niéndole el gobierno, hasta el extremo, para él bochoroso, de no poder dar un céntimo á las legiones extranjeras, ménos sufridas que las tropas españolas. Para mayor dolor suyo estaba observando que, ínterin su ejército carecia de lo más preciso, el carlista vivia con regulares comodidades, merced á los recursos que le enviaban algunos príncipes de Europa, y sobre todo á la proteccion indirecta del gobierno francés, quien, contra lo estipulado con el nuestro, toleró que su país traficase con los carlistas en toda clase de artículos, incluso los de guerra. Dió márgen todo esto á algunas deserciones, y hasta hubo conatos de insurreccion en varios cuerpos reclamando sus pagas.

Para impedir que cundiese el mal ordenó Córdova varios movimientos: á Das Antas le mandó con su division á la izquierda de la línea, que estaba á cargo de Ezpeleta; dió órden de ir á Bilbao á los ingleses, quienes de allí á poco fueron por mar á San Sebastian, y á Odonell le hizo salir de Vitoria con una columna en observacion de Villareal, con quien tuvo un choque en Miñano Mayor, á ocho kilómetros de distancia de aquella ciudad.

Seguia Ezpeleta fortificando á Valmaseda cuando supo que Egúía marchaba á impedirselo, llegando el 25 de Abril al pueblo de Orrantía, del partido de Villarcayo, en cuyas inmediaciones estaba Mendez Vigo con su division: éste y Ezpeleta fueron al encuentro del carlista, y aunque con fuerzas inferiores provocan el combate, que al momento se hace general y encarnizado. En las ocho horas que duró la pelea hubo batallon liberal que tuvo más de 100 hombres de baja, y la hubieran perdido los liberales sin el auxilio de la caballería mandada por el manco Albuin, que con tres brillantes cargas logró desordenar al enemigo y llenarle de pavor. Ezpeleta fué herido en medio de la lucha; pero haciéndose curar fuera del alcance del fuego enemigo, volvió á ella con una bravura digna de todo elogio. No el cansancio, que ya en unos y otros era extremado, sino una abundantísima lluvia vino á poner fin al combate, y tan desatentados tenia á los contendientes el temporal, que en aquella noche durmieron sin saberlo en un pueblo inmediato muchos soldados cris-

tinios y carlistas: éstos, que se apercibieron de ello, escaparon antes del amanecer en busca de sus banderas á los pueblos próximos. Eguía no quiso renovar la pelea, porque supo que Córdoba marchaba en auxilio de los suyos, y se retiró á Amurrio. La accion de Orrantia costó mucha sangre á ambas partes, sin que pudiera asegurarse cuál de las dos fué la vencedora.

Sitio de San Sebastian. Dejando el mando de la izquierda fué Lacy Evans con la mayor parte de su legion á San Sebastian, cuya plaza tenia en grande aprieto Sagastibelza, que no pudo recibir socorros de Eguía á causa de los movimientos estratégicos de Córdoba por los valles de Losa y Mena para entretenerle. Descando el inglés arrojar á los carlistas de la línea que les servia de base para el asedio de la capital guipuzcoana, dispuso una salida con su gente, tres batallones españoles y los urbanos. Acometen los liberales con brío las primeras posiciones de los sitiadores y en un momento se hacen dueños de ellas, excepcion hecha del punto llamado de Santa Teresa, en que son rechazados á la bayoneta: avanzan por otro lado contra la izquierda carlista y la arrollan tambien; pero al llegar á unos parapetos levantados en el caserío de Lugarin, dos batallones guipuzcoanos se oponen con sus bayonetas á otros dos ingleses, de los que dejan tendidos 100 hombres, haciendo retroceder á los demás, no sin que salga una bala de entre los que huyen que atraviesa la cabeza de Sagastibelza y le deja muerto en el acto. El jefe guipuzcoano es reemplazado al instante por Arana, quien sostiene la pelea; á la que vuelven los ingleses apoyados por dos regimientos que faltaban de la legion y acababan de desembarcar, y por los fuegos de la artillería de varios buques surtos en el puerto. Bajo el fuego de los cañones de los barcos, que destruyen el caserío de Lugarin, atacan impávidos á la bayoneta los dos regimientos recién llegados y todo lo arrollan, llevando la muerte y el espanto á los carlistas, que tienen que abandonar sus posiciones y toda su artillería, retirándose á Oriamendi y Hernani al abrigo de su segunda línea. Esta accion reñidísima, que libró á San Sebastian del asedio, costó al carlista 60 muertos y unos 200 heridos, y algunos más de

unos y otros á los liberales. Lord Jhon Hay, que mandaba los dos regimientos que entraron últimamente en acción, se portó como un bravo.

La derrota sufrida por los carlistas, que muy luego llegó á noticia de Eguía, hizo correr á éste á Hernani; pero en el momento de llegar, recibió aviso de que Córdoba se preparaba á atacar las posiciones de Arlaban, y tuvo que retroceder para dar la cara al caudillo liberal.

Nuevos combates en Arlaban. Decidido Córdoba á acometer dichas posiciones y confiando además en tomarlas, salió de Vitoria para Salvatierra, á donde pasó la noche del 28 de Mayo, día en que ya le esperaban Eguía y Villarreal con fuerzas inferiores á las que guiaba el caudillo cristino. Movié este su ejército á la izquierda, y al llegar á Galarreta, siete kilómetros distante de Salvatierra, recibe el fuego de seis batallones mandados por Villarreal, pero despues de los primeros disparos, contestando á los del enemigo, ordena á Espartero que ataque á la bayoneta, y haciéndolo este jefe con su natural impetuosidad, no sólo arroja de Galarreta á Villarreal, sino que le acusa, y sin detenerse, trepa con su valiente division á las alturas de Arlaban y todo el ejército le sigue, llevando en retirada al carlista, que tiene que descender del otro lado de los puertos y refugiarse en Oñate, de donde huyeron al siguiente día Carlos y sus cortesanos llenos de espanto. El 22 tuvieron lugar en lo alto de los puertos algunos choques sin importancia, pasando allí la noche el ejército liberal: lo propio sucedió el 23 y el 24, y el 25 dispuso Córdoba la retirada, que efectuó con inteligencia, moleestado desde algunas alturas por el enemigo, pero sólo al bajar los puertos. Córdoba cumplió su palabra de subir hasta las cúspides de Arlaban y arrollar al enemigo, pero lo hizo sin ningun resultado importante. Perdió en estos nuevos combates de Arlaban más de 600 hombres entre muertos y prisioneros, siendo bastante menores las bajas de los carlistas: de éstos salió herido Latorre; de los cristinos O'donnell. El bravo y entendido general Oráa perdió á su hijo único, que era capitán. El 27, así que regresó Córdoba á Vitoria, dió gracias á los soldados por su comportamiento, mientras que el jefe carlista se las daba á los

suyos por los mismos hechos, siendo lo cierto que en las tristes circunstancias en que se hallaba el ejército cristino fueron dos sucesos favorables para él estos nuevos combates de Arlaban y el levantamiento del sitio de San Sebastian respecto de su primera línea.

Córdoba en Madrid. A su regreso de Arlaban se encontró Córdoba con que no podía emprender nuevas

operaciones por falta de recursos, que el gobierno no le mandaba á pesar de sus diarias promesas. Esto, unido á que las parcialidades políticas, sin querer fijarse en el estado de la guerra, tenían convertido á Madrid en un campo de Agramante hasta el extremo de ofrecer el espectáculo lamentabilísimo de batirse Mendizabal é Isturiz en duelo, que el último provocó, resentido con el primero porque impidió su eleccion de presidente del Estamento de procuradores á causa de verle inclinado contra su política y en disposicion de pasarse al bando moderado, decidió á Córdoba á ir á la corte, en donde se encontró con que Mendizabal habia caido del ministerio para ser reemplazado por el mismo Isturiz, su enemigo personal y ya tambien político. Ante la gobernadora y el Consejo de ministros declaró Córdoba el objeto de su viaje, reducido á los puntos siguientes: 1.º, que á todo trance y á costa de cualquier sacrificio, se le proporcionaran recursos para sus tropas, sin los cuales no podía hacer la guerra; 2.º, á que el gobierno se dirigiese á los gabinetes de Lóndres y París para que aumentaran el número de sus respectivos legionarios, como si ya no hubiesen negado esto dichos gabinetes y como si el decoro nacional no rechazase semejante auxilio; 3.º, que se formase un ejército de reserva en Búrgos con parte de la milicia movilizada, y 4.º, que el gobierno tomase sobre sí la tarea de ilustrar á la nación sobre el verdadero estado de la guerra, desvaneciendo las ideas erróneas que se la habian hecho concebir acerca de la debilidad é insignificancia del carlismo, cosa que perjudicaba á los jefes cristinos, porque de ser cierto tal estado del carlismo, deberian haber dado cuenta de él mucho tiempo hacia. El ministerio dió su aprobacion al pensamiento de Córdoba sin meditar si podía ó no darle satisfaccion, y el general en jefe regresó á

mediados de Junio al Norte, en donde habian ocurrido diferentes encuentros sin importancia asi en la izquierda como en Navarra y línea de San Sebastian. Tambien durante la ausencia de Córdova habia dejado Eguía el mando del ejército carlista, que se encomendó á Villarreal, quien de partidario de las bandas de la fé en 1822, habia llegado á capitán en 1833 y declarado entonces de reemplazo, desvainó su espada en favor del carlismo al comienzo de la guerra. Encontró Córdova su ejército, si no desmoralizado, muy descontento por la falta de pagas, pues habia batallones que no tenian recibido ni un solo céntimo durante dos meses, y no fueron pocos los dias en que faltó el pan á muchos cuerpos, ¡Heroismo incomparable el de estos pobres soldados, que derramaban su sangre por la patria, que no les proporcionaba el necesario sustento! Además de recursos para sostener sus tropas necesitaba Córdova aumento de éstas para impedir las expediciones á Castilla, que estaban á la órden del dia en la entusiasmada corte de Carlos, creyendo que una de ellas colocaria á éste en el trono de Madrid. El gobierno no pudo satisfacer los deseos de Córdova y tuvo lugar la expedicion de Gomez, de que más adelante hablaremos.

Sitio de Peñacerrada. El cura de Dallo y Martin Zurbarano.

Mientras que Córdova procuraba en Pamplona, á donde se dirigió desde Vitoria, proporcionarse recursos ante la diputacion de aquella ciudad y alentar las tropas que operaban allí, logró Gomez dejar tras de sí el país vasco-navarro y lanzarse con unos 4.000 castellanos al interior de España, y Villarreal concibió el proyecto de apoderarse de Peñacerrada, pequeña villa alavesa, pero muy fuerte por su posicion, con murallas, torreones y castillo, sita sobre el camino de Vitoria á la Rioja entre Treviño y Laguardia. Era gobernador de la plaza un mal clérigo alavés, llamado Eguilaz, quien más aficionado á las armas que á la iglesia, tomó parte en el alzamiento carlista de Alava en 1833 y luego se pasó á Sarsfield, que le reconoció como oficial, ayudándole á formar una partida de francos, con la cual llegó á obtener en dos años el empleo de coronel: conociásele por el cura de Dallo á causa de haber sido beneficiado de este pequeño pueblo inme-

diato á Guevara. Guarnecia la plaza el provincial da Ciudad-Rodrigo, y entónces se hallaba dentro de ella con su partida Martin Zurbano, quien fué facultado para formarla en Julio de 1834 por haber prestado en Logroño el inmenso servicio de de cubrir á tiempo un horrible complot de los carlistas; que nada ménos trataban de poner fuego al almacen de pólvora para que hubiese volado casi toda la poblacion. Zurbano, que prestó muchos servicios en esta guerra, contaba ahora con una fuerza de 250 infantes y 30 ó 40 caballos: su partida, que él bautizó con el nombre de *contra-aduaneros*, era llamada por el pueblo *de la Muerte*.

Presentóse Villarreal el 28 de Julio delante de la plaza con cinco batallones y numerosa artillería, que empezó á batir sus murallas: á sus fuegos contestaron los de la plaza, que le hicieron bastantes bajas. El baron Das Antas, que supo en Vitoria el apuro de Peñacerrada, voló con su division á socorrerla, perdiendo en el camino mucha gente por efecto del sofocante calor del dia (el 29): llegado que hubo el portugués á las inmediaciones de la plaza, Villarreal suspendió el fuego contra ésta y se dispuso á atacar á su enemigo; pero éste, calculando que los sitiados no necesitaban de su auxilio, se retiró sin pelear camino de Treviño. Disponíase Villarreal en esto á alejarse cuando el cura de Dallo le dirigió una carta ofreciéndole la entrega de la plaza siempre que le perdonase su anterior conducta: Villarreal no sólo le otorgó el perdón, sino que le prometió el reconocimiento de su empleo, en vista de lo cual empezó el cura á dar disposiciones para realizar su vil traicion; pero lo hizo con tanta torpeza, que algunos de la guarnicion se apercibieron de su pensamiento y él tuvo que arrojarle por la muralla para salvar su vida entre las tropas de Villareal. Este levantó el campo y se fué á sus posiciones del norte de la llanura de Alava.

Sucesos en Navarra. En principios de Julio, y hallándose aun Córdova en Navarra, el general carlista Francisco García acometió las fuerzas liberales que defendian la línea de Zubiri, haciendo prisionera una compañía del regimiento de Borbon y maltratando á otras hasta que,

sabedor Córdoba del suceso, voló al sitio del combate con superiores fuerzas y rechazó al carlista, despues de lo cual se retiró á Miranda.

Pocos dias despues se dirigió Bernelle por Puente la Reina á Oteiza, en donde sostuvo un ligero choque con fuerzas carlistas mandadas por Zariatogui, y acabada la pelea, sospechando que los vecinos habian favorecido al enemigo, cometió el bárbaro atentado de incendiar las mieses hacinadas en las eras, cosa que fué mirada con horror por uno y otro bando. Mejor que en arruinar de un modo tan impio al pobre labrador hubieran hecho las tropas de Bernelle en oponerse al paso de otra expedicion que desde el centro de Navarra se dirigió á Castilla, pasando el Ebro por Agoncillo el dia 13: constaba la expedicion de dos batallones y un escuadron y la mandaba Basilio García, que llevaba de segundo al feroz Balmaseda.

Encuentros en la izquierda y en la línea de San Sebastian. Por la misma época dirigióse Villareal al valle de Mena con siete batallones, esperando caer de improviso sobre una de las columnas de la izquierda y destrozarla: logró su intento

sorprendiendo y atacando junto á Carrasquedo la columna que mandaba el coronel Clavería, al que no prestaron ayuda los cuerpos de la misma division, que le veían pelear con valentia, y gracias que logró salvar la mayor parte de su tropa en Villasana, pero á costa de 100 hombres fuera de combate y más de 300 prisioneros.

Seguia Lacy Evans conteniendo á los carlistas en su segunda línea, ó sea la de Hernani, cuando el 10 de Julio determinó apoderarse de Fuenterrabía, que tenian bien fortificada y artillada los carlistas: salióle mal la empresa al inglés, eso que atacó la plaza por mar y tierra; acudió Guibelalde con varios batallones que ayudaron á los sitiados á rechazar los ingleses, que levantaron el campo perdiendo bastante gente entre muertos, heridos y prisioneros. De éstos fusilaron los carlistas la mayor parte: tenían tal ódio á los extranjeros que peleaban en su contra, que no consideraban para ellos en vigor el tratado Elliot.

Deja Córdoba el mando y marcha á Francia. Pujante, como acabamos de ver por doquiera el carlismo, vencedor en casi todos los puntos del país vasco-navarro y con dos ex-

pediciones, una de ellas respetable, que ya pisaban el suelo castellano, exaltóse hasta el mayor extremo el espíritu liberal, que culpaba de esta horrible situacion al ministerio moderado, presidido por Isturiz, y surgieron natural y rápidamente los pronunciamientos en varias capitales de provincia y las insurrecciones militares en otros puntos, coronadas por la de la Granja, que hizo triunfar la Constitucion de 1812, obligando á Cristina á que la jurase y á que destituyera al ministerio. Córdoba, que tuvo noticia del último acontecimiento en Miranda, no creyó decoroso continuar con el mando en jefe por haber combatido con las armas en la mano aquel Código político el 7 de Julio, y se decidió á pasar á Francia. Escrupulos fueron estos que el historiador no acierta á armonizar con la ardiente fe del que durante los últimos tres años habia profesado á la libertad, defendiéndola con teson y plausible nobleza. Es cierto que repetidas veces habia hecho dimision del mando por el abandono en que le tenia el gobierno y su carencia completa de recursos, sin los cuales ni puede el mejor general hacer la guerra, ni conservar siquiera la disciplina en sus soldados. Aprovechó Córdoba esta para él favorable coyuntura y dejó la jefatura del ejército, no en verdad faltando á ninguno de sus deberes, sino como quien abandona una carga que no le es dado sobrellevar, porque otros que deben ayudarle á soportarla, le vuelven la espalda con voluntad ó sin ella. Tan lejos de Córdoba la idea de abandonar su puesto por ruindad ú otra pasion innoble que, marchando con su pequeña escolta por la rivera del Ebro, supo en Alcanadre que los carlistas querian penetrar en Calahorra, y voló en auxilio de la columna de Iribarren que se batia con ellos, y la ayudó á alejarles de aquella ciudad, en donde hizo que los jefes y oficiales que le acompañaban jurasen la Constitucion por ser ya ley del Estado. Pasando de allí á Pamplona y descansando tres dias, salió el 24 recorriendo los puntos de la línea para dormir en Roncesvalles, y el 25 entró en Francia por Valcárlos, regando con sus lágrimas el suelo de la patria al despedirse de la escolta y de algunos amigos que fueron á darle el *adios* de despedida.

El mando de Córdoba no merece al historiador ni con

mucho un juicio desfavorable. Empezó por llevar á la victora al ejército, que estaba acobardado, y siempre supo inspirar entusiasmo á éste con su ejemplo y su actividad: si la guerra tomó algun incremento culpa fué del gobierno que le tuvo abandonado, por más que éste pudiera disculparse con el furor de los partidos que, ántes que al estado infelicísimo de la patria, por efecto de la lucha civil, atendian á sus miras políticas y particulares intereses. Córdova se mostró siempre valeroso, incansable, llano, amigo del soldado, humano para con el adversario, caballeroso con todos y justo aun hácia los que le miraban con envidia ó prevencion.

La guerra en el resto de España. — Cataluña.

Al regresar Mina á Barcelona por los sucesos del 4 de Enero, dejó bastante adelantado el asedio del santuario dels Horts, que gobernaba Miralles, teniendo á sus órdenes 300 hombres. Casi todas las partidas carlistas acudieron á molestar á los sitiadores con ánimo de alejarlos de allí; pero victoriosos éstos en varios choques y siendo objeto el fuerte de los incesantes proyectiles que le arrojaba la artilleria cristiana, acobardaron sus defensores y determinaron abandonarle, escapando por entre los precipicios en la noche del 23. Burlando la vigilancia de los sitiadores y peleando cuando fueron descubiertos, lograron salvarse unos 100; pero los 200 restantes perecieron á bayonetazos ó cuchilladas al escapar por los próximos montes. Miralles, que estuvo ya fuera del alcance de los enemigos, se acordó de que dejaba en poder de éstos á su esposa, y retrocedió con ánimo de salvarla para ser cogido y fusilado al siguiente dia. Mina dió grande importancia á la toma del santuario dels Horts por ser el único punto fortificado que tenian los carlistas y casi inexpugnable por naturaleza, pudiendo servir á éstos de centro seguro de sus operaciones y excelente refugio en los varios lances de la guerra. Es lo cierto que desde que perdieron el célebre santuario, las facciones catalanas se presentaron más desorganizadas y débiles. Entónces Mina, para que las operaciones de la guerra dieran resultados más rápidos que hasta la fecha, ya que él no podia por sus achaques salir á campaña, dividió la fuerza de su mando en siete columnas, que enco-

mendó á los brigadieres Gurrea, Sebastian y Malgrat, y á los coroneles Osorio, Antonio Azpiroz, Ninbó y Montero. También hizo Mina salir á campaña al batallón de *Voluntarios de la blusa* de Barcelona, que se portó con bravura en cuantos encuentros se halló, siempre unido á la tropa. Las seis columnas contaban con unos 12.000 hombres, encargados de perseguir á más de 18.000 á que ascendían las partidas carlistas, muchas de ellas indisciplinadas y sólo á propósito para cometer exacciones, violencias y toda clase de excesos. Los carlistas hicieron también de sus fuerzas siete divisiones á cargo de Brujó, Tristany, Torres, Ros de Eroles, Masgoret, Rojas y Juan Caballería.

Diariamente sostenían combates en toda Cataluña las tropas liberales contra los carlistas sin más resultado que causarse algunos muertos y hacerse recíprocamente prisioneros, que en general eran sacrificados al momento; pero el último día de Febrero hizo Torres una sorpresa entre Pons y Oliana, ocasionando con ella gran destrozo en la columna de Sebastian, que marchaba en busca del carlista sin las debidas precauciones junto á unos montes muy espesos: perdieron las tropas liberales más de 300 hombres entre muertos y prisioneros, y aunque al siguiente día quiso vengar esta derrota el coronel Azpiroz, Torres no tuvo por conveniente aceptar la batalla que le presentó el cristino, y muy ufano con su triunfo sobre Sebastian, se subió á la montaña de Urgel y luego recorrió la Cerdaña, sacando impunemente de ella recursos de todos géneros.

En los primeros días de Marzo intentó Tristany impedir las fortificaciones que los liberales estaban levantando en el célebre paso del Bruch, siendo rechazado con no pequeñas pérdidas, como lo fué un teniente suyo que quiso apoderarse de Casa Masana. Más adelante, en otra acometida al mismo Bruch lograron los carlistas destrozar cuatro compañías de voluntarios de Oporto que hacia poco habían desembarcado en Tarragona.

El 10 salió Mina de Barcelona, y después de visitar á Tarragona, Oervera y Lérida, tuvo que volver á aquella capital, desde donde, después del fusilamiento de la madre de Cabrera que al parecer se hizo sorprendiéndole su

firma, envió la dimision del mando, que no le fué admitida.

Sucesos más prósperos que adversos á los liberales tuvieron lugar en los meses de Abril, Mayo y Junio; pero todos escasos de importancia para el éxito de la guerra, aunque le tenian grande por desgracia para el país por los incendios, saqueos y otros horrores á que se entregaban de continuo las bandas carlistas y no pocas veces los liberales. Garrea fué el jefe cristino que entre todos sobresalió por su activa persecucion contra Torres, que era el partidario más inteligente, humano y que más y mejores fuerzas guiaba. Despues de acosarle Gurrea en varios pueblos de la provincia de Lérida, logró arrojarle de ella, obligándole á penetrar con su gente fatigada y en desorden en el alto Aragon, en donde el 2 de Junio le encontró junto al pueblo de Casbas una columna liberal á las órdenes del coronel Oribe, que le destrozó cogiéndole al pié de 200 prisioneros: Torres, que logró salir ileso de la accion, fué capturado por una partida de paisanos armados en el valle de Serrablo para ser conducido á Jaca y fusilado el 9

En el último tercio de Junio Sebastian y Niubó lograron batir á Tristany, Degollat (que pereció sobre el campo), y al llamado Giuset; pero el partidario Zorrilla sorprendió y apresó á 60 hombres entre nacionales de Mataró y soldados, que escoltaban el correo de Francia y á todos les fusiló sin piedad, suceso que dió ocasion á que otros nacionales de Mataró, que estaban de guarnicion en Figueras, asesinasen á su inocente gobernador creyéndole culpable de los fusilamientos de Zorrilla.

Tristany se distinguió en aquella época por un rasgo de barbárie verdaderamente salvaje. Hallándose cerca del pueblo de Pinós supo que venia sobre él una columna liberal y echó á correr dejando abandonados en el campo trece pellejos de vino envenenado: unos 50 soldados bebieron de él, y sintiendo los efectos de la ponzoña, se acudió instantáneamente á su remedio, tan eficaz por fortuna, que ninguno murió. Semejante infame accion da una idea acabada de lo que eran el bárbaro canónigo y las gentes que le seguian.

Llegó el mes de Agosto y todo el mundo creyó que la guerra perderia su carácter de ferocidad en Cataluña con la llegada de Maroto, nombrado por Cárlos comandante general de todas las partidas. Pero más adelante veremos lo que sucedió, porque ahora tenemos que dar cuenta de lo ocurrido en el Maestrazgo desde principios de este año de 1836.

El Maestrazgo. Asesinato de la madre de Cabrera.

Pasada la Navidad de 1835 en los puertos de Beceite, determinó Cabrera salir á campaña con la poca gente que le quedó despues de su derrota en Molina, y sufriendo una sorpresa en Monroyo y otra en la Jana, poco le faltó para quedarse solo como cuando tuvo que marchar á Navarra; pero recogiendo dispersos, animando á jóvenes de los pueblos de opiniones carlistas y entusiasmando á los jefes de partida logró reunir unos 1.500 infantes y 100 caballos, con cuya fuerza sorprendió en últimos de Enero, y á la sola distancia de cuatro kilómetros de Tortosa, una columna liberal, que hubiera caido prisionera á no protegerla el cañon de la plaza. Con esta ventaja se envalentonó su gente y él creyó llevarla ya á la victoria, apelando para conseguirla á todos los medios, especialmente al del terror, que tan bien cuadraba á su corazon cruel. Hallábase una columna liberal en el pueblo de Torrecilla á las órdenes del marqués del Palacio el dia 2 de Febrero cuando Cabrera trató de sorprenderla con su infantería á la salida del pueblo, lo cual logró desordenando por una brusca acometida á los liberales y molestándoles en su marcha hácia Castelserás. Aconteció que, al ir á apostarse junto á Torrecilla, ofició Cabrera á Añon, que mandaba la caballería y estaba cerca de allí, para que fuese á ayudarle: la comunicacion cayó en manos del alcalde de Valdealgorfa, quien la dirigió al gobernador de Alcañiz con una nota: á su vez comunicacion y nota cayeron en poder de carlistas, que las presentaron á Cabrera. La nota decia así: *Los facciosos se hallan en Valdejunquera, y probablemente, segun el papel adjunto, caerán al amanecer sobre la columna que está en Torrecilla: apresurarse y salvar aquella fuerza, que si no se la auxilia y pronto, será destrozada.* En vista de esto cogió Cabrera al alcalde

de Valdealgorfa y le fusiló el 6 en la Fresneda. Prendió en seguida el mismo dia al alcalde de Torrecilla y le fusiló tambien *porque no cumplia*, como él ha dicho despues para disculparse, *sus ordenes, ni le suministraba raciones y daba parte al enemigo de sus movimientos*. A la raiz de estos asesinatos, y despues de apalear inhumanamente á otros tres ó cuatro alcaldes, publicó un bando feroz amenazando á todos los del Maestrazgo con la suerte de los de Torrecilla y Valdealgorfa como diesen parte de sus movimientos, obligando á las justicias á que hiciesen una especie de expulsion como la de los judíos lanzando de sus pueblos dentro del término de veinticuatro horas á las mujeres de los urbanos que ocupaban puntos fortificados, y obligándolas á vivir en su compañía y prohibiendo la conduccion de víveres á dichos puntos bajo pena de la vida, con otras medidas terroríficas que hicieron que los pueblos se quedasen sin justicias y sin gobierno de ninguna clase, porque ningun hombre se consideró seguro y todos los de mayor edad se refugiaron en las ciudades y villas dotadas de guarnicion.

Todo esto dió ocasion á un crimen espantoso, de que por fortuna se encuentran pocos ejemplos en la historia, acaso ninguno en la referente á pueblos cultos. Fué este crimen el fusilamiento impio de María Griñó, madre de Cabrera.

En el momento mismo que llegaron á noticia de Nogueras los fusilamientos de los alcaldes de Torrecilla y Valdealgorfa, lleno de ira, que es el peor consejero, y como si quisiera resucitar, para ser él la primera figura, los ominosos tiempos de Felipe II y de los sultanes turcos de la propia época, pasó una bárbara comunicacion, fechada el 8 de Febrero en Calaceite, al gobernador de Tortosa Antonio Gaspar Blanco rogándole, «que mandara fusilar á la madre de Cabrera (presa hacia casi dos años y como en rehenes en Tortosa), que prendiese á sus hermanas para fusilarlas tambien si aquel seguia asesinando inocentes, *y que tambien debia mandar fusilar á las mujeres, padres ó madres de los demás cabecillas de Aragon.*» Tan atroz comunicacion la remitió Blanco al capitan general de Cataluña para que dispusiera lo que tuviese por

conveniente, y con fecha 13 de Febrero firmó Mina el siguiente oficio, monumento insigne de barbarie en el fondo y hasta no más estúpido en la forma, el cual estampamos de la misma manera en que estaba redactado: *El escrito duplicado de V. S. del 8 del actual, que acabo de recibir me entera de los atentados cometidos por el sanguinario Cabrera: y deseando que un justo sistema de represalias refrene sus excesos: PREVENGO con esta fecha al Gobernador de Tortosa lo conveniente para que cumpla y llene sus JUSTOS deseos, al paso que me parece oportuno indicar á V. S. que son de más ejemplo y trascendencia los castigos efectuados en el mismo punto en que se realizaron los excesos (¡como si la infeliz Griñó hubiera cometido alguno!) y si es dable, mientras HUMEAN las víctimas inmoladas: para que la sangre de las mismas aplaque los manes de los que perecieron con honor, siendo mártires de la Patria. Dios guarde á V. S. muchos años. Barcelona 13 de Febrero de 1836.—F. Espoz y Mina.—Al Sr. Brigadier D. Agustín Noguerras.»* Mina estaba en cama y atormentado en su cuerpo y en su espíritu por fuertes dolencias: esto puede disculparle en algo por haber firmado el anterior horrible documento, aunque es probable que al suscribirle se enteró de lo que se trataba, porque, entre otros, se opuso al sacrificio de María Griñó el coronel Martín Iriarte contra la opinion del jefe de estado mayor Laureano Sanz, que creyó necesario el crimen, cuya sola relacion aterra el ánimo.

María Griñó, viuda y vecina de Tortosa, tenía á la sazón 54 años de edad: de carácter bondadoso, trato dulce, costumbres puras, caritativa, religiosa sin ser fanática, además de madre de Cabrera, lo era de tres hijas, que fueron presas al decretarse su muerte, eso que estaban casadas con tres urbanos de la ciudad. Con resignacion verdaderamente heroica, recibió la infeliz la nueva fatal, que por un presentimienio funesto esperaba hacia tiempo en su prision como castigo, aun cuando inmerecido, de las crueldades de su hijo, quien desde niño la dió mil disgustos por su carácter travieso é irascible. Tan sólo tres horas de término concedieron á la desventurada para que se preparase á morir, haciéndola levantar de la

cama donde dormía el sueño de la inocencia en la madrugada del 16 de Febrero. Enterada de su triste suerte no se acordó más que de pedir á Dios que recibiese su vida en holocausto de las muchas que su hijo tenía á su cargo y que cambiase sus sentimientos. Un ilustrado confesor oyó sus culpas teniéndola sentada ¡oh infame crueldad! *en un cepo y con grillos en los piés*. Despues de la confesion, pidió un escribano para hacer testamento y la fué negada esta peticion. ¡Suplicó la dejasen ver á sus hijas y nietos, y tampoco se la dió este consuelo! ¡Pidió se la administrara la comunión, y la negaron este dulcísimo bálsamo para todo buen católico! ¡Pidió que la dejasen cubrir su encanecida cabeza con una mantilla para ir al patíbulo, y tampoco se lo otorgaron! La pluma se cae de la mano, el corazon late dentro del pecho en violentos latidos y la sangre se agolpa á la cabeza á la vista de tanta barbarie y crueldad tanta para con una mujer, que no por haber llevado en su seno á un hombre impio, dejaba ella de ser un dechado de bondad y de virtudes.

Para que el asesinato se realizase con el menor ruido posible y sin que acudiera gente á presenciarse, llevaron á la desventurada entre soldados desde la sala de la prision en el fuerte á las barbacanas del mismo, y allí, sin darle lugar á que se arrodillase ni á que el sacerdote la indicara la primera palabra del credo, una descarga que se oyó de improviso sin orden dada en alta voz, echó por tierra á la mártir, cuyo cráneo fué taladrado por varias balas, y cuyo traje de jubon y saya ardió durante unos momentos por los tacos de los tiros. ¡Oh maldad horrible! Noguerras se llenó de un oprobio eterno; el gobernador Blanco, al que en vano apelaron el alcalde y otras personas para que no fuera el ejecutor de un crimen tan horrendo, imitando á Pilatos, que se lavó las manos en la muerte del justo, se cubrió tambien de vergüenza, y Mina únicamente puede tener disculpa por haber autorizado el sacrificio hallándose debilitada su cabeza por efecto de la enfermedad, y aunque mas adelante se le obligó á decir que María Griño habia sido fusilada por causa de una conspiracion descubierta en Tortosa, siendo así que la infeliz era incapaz de mezclarse en conspiraciones ni en nada, es lo

cierto que el recuerdo del espantoso crimen no se borró de su mente en el poco tiempo que ya le quedó de vida, pues se le oyó decir entristecido repetidas veces: *¡esa mujer! ¡el recuerdo de su muerte me trae desasosegado!*

Cabrera, enterado del horrible suceso por su amigo Juan Pertegaz, comandante de uno de sus batallones y poco ménos feroz que él, por más que despues trató de aparentar lo contrario, rugió de cólera y juró anegar en sangre liberal el teatro donde hacia la guerra. Disculpable era en Cabrera el juramento, pero á la sociedad le asistia más derecho que á él para abominar á los verdugos de su inocente madre y exigir el correspondiente castigo de ellos. No habia la sociedad dado pretexto, como él, para que tuvieran lugar sangrientas represalias, y el que veia á su madre presa y en rehenes, tenia la obligacion (y así hubiera procedido á contar con un átomo de piedad filial), de ser humano con el vencido y más con el inocente, que no era enemigo, á fin de no concitar las iras de los malos contra la autora de sus días.

Al impio asesinato de la madre de Cabrera, contestó éste con cuatro asesinatos tan impíos ó más de cuatro desventuradas mujeres, que llevaba consigo en rehenes y eran María Roqui, esposa del coronel M. Fontiveros, presa en Chelva hacia tiempo; Mariana Guardia, Jacinta Foz, de Beceite y Francisca Urquiza Foz, hija la última de la Jacinta y de edad de 18 años. El mismo dia 20 de Febrero, en que supo la muerte de su madre, mandó fusilar en Valderrobles á las dos primeras. Jacinta Fox y su hija Francisca, quien por ser agraciada de rostro habia merecido de Cabrera algunas atenciones, llegando á decirse entre los suyos que se casaria con ella, se libraron de los primeros furios del tortosino; pero el 27, cuando ya debia estar satisfecho con la sangre de la Raqui y de la Guardia, fusiló cobardemente á madre é hija en medio de la estupefaccion de su desalmada gente y de los entristecidos vecinos de Valderrobles. El que era más sanguinario que el tigre ántes de la muerte de su madre, ¿de qué no seria capaz á luego de ser ésta sacrificada?

Los anteriores sucesos produjeron la dimision de Mina, que no le fué admitida, y la separacion de Nogueras, al

que se destinó á Alicante, ordenando que se formase una causa sobre el asesinato de María Griñó.

El mismo dolor que sentia por la muerte de su madre impulsaba á Cabrera á buscar combates y gozarse en el derramamiento de sangre liberal, que habia de verter á torrentes, profanando, como si fuera una hiena, los cadáveres de sus víctimas. Despues de inmolidas las últimas en Valderrobles partió con su gente, ya muy aumentada, hácia Gandesa á apoyar el sitio que la tenia puesto el cabecilla Torner; pero al ver que era empresa difícil se alejó de allí, y regresando á tierra de Teruel, dió descanso á sus vándalos para lanzarlos incontinenti con una osadía sin igual á la rica huerta de Valencia. El 29 de Marzo, despues de una marcha de veinticuatro horas, se presentó á las puertas de Liria, villa opulenta, con muchos recuerdos de los romanos, de 2.500 vecinos, distante tan sólo 22 kilómetros de la capital, y lo hizo tan sigilosamente, que al abrirlas los descuidados urbanos entró por ellas el batallón que mandaba Pertegaz, y tras él toda la columna carlista haciendo fuego y saqueando las casas: en las calles mataron siete milicianos y más en el campo: cogieron tambien en la poblacion, de la que sacaron inmenso botin, otros 27 urbanos, que condujeron á Chiva, en donde fueron sacrificados en union de otros 12 milicianos de la última villa, con quienes cometieron horrores propios sólo de cafres, puesto que asesinaron á los infelices liberales en el patio de un convento despues de quemarles los bigotes y cortarles las partes pudendas.

Palarea, que supo en Castellon la sorpresa de Liria, corrió al encuentro de Cabrera á Chiva, que solo dista unos 30 kilómetros de Valencia. Sabe el carlista la aproximacion del general cristino y sale con los suyos á esperarle en las inmediaciones de la villa. Palarea guiaba una pequeña columna de tropa y 800 urbanos; y aunque las fuerzas contrarias eran muy superiores, dió la órden de acometer: los carlistas resistieron el primer empuje de los liberales; pero entrando éstos á la bayoneta los desalojaron de sus posiciones y luego de otras, hasta que Cabrera dió órden de retirada, viendo picada su retaguardia por la caballería cristina durante dos ó más horas. Costó el

triunfo á Palarea bastante gente, aunque no tanta como al carlista, que se batió con desesperacion.

Despues de atacar Cabrera inútilmente las villas de San Mateo y Mora y de fortificar en los primeros dias de Abril á Cantavieja para que sirviera de refugio á su gente y de hospital á sus heridos, se fué á Rubielos, en donde supo que se hallaban muy descuidadas en el próximo pueblo de Alcotar dos compañías del regimiento de Ceuta. Corre presuroso en busca de la que creyó su presa, la acorrala y la intima la rendicion; los soldados liberales, temerosos de la crueldad del tortosino, se resisten desde una altura y sólo se entregan cuando ven que sus municiones van á acabarse y Cabrera les promete conservarles la vida: creen en su triste situacion los desgraciados la palabra del mónstruo; pero éste, en el acto de entregar las armas, manda que sean todos fusilados, inventando que en el pueblo han profanado las imágenes de los santos, siendo así que ningun soldado habia entrado en la iglesia, y realiza la espantosa hecatombe de CIENTO CUARENTA Y CINCO séres humanos.

El 30 de Mayo experimentó una verdadera catástrofe la columna que mandaba el coronel F. Valdés, el patriota que levantó á Tarifa en 1824 y se batió en Vera bajo las órdenes de Mina en 1830. Quilez fué sorprendido por Valdés en tierra de Calamocha; pero éste, que pudo obtener un brillante triunfo, consintió que su gente se cebara en los despojos de los fugitivos carlistas, observando lo cual Quilez rehace su gente y la vuelve contra el descuidado cristino, que no acierta á ordenar la suya, y experimenta una completa y vergonzosa derrota. De los 1.300 hombres de que constaba la columna liberal cayeron prisioneros 900, y los restantes lograron refugiarse con gran trabajo en Ternel y Daroca. Cumpliendo Quilez las órdenes del tortosino fusiló todos los oficiales y 12 miñones valencianos. A todo se atrevian ya por este tiempo Cabrera y sus tonientes. Miétras que él intentó apoderarse de Morella y entró en la importante villa de Buñol, en donde cogió seis urbanos, que al instante sacrificó, el Serrador se apoderó de Alcalá de Chisbert y de Torreblanca, de cuyas villas sacó abundantes recursos y luego incen-

dió á Soneja, cuyos urbanos huyeron, haciendo retirar á balazos á las mujeres y niños que querian abandonar la poblacion en llamas; Quilez puso fuego á Alcorisa y á Montalban, cuyas guarniciones no quisieron entregarse. Despues éste, miéntras Cabrera asediaba de nuevo á Gandesa, para ser tambien rechazado, y hacia que se bloquease á Morella, se corrió á la provincia de Valencia y de ésta á la de Alicante con ánimo de penetrar en Alcoy, proveerse de paños y sacar abundante botin; pero al llegar á Albaida sabe que *el diablo* de Noguerras, al que el gobierno dió en Alicante el mando de una pequeña columna, va en su persecucion, y retrocede cuando ya pudo ser alcanzado por Villacampo, que le dispersó causándole algunas pérdidas. Quilez se retiró en muy mal estado á Cantavieja. Tambien por este tiempo (Julio) hizo el Serador otra larga correría por Valencia y la Mancha, dejando en todas partes rastros de sangre y desolacion.

Es un hecho que los carlistas del Maestrazgo se habian más que quintuplicado en el primer medio año de 1836. Esto alarmó al gobierno, que mandó de general en jefe del ejército llamado del Centro al general San Miguel (Evaristo), de cuyo mando nos ocuparemos más adelante.

Castilla la Nueva. En nada habia variado la guerra en esta comarca, presa de unas cuantas partidas de bandoleros más bien que carlistas, que se ocupaban, sobre todo en la Mancha, de saquear á los pueblos indefensos, robar á los tristes arrieros, exigir rescates á hombres y mujeres que prendian en el campo ó en las poblaciones, y asesinar al que no les daba lo que placia á su infame codicia. Como el gobierno tenia casi abandonado este país, los partidarios antiguos y algunos nuevos que salieron á campaña ejecutaron casi impunemente las acciones más atroces. Todos ellos eran unos malvados; pero distinguéronse por sus crueldades y latrocinios entre los antiguos Palillos, Orejita, Jara y Peco, el último de los cuales llegó á ser en 1873 partidario federal de los más furibundós, y entre los segundos el Arcipreste, el Apañado, el Romo y el Matalahuva, cuyos apodos demostraban claramente así la bajeza de su extraccion como la perversidad de su alma.

Asturias y Galicia. Poco adelantaba tambien en estos paises la causa carlista, que solamente sostenian pequeñas partidas, que nunca daban la cara á las columnas liberales, y si bien las expediciones de Sanz y Gomez atizaron el fuego de la insurreccion, ésta se extinguió así que salieron de allí los dos generales carlistas.

Los Estamentos. En posesion Mendizábal del voto de confianza y disuelto el Estamento de procuradores el 27 de Enero de 1836, hiciéronse las elecciones del nuevo tan á gusto de aquel ministro que no pudieron obtener la investidura popular ni M. de la Rosa, ni Toreno ni otros hombres importantes del moderantismo. Resultados de esta especie perjudican más que á nadie á los gobiernos que se los proporcionan. Entre otros fueron elegidos para el nuevo Estamento Cayetano Cardero, el de los sucesos de la casa de Correos, Florez Estrada, Donoso Cortés y Salustiano Olózaga, orador agudo é intencionado y enemigo del fanatismo á su manera, porque él era fanático en cuanto á combatir sin trégua la libertad de cultos: á este hombre intolerante tocóle perseguir como jefe político de Madrid á una monja necia y embaucadora, que fingia éxtasis, revelaciones y llagas, llamada Sor Patrocinio Quiroga, la que tiempo andando ejerció inmensa influencia en los destinos de España con Isabel II y su esposo. Mendizábal habia publicado varios decretos, que dieron á los exaltados gran preponderancia, haciendo revivir al propio tiempo las lisonjeras ilusiones que aquel ministro habia hecho concebir al país de ser su afortunado redentor, oficio mal desempeñado en cuanto á la cuestion de guerra, y que respecto de la de hacienda lo habia de ser algo peor. Dió los importantes decretos de 16 y 19 de Febrero, creando por el 1.º una junta de liquidacion encargada de practicar la general de los créditos que hubiesen de correr á cargo de la nacion con la precisa circunstancia de que se declarasen caducadas las deudas contra el Estado, cuyos títulos no se presentáran hasta el 31 de Diciembre de dicho año, y poniendo por el segundo en venta todos los bienes de las comunidades religiosas extinguidas. Precedia al último decreto una pomposa exposicion á Cristina, cuyo lenguaje hizo que los

amigos del ministro, impresionables como él, pusieran su nombre en las nubes, cual si hiciera una cosa grande y nunca vista, siendo así que, expulsados los frailes de sus conventos, era lo más natural que se enajenasen sus bienes, que ya las Córtes de 1820 declararon en venta, no haciendo en resúmen ahora Mendizábal otra cosa que reproducir el decreto de la segunda época constitucional. Habria merecido Mendizábal justos plácemes de la historia si hubiera puesto su mano en la desamortizacion de las fincas de los curas, con los que no se atrevió, y en el odioso é insoportable tributo del diezmo que el clero secular cobraba en todas partes para fomentar por medio de sus rendimientos la guerra civil. Lo importante del decreto de venta de los bienes de los frailes era que todo su producto se destinaba á la amortizacion de la deuda consolidada y de por consolidar; pero Mendizábal, presa, digásmolo así, de su inquieto temperamento, siguió con su sistema empírico y de barullo y no se cuidó de preparar lo necesario para poder decir á las Córtes el importe aproximado de la deuda y (lo es más reprehensible por más hacedero) no pensó siquiera en presentarlas los presupuestos para que la nacion se enterase de sus gastos y sus recursos. De este modo y sin que se le pueda atribuir mala fé, llevaba Mendizábal la gestion de los públicos negocios.

Aun la llevaba peor en la parte política. El proyecto de ley electoral que elaboró y presentó á las Córtes, era una verdadera decepcion: segun él toda la nacion habia de nombrar 248 diputados, incluso los 8 que mandaria Cuba, 5 Puerto-Rico y 4 Manila (así decia el proyecto); el derecho electoral se vinculaba en 160 electores mayores contribuyentes por cada diputado que habian de nombrar las provincias, á razon de 50.000 almas; de modo que la provincia de Palencia, por ejemplo, á la que correspondian tres diputados por sus 150.000 almas tendria solamente 480 electores y algunos más por razon de capacidades. No se podia hacer mayor escarnio del derecho electoral por los llamados liberales. Por último, no podria ser elegido diputado ninguno que no tuviera una renta de 6.000 reales anuales ó pagase una contribucion directa de 500.

El 24 de Marzo se reunieron los Estamentos en el local del de próceres, cuyo presidente era Gonzalez Vallejo, antiguo obispo de Mallorca y ahora arzobispo electo de Toledo, que ya presidió unas Córtes en la época de 1820 á 23, y Cristina leyó el discurso de apertura lleno de frases vagas sobre mejorar el estado de la hacienda y de la guerra y sólo concreto en su ofrecimiento de presentar el citado proyecto de ley electoral. Sin embargo de que Cristina fué victoreada frenéticamente al acabarse la sesión régia, el discurso satisfizo á muy pocos. Querian ir muy de prisa los exaltados, á cuya cabeza se hallaba ya Mendizábal, aunque éste trataba de dar gusto á la corte reformando con parsimonia y en muy poco el Estatuto, y los moderados aspiraban á retroceder parapetados en dicho código. Eran dos fuerzas encontradas, á las que guiaba igualmente la insensatez. Para que nada pudiera edificar Mendizábal cometió la imprudencia de oponerse de una manera subrepticia á que fuese nombrado presidente del Estamento de procuradores su antiguo amigo y paisano Istúriz, que en sesión preparatoria lo habia sido interinamente: al verificarse la elección, sedujo el ministro á 16 procuradores, á quienes despues de pomposas promesas exigió palabra de honor de no decir nada de lo que iban á hacer, y al votar dieron sus sufragios á los candidatos á las vicepresidencias y con esto quedó derrotado Istúriz, obteniendo mayoría para presidente Gonzalez (Antonio), y para las tres primeras vicepresidencias Argüelles, Ferrer y Ortiz de Velasco, dejando la cuarta para Istúriz, cosa que éste juró vengar. Por de pronto discutiéndose la contestacion al discurso de la corona habló Istúriz contra Mendizábal en términos bastante transparentes, permitiéndose dudar de la moralidad de éste por sus tratos y vida así en Lisboa como en Lóndres, de lo cual resultó un duelo que, con universal escándalo, tuvo lugar junto á San Isidro, disparándose á 24 pasos de distancia dos pistoletazos que por fortuna no causaron daño á ninguno de los combatientes. Al duelo material siguió el político. Despues de sufrir Mendizábal el 6 de Mayo una derrota en el Estamento de próceres, en donde 45 de éstos votaron la suspension del decreto de venta de bie-

nes de los frailes contra 15, siendo lo extraño que en este número se viesen los nombres del general Castaños y del conde del Montijo, se encontró con que los trabajos de Istúriz le tenían minado el terreno en palacio, pues que queriendo separar á los generales Quesada, San Roman y Ezpeleta de los cargos de inspectores de las dos guardias reales y de infantería de línea, Cristina se opuso tenazmente á ello, viéndose obligado, por lo tanto, á dimitir en union de sus compañeros. El 15 de Mayo cayó el ministerio Mendizábal para subir Istúriz ya entregado al bando moderado con su paisano el celeberrimo orador de la Fontana. Istúriz obtuvo la presidencia con la cartera de Estado; la de guerra, que no aceptó Seoane, fué dada á Mendez Vigo (Santiago); la de gracia y justicia, á Barrio Ayuso; la de hacienda, al director de la caja de amortizacion Blanco, y la de gobernacion, al duque de Rivas, ya muy distinto del antiguo Angel Saavedra; Alcalá Galiano se contentó con la cartera de marina, porque á lo que ante todo aspiraba el antiguo demagogo era á ser ministro de cualquier ministerio.

No lo habia hecho bien Mendizábal, burlando al país en casi todas sus promesas, no por falta de voluntad y buena fé, sino por imposibilidad de cumplirlas á causa de ser exageradas; pero su caída, rodeado aun de prestigio y representando el elemento de accion tan indispensable entonces con motivo de la guerra, envolvia una verdadera provocacion á los liberales de parte de la corte y no podia producir más que el desencadenamiento de todas las pasiones y la soltura de los encerrados vientos para traer próxima y terrible tempestad.

En la sesion del 16 de Mayo, sin haberse dado cuenta más que del nombramiento de Istúriz, por lo que ocurrió el escándalo de hacer salir del salon de sesiones el duque de Rivas, varios procuradores presentaron una proposicion encaminada á que el Estamento declarase, que habian cesado desde aquel instante las facultades extraordinarias concedidas al gobierno por el voto de confianza, y despues de una animada discusion, en que tomaron parte Istúriz, Galiano, Olózaga, Lopez, Heros y otros, fué aprobada dicha proposicion por 96 votos contra 12, con-

tándose entre los últimos el del antiguo demagogo Florez Estrada, ya muy cambiado de opiniones. Esta derrota del ministerio, casi ántes de nacer, le advirtió que no podía contar con el elemento popular de las Córtes, y continuando las sesiones para ocuparse del proyecto de ley electoral, en la del 21 se presentó otra proposicion pidiendo que el Estamento declarase que el ministerio no merecia su confianza, proposicion que fué aprobada despues de largo debate, por 71 votos contra 29. A este acuerdo de los procuradores contestó Istúriz con el decreto de disolucion, que leyó en la sesion del 23. Dos meses justos habian durado estas Córtes, que nada pudieron hacer. El partido moderado era dueño del real palacio, pero el exaltado, con el que estaba la opinion pública, disponia del ejército y la milicia; tenia además sociedades secretas que se lanzaron á conspirar abiertamente y periódicos que hablaban de la necesidad de la revolucion, á pesar de la censura que sobre ellos pesaba, distinguiéndose entre ellos *El Eco del Comercio*, redactado principalmente por Caballero, *El Liberal* y *El Patriota*. Un duelo más terrible que el que tuvo lugar entre Mendizábal é Istúriz se entabló ahora entre exaltados y modarados, del que aquellos tenian que salir vencedores, más que la patria, presa de la guerra civil, fuera en definitiva la vencida. Así lo habian querido todos, olvidando los consejos de la sabiduría.

Disueltas las Córtes, el ministerio convocó otras para el 24 de Agosto ofreciendo reformar el Estamento y poniendo en vigor el proyecto de ley electoral que no se acabó de discutir en las anteriores; pero ya era tarde, y esta mision hubiera podido llevarla á cabo Mendizábal, no otro. La revolucion armada asomó la cabeza por do quiera, como en España la asomará siempre que haya milicia nacional, á la que se la subleva con cualquier pretexto al toque de *llamada y tropa* por cuatro hombres turbulentos y especuladores. Ya ántes de ocupar Istúriz el poder habian presenciado escandalosos desórdenes Zaragoza y Valencia, llevados á cabo con la inhumana idea de sacrificar á los presos de opiniones carlistas: en Zaragoza lograron su objeto los alborotadores, y si en Valencia no lo consi-

guieron fué porque el capitán general Carratalá dimitió el mando, y luego el que interinamente le sucedió, brigadier Bréson, embarcó los presos. En Málaga se pronunció la guardia nacional el 26 de Mayo; pero logrado el objeto de los que la lanzaron á las calles, que fué el de realizar un gran contrabando, se apagó el motin. Lo propio sucedió en Cartagena, en donde mandaba O'Daly, aunque no apagó la insurreccion sino despues que los insurrectos se mancharon con unos cuantos asesinatos en personas pacíficas tildadas de carlistas. El gobierno destituyó á O'Daly, reemplazándole por Mirasol, como reemplazó al gobernador de Málaga Bray por el brigadier Saint-Just, el defensor de Puente la Reina y á Quiroga por Lopez Baños en la capitania general de Granada.

Como en Málaga quedaron en pié y más audaces los elementos perturbadores del 26 de Mayo, asomaron de nuevo la cabeza el 25 de Julio, saliendo los milicianos al toque de generala á proclamar la Constitucion de 1812. Saint-Just acudió al lugar del tumulto y trató de convencer á los milicianos por medio de una arenga; pero echándose vários los fusiles á la cara le dirigieron unos cuantos balazos que le dejaron muerto en el acto para arrastrar despues su cuerpo por algunas calles. Piden en seguida la cabeza del que hacia de gobernador civil conde de Donadio, y le asesinan impiamente en un cuartel, instalando despues una junta de gobierno. El capitán general Lopez Baños quiso sofocar la insurreccion de Málaga y castigar á los autores de los asesinatos de Saint-Just y Donadio; pero no sólo se encontró sin fuerzas para ello, sino que se pronunció la misma Granada y él tuvo que escapar con la poca tropa que quiso seguirle.

A los pronunciamientos de Málaga y Granada siguieron los de Cádiz, Córdoba, Huelva, y de casi todas las poblaciones importantes de la costa de Levante; pero lo que asestó el golpe mortal al ministerio Istúriz fué el pronunciamiento ocurrido el 1.º de Agosto en Zaragoza, á cuya cabeza se puso San Miguel (Evaristo) que estaba allí para ir á colocarse al frente del ejército del Centro, y aun cuando se jactaba dias ántes de ser muy amigo del ministerio Istúriz, esto no impidió que en la exposicion de la

junta de gobierno á Cristina, que firmaba como presidente, calificase á dicho ministerio de *incapaz é inepto*. El ejemplo de Zaragoza fué seguido por todo Aragon, y San Miguel, valiéndose de proclamas que desde allí envió, hizo que parte del ejército que iba á mandar proclamase la Constitucion, como lo hicieron algunos cuerpos del Norte escalonados en la ribera del Ebro. Tambien Tarragona y Barcelona se pronunciaron por la Constitucion, sin que hubiese el menor desman, gracias al merecido prestigio de Mina. Hicieron lo propio Badajoz, Murcia y Alicante. El 3 de Agosto intentaron algunos milicianos, animados por Cardero y otros, pronunciar á Madrid; pero la energía del nuevo capitan general Quesada publicando el estado de sitio con un bando terrorífico contra los que alterasen el órden, hizo que aquellos se retiraran á sus casas, sin que ocurriesen desgracias de ningun género, porque Quesada, como ya vimos en otras ocasiones, era de carácter violento pero de sentimientos humanitarios. Lo que produjo el motin del 3 fué el desarme de los milicianos.

**Insurreccion** Como acabamos de ver, la insurreccion  
llamada de los sargentos de la Granja. proclamando el Código de Cádiz se habia en- señoreado de las tres cuartas partes de la Es- paña, y no era posible vencerla. La prudencia y el patriotismo aconsejaban de consuno á los ministros que dimitiesen; pero desentendiéndose de una y otro, dieron lugar á que la revolucion les lanzase de sus puestos, no sin que ocurriesen grandes desgracias ni sin que hicieran pasar á la corona por las más vergonzosas humillaciones, teniendo que tratar como de potencia á potencia con unos cuantos sargentos ignorantes y rudos, que se constituyeron en jefes de un motin militar.

Hallábase á la sazón en la Granja la reina gobernadora con sus hijas, custodiadas por los batallones de la guardia real de infantería y provincial, cuatro escuadrones y una compañía de salvaguardias: todas estas fuerzas se habian batido en el Norte y estaban animadas de un espíritu altamente liberal, que se resintió de la órden recibida de Madrid para que no se entonáran ni tocasen canciones patrióticas. Los sargentos, que se jactaban de sus ideas exaltadas, acordaron declararse en rebelion durante la

noche del 12 de Agosto: dadas las diez, y segun el plan convenido, á la voz de ¡á las armas! sacaron los sargentos sus compañías del cuartel victoreando á la Constitucion y á la reina: encamináronse de seguida al palacio entonando la música el himno de Riego, y al bajar de la real morada el conde de San Roman y el famoso duque de Alagon para enterarse de las pretensiones de los amotinados, éstos contestaron, que querian que una comision de sargentos viese á la reina gobernadora para manifestarla los deseos del ejército, que no eran otros que la proclamacion del Código de Cádiz. Sucumbiendo á la terrible ley de la necesidad, dió permiso Cristina para que subiesen tres sargentos y en el acto fueron designados Higinio García, Alejandro Gomez y Juan Lúcas. Recibidos con amabilidad por la gobernadora delante del ministro Barrio Ayuso y otras personas de la servidumbre y diciéndoles que la expusieran sus deseos, contestaron que querian que se proclamase la Constitucion de 1812, por la cual se habian pronunciado ya casi todas las provincias. Cruzáronse entre Cristina y los sargentos Gomez y García muchas frases, así sobre la pretension de éstos como sobre lo que disponia la Constitucion respecto de la regencia, y ellos concluyeron por decir, que con este Código y con todos no querian otra regencia que la de la madre de su reina, por quien estaban dispuestos á derramar de nuevo su sangre. Despedidos con buenas palabras salieron de la real cámara los tres sargentos; pero al saber la tropa que no habian obtenido el decreto proclamando la Constitucion, les hizo volver, causando extraordinario espanto á Cristina y á cuantos la rodeaban. Enterada la gobernadora de la actitud resuelta de la guarnicion, firmó cuando ya alumbraba la luz del siguiente dia este decreto: *Como reina gobernadora de España ordeno y mando, que se publique la Constitucion politica de 1812 en el interin que, reunida la nacion en Córtes, manifieste su voluntad ó dé otra Constitucion conforme á las necesidades de la misma.* Tal resultado dió el motin de los sargentos de la Granja, que no insultaron, como los moderados propalaron, á la majestad. Pero demasiado ultraje envolvia contra ésta la sola presentacion de tres groseros sargentos para exigir á una

reina con las armas en la mano y con brusco lenguaje, que cambiase el Código político de la nacion. Más que los sargentos, fueron culpables de esta ofensa á la reina los consejeros que la rodeaban y á título de mandar querian que desoyese las exigencias de la opinion y empeorase el triste estado del país, presa de otra lucha civil sobre la que se sostenia contra el carlismo armado. Hablóse mucho entonces de que habia corrido el oro inglés para mover á los sargentos, cuando los desdichados carecian de una triste peseta ántes y despues de la rebelion para cubrir las más perentorias necesidades.

Por una carta de Barrio Ayuso, escrita en los primeros momentos de la sublevacion se supo luego en Madrid lo ocurrido en la Granja. Istúriz, Quesada y otros opinaron por que la guarnicion de Madrid fuese á sofocar el movimiento; pero el general duque de Ahumada (Pedro Agustin Giron), al que se llamó á Consejo, hizo ver con su acostumbrada prudencia lo peligroso del paso que queria darse, y solamente se acordó que el ministro de la guerra M. Vigo fuera al sitio á ver si podia enmendar lo que ya no tenia remedio. Puesto M. Vigo en la Granja, trató de reducir á la tropa, pero se vió obligado á refugiarse en palacio, porque el sargento García le habló con dureza y en términos amenazadores. M. Vigo intentó entonces recabar de Cristina la derogacion del decreto de proclamacion; pero la gobernadora consultó el caso con los representantes de Francia é Inglaterra, quienes, reprobando el movimiento, la hicieron ver lo peligroso que hasta para su persona y sus dos hijas podia ser el volverse atrás de lo hecho, y visto esto, pidió consejo á Barrio Ayuso, Vigo y otros españoles á fin de designar nuevo ministerio, para el que nombró á Calatrava, Gil de la Cuadra, Ferrer y Ulloa. Quiso entonces Cristina regresar á Madrid, pero los sublevados, instrumentos ya de los más bullidores de Madrid y por su parte más exigentes á manera que iban satisfaciéndoseles sus deseos, significaron resueltamente que no dejarian salir á nadie del sitio ínterin no se adoptasen por la gobernadora los acuerdos siguientes: «Destitucion de San Roman y del marqués de Moncayo (Quesada): reorganizacion de la guardia nacional de Ma-

drid: decreto para que se jurase la Constitucion en toda España: nuevo ministerio del que no formarian parte Barrio Ayuso ni M. Vigo.» A estas peticiones añadieron la insolencia de que en aquella misma tarde del 14 se habian de expedir los correspondientes decretos. Cristina tuvo que sucumbir á todo, y entónces se nombró una comision que marchase á Madrid con las nuevas concesiones arrancadas á la gobernadora, comision extraña y verdaderamente pintoresca por componerse del general y ministro M. Vigo, de un capitan de la guardia nacional del sitio, de un guardia de Corps, el sargento Gomez y un músico.

Alzase Ma- Miéntras que esto sucedia en la Granja, drid. Asesina- no se habian dormido los exaltados de Ma- to de Quesada. drid para promover un alzamiento que afianzase el de los sargentos. El mismo dia 14 hubo tiros entre varios paisanos y la tropa que produjeron inútiles desgracias, de que únicamente fué responsable el ministerio, porque, proclamada la Constitucion, á nada conducia la lucha. El 15 llegó la comision de la Granja á Madrid, y en el acto M. Vigo, convocó á palacio á sus compañeros de ministerio: citó despues á Calatrava, Gil de la Cuadra, Rodil y Seoane, á los dos primeros para enterarles de la órden de Cristina á fin de que se presentasen en el sitio, y á los últimos para que se encargasen respectivamente de la inspeccion general de milicias y comandancia de la guardia real y de la capitanía general de Madrid. Miéntras tanto, el movimiento iniciado la víspera tomó grandes proporciones, y más cuando la plebe supo que habian caido el ministerio, San Roman y Quesada. Todas las iras populares se conjuraron entonces contra el último, sin que el historiador pueda darse cuenta de esto, porque el objeto de ellas se habia producido con humanidad, y si sostuvo la ligera lucha el dia ántes, lo hizo á virtud de órdenes del gobierno.

Hallándose conferenciando M. Vigo con las personas por él convocadas, recibió aviso de que la vida de Quesada corria inminente riesgo, porque muchos amotinados, que pedian á grandes gritos su cabeza, cercaban la fábrica de tapices, donde creian se habia escondido. Rogó M. Vigo al nuevo capitan general Seoane y le conjuró á

que fuese en persona á salvar á Quesada; pero Seoane se mostró indiferente, ó poco ménos para con su antecesor. No se habia escondido Quesada en la fábrica de tapices, sino que la fatalidad le hizo salir de su casa para abandonar á Madrid sin rumbo fijo y sin saber á dónde encaminarse: creyó que abandonando la corte, ya nadie pensaria en él. Acompañado de dos personas llegó á caballo á una huerta de Hortaleza: vióle en el camino un miserable, llamado Iborte (al que los gritadores hicieron despues que se le nombrase oficial, para morir de un balazo en Navarra), que le conoció y dió parte al alcalde de aquella villa, quien le prendió y puso centinelas de vista de nacionales y carabineros. Miétras esto sucedia, unos cientos de asesinos, que deshonoraban el traje de guardias nacionales, sabedores de la direccion que habia tomado el general, llegaron á Hortaleza, y atropellando la guardia que custodiaba al preso se abalanzaron á él, puñales y pistolas en mano, le dieron muerte cruelísima, y como si fueran caníbales mutilaron su cuerpo, de cuyas partes pudendas se apoderaron para presentarlas con fria ferocidad sobre las mesas del titulado café Nuevo. Se apena el ánimo al ver que en nuestras discordias civiles se han cometido tantos asesinatos por el estilo del que lamentamos. Hijos en general dichos crímenes de las reminiscencias que en ciertas cabezas ha dejado y deja la lectura de la revolucion francesa, sus autores se creen con pleno derecho á alardear de ellos ántes de ponerlos en práctica, y lo hacen como una cosa corriente y natural. Preciso es que la sociedad salga de su criminal apatía y haga entender á los malos (que son y serán siempre los ménos), que no impunemente pueden predicar el crimen y ménos ejecutarle: allí donde un pueblo comprende sus deberes y sus derechos no levantan la cabeza los malvados, y las leyes con los tribunales, no las turbas, son los que castigan á los culpables: el pueblo que presencia asesinatos y otros crímenes á sangre fria, carece de valor y de sentimiento moral y es digno del látigo de un tirano.

Ministerio Calatrava.

Rodil y Calatrava, obedeciendo las órdenes de Cristina, se presentaron en la Granja y allí tuvieron que acceder á ciertas exigencias personales de

los principales sargentos sublevados para que consintieran que la corte regresase á Madrid, lo cual tuvo efecto pasando Rodil por la humillacion de que viniere á su lado el sargento García, que era el más bullicioso. El 22 se publicó, con un manifiesto de Cristina alabando la Constitucion que habia de reformarse, el decreto de convocatoria de Córtes Constituyentes: Calatrava se habia encargado de la presidencia con el ministerio de Estado; Gil de la Cuadra obtuvo el de Gobernacion; Landero el de Gracia y Justicia; Rodil el de la Guerra, y Ferrer el de Hacienda. Como Mendizábal quedó desairado, empezó á trabajar con el embajador inglés para que apoyase su entrada en el ministerio, sin mirar lo bochornoso que era deber el mando á influencias extranjeras; y como Cristina tenia que dar gusto á los isleños por lo mucho que nos ayudaba su marina en la costa cantábrica, hizo que se reformase el gabinete en el primer tercio de Setiembre, entrando en el departamento de Hacienda Mendizábal, y Lopez en el de Gobernacion, que le dejó Gil de la Cuadra por el de Marina.

El nuevo ministerio hizo concebir grandes esperanzas: los tres ministros en quienes el país liberal confiaba más eran Calatrava, Lopez y Mendizábal. Sabemos de antiguo que el primero pecaba y no poco de calculista, inclinándose ya á un partido, ya á otro en cuestiones capitales; Lopez era hombre de inmensa imaginacion, pero de mediano talento, y Mendizábal tenia que ser hasta el fin un político de barullo en el mejor sentido que pueda darse á esta palabra.

No se mostró el nuevo ministerio muy agradecido á los sargentos de la Granja, que alardeaban de que á ellos les era debido todo y debia concedérseles cuanto pidieran: Higinio García, el más vocinglero, se manifestaba en extremo exigente: desvergonzóse un dia con Mendizábal, y el gobierno le desterró al castillo de San Anton de la Coruña: así se hizo ver á sus compañeros que el nuevo gobierno, si se supo aprovechar del servicio que prestaron en la Granja, no queria que se le arrojase al rostro. Pues si con los que habian contribuido á elevarlos procedieron ingratamente los ministros, con los vencidos se manifes-

taron injustos. No considerándose seguros en España marcharon al extranjero, entre otros hombres del moderantismo, Istúriz, Toreno, Miraflores y los duques de Rivas, Osuna y Veraguas, y el gobierno dió un decreto bárbaro, fecha 16 de Setiembre, secuestrando los bienes de los que habian salido de España sin licencia, pero impulsados por la necesidad, y en todo caso con perfecto derecho para hacerlo. Adoptó el ministerio otras medidas tan impolíticas como improcedentes respecto de carlistas, que aumentaron las filas rebeldes. Dictó disposiciones rigurosas contra los prelados y curas desafectos á la causa liberal, ocupando sus temporalidades. Por último, mandó vender las campanas, alhajas, granos, arboledas y demás efectos de los conventos, creyendo sacar inmensas sumas, que al fin se convirtieron en mezquinas, merced á la infidelidad de los que se incautaron de tales riquezas, algunos de los cuales se hicieron opulentos de la noche á la mañana. El estado de la Hacienda era lamentabilísimo: los pueblos, saqueados con motivo de la guerra, no podian satisfacer los ordinarios tributos, y habia un déficit en el presupuesto del año de más de 300 millones de reales, sin contar el de los anteriores ni los crecidos intereses de la Deuda. Para salir de los principales apuros acudió Mendizábal á un anticipo de 200 millones reintegrable por pagarés del Tesoro, que habian de ser admitidos para pago de contribuciones en los cuatro años sucesivos. Adoptadas todas estas disposiciones y otras de orden más secundario, el ministerio se preparó á presentarse ante las Córtes, cuya apertura estaba señalada para el 24 de Octubre. Ya trataremos de ella, que ahora debemos volver la vista al teatro de la guerra.

Expedicion Interin los liberales se destrozaban unos á  
de Gomez. otros con increíble imprudencia, los carlistas del Norte, íntimamente persuadidos de que allí no podian ser vencidos, acordaron mandar expediciones al interior de España para alentar á sus correligionarios; organizar, si podian, la guerra en ciertas comarcas, y en todo caso recoger abundante botin para volver con él al punto de partida. Fué la más célebre de las expediciones la que se encomendó al general Miguel Gomez, militar sereno y de

grandes recursos de imaginacion, que habia servido en el ejército de línea hasta obtener el empleo de coronel. Organizada por él la expedicion en Amurrio, recibió órden de salir del país vasco para invadir Asturias y Galicia, en donde el pretendiente creyó que á la vista de su general se levantarían en masa los pueblos y se organizaria otro ejército como el del país vasco. La empresa encomendada á Gomez no podia ser más insensata: ni el espíritu de los países que iba á invadir era fanático, sino indiferente, ni en ellos habia fueros que defender ni privilegios que conservar. Debió comprender esto en su natural talento Gomez y aceptó el cargo, reservándose el derecho de hacerlo que se le antojase no más dejar tras de sí el territorio vascongado. Constaba la expedicion de solos 3.000 hombres, la mayor parte castellanos, muchos de ellos pasados del ejército, y el resto aragoneses, pues sabido es que los vasco-navarros no querian guerrear más que en sus valles y montañas. Componian los 3.000 hombres cuatro batallones (2.º, 4.º, 5.º y 6.º de Castilla), una compañía de granaderos y 200 ginetes, la mitad de los que Merino habia enviado á las provincias, con dos piezas de artillería. Mandaba la caballería Santiago Villalobos, el que se levantó en Valderredible, su país, á la muerte de Fernando. En la noche del 26 de Junio emprendió su marcha la expedicion, y á las pocas horas ganó la inmediata peña de Orduña, en cuyos alrededores tenia que tropezar con fuerzas del ejército de la izquierda. Esperaba Tello á los carlistas, y el 27 trabó pelea con ellos junto al pueblo de Baranda, cercano á Villarcayo, sufriendo una considerable derrota, pues que perdió más de 200 hombres entre muertos y heridos y 500 prisioneros, avanzando con esto la expedicion llena de entusiasmo para descansar al siguiente en San Martin y al otro en Soncillo sobre la carretera de Búrgos á Santander.

Rota la línea del ejército de la izquierda con su victoria del 27 ya no tuvo tropiezo la expedicion para encaminarse á Asturias por los ásperos montes de Reinosa y los más escabrosos de la Liébana; pero Córdova, que acababa de regresar de Madrid, ordenó á Espartero que fuese en persecucion de aquella al frente de su division, compuesta

de seis batallones, dos escuadrones de húsares y una pequeña brigada de reserva. Salió Espartero de Vitoria el 29 al medio dia, y dando la vuelta por Puebla de Arganzon y Miranda se encaminó por Puente Larrá al valle de Losa, y con noticias de la expedicion avanzó á Reinosa, donde descansó el 1.<sup>o</sup> de Julio para bajar en seguida á Salinas de Pisuerga cerca de Cervera: desde allí, faldeando la montaña de la provincia de Palencia, pasó al valle de Buron, perteneciente á la de Leon, y por el escarpado puerto de aquel nombre entró el 4 en Astúrias cuando ya Gomez se preparaba á ocupar la capital, en la que entró sin resistencia el 5, siendo muy bien recibido de los suyos. Permaneció tres dias en Oviedo organizando un batallon de asturianos, á los que armó con los 600 fusiles que tomó de la inmediata fábrica de Trubia, y durante aquellos mandó á su segundo Boveda que atacase á Pardiñas, que se hallaba con unos 1.000 hombres en los alrededores, y aceptó el combate imprudentemente para ser derrotado á los pocos minutos de lucha. Hallándose Espartero el 8 cerca de Oviedo, Gomez la abandonó llevándose gran botin, y marchando al occidente pronto ganó la tierra de Galicia, pues que el 14 llegó á dormir á Fonsagrada, cabeza del áspero y pobre partido de su nombre en la provincia de Lugo: á los dos dias se presentó delante de esta ciudad, ocupada por Latre, capitan general de Galicia, quien no tuvo por conveniente salir á batirle. Gomez, sin ser molestado, vadeó á la vista de Lugo el rio Miño, y en el acto la torpeza de los liberales le proporcionó la ocasion de copar un pequeño convoy que de esta ciudad iba á la Coruña con una remesa de 200.000 rs. El 18 entró Gomez en Santiago, antigua capital de Galicia, mientras que Espartero daba el 16 y 17 en Lugo el necesario descanso á sus tropas, faltas de calzado y disgustadas por la carencia de recursos, que tanto abundaban en el campo de los expedicionarios. Nada ménos que cinco columnas iban contra Gomez cuando entró en Santiago: la de Espartero, la de Latre, una portuguesa, otra procedente de la Coruña, y la quinta, que mandaba el marqués de Astaniz. No se arredró por esto el carlista: en la noche del 19 salió de Santiago con un inmenso convoy de efectos de

todas clases, muchísima pólvora y 2.000 fusiles de la guardia nacional, que repartió á partidarios carlistas, y burlándose de sus perseguidores se encaminó de nuevo á Asturias, llegando el 27 á Cangas de Tineo á unos 80 kilómetros de Oviedo. Dando un par de dias de descanso á su gente determinó llevarla á Leon, atravesando los próximos puertos de las Babias, y el 1.º de Agosto entró en esta ciudad precisamente cuando Espartero, costeando Galicia y Asturias, llegaba á la de Oviedo. Tan poco cuidado infundian á Gomez sus perseguidores que descansó en Leon seis dias, y al cabo de ellos concibió el atrevido proyecto de salir al encuentro de Espartero, lo cual verificó el 7 encaminándose por los partidos de la Vecilla y Riaño al puerto de Tarna, sito á la derecha del de Pajares, y que como éste sirve de límite á las provincias de Leon y Oviedo. Dió vista Gomez á la division enemiga, que ya estaba de este lado del puerto, junto al pueblecito leonés de Escaro, y ordenó al momento atacarla: Alaix sostuvo el primer choque, y en seguida entró en accion toda la fuerza de Espartero lo mismo que la de Gomez: el choque fué terrible y sangriento, peleándose con dificultad en estrechísimos valles y escarpadas montañas; y aunque ambas partes se atribuyeron el triunfo, es lo cierto que este pertenece á Espartero, porque no sólo quedó dueño del campo, sino que lanzó al enemigo en dispersion del otro lado del puerto, cogiéndole 500 prisioneros y una gran parte del convoy que llevaba. El 12 llegó Gomez á dormir á Cangas de Onís, de donde salió el 14, llegando por escabrosísimos montes á Potes, capital de la Liébana, el dia 16. El 17 subió de nuevo los puertos, y entrando en la provincia de Palencia por Piedras Luengas se fué á Cervera de Pisuerga: de aquí, tomando la carretera en Alar, continuó al centro de Castilla por Herrera, Osorno, Fromista, Amusco, etc., hasta Palencia, en donde entró el 20 al medio dia, escapándose su guarnicion y los nacionales á Valladolid. En Amusco, por indicacion del vengativo Villalobos, prendió al comandante de los realistas, como hizo en otras partes con otros sujetos para darles luego libertad por dinero. En Palencia se le agregaron unos 500 carlistas de la puebla ó barrio de la man-

tería, á los que tuvo que despedir en la primera jornada como gente ruin que sólo le servia de estorbo. El 22 abandonó la ciudad dirigiéndose al valle de Cerrato, luego al de Esgueva y despues al del Duero, entrando en Peñafiel: desde aquí pasó á la provincia de Segovia y luego á la de Guadalajara, llegando á esta cuando ya funcionaba el nuevo ministerio, producto de los sucesos de la Granja.

La marcha atrevida de Gomez llenó de terror á la corte, y el gobierno, temiendo que el caudillo carlista se determinara á acercarse á Madrid, hizo salir contra él dos repetables columnas. Espartero, que venia tras de Gomez por el norte de la provincia de Palencia, así que supo en Frómista la direccion del carlista por el valle de Cerrato, torció á la izquierda y por Astudillo, Torquemada y pueblos centrales de dicho valle, llegó á Lerma, teniendo que ser casi siempre conducido por enfermo en un mal carro del país. En Lerma recibió el 26 orden de ir á encargarse interinamente del ejército del Norte, é hizo entrega de su division á Alaix, quien siguió al frente de las tropas á pesar de que el gobierno le ordenó que se las entregase á Rivero.

Al pisar Gomez la tierra de Sigüenza iban tras de él nada ménos que seis columnas, siendo las principales la que habia regido Espartero y ahora conducia Alaix, otra que mandaba Puig Samper, la que guiaba Manso, capitán general de Castilla la Vieja, y la que se encomendó al brigadier Narciso Lopez, compuesta de los batallones sublevados en la Granja, un escuadron de coraceros y dos piezas de artillería. No se arredró por esto el carlista, y sin embargo de tener noticia de que Alaix estaba cerca de él, se arrojó de improviso sobre Lopez, que ocupaba el pequeño pueblo de Matillas, 15 kilómetros distante de Sigüenza, y despues de un ligero choque le copó toda su brigada, de la cual solamente escaparon cuatro coraceros y ocho ó nueve infantes. Tan vergonzosamente se portaron los que á tanto se atrevieron en la Granja. Lopez y los suyos fueron conducidos á Cantavieja. De Matillas marchó Gomez sin detenerse por la Alcarria hasta tocar los límites de Aragon y Cuenca, y el 7 de Setiembre logró entrar en la rica villa de Utiel, poblada por más de 7.000

habitantes y distante 11 kilómetros de Requena. Allí, sabiendo que Alaix se había dirigido á Cuenca para calzar á sus soldados, citó á Cabrera, que acudió al llamamiento, presentándosele ántes Quilez y el Serrador. Juntos los cuatro jefes carlistas y contando entre todos con unos 8.000 hombres, acordaron atacar á Requena, poblacion castellana perteneciente ántes á la provincia de Cuenca y ahora á la de Valencia; pero los nacionales y una compañía de tropa, ayudados por las mujeres, rechazaron con heroísmo los asaltos de los carlistas, obligándolos á retroceder á Utiel. Unidos los cuatro jefes carlistas abandonaron á Utiel el 15 de Setiembre, encaminándose á Albacete, á donde entraron el 16 por la noche, habiendo puesto fuego á Casas Ibañez por verla abandonada de sus liberales moradores. De Albacete pensó dirigirse Gomez á Andalucía ó á Aragon, y subió á Villarrobledo, villa de 2.000 vecinos, en cuyas inmediaciones se encontraba Alaix, procedente de Cuenca, habiéndosele unido allí Diego Leon con dos brillantes escuadrones de húsares. No constaba la division Alaix más que de 4.000 infantes y 400 caballos, mientras que Gomez mandaba 8.000 de los primeros y 600 de los segundos. Esto sin duda le inspiró tal confianza que el 19 descansaba en Villarrobledo sin saber que su contrario se hallaba en la misma tarde de aquel dia á unos 5 kilómetros de distancia. Antes del amanecer del 20 Alaix animó á los suyos y haciéndolos marchar rápida y sigilosamente llegaron á las tapias de Villarrobledo, y por un portillo abierto penetraron en las calles alarmando á los carlistas, que salieron por el opuesto lado y en espantoso desórden á formar al campo, sosteniendo en algunos puntos de la poblacion ligero tiroteo. Alaix dió órden de avanzar, y puesta la division del otro lado de la villa mandó cuatro batallones y tres escuadrones á que atacasen á las aun desordenadas masas carlistas: la caballería de éstos dió una carga á los escuadrones liberales; pero alentados estos por Diego Leon se lanzan sobre aquella, la arrollan en el instante y como un torrente impetuoso entran por medio de la infantería enemiga, á la que desordenan de todo punto, dando lugar á que Alaix, dividiendo su infantería en dos columnas y haciendo un hor-

roroso fuego sobre la adversaria, la obligara á pronunciarse en retirada, dejando sobre el campo unos 200 hombres entre muertos y heridos. Leon, con sus escuadrones, hizo multitud de prisioneros. Además de las pérdidas referidas tuvieron los carlistas las de 1.300 prisioneros, 2.000 fusiles, dos cañones de montaña y muchas cajas de municiones. La division liberal sólo tuvo cuatro muertos y 45 heridos. El triunfo de Villarrobledo llevó el aliento al partido liberal y quitó á la córte el miedo de que Gomez pudiera venir sobre ella como acaso lo habria verificado á salir vencedor en vez de vencido.

Aunque altamente incomodados con el jefe expedicionario, tuvieron que seguirle con sus respectivas partidas Cabrera, Quilez y el Serrador, y mientras que el ministro de la guerra Rodil, nombrado general en jefe del ejército del Norte, recorría al frente de una respetable division las provincias de Guadalajara, Cuenca y Toledo en la idea de cortar la retirada á los expedicionarios, éstos se encaminaron por el centro de la de Ciudad-Real á Andalucía perseguidos por Alaix, al que el ministro interino de la guerra García Camba hizo perder un tiempo precioso, ordenándole que condujese los prisioneros hasta Hellin, en donde les entregó. Atravesó Gomez la Sierra Morena el 22, el 24 se fué á dormir á la ciudad de Ubeda, el 26 á Baeza y el 30 se aproximó á Córdoba, llevando un inmenso botin y muchísimo dinero, que exigió de particulares, sin contar los caudales públicos de que en todas partes se incautaba como de buena presa. En Córdoba encontró una resistencia que no esperaba de parte de los nacionales, que se batieron en algunas calles y varios edificios, desde uno de los cuales dieron muerte á Santiago Villalobos, por lo que los soldados castellanos pusieron fuego al edificio é hicieron perecer á todos sus defensores: los que se refugiaron en el palacio del Obispo y en el fuerte, despues de batirse con bravura un dia cabal, tuvieron que entregarse prisioneros. Abundantísimos recursos y de todos géneros encontró en Córdoba Gomez, quien se apoderó hasta de las alhajas de los conventos que la torpeza de los liberales le habia dejado allí intactas: tal número de caballos requisó en la ciudad y pueblos inmediatos que

no sólo formó dos nuevos escuadrones, sino que la mayor parte de los jinetes castellanos y del Maestrazgo dejaron los que llevaban por otros á cual más hermosos de la excelente raza cordobesa. La plebe fanática de la ciudad saqueó algunas casas de liberales y cometió con éstos infinitos excesos, que toleraron, si es que no vieron con gusto, Gomez y Cabrera, sobre todo el último. El 4 de Octubre abandonaron los expedicionarios la antigua córte de los califas, y encaminándose á la provincia de Jaen derrotaron el 5 en Alcaudete una columna mandada por Escalante, al que hicieron 300 prisioneros, algunos de los cuales por no poder seguir á los carlistas fueron fusilados impiamente en los caminos. Alaix, que á la fecha habia penetrado en Andalucía por Despeñaperros, se encaminó á Alcalá la Real, en donde recibió un escuadron procedente de Granada, y Gomez dió orden de volver á Córdoba, que ocupó de nuevo el 12 despues de haber dispersado en Cabra una columna de carabineros descuidados. Alaix corrió tras de él y ocupó el famoso puente de Alcolea: al saberlo Gomez y enterarse tambien de que Rodil se hallaba en Almodóvar del Campo, de este lado de Sierra Morena, y de que se destacaban otras columnas en su persecucion, abandonó Córdoba antes del amanecer del 14, y llevando su gente por las escabrosidades de la comarca llamada de los Pedroches, en donde hizo marchas y contramarchas segun las noticias que recibia acerca de sus perseguidores, llegó el 23, atravesando la sierra, á la importante villa de Almaden del Azogue, que se propuso tomar á la vista casi de Rodil, quien, como dejamos dicho, se hallaba tres dias antes en Almodóvar á una sola jornada de distancia con la brillante division de la guardia. Era gobernador militar de Almaden el brigadier Puente y Aranguren, que desempeñaba tambien el cargo de superintendente de las minas: estaba á sus órdenes el brigadier Flinter, que le llevó unos 1.000 soldados: con ellos y 300 mineros armados habia de defender la poblacion, cuyo circuito, incluso unos corrales próximos fortificados á la ligera, pasaba de 3 kilómetros. La expedicion constaba de 8.000 infantes y 1.000 jinetes con dos piezas. No podia Almaden resistir contra tan repetables fuerzas; pero Rodil

dió orden á Aranguren de que lo hiciese, y éste confió en que aquel iría en su socorro; pero lejos de esto se retiró de Almodóvar á Santa Cruz de Mudela, alejándose otra jornada. Intimó Gomez la rendicion dentro del término de dos horas, y despreciada por los sitiados empezó el carlista un horroroso fuego de fusilería y de cañon sobre los corrales, que abandonaron sus defensores despues de larga y heróica resistencia, retirándose al anochecer á los edificios fortificados y dando con esto lugar á que los carlista penetrasen en varias calles, á cuyas casas pusieron fuego: á la siniestra luz del incendio disparaban los carlistas, llenando de terror al vecindario. Siguió la lucha durante toda la mañana del 24; pero viendo Aranguren que nadie venia en su socorro y que el incendio que el carlista atizaba podia consumir el establecimiento de las minas y su riquísima maquinaria, propuso una honrosa capitulacion á fin de que la guarnicion saliera de los puntos fortificados con las armas para entregarlas despues quedando prisionera de guerra, y para que los mineros armados siguiesen trabajando en las minas. De la catástrofe de Almaden sólo fué responsable Rodil, que en vez de ir á socorrerla desde Almodóvar se retiró á Santa Cruz, embebido en lo que él llamaba sus *paralelas* para impedir el paso de la expedicion hácia la corte, y que le valieron justamente el dictado de *para-lelo*: éste, sin embargo, tuvo la poca aprension de echar sobre los hombros del veterano Aranguren la culpa de la desgracia de Almaden, pero el gobierno y la opinion pública hicieron justicia á uno y á otro, y Rodil fué separado del mando. Llevándose rico botin salió la expedicion de Almaden y se encaminó á Cáceres y luego á Alcántara para pasar el Tajo, lo cual verificó para retroceder incontinenti á aquella ciudad sin saberse la causa. En Cáceres ideó Gomez deshacerse de Cabrera, que era su constante murmurador, de Miralles y otros caudillos del Maestrazgo, cuyo lenguaje, hábitos y costumbres le repugnaban, pero quedándose con sus tropas, contra lo que queria Cabrera, cuyo ardiente deseo era volver al teatro de sus atrocidades. Le dió Gomez orden de salir en direccion de Montanchez, haciendo que los batallones del Maestrazgo fueran á retaguardia, y que Cabrera, el Serrador (Miralles) y otros

dos jefes marcharan con la vanguardia, compuesta, como el centro, de batallones castellanos. Entre Cáceres y Montanchez mandó Gomez formar en batalla á la vanguardia é hizo salir al frente á Cabrera y á los otros jefes para decirles con imperio que marchasen al Maestrazgo con una simple escolta de caballería. Cabrera, inyectados los ojos de sangre al ver la terrible situacion en que le colocaba Gomez, quien sin duda se propuso que le prendieran y fusilaran en el largo camino que tenia que recorrer, quiso oponerse á la determinacion del general, pero éste le hizo comprender que no tenia más remedio que sufrir su suerte, diciéndole con imperativo tono estas palabras y señalándole la direccion de Montanchez: *Por el itinerario que tengo á V. marcado no tiene necesidad de infantería alguna. Su equipaje y el de sus compañeros irán al momento á Montanchez.* Cabrera, sin decir una palabra pero ardiendo en deseos de imposible venganza, echó á correr al galope seguido de sus tres compañeros en direccion de Montanchez, desde donde, por la cuenta que le tenia, abandonó el itinerario trazado por Gomez, y lleno de zozobra se encaminó á la Mancha: aquí se le unieron Jara, Orejita y otros partidarios, logrando así ponerse al frente de 800 caballos, con los cuales concibió el atrevido proyecto de atravesar toda la España central y presentarse en la corte de Carlos para darle cuenta de lo que él llamaba felonía inaudita de aquel general. Recorriendo gran parte de la Mancha subió á Tarancon, cuya villa ocupó el 21 de Noviembre; de aquí fué á Sigüenza y á Medinaceli, y entrando en el corazon de la provincia de Soria la dejó tras de sí y se fué á la inmediata de Logroño con ánimo de atravesar el Ebro por el vado de Rincon de Soto, pequeña villa de la Rioja baja, distante 12 kilómetros de Alfaro, á cuyo partido pertenece; pero al intentar el paso del rio, una columna liberal de 1.200 infantes y 200 caballos cayó sobre él, y aunque hizo prodigios de valor hasta el extremo de recibir 16 ó 17 balazos, ninguno de ellos de consideracion, vió toda su gente destrozada, teniendo que escapar á uña de caballo con el Serrador y unos pocos jinetes por montes y sitios solitarios á la provincia de Soria. Seguro ya en los montes, aunque desangrado y mal vendado lo-

gró ser conducido con seguridad en una parihuela al pueblecito de Arévalo, 16 kilómetros distante de Soria, desde donde se le llevó el cura de Almazan á su casa, en la cual se restableció del todo para volver, corriendo mil riesgos, al Maestrazgo en Enero de 1837 con una escolta que los suyos le mandaron.

Desembarazado Gomez de Cabrera y viendo ocupados por fuerzas liberales los puentes del Tajo, concibió el audaz proyecto de volver á Andalucía para localizar la guerra en la Serranía de Ronda: encaminóse á Villanueva de la Serena, y cruzando el Guadiana por un puente improvisado de carros se fué á Zalamea y luego á Gudalcanal, Constantina y Palma del Rio para atravesar el Guadalquivir. Desde Palma pasó á Écija el 12, el 13 durmió en Osuna y el 16 entró en Ronda, de donde á su aproximacion salieron los 500 infantes y 100 caballos que la custodiaban. A todo esto Alaix le habia perdido la pista porque, en vez de seguirle por las escabrosidades de Sierra-Morena cuando se dirigia á Almaden, se fué á los llanos de la Mancha y luego á la provincia de Toledo creyendo que Gomez intentaria un golpe de mano sobre Madrid. En cuanto á Rodil ya digimos que fué separado del mando como lo fué tambien del ministerio de la Guerra, que eso y más merecia su torpe conducta, encomendándose la division de la guardia al general Ribero. Habia dispuesto á la sazón el gobierno que otra division del ejército del Norte fuese en persecucion de Gomez, dando el mando de ella al brigadier Narvaez (Ramon M.) que se habia acreditado de bravo en la campaña, y tal confianza inspiraba el citado brigadier al ministro interino de la Guerra el estulto general Garcia Camba que, faltando á todas las leyes y reglas militares, le dió órdenes reservadas para poder encargarse cuando lo creyera oportuno de la division de Alaix y de obrar sin atenerse á la superioridad del general Ribero, lo cual dió ocasion á gravísimos conflictos. Puesto Ribero al frente de la division de la guardia, que le entregó Rodil atravesó la Sierra-Morena y se fué á Córdoba, donde durmió el 14 de Noviembre y se detuvo el 15 para calzar á sus soldados y para que el brigadier Leon herrase su caballería: el 16 se fué á dormir á Montilla y el 20 entró en Ronda,

que acababa de abandonar Gomez marchándose á Gaucin. Alaix, que pudo evitar tambien la catástrofe de Almaden, en vez de irse á la provincia de Toledo para proteger la corte, cosa que nadie le habia encomendado, al saber la nueva direccion de Gomez, volvió á Andalucía por Herrera del Duque é Hinojosa de Córdoba: llegado que hubo á Andújar, se encaminó á Ronda, á donde llegó el 25 de Noviembre. Por su parte Narvaez, cumpliendo con las órdenes recibidas se fué con su division á Andalucía atravesando la Extremadura, y el 21 se halló en Osuna para ir á Arcos de la Frontera el 24. Ribero, conduciendo su gente por la Seranía de Ronda no daba punto de reposo á Gomez, quien de Gaucin se fué al campo de San Roque y pisó la raya que la codicia y traicion inglesas señalaron en la guerra de sucesion arrebatándonos Gibraltar, y de la cual tuvo que alejarse porque el gobernador británico de esta plaza le amenazó con sus cañones: el 22 se fué á Algeciras, cuyas playas saludaron con indecible alegría los valientes que allí habia conducido del opuesto lado de la Peninsula: el 23, sabiendo que iba Ribero tras de él, se encaminó á Alcalá de los Gazulez, y aunque tuvo noticia de que le esperaba Narvaez en Arcos, determinó ir en su busca con ánimo de derrotarle y abrirse paso para Sevilla. Contaba Narvaez con 10.000 hombres y además una seccion de nacionales de caballería de Sevilla, pues aun cuando salieron muchos infantes de esta ciudad para unirse á las tropas liberales, los más se volvieron á sus casas disfrazando el miedo con dichos agudos, propios de la tierra, y sabiendo el brigadier que la expedicion se acercaba, hostigada por Ribero, determinó esperarla en los próximos montes por medio de los cuales corre el rio Majaceite, que dá sus aguas al famoso Guadalete en el mismo término de Arcos. Despues del medio dia del 25 los batallones de la vanguardia de Gomez acometieron á la hueste de Narvaez, que les recibió con serenidad y bravura: empeñada lucha en los montes se hizo muy luego general, pero llevando siempre la peor parte los carlistas, que avanzaban peleando hasta que ya al anoecer fueron desordenados, escapando como pudieron para reunirse en la próxima villa de Villamartin. Narvaez pasó la noche sobre el campo de batalla á orillas

del Majaceite. Tuvieron los carlistas la pérdida de unos 50 muertos, doble número de prisioneros y más extraviados: la de los liberales fué próximamente igual en muertos. Aunque no muy importante la acción de Majaceite produjo aliento en los liberales y desanimación en los carlistas, que acaso hubieran sido deshechos en un encuentro próximo, si no se hubiera rebelado la división Alaix al notificar Narvaez á éste las órdenes reservadas que tenía de García Camba para que le entregase el mando: consideróse ultrajada por esto la división y más al ver que tenía que ir á las órdenes de un brigadier, y poco faltó para que asesinase á Narvaez, quien tuvo que conformarse con que Alaix siguiese al frente de sus tropas según éstas exigieron. Gomez, después de recoger sus dispersos en la misma noche del 25 de Noviembre emprendió su marcha para Estepa, en donde descansó el 26; el 27 se fué á dormir á Cabra y el 29 llegó á Alcaudete de Jaén, perseguido ya de cerca por Alaix y Narvaez, quienes á media noche penetraron en el pueblo atacando á los carlistas que, huyeron desparvoridos camino de Martos después de ligera resistencia, no sin perder bagajes, muchas armas, bastante dinero y unos 100 prisioneros. Al amanecer del 30 dió Gomez un poco de descanso á su gente en Martos y seguidamente se fué á Menjíbar para cruzar el Guadalquivir por el puente de barcas y un vado próximo y llegó á Bailén ya muy entrada la noche. Llevando alguna ventaja á Alaix y Narvaez durmió el 1.º de Diciembre en Santa Elena y el 2 atravesó Despeñaperros yendo á dormir á Valdepeñas. De aquí torció á la derecha por el Tomelloso y ganando la provincia de Cuenca llegó el 7 á Huete. El 9 cerca de Sacedon se separó de los expedicionarios un gran pelotón con su jefe y oficiales de la partida del Serrador, caminando al Maestrazgo. De Sacedon torció Gomez á la izquierda y pasando por delante de Guadalajara avanzó á Cogolludo y luego á la provincia de Soria para aparecer en Cobarrubias, de la de Burgos, el 14 de Diciembre. Después de un día de descanso salió de Cobarrubias y se dirigió á la Bureba para ganar luego el Ebro por el puente de la Horadada, lo cual realizó el 18, día en que su perseguidor Alaix descansó en Oña, abandonando la división, que por

dos veces se negó á entregar y marchando á Búrgos á responder de su conducta. Gomez llegó el 20 á Orduña despues de haber andado 825 leguas durante 5 meses y 24 dias: Alaix recorrió en su persecucion 22 leguas más. Gomez sacó de Amurrio 2.800 infantes y 200 ginetes: entró en Orduña con 3.200 infantes entre castellanos y del Maestrazgo y 620 ginetes. La expedicion, acreditándole de buen general, le llenó de laureles militares, pero en definitiva ella no produjo más que sangre, desolacion y ruinas por do quiera. Su rey Cárlos le sometió á un proceso por desobediente y prevaricador del mucho dinero que habia recogido en su maravillosa correría, ante la cual debió aquel inclinar la cabeza y tratar á su general con toda clase de consideraciones.

Expedicion de Sanz. Así que se vió en la corte de Cárlos que Gomez no habia hecho el milagro de levantar

en armas á Astúrias y Galicia y siguiendo en la errónea idea de que estos paises eran como el vasco y el navarro, se organizó otra expedicion, que puesta á cargo del general Sanz salió de Vizcaya el 22 de Setiembre. La expedicion, compuesta de 2.200 hombres entró en la provincia de Santander y marchando por entre la costa y los puertos logró penetrar en Llanes sin novedad. El 4 de Octubre se presentó Sanz delante de Oviedo, de donde fué rechazado por unos 800 soldados y los nacionales que ocupaban el fuerte y las torres de la catedral y algunas iglesias. Recorrió entonces Sanz la parte meridional de la provincia sin el resultado que esperaba, y otra vez volvió sobre Oviedo el 19, de donde de nuevo fué rechazado despues de cinco horas de combate, sostenido en las cercas de la ciudad y en algunas calles que invadieron los carlistas con temerario arrojo. Perdida toda esperanza de apoderarse de Oviedo y de levantar el país por Cárlos, despues de entrar en Gijon y en Avilés, se encaminó á los puertos de las Babbias y les atravesó bajando á Múrias de Paredes. Aquí concibió el pensamiento de arrojarse sobre Leon, pero perseguido por dos columnas avanzó al oriente por Pola de Gordon y otros pueblos hasta que llegó cerca de la villa de Guardo, de la provincia de Palencia, en la cual no pudo entrar el 29 á causa de estar ocupada por fuerzas enemi-

gas y entónces se dirigió por las montañas de Reinosa á ganar tierra de Vizcaya, en donde entró en los primeros dias de Noviembre con un nuevo desengaño para los ilusos que creían que la España iba á ser para su causa igual que el país de los fueros y privilegios.

Expediciones de Basilio García. El 29 de Mayo de 1836 salió el antiguo comandante de realistas de Logroño de la

provincia de Alava al frente de 250 infantes y 30 caballos, y atravesando el Ebro por un vado próximo á Miranda, se fué á dormir el 14 al monasterio de San Martin del Monte: el 15 llegó á Santo Domingo de la Calzada, de donde sacó unos 50 caballos, que dió á otros tantos ginetes y se encaminó á la próxima sierra de Cameros. Perseguido por tropas, que salieron de Logroño, vióse obligado á retroceder y repasó el Ebro en la noche del 20 al 21. No escarmentado con el éxito de esta primera correría, solicitó y obtuvo el mando de una nueva expedicion más numerosa, puesto que se pusieron á sus órdenes dos batallones y escuadron y medio de caballería, llevando de jefe de ésta y segundo suyo al feroz Balmaseda. El 12 de Julio salió la expedicion de Piedramillera, y el 13 vadeó el Ebro por Agoncillo, y pasando por Murillo del rio Leza y otros pueblos de la provincia de Logroño, entró el 15 en la de Soria, cuya capital ocupó á los dos dias para sacar de ella caballos, dinero y otros efectos. Salió de Soria el 18, habiéndosele unido unos 800 hombres, entre ellos y con escándalo de la España liberal, casi todos los que componian la milicia nacional de la ciudad, y por Huerta del Rey y otros pueblos, se fué á Riaza, de la provincia de Segovia, de allí á Sepúlveda y luego al pueblo de Sacramenia, inmediato á la Granja, donde se hallaba la corte, á la que llevó el 22 un terror indecible. Perseguido de cerca por Azpiroz, retrocedió García hácia Peñafiel, y luego por Roa pudo refugiarse en la Sierra de Búrgos cercana á la de Soria. El 23 logró la expedicion sorprender en el pequeño pueblo de Aranza una fuerza liberal, á la que batió, causándola bastantes muertos y algunos prisioneros. Despues de dar García largo descanso á su gente, se decidió á penetrar en Aragon, y el 18 de Agosto sorprendió en la villa de Maranchon sobre la carretera de Madrid

á Zaragoza, cerca ya de Aragón, una fuerza de nacionales, francos y tropa, á la que Balmaseda acuchilló y fusiló sin piedad en calles y plazas: costóla caro su descuido, pues que solamente escaparon unos pocos del furor de los carlistas. Estos dos triunfos dieron tal importancia á la expedicion, que al penetrar en tierra aragonesa, contaba con más que doble número de guerreros que los que sumó en Piedramillera. Con increíble impunidad se presentó luego la expedicion en Borja y Tarazona, y sacando mucho dinero, paños y otros efectos de estas dos ciudades y de otras poblaciones, regresó á Navarra, en cuya ribera entró á últimos de Agosto sin que ninguna fuerza liberal la hubiese batido ni casi molestado.

Córtes consti-  
tuyentes.

El 24 de Octubre de 1836 abrió Cristina en persona las Córtes, leyendo el discurso de costumbre, en el cual, además de consignar la idea de que los elegidos de la nacion estaban encargados de reformar el Código de 1812, se hacia una triste pintura del estado del país por efecto de la guerra que le sangraba empobreciéndole, y se decia á los diputados, que á ellos correspondia el salvarle de los gravísimos riesgos por que estaba pasando. Como las elecciones se habian hecho á la raíz del movimiento de la Granja y en medio de la persecucion de los principales moderados, pocos de éstos lograron la investidura popular, y ninguno de los conocidos de 1812 á la fecha consiguió obtenerla. Por esto la Constitucion que habia de elaborarse, á pesar de las protestas de adhesion á ella de parte de muchos del partido doctrinario, tenia que ser objeto de las iras de éste y morir tan pronto como se le presentase ocasion propicia de hacerla desaparecer. El exclusivismo jamás fundó nada en el mundo. Como diputado de ideas moderadas solamente se dió á conocer con ventaja Castro y Orozco, sobrino del heróico defensor de Gerona Alvarez Castro: como progresistas brillaron en estas Córtes Argüelles, Calatrava, Lopez, tan conocido ya en los Estamentos, Olózaga, que perteneció al último y Madoz (Pascual), que se habia distinguido defendiendo la libertad como juez de Tremp, por lo que le nombró diputado la provincia de Lérida. Dos providencias adoptaron las Córtes en los primeros dias de su existencia,

una encaminada á proporcionar hombres y recursos para acabar la guerra, asunto que era de la iniciativa del ministerio, por lo que nada hizo en definitiva la comision que se nombró al efecto, y otra justa y hasta no más conveniente entónces, á pesar de que disponia lo contrario la Constitucion, que al fin no regia más que interinamente, confirmando á Cristina, que era el ídolo de todos los liberales, el título y autoridad de gobernadora durante la menor edad de Isabel. Irritadas las Córtes como lo estaba el país liberal por la casi paralización del ejército del Norte ante la imponente actitud del carlismo, por las expediciones de Gomez, Sanz y García, y por la catástrofe de Almaden, quisieron que compareciese el ministerio á dar cuenta de su conducta. Garcia Camba se defendió de mala manera al ser atacado, sí que no podia hacer buena defensa de Rodil, á quien algun diputado calificó de traidor cuando su delito consistia en la torpeza. Defendido por Lopez y Olózaga, las cosas no pasaron adelante; pero á Rodil se le separó del ministerio de la guerra, lo que produjo la caída del interino Garcia Camba, quien fué sustituido por el brigadier Rodriguez Vera, que alardeaba de exaltado. Ni las Córtes, animadas de buenos deseos, ni el ministerio, que los tenia idénticos, podian llevar al país la confianza que necesitaba para salir de la crisis general que pesaba sobre él. El gobierno era débil é irresoluto; el ministro de Hacienda seguia con sus planes pomposos, pero de resultados exiguos; el de la guerra carecia de prestigio por su graduacion de brigadier, y las Córtes, alejados de ellas los hombres importantes del moderantismo, no satisfacian más aspiraciones que las de un partido y no completo. Los exaltados querian que se marchase muy de prisa, y creyendo lograr así su objeto resucitaron las sociedades secretas de masones y comuneros, qua tantos males produjeron de 1820 á 1823. Los moderados, contando con las simpatias de Cristina, ya desafecta al sistema liberal, como resentida por los sucesos de la Granja, en que vió vilipendiada su majestad, fundaron otra sociedad secreta titulada *Española de Jovellanos*, en la idea de deshacer lo hecho por los sargentos en aquel real sitio. Los exaltados conspiraban para avanzar á ciegas, y los

moderados para retroceder insensatamente. Los manejos de los exaltados sólo dieron de sí unas cuantas prisiones; los de los moderados produjeron la rebeldía de un batallón de la guardia real, al que hizo entrar en su deber Seoane fusilando á tres individuos. Quisieron también los moderados que la division de Narvaez, que se habia acercado á la corte viniendo tras de Gomez, se asociara á sus planes; pero el brigadier, al que se creyó mezclado en ellos, los ignoraba y los reprobó á luego que llegaron á su noticia. Así trataban las cosas públicas los moderados impacientes y los exaltados por temperamento ó por otra causa, sin tener en cuenta el horrible estado del país en fratricida lucha, por lo cual no pueden ménos de pasar ante la historia unos y otros como méros ambiciosos. Recayendo por lo dicho algunas sospechas contra Narvaez, el ministro de la guerra Vera le miró de reojo y le hizo salir de la corte marcándole itinerario para ir á Búrgos; pero Narvaez varió éste, y si bien llegó á dicha ciudad y cumplió la orden de entregar su division á Ribero, no quiso ir al Norte á las órdenes de Espartero. al que consideró amigo de Alaix, contra el cual habia representado por su conducta no entregándole la division en Andalucía despues del hecho de Majaceite. Presentóse Narvaez en la corte y reprodujo en términos inconvenientes su exposicion contra Alaix, y por ello y por su venida, el gobierno le desterró á Cuenca. Obedeció Narvaez, pero no sin publicar un escrito, hijo de su carácter violento é iracundo, contra R. Vera, tratándole de cobarde, mal caballero y mentiroso: estas atroces injurias quedaron impunes con escarnio de las leyes y desprestigio de la autoridad del ministro: á haber sido castigadas, tal vez se hubieran ahorrado á España muchos dias de luto que luego la proporcionó el soberbio brigadier.

Norte. Oráa      Despues que Córdoba abandonó el ejército y  
y Espartero.      la España, se encargó interinamente de aquel  
el general Oráa. Unos dias ántes realizó una importante sorpresa el general Iribarren, gran conoedor de Navarra por ser hijo del país. Cerca de Dicastillo, habiendo ocultado cuidadosamente sus movimientos, logró, echarse sobre Iturralde destrozando instantáneamente su columna,

compuesta de unos 1.000 infantes y 400 caballos, causándole gran daño y cogiéndole 800 prisioneros. La caballería carlista se salvó huyendo de las lanzas de la liberal. Como Oráa se encargó del mando con tan buenos auspicios quiso apoderarse por sorpresa de la villa de Vilarreal de Alava; pero salióle vano su intento y se retiró á Vitoria, desde donde marchó á Navarra en la idea de acometer á los carlistas en sus posiciones de las faldas del Montejurra. Esperaban éstos á Oráa el 13 de Setiembre parapetados junto á Arroniz: Oráa lanzó su gente contra el enemigo, al que arrolló despues de porfiado y sangriento combate, logrando subir algunos cuerpos á las crestas de la montaña, aunque para bajar luego á Morentin. La accion de Arroniz fué, como otras ciento de la guerra civil, estéril en resultados: perdieron los carlistas unos 60 muertos y algunos más los liberales para volver unos y otros al siguiente dia á sus posiciones. El general francés Lebeau conquistó por su arrojo al frente de una division de argelinos la cruz de tercera clase de San Fernando, lo mismo que el brigadier Narvaez, quien puede decirse que por esto fué encargado entonces de la division de vanguardia para ir en persecucion de Sanz y de Gomez. Nombrado Espartero, segun arriba vimos, general en jefe interino del ejército del Norte, pues que el propietario era Rodil, cuando iba persiguiendo á Gomez, se encaminó desde Lerma á Miranda, y no bien restablecido de sus males, se hizo cargo de dicho ejército en Logroño el 14 de Setiembre.

La guerra en el resto de España. Cataluña. Muerte de Mina.

A principios de Agosto de 1836 no sólo habian disminuido en número los carlistas de Cataluña, sino que cada dia se presentaban más indisciplinados y amigos de la vida libre

de merodeo y excesos que llevaban independientemente unos de otros hasta el extremo de no recibir órdenes los del campo de Tarragona de los del centro ó Barcelona, éstos de los de Lérida y *vice-versa*. Habia en Cataluña en dicho mes de Agosto unos 10.500 carlistas, que no reconocian jefe superior, siéndolo, y no muy obedecidos, Tristany de los 3.000 del centro, Masgoret de los 4.000 de Tarragona, Bartolomé Porredor de los 1.300 de Lérida, y

Brujó de los 2.200 de Gerona. Súpose todo esto en la córte de Oñate y se pensó en Maroto para que fuese á organizar dichas fuerzas, sometiéndolas á una sola direccion, y con promesas de facilitarle armas y recursos, que no le fueron cumplidas, se le nombró general en jefe de todas las partidas catalanas. Pasando Maroto á Francia y venciendo mil dificultades logró penetrar el 29 de Agosto en Querolps, partido de Rivas, de la provincia de Gerona. Allí se le presentó Brujó con unos 2.000 hombres, que no vieron con buenos ojos al general *castellano* y menos por no llevar los prometidos recursos. Quiso Maroto destruir el mal efecto que su presencia produjo bajando á la cuenca del Ter, y cruzando este rio se fué á Prat de Llusanés, villa del partido de Berga, que estaba guarnecida por nacionales y soldados. Púsole sitio el 7 de Setiembre y acudiendo una columna liberal al socorro de la poblacion, se travó reñida pelea, en que la gente de Maroto fué derrotada, teniendo que huir á los próximos montes. Este golpe desacreditó del todo al caudillo carlista, quien ya no pensó más que en abandonar un mando que no podia proporcionarle gloria ni provecho y sí el peligro de perecer á manos de los que se llamaban sus correligionarios. Recogiendo sus dispersos se encaminó Maroto á la Cerdaña y desde aquí, al frente de un mal batallon y algunos tiradores, siendo así, como él dijo despues, más que general, una especie de capitán de bandoleros, *que apetecian el desorden y repugnaban la organizacion que impidiera sus excesos*, se dirigió al mismo punto por donde habia entrado y el 5 de Octubre pisó el territorio francés, siendo al instante cojido por la gendarmería, que le condujo á Perpignan. Destinado luego á Tours, logró escaparse. Ya le veremos á su tiempo en el país vasco al lado de Cárlos á cuya causa habia de dar el golpe de gracia. Abandonada Cataluña por Maroto quedó de jefe superior del carlismo el Royo. Hubo diferentes encuentros en el resto del año, casi todos fatales á las facciones. Algunos pueblos adictos á Cárlos sufrieron las iras de los liberales, como sucedió en Pinós, al que Gurrea puso fuego. Los carlistas catalanes siguieron como estaban, porque ni Maroto, ni Royo, ni el mismo Cárlos España, al que más adelante veremos en el

país, ni ningun otro general eran capaces de organizar y disciplinar gentes amigas del merodeo y del robo y aficionadas á la venganza más que á vencer en buena lid á sus contrarios.

Desde primeros de Octubre ya no pudo seguir al frente de la capitania general de Cataluña el heróico Mina, cuyas dolencias le tenian completamente alejado del trabajo. Como la luz de una lámpara, que por falta de líquido se extingue paulatinamente, se iba consumiendo la vida del héroe de Arlaban, efecto de sus dolores por las muchas heridas que habia recibido en las campañas anteriores y sus inmensos sufrimientos físicos y morales en las dos emigraciones de 1814 á 1820 y del 23 al 34. El 7 de Diciembre entregó su alma al Criador con la tranquilidad del justo cuando aun no habia cumplido los 54 años, ese que su noble rostro le hacia aparecer casi setuagenario Diríase que la Providencia, al destinar á Mina para ser un héroe digno de la antigüedad, le condenó á padecer de continuo lo mismo en la guerra que en la paz, lo propio en sus dos épocas de ostracismo que en sus dos períodos de mando en Navarra y Cataluña. Fué siempre sufrido, valeroso, incansable, de carácter conciliador y al propio tiempo enérgico, amigo de la libertad y de la justicia, de la que si alguna vez se separó no fué en verdad por perversion de ánimo, sino por errar. ¿Quién duda que Mina tuvo sus defectos? ¿Pero acaso ha habido, ni habrá hombres que no los tenga? Con ellos y todo es una de las más grandes, de las más preclaras, de las más levantadas figuras de la España del siglo XIX.

Maestrazgo. Ya vimos arriba como Cabrera se agregó á la expedicion de Gomez con Quilez y el Serrador, dejando encomendada la guerra y la conservacion de Cantavieja á Arévalo y á Llagostera. El general San Miguel, despues de pronunciar á Zaragoza por la Constitucion de 1812, se encargó del mando del ejército llamado del Centro, y ante todo se propuso privar á los carlistas de aquella plaza que les servia de refugio y base de sus operaciones. Sobre ella se dirigió San Miguel á últimos de Agosto, pero tuvo que retroceder para acudir á Gandesa, nuevamente asediada lo propio que á Morella, donde se descubrió una conspira-

cion, y ver de enmendar ó vengar los descalabros sufridos por Buil, cuya columna le destrozó Llagostera, sorprendiéndole en Alcublas cerca de Segorbe y por una compañía del regimiento de Extremadura, hecha prisionera en el pueblo de Arcos de la Salina, provincia de Teruel, por la partida de Peinado y el Royo de Noguerauelas, en la cual iba el cura de Alarba José Lorente, infame sacerdote superior á la hiena en sanguinarios instintos. Prisioneros los 80 hombres de que constaba la compañía con la condicion de salvarles las vidas, fueron conducidos á Albentosa, del partido de Mora de Rubielos, en cuyo pueblo el malvado clérigo Lorente quiso que fueran fusilados: opusieronse el Royo y Peinado, éste último hasta con amenazas al monstruo coronado, al que acobardó con su energía. Pero el 20, saliendo de Albentosa la partida con los prisioneros, mandó el Royo, que ya estaba de acuerdo con Lorente, hacer alto cerca de la poblacion y dió orden de que se preparasen á morir los infelices soldados. Sale de nuevo á la defensa de éstos Peinado, pero al ver la resolucion del Royo desiste cobardamente de su buen propósito y vé impasible que éste y el feroz cura se complacen en fusilar, despues de desnudarlos completamente, á 22 de los prisioneros. Los curas, el ayuntamiento y principales vecinos de Albentosa, que no habian podido salvar á los 22 desventurados, ruegan de rodillas y con lágrimas en los ojos á Lorente y a Royo que perdonen á los 56 restantes: la contestacion de aquellos dos monstruos fué que, si querian rescatar á los prisioneros, presentasen un vecino del pueblo para ser fusilado por cada militar que así librasen. Habia entre los 56 un niño de 11 años hijo del oficial Silrá (Domingo), quien rogó de hinojos á aquellos cobardes asesinos que le matasen y moriría contento como no fusilaran á su inocente hijo. ¡La pluma se cae de la mano! El primero á quien fusilaron fué al niño de 11 años y en seguida á su padre y á los 54 más, despues de haberlos despojado hasta de la camisa. El abominable cura Lorente, que merecia mil muertes, fué protegido en tiempo del moderantismo de 1844 á 1854, proporcionándole colocacion en las diócesis de Toledo y Búrgos.

Decidido San Miguel á tomar á Cantavieja, recogió la correspondiente artillería en Peñíscola y se dirigió por in-

fernales caminos á aquella villa, sita sobre una elevada montaña en el mismo límite de Valencia, aunque perteneciente á la provincia de Teruel. Acompañábanle con dos brigadas Borso di Carminati y Noguerras, á quien el gobierno acababa de levantar el destierro para utilizar sus servicios en el Maestrazgo. Acercóse San Miguel á Cantavieja en medio de un deshecho temporal de nieves y vientos, que retrasó mucho su marcha, el 30 de Octubre, y el 31 comenzó la artillería á batir las murallas, apoderándose Noguerras de un fuerte exterior llamado de San Blas. Procuraron los sitiados alejar á los sitiadores amenazando con fusilar á los 1.500 prisioneros que allí tenían desnudos, hambrientos y llenos de miseria, trato que debian principalmente al indigno sacerdote arcipreste de Moya; pero San Miguel despreció la amenaza, y mandando entrar al asalto á Noguerras, los carlistas abandonaron la plaza y los prisioneros, á los que encontraron las tropas liberales en la más lamentable situacion, algunos desnudos del todo y medio exánimes por carencia de alimentos. Entre los prisioneros estaba Narciso Lopez. Tomada por los libres Cantavieja no se consideraron seguros los carlistas en Beceite y abandonaron esta poblacion incendiando sus fuertes. San Miguel, despues de varias marchas y contramarchas que obedecian á las de Gomez en su regreso al Norte, recibió la orden de resignar el mando del ejército del Centro, lo que hizo en últimos de Diciembre viniendo á ejercer el cargo de diputado.

Castilla la Nueva, Asturias y Galicia. Nada que digno de narrar sea sucedió en estas comarcas durante el resto del año, y lo más esencial en ellas ocurrido ya queda dicho al describir la expedicion de Gomez.

Nuevo sitio de Bilbao. Vamos á dar fin á este libro con el último asedio de Bilbao, que casi todos los historiadores llaman segundo y tercer sitio de esta villa. Cuando Espartero, depuesto Rodil, fué nombrado general en jefe del ejército del Norte, del cual se hizo cargo el 25 de Setiembre en Logroño, se encontró con dos divisiones ménos de él, la suya que regía Alaix en persecucion de Gomez y la que se acababa de dar á Narvaez para ir primero tras de Sanz en otra nueva y desgraciada correría á

Asturias y despues tras de Gomez. Encontró tambien el ejército un tanto minado por los reaccionarios, por lo que el 30 le dirigió en Vitoria una órden del dia amenazando terriblemente á los que faltasen á sus deberes de defender la causa de la reina y de la Constitucion. Escaso de recursos y de tropas pidió al gobierno unos y otras é insistió más en esto cuando á mediados de Octubre supo que los carlistas habian decidido asediar á Bilbao para lo cual reunian artillería y demás necesario en los alrededores de la opulenta villa. Erro, aquel miembro de la regencia realista de 1823, nombrado por Cárlos su ministro universal, opinaba que no era posible continuar la lucha sin poseer á Bilbao, en donde se encontrarían abundantes recursos y crédito para proporcionarse más en el extranjero. Villarreal y otros caudillos opinaron en contra, creyendo que era empresa difícilísima el apoderarse de la plaza, pero el voto de Gonzalez Moreno, favorable al asedio, decidió la cuestion, y éste fué decretado por el pretendiente el 15 de Octubre en Durango. Encargóse á Villarreal el dirigirle en su calidad de general en jefe, y el 22 ya presentó delante de la plaza diferentes batallones y numerosa artillería. Era comandante general de Vizcaya el brigadier S. San Miguel, quien contaba dentro de ella con unos 5.000 hombres entre los tres provinciales de Trujillo, Compostela y Laredo, tres compañías del de Cuenca, otras tres del de Alcázar de San Juan, una del de Toro, el batallón de nacionales, el de cazadores de Isabel II y media compañía de artillería. Con estas fuerzas tenia San Miguel que defender la extensísima línea de la plaza contando con la parte de ella á la izquierda de la ria, ó sea Bilbao la Vieja. Contaba además con la escuadrilla surta junto al Desierto y en otros puntos de la ria hasta Portugalete. Lo propio que durante el primer sitio empezaron los carlistas el ataque junto á la iglesia de Begoña, pero ahora lo hicieron sin intimacion de ninguna clase y con desprecio de las leyes de la guerra, puesto que el 25 de Octubre arrojaron sobre la villa bombas, granadas y carcasas, que afortunadamente no produjeron los destrozos é incendios que eran de suponer. Al opuesto lado ó sea á la izquierda del Nervion empezó el mismo dia 25 á vomitar proyectiles una

batería carlista enfilada contra el convento de San Agustín, convertido en fuerte, y un poco más abajo camino de Olaveaga otra batería enemiga hacia fuego á la plaza, que contestaba con un cañon de á 24 colocado en el extremo del paseo del Arenal, que se estiende á la orilla misma de la ria. El 26 continuó con más furia el bombardeo así desde el lado izquierdo de la ria como desde las alturas de Begoña cruzándose los fuegos, pero para caer todos los proyectiles sobre la poblacion. Ni la noche hacia que el carlista respetase la plaza: esperaba hacerla suya y no reparaba en los medios para lograrlo. Abierta brecha en la linea que se estendia desde el fuerte del Circo al de Mallona durante la noche del 26, ordenó Villarreal el asalto para el siguiente dia, pero impacientes los suyos le intentaron en la misma noche para ser rechazados, dejando en los fosos buen número de muertos y heridos. Rechazado tan bravamente el asalto, desmayó Villarreal y con él otros jefes, y aunque no cesaron los fuegos por toda la línea los dias y noches del 27 y 28 y mitad del 29 causando estragos en la poblacion, que se defendia por dó quiera con entusiasmo heróico, vióse por la tarde que el enemigo retiraba su artilleria, abandonando la empresa, cosa que hizo el 30, dejando libre la villa, pero no la ria por varios puntos que á derecha é izquierda siguió ocupando como si pensara volver luego al asedio con más decidido empeño. La artillería carlista, dirigida por Montenegro, lo estuvo con gran pericia, pues no sólo destruyó mucha parte de las fortificaciones de la villa, sino que apagó los fuegos de varios cañones. Arrojaron los carlistas sobre la plaza en estos pocos dias con 19 piezas de grueso calibre 5.600 balas rasas y 1.750 proyectiles huecos. Los liberales les correspondieron con 1.800 balas rasas, 1.200 bombas y granadas y con unos 200 tiros de metralla en botes de hoja de lata.

Tan cierto es que este sitio de Bilbao fué uno solo, suspendido por pocos dias, que el 4 de Noviembre dió órden Carlos en Durango para que *prosiguieran las operaciones*, encomendando el asedio á Eguía, al que para el efecto se le facilitaron 12 batallones, y ordenando á Villarreal que con las restantes fuerzas protegiese el sitio é impidiera, operando á la izquierda de la ria, que los libe-

rales acudieran á hacerle levantar. Antes que contra la plaza se dirigieron los carlistas con dos piezas de á 26 á apoderarse del fuerte de Banderas, de construcción débil, sito en la falda de la montaña de la derecha de la ría entre Bilbao y las Arenas, y en el cual estaba el telégrafo óptico para comunicar la plaza con Portugalete. El 9 de madrugada rompieron el fuego contra Banderas, que se rindió cobardemente á los pocos disparos. Tras del fuerte de Banderas se apoderaron los carlistas del convento de Capuchinos, sito un poco más abajo que aquel, y cuya guarnición escapó con ánimo de pasar la ría y refugiarse en el convento fortificado de San Mamés; pero cortada por el enemigo tuvo que rendirse, ménos 24 hombres que lograron ganar la opuesta orilla. Ocupado el fuerte de Banderas, los carlistas colocaron sus cañones de manera que empezaron á hacer un fuego horroso sobre la ría para impedir que la marina socorriese al convento de San Mamés, al que batían otros cuatro cañones enemigos, teniendo él ocho para defenderse, sin embargo de lo cual le asaltaron el 10 al toque de calacuerda un batallón vizcaino y otro castellano, rindiéndose en el acto la guarnición, que se había refugiado en la iglesia. La rendición de San Mamés hizo á los carlistas dueños de la mitad de la ría, porque ya pudieron cruzar sus fuegos desde este fuerte y los de Banderas y Capuchinos y molestar las embarcaciones que se atrevían á subir hasta allí desde Portugalete y el Desierto. Dueños los carlistas de San Mamés quisieron serlo también del fuerte de Burceña, sito un poco más abajo, el cual estaba á cargo de un sobrino de aquel Aymerich, sobre cuyo maldito nombre recae todo el oprobio de la época de Chaperon: á la intimación de rendirse, contestó Aymerich como contestan los traidores que no quieren aparecer tales; pero el hecho de rendirse á los primeros disparos del cañón enemigo, teniendo él en el fuerte dos piezas y 130 hombres con 12.000 cartuchos de fusil, puso de manifiesto su aleve conducta. Tras del fuerte de Burceña se apoderaron los carlistas del de Luchana, construido casi en frente del anterior á la orilla derecha de la ría, abandonándole sus defensores, que pasaron en trincaduras al fuerte del Desierto, sito

cerca de la embocadura del riachuelo Galindo: corría este fuerte de cuenta de los ingleses y estaba protegido por los bergantines *Riugdove y Sarraceno*, á cargo de los comandantes Lapidge y Le Hardy, que prestaron en este sitio de Bilbao importantes servicios. Quisieron los carlistas acometer el fuerte del Desierto, pero viendo que la empresa era difícil desistieron de ella.

Con todos estos triunfos, que se pusieron al momento en conocimiento de Carlos, éste creyó ya suya la plaza, y aun á trueque de acreditarse de tan mentecato como avariento y tirano, dió una instrucción á un comisario para que, al tomar posesion de ella, prendiese á *todos* los hombres criminales, es decir, á cuantos no fuesen sus parciales, para castigar á varios nacionales vascos refugiados en la villa, para exigir *doce millones* de reales en el acto á los bilbainos ricos desafectos á su causa, y, lo que es más vergonzoso, para recoger en conventos y lugares de correccion á las mujeres *decentes que por su corrupcion y desenfreno de costumbres* hubiesen escandalizado el pueblo. Para el beato pretendiente la venganza y la avaricia eran dos exquisitos manjares. Colocadas tres baterías carlistas junto á Bilbao la Vieja, empezaron á jugar el día 15 de Noviembre, principalmente contra el convento de San Agustín, que contestó con un nutridísimo fuego de fusilería y de cañon. El 16 jugó poco la artillería contraria; pero el 17, teniendo otras dos baterías más, una de ellas con una pieza de á 36, se arrojó tal número de proyectiles y con tanto acierto, que quedó abierta brecha en dicho convento; pero aunque se intentó el asalto por tres ó cuatro veces, el no interrumpido fuego de fusil de los de Trujillo y nacionales, unido al de la artillería, hizo retroceder al carlista. Y era tal el entusiasmo de los de Trujillo, que, viendo abierta la brecha y acribillado el edificio por diferentes balas de cañon, solicitaron quedarse solos para la defensa, lo que no consintieron los nacionales; y para hacer ver al enemigo lo animoso de sus corazones y su decision de vencer ó morir, enarbolaron una bandera negra y colocaron dos inscripciones, una en la parte exterior de la fortificacion, que decia: TRÁNSITO Á LA MUERTE, y otra en la cercana batería de Cujas, en donde se leía en

caractéres gruesísimos: BATERÍA DE LA MUERTE.

Un temporal horrible de agua y gránizo vino á disminuir durante algunos dias el fuego de sitiados y sitiadores, ocupándose unos y otros en enmendar los destrozos causados por la artillería; pero el 27, cuando más seguros se creían los defensores de San Agustín, persuadidos y con razon de que no podían ser vencidos, á pecho descubierto y á la luz, observaron que las cinco baierías enemigas empezaron á vomitar metralla con una celeridad tan inusitada, que creyeron se trataba de disparar hasta el último cartucho para en seguida levantar el sitio. Bien pronto desapareció esta ilusion engañosa: á eso de la una de la tarde seis compañías alavesas, aragonesas y vizcainas penetraron en el convento por los lugares comunes, desde donde bajaron á la sacristia é iglesia, apoderándose unos cuantos carlistas de la inmediata casa fortificada de Menchaca, produciendo con el pánico consiguiente el más espantoso desórden y luchas personales, en que perecieron no pocos combatientes de ambos bandos, quedando prisionera media compañía de Trujillo. Esta sorpresa hizo reconcentrar en la parte del convento donde no habian penetrado los carlistas, y en los próximos edificios fortificados á los soldados de la libertad, decididos á defenderse hasta morir. Miéntas que, dada la señal de alarma, acuden del centro de la poblacion nacionales y soldados para rechazar al enemigo, es herido el comandante general San Miguel; pero la junta de armamento y defensa de la plaza le sustituye con el brigadier Arechavala, quien acudiendo presuroso al sitio del peligro y arengando á los suyos les hace ver que es preciso incendiar el convento, que profanan con su planta los carlistas, para salvar á Bilbao. En el acto, y despreciando el horrible fuego de fusil y de cañon de los enemigos se arriman al edificio jergones, paja suelta, alquitran, maderas y cuantas materias combustibles se encuentran á mano, y como por encanto empieza á ardor el convento, recrudeciéndose entónces la pelea al siniestro resplandor de las llamas y en medio del denso humo que ellas producen: aquella no era lucha de hombres: era una lucha de titanes enfurecidos en el fondo de un horroroso abismo. Al anochecer las voraces llamas

devoran el convento, la casa de Menchaca y otras, mientras que por detras de la línea de fuego el bravo Arechavala habia hecho levantar otra de defensa, abriendo fosos y cortaduras, colocando caballos de frisa y sacos de tierra, y trasportando á élla los cañones de los edificios que ardian y otros que se llevaron del centro de la poblacion. La serenidad de Arechavala y su inteligencia salvaron á Bilbao. San Agustin se perdió, pero la línea de defensa ideada por el comandante general interino suplió la falta del convento incendiado, que no lo fué del todo, porque los carlistas apagaron el fuego, aunque ya los estragos de éste le habian quitado toda su importancia. Continuó el fuego los dias 28, 29 y 30, y aunque los carlistas mandaron un parlamentario con la intimacion de Eguía se despreció ésta por los bilbainos, faltando desgraciadamente al derecho de gentes al retirarse aquél, sobre el cual hicieron fuego de cañon hiriéndole, lo mismo que al corneta que le acompañaba. El dicho dia 29 abrieron brecha los carlistas en el convento de la Concepcion y al asaltarle fueron rechazados con grandes pérdidas. El 1.º de Diciembre ya supieron los sitiados que el ejército liberal se acercaba á socorrerlos, habiendo llegado Espartero con respetables fuerzas á Portugaleta por Castro-Urdiales y Somorrostro, despues de haber hecho ir por mar diferentes cuerpos y dado sus disposiciones para atacar, en la idea de llamar la atencion de los sitiadores, las líneas de Estella y Hernani. Diez y ocho batallones y dos escuadrones tenia el general en jefe en Portugaleta, con cuya fuerza se propuso ir á Bilbao, subiendo por la izquierda de la ria, donde ya los carlistas eran dueños de los importantes fuertes de Burceña y San Mamés, y donde Villareal esperaba batirle al intentar el paso del puente de Castrejana, sito sobre el riachuelo Salcedon, que formaria con San Mamés y Olaveaga un verdadero triángulo, si no presentase la ria una curva entre estos dos últimos puntos. El 28 mandó Espartero atacar á los carlistas que le esperaban perfectamente situados sobre el puente de Castrejana y puntos inmediatos, y aunque las tropas liberales se portaron con heroismo, Villareal hizo que los suyos las rechazasen con grandes pérdidas, obligándolas á retroceder

á Portugalete. Espartero se convenció de que por la izquierda de la ria no era posible salvar á Bilbao. El fuego de la plaza y de los sitiadores continuó débilmente por causa del temporal durante la primera mitad de Diciembre. Los carlistas practicaron minas en Bilbao la Vieja que no dieron resultado: una, que abrieron para volar la casa palacio de Quintana, la inutilizaron con increíble arrojo y exposicion los sitiados. Estos demandaban por el telégrafo pronto auxilio á Portugalete; pero el ejército no podia avanzar á medida de sus deseos, siendo lo más doloroso para Espartero que el gobierno le tuviera sin recursos, eso que sus soldados estaban descalzos, medio desnudos y casi hambrientos. A estas fechas contaban los bilbainos con muy pocas municiones y los comestibles escaseaban ya tanto, que adquirieron un exorbitante precio. Los pobres comian tronchos de berzas y daban gracias de encontrarlos en los alrededores de la plaza, á donde algunos salian á buscarlos con exposicion de perder la vida: alimentábanse tambien de ratones, que en los últimos dias del sitio llegaron á adquirir gran precio: los principales artículos de comer le alcanzaron fabuloso, vendiéndose una gallina en 60 reales, una docena de huevos en 48 y un gato en 16 y 20. El hambre produjo muchas dolencias y los hospitales no eran ya suficientes para recibir á todos los enfermos. El cuadro que presentaba la villa era horrible en extremo; pero no desmayaron los bilbainos ni la inmensa mayoria de los soldados. San Miguel dejó entrever su debilidad por no ir el ejército á la plaza tan pronto como él deseaba; pero la actitud de la poblacion le hizo variar de pensamiento. Desde el 17 al 24 fué disminuyendo el fuego de los sitiadores, porque los preparativos del ejército liberal, que tenian á la vista, les llamaban más su atencion, y contra éste habia que dirigirse ante todo.

Espartero, que despues de ser rechazado en Castrejana, habia conducido el ejército á la derecha de la ria frente á Portugalete, varió de plan é hizo que volviese á la izquierda por medio de un puente de barcas con ánimo de lanzarle otra vez á la derecha frente al Desierto. Desde aquí, por medio de otro puente de barcas, empezó la ope-

ración de cruzar la ría; pero habiéndolo verificado algunos batallones, éstos tuvieron que retroceder por el horroso fuego que el enemigo hacia desde el fuerte de Luchana y desde Banderas, Capuchinos y los montes próximos. A la izquierda sostuvieron los soldados desde el 6 al 16 de Diciembre diferentes encuentros en que llevaron la peor parte; por lo que Espartero se vió obligado á dar órden de volver á Portugaleta, aunque sin renunciar á la salvación de Bilbao, para la cual queria idear un plan oyendo á los jefes de cuerpos, brigadas y divisiones. La mayoría de éstos, en sesion habida en un caserío de Burceña, opinó que el ejército no podia levantar el sitio de Bilbao ni por la derecha ni por la izquierda de la ría, sin embargo de lo cual Espartero dió una entusiasta órden del dia anunciando que Bilbao sería salvada; y poniendo por obra su propósito, hizo que el 18 se habilitase un gran puente de embarcaciones cerca del Desierto para que la infantería pasase por él á la derecha de la ría y tres balsas hácia Purtugaleta para el paso de la caballería y artillería. Todo pasó felizmente protegido por el cañon del Desierto y de varios buques españoles é ingleses. Los carlistas no dejaban de cañonear al ejército, principalmente desde las elevadas márgenes del riachuelo Azua, en cuya embocadura está el puente de Luchana, que habian cortado. Al fuego carlista contestaba el fuego liberal del ejército y de los barcos españoles é ingleses en número de 14 ó 15, incluso ocho cañoneros que acadian con presteza allí donde más se necesitaba de su auxilio.

Para formar una regular idea de la batalla de Luchana es preciso decir, que el ejército liberal ocupaba las posiciones al descubierto de la derecha de la ría entre las Arenas frente á Portugaleta y la embocadura del riachuelo Azua, en donde estaban el fuerte de Luchana y el puente del mismo nombre, cortado por los carlistas, y éstos tenian la próxima montaña que desde aquí, describiendo una curva, se extiende hasta Bilbao con sus zigs-zags, cortaduras, trincheras y parapetos, que ostentaban muchos cañones, y los fuertes de Luchana, Capuchinos y Banderas, como tenian á la izquierda los de Burceña y San Mamés, desde los cuales hacian mucho daño á los libres. El 24, dia de Navidad,

como á las dos de la tarde, rompieron éstos el fuego contra el fuerte de Luchana; pero siendo absolutamente necesario habilitar el puente cortado, se encargaron los buques de conducir uno de balsas, lo cual ejecutaron nuestros marinos y los ingleses en medio del más espantoso fuego de fusil y de cañon y cayendo tal abundancia de nieve que en pocos minutos blanqueó la tierra. No más fijar su planta el capitán de fragata Armero en la orilla derecha, se pone al frente de cinco soldados, y con admirable bravura se arroja sobre un cañon enemigo, ahuyenta á los que le manejan y se hace dueño de él. Anima esto á los primeros cuerpos de vanguardia, que se lanzan al enemigo; pero éste redobla sus estuertos y hace un fuego tan continuado como horrible desde los próximos montes llamados de San Pablo y de Cabras. Tiende la noche su negro manto sobre aquel sitio de horrores, pero la lucha continúa con más encarnizamiento que si fuera de día. Los jefes liberales arengan á sus soldados mientras que Villarreal, corriendo de aquí para allá, electriza á los suyos con su presencia y sus palabras. Unos y otros combatientes se baten como leones, pero la fortuna favorece á los liberales, que se hacen dueños del fuerte de Luchana lo mismo que del puente, obligando al enemigo á cejar por escalones y poco á poco, sin que deje de hacer un fuego espantoso, cuyo ruido repite el eco en las concavidades de la montaña y del valle, confundiéndose con los rugidos de la mar alborotada y el bramido del viento en aquella eterna noche de nieve y granizo. ¡Espectáculo horrendo y pocas veces visto en la historia de todas las guerras!

Eran las doce de esta tremenda noche. Villarreal, que ha hecho pasar casi todas sus tropas de la izquierda de la ría, las arenga haciéndolas ver que es preciso ganar el terreno perdido, y en el acto, animadas de un valor increíble, bajan grandes masas carlistas que ponen en aprieto á los liberales, las que á la fecha contaban con sensibles bajas. El barón de Meer había sido herido; el brigadier Mendez Vigo (F.) se hallaba contuso é inutilizado, y otros jefes habían sucumbido ó héchose retirar por sus heridas. Al ver todo esto, vuela Oraá por la balsa al Desierto, donde Espartero se hallaba postrado en cama, vic-

tima de agudísimos dolores de la orina: le pinta Oraá la nueva y briosa acometida de los carlistas y el peligro del ejército, y en el acto abandona Espartero el lecho, se hace montar á caballo, y dando órden de que pasen á la otra orilla las pocas tropas que aun estaban en la izquierda, corre al puente de Luchana, y poniéndose al frente de las tropas las arenga con palabras de fuego, diciéndolas, «que es preciso vencer al enemigo á la bayoneta, porque los elementos todos se oponen á realizarlo con el fuego, y que aquella es el arma de los valientes;» y á los gritos mágicos de *¡libertad é Isabel II!* se lanza el primero contra las masas carlistas, que arrollan las tropas entusiasmadas, ganando en su irresistible empuje alturas, barrancos, valles, parapetos y cortaduras hasta llegar al fuerte de Banderas á las tres de la madrugada: allí, renovando el grito de *¡libertad é Isabel II!* y al estrepitoso sonido de los bélicos instrumentos, acomete de nuevo Espartero á los carlistas, y espantándolos con su intrepidez se hace dueño del fuerte, que no le opone resistencia, pronunciándose aquellos en retirada por los próximos montes del oriente y por los puentes de la ría que en opuesta direccion tenian frente á San Mamés y Olaveaga. Al apuntar la aurora del día 25 vióse desde las alturas un cuadro horrible: el campo de batalla, blanqueado por la nieve, ofrecia miles de manchas por aquí y por allá: eran los cadáveres y muchos heridos de ambos bandos, y mil y mil efectos militares. Espartero quiso reconocer el campo ántes de entrar en Bilbao: esto lo verificó en dicho 25 ántes del medio día, en medio de un verdadero delirio del pueblo bilbaino y de las tropas, que con razon le saludaron como á su salvador. La batalla de Luchana costó á los liberales 1.000 hombres entre muertos y heridos, y pocos ménos á los carlistas. En esa noche, para siempre memorable, todo el ejército cumplió con su deber; pero hubo, como en todos los grandes sucesos de la guerra, hombres que sobresalieron. Armero y Meer se portaron como bravos; los comandantes de los buques ingleses con abnegacion sublime, y Oraá, eso que opinó por no levantar el sitio, acreditó una vez más su pericia, su serenidad y su talento militar de siempre. De Espartero

solamente diremos que se llenó de gloria, más merecida por abandonar el lecho del dolor para ganarla. El sitio de Bilbao dejó medio arruinada la población y costó á ambos bandos unos 10.000 muertos, incluso los de la batalla de Luchana. Su levantamiento produjo un entusiasmo inmenso en el país. Le celebraron las Córtes, le ensalzó el ejército y le bendijo todo el país liberal. Espartero obtuvo el título de conde de Luchana, y el ejército recibió muchas y merecidas recompensas. En el campo carlista, triste y desolado por el mal éxito de la empresa, hubo grandes mudanzas, siendo la más notable la de nombrar general en jefe del ejército vasco-navarro á Sebastian Borbon y Braganza.

# HISTORIAS.

## LIBRO XXV.

(DE ENERO DE 1837 Á FIN DEL MISMO AÑO.)

### Sumario.

Fuerzas de ambos bandos.—Plan de Sarsfield: derrota de Oriamendi.—Plan de Espartero. Se embarca para San Sebastian.—Expedicion de Cárlos á Madrid.—Traicion de Cristina. Batallas de Huesca y Barbastro.—Cruza la expedicion el Cinca.—Batalla de Grá.—Llega la expedicion á Solsona.—Accion de Cherta. Cruza la expedicion el Ebro.—Batalla de Chiva.—Llega la expedicion á Cantavieja.—Accion de Herrera. Horrores.—Avanza la expedicion hácia Madrid. Viene Espartero á Aragon.—Expedicion de Zariatogui.—Cárlos delante de Madrid.—La guerra en el Norte. Incendios. Catástrofe de Andoain.—Asesinato de Ceballos Escalera, Sarsfield y otros.—La guerra en el resto de España. Cataluña. Mando de Urbiztondo.—El Maestrazgo y Valencia.—Castilla, Extremadura, Astúrias y Galicia.—Trabajos de las Córtes. Constitucion de 1837.

Fuerzas de Después del levantamiento del sitio de Bilbao, las fuerzas carlistas en el país vasco-navarro se elevaban á unos 30.000 infantes y 1.800 caballos: las liberales, sin contar las guarniciones, alcanzaban la cifra de 60.000 infantes y 3.000 caballos.

El rigor del invierno no permitió á Espartero aprovecharse del natural espanto del enemigo por lo de Bilbao, en donde tuvo que dar descanso á sus soldados, que bien le necesitaban. Sarsfield, á quien se habia encomendado de nuevo el vireinato de Navarra, concibió un plan que comunicó al gobierno y á Espartero, consistente en que el ejército liberal, dividido en tres cuerpos, el suyo, el de Espartero y el de Lacy Evans, se lanzase al espirar el invierno sobre el enemigo y le estrechase y anonadara en Guipúzcoa. Habia de salir Espartero de Bilbao, y atrave-

sando Vizcaya caer sobre el carlista al propio tiempo que Lacy Evans le acometería saliendo de San Sebastian y el mismo Sarsfield bajaría de Navarra con el propio objeto. El plan, que aprobaron el gobierno y Espartero, estaba bien concebido, pero no contaba su autor con que el arrojó de los carlistas le haria inútil impidiendo la reunion de los tres cuerpos del ejército liberal. El gobierno, imitando entonces ridículamente á la Convencion francesa, mandó al ejército dos diputados, Francisco Lujan y Antonio M. del Valle, para que se llevase á cabo el que se creyó plan salvador de Sarsfield, y si bien corrieron del cuerpo de éste al del general en jefe á ninguno sirvieron, á no ser de estorbo, porque otra cosa no podia suceder.

El 10 de Marzo salieron, segun lo convenido, Sarsfield de Pamplona y Espartero de Bilbao en direccion de Guipúzcoa, como Lacy Evans se movió de San Sebastian para la inmediata línea de Hernani. El autor del famoso plan tomó el camino de Tolosa, y al frente de unos 12.000 hombres llegó el 11 á Irurzun; pero al siguiente dia un temporal horrible de agua y viento y fuerzas superiores á las suyas, mandadas por el nuevo general en jefe carlista Sebastian de Borbon, le obligaron á regresar á Pamplona, habiendo sostenido insignificantes choques.

Tan desgraciada ó más que la de Sarsfield fué la salida de Espartero de Bilbao, la cual tuvo lugar despues de haberse proporcionado algunos recursos en medio de mil disgustos y contrariedades. Opusiéronsele los carlistas en Galdácano; pero les desalojó á cañonazos de sus posiciones, recibiendo él una herida en el brazo izquierdo. Pasó la noche del 10 y todo el dia 11 en Galdácano y el 12 logró penetrar en Durango despues de un récio choque en los inmediatos montes. Perdiendo un tiempo precioso por detenerse en Durango cinco dias, avanzó el 16 en direccion de Guipúzcoa, y como al momento supo que Lacy Evans acababa de ser derrotado en la línea de Hernani y que Sarsfield se habia retirado á Pamplona, dió orden de retroceder á Bilbao, en cuya retirada fué molestado diferentes veces por fuerzas carlistas, que el dia 21 le hicieron notable destrozo junto á Zornoza y luego en el camino

que hay de esta villa á la de Bilbao, en donde logró penetrar ya muy entrada la noche con unos mil hombres de baja.

Lacy Evans cumplió lleno de entusiasmo la parte que se le señaló en el plan, saliendo de San Sebastian en la madrugada del 10 de Marzo con sus ingleses y las brigadas de Jáuregui y Rendon. Tenia que pelear en una extension de más de tres leguas á la izquierda desde San Sebastian hasta Irún, y de frente acometiendo á Hernani y puntos próximos fortificados. Obtuvo permiso del viejo general Harispe para colocar artillería en territorio francés del otro lado del puente de Behovia y atacar así cómodamente á los carlistas. Miétras que Lacy Evans se lanzaba con el grueso de sus fuerzas hácia Hernani, unos cuantos batallones ingleses y españoles, atravesando en lanchas la bahía de Pasajes, entre San Sebastian é Irun, se dirigieron al pueblecito de Lezo y alturas de Ametzagaña y Antondegui, trabando una lucha terrible, que se hizo más por los refuerzos que de la parte de Hernani envió el carlista. El liberal logró subir al último punto, pero fué rechazado de él á la bayoneta: segunda, tercera y cuarta vez asciende el liberal á dicha montaña de Antondegui, pero para ser siempre rechazado. La noche vino á separar á los combatientes, que dejaron regadas con su sangre aquellas eminencias. Perdieron en el combate los carlistas 500 hombres entre muertos y heridos; los liberales más de 800.

Por su parte Lacy Evans, fija la mirada en Hernani, se encontró con tenacísima resistencia, que no le permitió avanzar en los dias 10, 11 y 12, y solamente el 13 pudo posesionarse á costa de grandes pérdidas de los puentes de Ergovia y Hernani. Para tomar esta villa aspillerada y defendida por gruesa artillería, era preciso apoderarse ántes del reducto de Oriamendi, construido en sus inmediaciones. El 15 ordenó Evans que se tomase, lo cual efectuaron con gran bizarría, aunque á costa de mucha sangre, algunos batallones ingleses y los de Jáuregui, que se distinguió en la jornada. La toma de Oriamendi debió ser fatal para los carlistas; pero Evans no logró aprovecharse de ella, cometiendo dos faltas: primera, instalar

poca gente en el reducto considerándole así de escasa importancia, y segunda, no marchar sin detencion sobre Hernani, que hubiera abandonado el carlista al ver á Oriamendi en poder de los libres.

En esto, como Sarsfield se retiró á Pamplona, el general en jefe carlista pudo lanzarse con las fuerzas que mandaba desde Navarra á Hernani, y el 16 de madrugada llegó á esta villa, haciendo entrar en fuego incontinti á sus fatigadísimos soldados. El combate le habia comenzado Evans al esclarecer el 16, arrojando metralla sobre Hernani y los reductos y alturas atrincheradas de Santa Bárbara cerca de la poblacion. El jefe carlista concibió su plan no más llegar á Hernani, y segun él cuatro batallones á las órdenes de Sopelana debian atacar la izquierda liberal y arrojar á éste del reducto de Oriamendi; Quilez é Iturriaga fueron encargados de atacar con dos brigadas la derecha enemiga y Villarreal recibió orden de combatir el centro apoyándole Alzaá y Goiri. Un batallon alavés de los de Villarreal avanzó con tal arrojo, que hizo retroceder á dos batallones que ocupaban excelentes puntos, dando esto lugar á que se desordenasen otras tropas que habia á su retaguardia. Villarreal se encamina entónces con numerosas fuerzas contra todo el centro liberal, encargado de sostener á Oriamendi, y despreciando el horrible fuego que se le hace de fusil, cañon y cohetes á la congreve, logra desalojar al enemigo de sus mejores posiciones, dando lugar á que otras fuerzas carlistas acometan y venzan á la derecha é izquierda liberales. Cinco horas iban ya trascurridas de rudísimo combate alrededor de Oriamendi y aun faltaba á los carlistas apoderarse de este punto, el verdaderamente importante de la batalla: arrójanse estos sobre el reducto, que los opone débil resistencia; y viendo sus defensores que todo el ejército retrocede en desórden, vuelan lo principal de las fortificaciones y marchan á ampararse bajo el cañon de San Sebastian. La derrota del ejército liberal no puede ser más completa. En su desordenada vuelta á San Sebastian vése perseguido por los carlistas, que se ceban con indecible furor sobre los ingleses no dando á ninguno cuartel. Gracias á un batallon de la marina real inglesa, que con nu-

merosa artillería salió como á dos kilómetros de San Sebastian, los carlistas se contuvieron y así se salvaron algunos miles de hombres, que en contrario caso habrían muerto ó caído prisioneros. La batalla de Oriamendi costó á los liberales más de 500 muertos, 1.200 heridos y unos 100 prisioneros: los muertos carlistas no pasaron de 200, siendo el número de los heridos 700. Cayeron en poder de los carlistas al pié de 1.000 fusiles, varios cañones y mucho material de guerra. Sebastian de Borbon dió gracias á sus voluntarios por el triunfo de Oriamendi, miéntras que Lacy Evans quedó tan disgustado de la conducta de sus soldados el 16, que concibió la idea de presentar la dimision del mando, aunque luego la abandonó.

Plan de Espartero. Se embarca para San Sebastian. Se hace dueño de la linea de Hernani.

Frustrado el plan de Sarsfield, anunció Espartero la concepcion de otro, que en resumen era el mismo de aquel general y que probablemente hubiera tenido un éxito desgraciadisimo á no haberse decidido Carlos por su expedicion á Madrid, llevada á cabo, como más adelante veremos, con acuerdo de Cristina, quien olvidando sus deberes por ruines resentimientos, trató de entregar la nacion atada de piés y manos á aquel odioso pretendiente. Pidió Espartero, aunque en vano, al gobierno que mandase á Sarsfield 12 batallones á fin de que con ellos, ya que no lo hizo en Marzo, coadyuvase á derrotar al carlista en la linea de Hernani, para donde él partió con 24, dejando bien guarnecida Bilbao, embarcándose al efecto en Portugaleta y desembarcando en San Sebastian durante el primer tercio de Mayo. Tuvo la suerte que Sebastian de Borbon marchó el 11 de Mayo con una gran parte del ejército carlista á Navarra para formar la expedicion llamada real, y así quedó muy desguarnecida la linea de Hernani, recibiendo órden sus defensores de abandonarla luego que se viesen oprimidos por los liberales. Fuéle, pues, cosa facilísima á Espartero, que guiaba con la gente de Lacy Evans más de 40 batallones contra 10 ú 11 carlistas, encargados de la linea de Hernani hasta Oyarzun, Irún y Fuenterrabia, desalojar de ella al débil enemigo, que opuso una tenaz resistencia, y rendir y ocupar aquellas plazas en los dias del 14 al 20 de Mayo.

El general Harispe prestó á los liberales su auxilio para tomar á Irún y Fuenterrabía. Espartero, como si hubiera conseguido un gran triunfo, dirigió el 19 desde Hernani dos proclamas á los soldados carlistas y á los vasco-navarros para que se sometiesen: unos y otros despreciaron los halagos y amenazas del caudillo liberal.

Andoain. Dueño Espartero de la línea de Hernani y sabedor ya de que la expedicion de Carlos habia atravesado el Arga determinó subir á Navarra con el ejército que de Bilbao llevó á San Sebastian, y el 29 se movió contra la segunda línea, ó sea la de la próxima villa de Andoain, que los carlistas estaban decididos á disputar con tanto empeño como la de Hernani. Para forzarla le ayudó Lacy Evans. Encontró Espartero ocupadas por el enemigo ambas orillas del Orio, que pasa por Andoain, en donde hay un puente corto y estrecho como es el valle, y las alturas inmediatas llenas de trincheras y cortaduras. Mandó acometer Espartero como al mediodía del 29; pero viendo pronto diezmados los batallones que entraron en fuego sin haber adelantado un paso, ordenó á Gurrea que ayudase con su division á los que peleaban. Hizolo con su acreditada bravura Gurrea, quien al cruzar el puente para dirigirse á las inmediatas eminencias cayó atravesado de un balazo, que le privó de la vida casi instantáneamente: en su agonía tuvo aliento este heróico general, cuyo cadáver fué conducido á San Sebastian y luego depositado al lado de otros de jefes ingleses en la falda del castillo de la Mota, para animar á los suyos á cumplir con su deber. La muerte de Gurrea y otros bravos hizo ver á los liberales que no podian vencer á los carlistas sin atravesar el Orio por otro punto que el estrecho puente, y encontrando por fortuna un vado, cruzaron por él el rio, y aunque con numerosas bajas, lograron desalojar al enemigo ya cerca del anochecer de todas sus posiciones y continuar su marcha á Navarra, no sin ser molestados en diferentes puntos hasta que subieron el 1.º de Junio á Lecumberri. Al salir el 2 de esta villa para Pamplona fueron tambien acometidos, y aunque rechazado el enemigo, nuevamente volvió éste á embestir al liberal en las cercanías de Muzquiz de Imoz, distante 22

kilómetros de Pamplona: allí tuvo lugar una refriega que duró siete horas y costó mucha sangre á ambos contendientes, más á los liberales. Por fin, el 3 entró Espartero en Pamplona cuando ya la expedicion de Cárlos era dueña del Alto Aragon, despues de haber obtenido dos importantes victorias.

El 26 de Mayo habia perdido el liberal la plaza de Lerin, que tomó Uranga por un golpe de mano, haciendo prisionera la guarnicion de 500 hombres y cogiendo inmenso botin.

Expedicion de Cárlos á Madrid. Traicion de Oris-tina. Batallas de Huesca y Barbastro.

Es cosa puesta ya fuera de toda duda, por más que escritores, así carlistas como liberales, hayan usado de reticencias y estudiadas salvedades, los primeros por creer más meritoria la expedicion siendo espontánea, y los segundos por temor ó contemplaciones hácia Cristina y sus sucesores, que Cárlos se decidió á venir sobre Madrid al frente de un respetable cuerpo de ejército en la seguridad de que la gobernadora pondria en juego todos los poderosos medios que estaban en su mano para que él ocupase la córte y el trono español, segun lo que habian convenido los dos por medio de agentes napolitanos y franceses, partidarios de la reaccion. Inició tan negro asunto Cristina en ódio á los liberales por los ultrajes de que habia sido objeto en la Granja, cuando los sargentos la obligaron á jurar la Constitucion. La vengativa napolitana se dirigió á su hermano el rey de las Dos-Sicilias con una carta, que encomendó á Langrua, embajador que habia sido de esta potencia en Madrid, en la cual le decia, *que estaba dispuesta á echarse en brazos de Cárlos siempre que el primogénito de éste se casara con Isabel y fuesen PERDONADAS las personas que se habian comprometido por ella, PARA LO CUAL DARIA UNA LISTA.* El napolitano transmitió la carta de su hermana á Cárlos: vinieron á Madrid dos nuevos emisarios, el cónsul de Nápoles en Burdeos y un legitimista francés, quienes despues de secretas conferencias marcharon con el acuerdo en ellas tomado á la ambulante córte de Cárlos, y entonces éste, conforme con el plan, decretó su expedicion, ordenando á su general en jefe que abandonase la línea de Hernani para mandar el

ejército que habia de entrar en Madrid. Desacato hubo á la majestad de parte de los sargentos de la Granja; ofensa hubo hasta para la señora de parte de unos militares ignorantes y groseros que invadieron tumultuosamente su morada y la violentaron á que jurase la Constitución; pero prescindiendo de que de ese desacato y de esas ofensas no eran responsables ni el ejército ni la nación, lo que intentó Cristina fué la más vil de las traiciones envuelta en la más grande de las ingratitudes y con perjuicio de los derechos de su hija y de los suyos propios.

Componíase la expedición carlista de unos 13.000 infantes y 1.500 ginetes, todos lanceros: tres batallones eran navarros y otros tres alaveses; los demás castellanos, aragoneses y un batallon de argelinos, de los pasados á la faccion. Agregóse á los expedicionarios, como habia la idea de entrar sin tropiezo en Madrid, muchedumbre de clérigos y aspirantes á destinos que servian de estorbo y de perjuicio á los soldados. Estos atravesaron el Argá el 17 de Mayo cerca de Echauri, y el 20 se despidió Carlos de los vasco-navarros en una alocucion que publicó en Caseda, asegurándoles que pronto les haria felices desde el trono de San Fernando. Habíase pensado en ir directamente á Madrid por la carretera de Zaragoza, pero luego se creyó más seguro el golpe, dando la vuelta por el Alto Aragon, Cataluña y el Maestrazgo, y recogiendo en estos países unos 30.000 hombres caer sobre la córte con más de 40.000. En su virtud penetraron los expedicionarios en Aragon por la parte de Sangüesa con direccion á Huesca, que les abrió sus puertas el 24 por la mañana. Iba detrás de los expedicionarios al frente de su division de la Ribera el valeroso Iribarren, mientras que por órdenes recibidas del gobierno debian salir al encuentro de aquellos los generales Oraá y Meer, que mandaban, éste las armas de Cataluña y aquel el ejército del Centro. Llegó Iribarren á la vista de Huesca á las dos de la tarde del mismo 24, y dejándose llevar de su arrojo y confiando en su caballería, inferior si bien más brillante que la carlists, determinó presentar batalla. No más divisar los carlistas á Iribarren dispusiéronse á rechazarle colocando sus batallones y escuadrones en las cercas de la ciudad, cuyos inmediatos

campos estaban muy remojados por recientes riegos. Mandó acometer Iribarren, y entonces, dejándose guiar por su bravura el brigadier Diego Leon de Navarrete, que mandaba la caballería, se lanzó al frente de dos escuadrones de coraceros contra la infantería enemiga, á la que, corriendo de acá para allá ocasionaba muchas bajas, algunas con su lanza, cuando vino una bala á privarle de la existencia instantáneamente. Quiso vengarle en el acto Iribarren, y sin mirar que sus batallones y escuadrones no podían funcionar libremente por lo empapados que estaban en agua los campos, se arrojó al frente de un escuadron en medio de las masas enemigas, ordenando jugar á la artillería y á varios batallones que acometiesen á la bayoneta. La pelea se hizo entonces general y sangrienta no sólo en el campo, sino junto á los muros de la ciudad y en algunas calles, en donde penetraron los liberales: en esto recibió Iribarren una herida, que le hizo retirar del combate, causando en los suyos gran desaliento: iba ya á anochecer, y la victoria se declaró por los carlistas, que eran en mucho mayor número que sus contrarios.

La batalla de Huesca costó á los liberales más de 200 muertos y 500 heridos; pocos ménos de unos y otros á los carlistas. Como estos no persiguieron á sus enemigos en la retirada, apenas hubo prisioneros. Al siguiente día el bravo Iribarren falleció por lo grave de su herida en el inmediato pueblo de Almudévar.

Descansando tres días en Huesca salió la expedición para Barbastro, en donde entró el 27, siendo recibida con el más fervoroso entusiasmo por sus fanáticos habitantes, que á porfía se esmeraron en obsequiar á Carlos y su hueste.

Un día despues y procedente de Teruel llegó Oraá á Zaragoza con escasas fuerzas, pero contaba con la division vencida en Huesca y la brigada de Buerens, y así reunió luego más de 12.000 infantes, 1.200 caballos bajo las órdenes del otro Diego Leon, primo del que acababa de morir en Huesca, y numerosa artillería, de que carecía el carlista. Despues de dar oportunísimas órdenes para destruir varias barcas en los rios Cinca yebro, á fin de entorpecer la marcha de los carlistas, decidióse Oraá á acometerlos, y

el 2 de Junio por la mañana dió vista á Barbastro, en donde Carlos le esperaba seguro de otra victoria como la de Huesca. Dividió Oraá perfectamente su ejército, formando de él tres columnas, una al mando del general Buerens y las dos al de los brigadieres Villapadierna y Conrad, jefe éste de la legion argelina. Esperaba una gran parte de la expedicion á los liberales en la ermita del Pueyo, sita en una altura á unos 3 kilómetros de la ciudad. Los liberales ganaron á eso del mediodia otra altura llamada, por el castillo ya en ruinas que la habia coronado en la Edad Media, la Torre de Gracia, desde donde divisaron de plano al enemigo que iban á combatir. Al poco rato, encontrando mejor apoyo los carlistas, abandonaron la ermita, que ocuparon los liberales. Entonces empezaron estos el ataque descendiendo á la llanura: varios batallones de los vencidos en Huesca, al ser blanco del nutridísimo fuego de los carlistas, retrocedieron acobardados, dando lugar á que avanzasen estos arrollando las fuerzas liberales de la derecha, que hubieran sido envueltas á no impedirlo la caballería de órden de Villapadierna: esto no obstante, los carlistas lograron rechazar tambien despues de porfiadísima lucha á la caballería, en cuyo supremo instante Oraá, que advirtió el apuro de los suyos, voló al centro del peligro con algunos escuadrones de la Guardia, Borbon y húsares, apoyados por infantería y artillería, y logró rechazar al enemigo hasta sus primeras posiciones. Mientras tanto en los demás puntos del campo de batalla se peleaba con valor heróico de una y otra parte, corriendo abundantemente la sangre porque la lucha duraba ya siete horas mortales. Pero ántes de la puesta del sol hicieron los carlistas un supremo ésfuerzo con ánimo de envolver la izquierda liberal, que se vió obligada á retroceder: al ver esto el bravo Conrad, de blancos cabellos pero juvenil corazon, manda para que contengan al envalentonado carlista tres batallones y cuatro escuadrones, que tambien retroceden al empuje enemigo: Conrad ordena entonces la retirada, que debe apoyar un batallon de sus argelinos, colocándose él á su lado para que cumplan con su deber, pero estos, presa de vil miedo, echan á correr y dan lugar á que su heróico jefe reciba

triste aun cuando gloriosa muerte de una bala enemiga, y exponen á la izquierda toda á un gran desastre, del que la libró el brigadier J. Antonio Van-Halen, hermano del intrigante belga de la guerra de la Independencia, acudiendo con los granaderos de la guardia real á contener á los carlistas vencedores, porque á esta hora, puesto ya el sol, todo el ejército liberal marchaba hácia los acantonamientos de donde habia partido para el combate en la madrugada de aquel dia. La batalla de Barbastro costó á los liberales unos 1.200 hombres entre muertos, heridos y prisioneros: la pérdida de los carlistas entre muertos y heridos no excedió de la mitad.

Cruza la expedicion el Cinca. Es el Cinca, afluente del Ebro que nace en los Pirineos, partido de Boltaña, bastante caudaloso en Barbastro, que está á su márjen derecha, y no tiene vados ni puentes, sólo sí algunas barcas por aquella parte, siendo las principales las de Estada y Estadella. Oraá con su ordinaria prevision habia ordenado que se inutilizasen las barcas, pero no fué obedecido, y Meer, que se hallaba en la próxima plaza fuerte de Monzon desde el dia mismo de la batalla de Barbastro y pudo destruirlas, no lo hizo. Dejaron los carlistas á Barbastro en la noche del 4 al 5 de Junio y se encaminaron á ocupar las citadas barcas de Estada y Estadella, en las que pasaron la mayor parte de sus fuerzas: la retaguardia estaba cruzando el rio en la mañana del 5 cuando Buerens se aproximó allí con la vanguardia liberal de Oraá: solamente siete compañías de un batallon de Castilla se hallaban sobre la márjen derecha del rio: intimalas Buerens la rendicion, pero ántes prefieren ahogarse: lánzase al rio muchos soldados, creyendo vadearle, y los más desaparecen entre las ondas: los que se acojen á la barca de Estadella lo hacen en tanto número y en medio del fuego del fusil y artillería de los liberales que la barca se hunde ahogándose en el acto la mayor parte de los que iban en ella: los pocos que luchan por salvar la vida, demandan á grito herido socorro, y entónces varios soldados liberales, dejándose llevar de su instinto generoso, se lanzan al rio y salvan á algunos náufragos con contento de Oráa, que premió tan noble accion. Los expedicionarios pasaron,

pues, el Cinca sin más contratiempo que éste. Háse culpado á Oráa de haber dejado cruzar el rio impunemente á los carlistas: si culpa hubo en esto seria de Meer, que se hallaba con su tropa de refresco en Monçon á la distancia de solos 16 kilómetros y no se movió para impedir el paso al enemigo, pues que exigir de Oráa que librase otra batalla á la márjen derecha del rio con un ejército, cuya mitad habia sufrido en ocho dias dos derrotas y una la otra mitad tres dias ántes, es exigir milagros, que todavía no ha hecho ningun capitán.

Batalla de Grá. Cruzado el Cinca siguió la expedicion á la alta Cataluña, provincia de Lérida, en donde los soldados pasaron miles de privaciones, careciendo hasta de pan por no haberle en el país. Con la mayor parte de su gente de armas espeada, fatigadísima y descontenta, agregándosele varias partidas catalanas, llegó Cárlos el 11 de Junio al pequeño lugar de Grá, distante 12 kilómetros de Cervera. Esperábale ya allí Meer con un cuerpo de ejército de 10.000 infantes y 1.100 jinetes, contando con las brigadas tercera y cuarta del Norte y la caballería que le facilitó Oráa así que vió á los carlistas del otro lado de aquel rio. El dia 12 por la mañana diéronse vista ambos ejércitos en los campos de Grá, cuyas reducidas y pobres casas abandonó Cárlos para refugiarse en la inmediata villa de Iborra y esperar seguro el éxito de la batalla. Su general en jefe Sebastian de Borbon se portó de diferente manera, exponiendo su vida como el primer soldado durante la lucha. Empezó ésta por medio de un tiroteo sin resultado, y pasándose así dos horas largas, Diego Leon cargó con unos cuantos escuadrones al enemigo, al que hizo retirar gran trecho, dando esto lugar á que se generalizase la accion. Peleaban unos y otros con empeño, aunque con más ventaja los liberales por su artillería, cuando los batallones de Castilla pusieron en aprieto al centro liberal: entonces Leon se lanzó de nuevo con casi toda la caballería contra las masas carlistas, que fatigadas de tanto bregar y mal dirigidas por discordias de algunos de sus jefes, volvieron la espalda, declarándose vencidas y gritando ¡traicion, traicion! como sin motivo acontece en semejantes casos: la dispersion fué tan general como simultánea, y es cosa

averiguada que Meer, ó por excesiva prudencia ó por otra causa no quiso se persiguiera al enemigo, como lo intentó Diego Leon, convencido de que con su numerosa y brillante caballería hubiese dado fin en aquel día con la expedición y acaso cogido prisionero á Carlos. ¡Tan acobardados y en desórden marchaban los carlistas á la ventura huyendo del campo de batalla! Esta les costó más de 2.000 hombres entre muertos, heridos y prisioneros: la pérdida de los liberales entre muertos y heridos fué de unos 800.

Llega la expedición á Solsona. Dando gracias á Meer ó á la Providencia por haberles dejado escapar aquel de entre sus manos, llegaron los carlistas con su asendereado rey el 15 á Solsona, en cuyas puertas le esperaba el cabildo eclesiástico, que le condujo bajo palio y en medio de lujo deslumbrador á la catedral para oír el *Te-Deum*, mientras los soldados no podían sostenerse en pié con sus armas por cansancio y falta de alimento, pues en la travesía de Grá á Solsona habían tenido que mantenerse de trigo cocido y otras sustancias peores y éstas robadas en su mayor parte, porque en el real ni había órden, ni dinero, ni crédito.

Acción de Cherta. Cruza la expedición el Ebro. Aunque en Solsona se brindaron á Carlos los catalanes con sus vidas y haciendas, nada hicieron. Allí recibió emisarios de Cabrera, (quien desde que volvió de Almazan al Maestrazgo había reorganizado ya otro pequeño ejército y recuperado la plaza de Cantavieja) ofreciéndole proteger el paso de la expedición por el Ebro, pensamiento que fué aceptado, ya por dejar la Cataluña en donde el pretendiente no había recibido más que crueles desengaños, ya por dar gusto al agente del rey napolitano, que le recordó que la expedición se alejaba cada día más de su objetivo, el cual no era otro que ir á Madrid, según lo convenido con Cristina. En su consecuencia salió la expedición de Solsona, y después de un ataque inútil á San Pedor, defendido solamente por un centenar de nacionales, se encaminó por las llanuras de la Sagarra en busca del Ebro frente de Cherta, villa de unos 600 vecinos, distante 11 kilómetros de Tortosa: allí tenía ya dispuestas Cabrera las lanchas precisas para el cruce del río, conducidas en carretas desde la marina de San Carlos de la Rápita. Esperaba Cabrera á la

expedicion al frente de seis batallones y un regimiento de caballería, de cuya fuerza destacó siete compañías para que en un estrecho desfiladero se opusiesen al general Borso di Carminati, que debia salir de Tortosa, mientras que él se opondria á Nogueras, que iria en su busca desde Mora de Ebro; pero Borso, al dejar Tortosa, tomó otro camino que el que creyó el jefe carlista, y el 29 dió vista á éste cerca de Cherta, situando bien su gente para resistir al enemigo, al que juzgaba que Nogueras atacaria por la espalda. Este no pareció, disculpando despues su inaccion con que todas las comunicaciones para ponerse de acuerdo con Borso habian caido en poder de los carlistas. Aprovechándose de ello Cabrera mandó atacar á Borso y dando él el ejemplo, lleno de ardoroso entusiasmo porque la expedicion entera le contemplaba desde la orilla izquierda del rio, acomete con dos escuadrones y tres batallones, que en su primer empuje arrollan á la gente de Borso, haciéndola pronunciar en retirada hasta el Aldover. Quiso Borso renovar aquí el combate, esperando en vano que Nogueras iria en su ayuda, pero de nuevo es batido por Cabrera, que le obliga á refugiarse en Tortosa.

La expedicion pasó el Ebro en las barcas despues de haber recibido Cárlos con distincion á Cabrera, que se le presentó en la orilla izquierda del rio. En Cherta, donde pernotó la expedicion el 30, fué nombrado Cabrera comandante general de los reinos de Aragon, Valencia y Murcia, con gran descontento de Quilez, que le miraba como enemigo capital y acababa de dar contra él una proclama llena de gravísimas acusaciones.

El 2 de Julio salió la expedicion de Cherta y se encaminó por Uldecona y San Mateo á Castellon de la Plana con ánimo de hacerla suya; pero el comandante general de la provincia, Buil, estaba resuelto á rechazar á los carlistas, para lo que contaba con unos 2.000 hombres entre nacionales y soldados, á los que se agregó luego un batallon que Borso mandó embarcado desde Tortosa. Intimó Cabrera el 6 de Julio la rendicion y Buil contestó con una negativa. El 7 empezaron los carlistas el fuego contra la plaza, que no sólo les contestó sino que les desalojó de un convento estramuros que habian ocupado. El 8 sufrieron

el fuego de la artillería de la plaza sin causar ellos á ésta daño alguno, y el 9 tuvieron que alejarse avergonzados, dejando algunos cadáveres en el campo.

Mientras tanto habian destacado algunas fuerzas carlistas á la villa de Burriana, cuyos nacionales en número de 20 ó 22 se refugiaron en la iglesia y despues de alguna resistencia se entregaron prisioneros para ser conducidos á Cantavieja, martirizados y al fin arrojados vivos á una sima en union de otros nacionales de Silla, que este era el proceder ordinario del feroz Cabrera, tolerado y acaso alabado por su religioso rey. El 13 llegó la expedición á la huerta de Valencia, instalándose en su mayor parte en Chiva, villa de 1.000 vecinos sita á 27 kilómetros de la ciudad.

Batalla de Chiva. Oráa, que desde Barbastro habia vuelto á Teruel, dió, como general en jefe del ejército del Centro, las oportunas medidas para que se reuniesen las diseminadas fuerzas de su mando, y avanzó, atravesando el Maestrazgo, hasta Liria y luego á las mismas cercas de Valencia. Aquí, contando con la division Nogueras, que se le juntó en Teruel procedente de Alcañiz, la de Fermín Iriarte, que Espartero acababa de enviarle del Norte, la brigada de Borso, que mandó avanzar desde Tortosa, otra á las órdenes del coronel Sanchez y otra á las de Amor, el guerrillero de la independencia, pudo reunir Oráa unos 11.000 infantes y 1.600 jinetes, y aunque con inferiores fuerzas á las contrarias, que ascendian á más de 16.000 infantes y 1.700 caballos, se decidió á atacarlas convencido de que la causa liberal necesitaba, acaso para no sucumbir, de una victoria. No podia creer Oráa al lanzarse animoso contra el pretendiente que el baron de Meer permaneciese inactivo en Cataluña; pero es lo cierto, aun cuando inconcebible, que Meer celebró su victoria de Grá dejando marchar libremente al enemigo para que cruzase el Ebro y se lanzára al corazon de Valencia ó al de Castilla.

El 15 de Julio, despues de una patriótica proclama á sus soldados, les condujo Oráa al frente del enemigo, que ocupaba, algo descuidado, á Chiva, y al momento se apoderó de una ermita inmediata y varias alturas que dominan la villa. Mandaba Borso la vanguardia liberal, el centro es-

taba á cargo de Iriarte y Noguerras, y la reserva al de Amor y Sanchez. Acometió primero Borso, quien llevó el desorden á los carlistas, pero acudiendo masas de éstos le obligaron á retroceder: entonces salió en su ayuda Noguerras y restableció el combate. Mientras tanto la division Iriarte, que constituia la derecha del ejército liberal, sostuvo sus posiciones contra las embestidas de otros cuerpos carlistas. La caballería al mando de Amor dió diferentes cargas allí donde veia que estaban más en aprieto los suyos. Continuaba la batalla hacia ya cinco ó seis horas, sintiéndose un calor sofocante, cuando Oráa ordenó hacer un supremo esfuerzo, y mandando contra el enemigo casi toda la division Noguerras y tras ella una columna de cazadores y luego otras fuerzas de infantería apoyadas por la caballería y una batería de montaña al mando del teniente Cosme Teresa, logró que aquel fuese desalojado de todas sus posiciones y de la misma villa, donde penetró un batallón de la Princesa. Al ver Cabrera derrotada á su gente y mucha de ella en vergonzosa fuga, trató de restablecer el combate, pero no logrando su objeto se fué hácia el enemigo con pocos de los suyos; mas las lanzas liberales le obligaron á escapar dejando sobre el campo la mitad de los que le acompañaban. Costó esta victoria á los liberales 500 hombres, los 120 muertos y 380 heridos: á los carlistas 900, los 200 muertos, 400 heridos y 300 prisioneros. La victoria de Chiva, que hubiera completado Oráa á no tener á sus soldados fatigadísimos por muchas horas de pelea durante un ardoroso dia de Julio, llenó y con razon de entusiasmo al partido liberal, porque vió con ella que el pretendiente no podia hacer fortuna, habiendo sido derrotadas sus huestes reunidas del Norte y Maestrazgo.

Llega la expedición á Cantavieja. Accion de Herrera. Horrores. Reunió el pretendiente el 16 su vencida hueste, y atravesando el Maestrazgo de Oriente á Occidente llegó á Cantavieja el 30 de Julio: despues de descansar en esta plaza y tomar en ella algunas piezas de artillería salió á probar fortuna á la provincia de Zaragoza: el 23 de Agosto llegó á Villar delos Navarros, villa del partido de Belchite inmediata á la de Herrera, hácia donde Buerens, encargado de perseguir

las partidas carlistas de la provincia de Teruel, se dirigió desde Azuaga al frente de la tercera division del Norte, un batallon de la Guardia real de infantería y el provincial de Avila. Su fuerza no pasaba de 6.000 hombres, y en el solo hecho de ir con ella contra toda la expedicion del pretendiente cometió la mayor de las imprudencias. Confiaba en que le ayudaria Oraá; pero este general acababa de indisponerse con el gobierno presentándole su dimision, que no le fué admitida, por haberse conferido á Espartero el mando en jefe de todos los ejércitos que perseguian á Carlos: imitando á Meer despues de la batalla de Grá, no se mostró muy activo en ir tras de los carlistas á luego de vencerlos en Chiva, disculpándose despues con no haber recibido las comunicaciones en que Buerens le participaba sus movimientos y le pedia auxilio. El 24 trabóse la pelea en los campos de Herrera y Villar de los Navarros: batiéronse los liberales con valor heróico, algunos formando cuadros y hasta despues de puesto el sol; pero los carlistas, infinitamente superiores á ellos en número y con la ventaja de tener artillería sacada de Cantavieja, les acosaron por todas partes, les fusilaron y metrallaron con impunidad y les cogieron unos 1.200 prisioneros, entre ellos 92 jefes y oficiales, despues de tender en el campo otros 1.000 hombres muertos y heridos: si escaparon otros 2.500 de la accion debióse á que arrojaron sus armas y echaron á correr á la desbandada. La victoria fué completa para los carlistas: se apoderaron de 5.000 fusiles, cuatro piezas de artillería, 50 cajas de municiones, las de los cuerpos, botiquines y equipajes. Los carlistas tuvieron solamente unas 100 bajas. Entre los prisioneros lo fué el brigadier Solano, á quien al siguiente día de la accion cogieron los enemigos herido y debajo de su caballo, muerto de un balazo. Buerens se retiró á Carriñena, en donde reorganizó su columna mermada por la catástrofe de Herrera. A dicho brigadier Solano se debe la relacion de las atrocidades que de órden de Cabrera se cometieron con los prisioneros de Herrera, las cuales son de tal naturaleza que espantan y sublevan el ánimo contra aquel tigre en figura humana. Por no querer los prisioneros tomar parte en favor de Carlos se ideó contra ellos un

verdadero martirio: á los heridos no se les facilitaban medicinas ni se consentia que fuesen curados más que á ciertas horas y de un modo rápido, por lo cual perecieron casi todos: á los sanos, despues de tenerlos desnudos en medio del invierno del 37 al 38, no se les daba el necesario alimento, llegando la barbarie cabrerista hasta el extremo de dar solamente por cada individuo cinco patatas crudas tan pequeñas que no pesaban juntas media libra. Como el hambre continuada medio trastornó el juicio á muchos, se convirtieron algunos infelices en antropófagos, y el instinto de la conservacion les llevó á comer pedazos de los cadáveres de sus compañeros, muertos de hambre!!! Los verdugos, que esto ocasionaron con su crueldad, lo tomaron como un crimen imperdonable, y despues de apalear á nueve desventurados, les sentaron en el campo, porque ellos no podian moverse, y les fusilaron jugando á balazos con sus cabezas, á las que procuraban no acertar de lleno para que durase su agonía algunas horas. Unos 30 prisioneros, que al ver esto y su situacion de desnudez y espantosa hambre trataron de escaparse, fueron asesinados bárbaramente: otros 23 perecieron por hundirse un corredor de la casa de Beceite, en donde les tenian amontonados de propósito por hallarse en ruinas: trasladados de Beceite 162 al convento de Benifasat para que trabajasen fortificándole, sin darles alimento de ninguna especie, perecieron en su mayor parte por no mantenerse más que de las raíces que buscaban en el campo. Así fué que de los prisioneros de Herrera no se salvaron ni 20 hombres, porque, aun cuando canjeados unos pocos más, que escaparon del martirio á que el carlista les sometió, llegaron á Segorbe tan estenuados y cadavéricos, que perecieron casi todos por no poder ya admitir sus estómagos el alimento necesario para la vida.

Lo más triste de este caso, así como de la horrible hecatombe que hizo tiempo andando Cabrera en Burjasot, es que Oráa no quiso canjear los prisioneros, como aquél se lo propuso, y así en definitiva recae sobre el jefe liberal la responsabilidad de los tormentos y muerte de los suyos.

Avanza la expedición hácia Madrid. Viene Espartero á Aragon.

El triunfo de Herrera animó en gran manera al pretendiente á marchar sobre Madrid, cuya ruta emprendió retrocediendo para atravesar las sierras de Albarracin, en las que Oráa no supo aprovechar la ocasion de acometerle con ventaja. El 5 de Setiembre cruzó el rio Cabriel entrando en Castilla la Nueva; el 8 se le reunió Cabrera en Buena-che de Alarcon con la columna que habia organizado en Cantavieja para reforzar la expedicion, y el 10 descansó ésta en Tarancon. Pasó el 11 el Tajo en pinos que bajaban por el rio unos especuladores en maderas, y el 12 llegó á Arganda. A la vista de las torres de la capital todos los expedicionarios prorrumpieron en gritos de alegría, diciendo: *¡Madrid es nuestro!* Pero dejemos á Cárlos y su hueste con sus ilusiones delante de Madrid, y veamos lo que habia hecho Espartero para impedir que el pretendiente entrase en la capital de España, y lo que tambien habian hecho los envalentonados carlistas del Norte para secundar los planes de su rey.

Nombrado Espartero general en jefe de todos los ejércitos que perseguian y pudieran perseguir á Cárlos, despues de dar las convenientes órdenes á sus tenientes en el Norte y encomendar el reducido ejército de este nombre á Ceballos Escalera, salió de Pamplona y el 7 de Julio llegó á Logroño, en donde se halló con solos ocho batallones de la Guardia real, unos cuantos escuadrones y una batería de montaña. Contaba con que en Aragon se le uniriau Oráa y Buerens, y podria batir con las fuerzas de ambos y las que él conducia al pretendiente. Abandonando la orilla del Ebro tomó por la derecha el camino de Cervera del rio Alhama, y pasando por esta villa y luego por la de Agreda en la provincia de Soria, penetró en Aragon, yendo á pernoctar á Cetina el 13: el 14, despues de hacerse cargo de un convoy que le envió el gobierno, se fué á Monreal y desde aquí á Santa Eulalia entre Molina y Tuel. El sitio en que se colocó Espartero era el más á propósito para acudir á salvar la capital si Cárlos la amenazaba, y si éste retrocedia á Valencia para repasar el Ebro, lanzarse tras de él y exterminarle con la ayuda de Oráa y Buerens. En Santa Eulalia se le unió éste; pero Oráa, re-

sentido, como arriba vimos, por haberle puesto el gobierno con notable acierto á las órdenes de Espartero, en vez de seguir las indicaciones de éste, se entretuvo en pasarle impertinentes oficios quejándose de lo que él llamaba desprecio del gobierno á su autoridad de general en jefe del ejército del Centro. Esta conducta incalificable de Oráa, por más que luego reconoció su error y se ofreció sinceramente á Espartero, contrarió por el pronto los planes de éste, que también hizo variar y no poco otra expedición que salió de Navarra en ayuda de la de Cárlos, bajo el mando de Zariátegui, y de la cual hablaremos luego. Espartero tuvo que abandonar á Aragon y venir á Guadalajara; pero la impotencia que vió en Zariátegui para ocupar Madrid y la marcha de Cárlos que él juzgó acertadamente seria sobre la capital de España, le hicieron volver á Aragon y marchar tras de la expedición de Cárlos, al que se propuso batir, y sobre todo alejarle de la corte si á ella se acercaba.

**Expedición de Zariátegui.** Miétras que Espartero se instalaba en la provincia de Teruel para acudir á donde lo requiriese la marcha de la expedición de Cárlos, el general Uranga, encargado del mando del ejército carlista vasconavarro, y Zariátegui, mariscal de campo procedente de las bandas de la fé en 1822 y luego militar protegido por su paisano Santos Ladron, al ver que la mayor parte del ejército liberal del Norte se hallaba en el centro de España, idearon organizar en Navarra una expedición que fuera á proteger la de Cárlos. Encargóse Zariátegui de dirigirla, y en verdad que arguye en él no comun valor y más que regular inteligencia el solo hecho de ponerse á su frente para lanzarla al centro de España, constando solamente de seis batallones, una compañía y tres escuadrones: dos de los seis batallones eran navarros, otros dos guipuzcoanos, uno valenciano y otro castellano. El 20 de Julio salió la expedición de Galbarin y se dirigió hacia las Conchas de Haro para pasar el Ebro; pero no pudiendo vadearle, dió lugar á que la alcanzasen fuerzas liberales, á las que hizo cara rechazándolas hasta cerca de la Puebla de Arganzon. Con esto tuvo que retroceder la expedición; pero el 23 vadeó el Ebro por Ircio y se fué á Casa la

Reina. En su refuerzo mandó Uranga á los pocos dias á Goiri con otros dos batallones y un escuadron, que alcanzaron á Zariátegui en Pradoluengo. Contaba ya el general carlista con ocho batallones y cuatro escuadrones. Perseguido por dos columnas liberales, una á las órdenes de Mendez Vigo, nombrado capitán general de Valladolid y otra á la de Ceballos Escalera, se entró por la sierra de Búrgos y luego fué á dar á Roa y Peñafiel, haciendo creer al primero de sus perseguidores que su ánimo era entrar en aquella ciudad; pero el carlista se encaminó rápidamente á Segovia, á cuyas puertas llegó el 4 de Agosto muy de madrugada. Contaba Segovia, circuida de altas murallas y defendida por su magnífico alcázar, con unos 300 soldados, 500 nacionales, dos compañías de cadetes del colegio de artillería y siete piezas servidas por una compañía del arma. Esta fuerza, á tener una buena direccion, era más que suficiente para rechazar al carlista. Este que conoció lo difícil que era tomar la plaza á viva fuerza, dirigió al Ayuntamiento la intimacion de rendirla, y no siendo contestado, se encendió en ira y dispuso al momento el asalto, que tuvo lugar escalando la muralla, mientras se hacia fuego sobre el alcázar, donde se refugiaron llenos de miedo casi todos los defensores y algunas familias que se creian comprometidas. Dueño Zariátegui en muy pocas horas y á poquísima costa de la ciudad despues de contener el saqueo, á que se entregaron algunos de los suyos, ordenó que se bloquease el alcázar, teniendo delante de él un cañon que sin inutilizarle habian abandonado los artilleros al refugiarse en aquél. El alcázar se rindió en el mismo dia por capitulacion. El proceder de los defensores de Segovia no pudo ser más vituperable, porque con haberse resistido dos dias escasos hubieran dado lugar á que les salvase Mendez Vigo, que se aproximó y tuvo que retirarse enterado de lo sucedido, y habrian evitado que el carlista se llevase de Segovia inmensa cantidad de armas y municiones, recursos de todas especies y una batería. Tanto envalentonó al carlista la fácil ocupacion de Segovia que concibió el pensamiento de ir sobre Madrid, y poniéndole por obra y dejando una guarnicion en la ciudad y orden de organizar en ella un

batallón de voluntarios, salió por la parte de San Ildefonso, atravesó los puertos y fué á parar el 12 de Agosto á Torrelodones, á 16 kilómetros de la córte, sabiendo que se hallaban en la próxima villa de las Rozas las columnas liberales que debían perseguirle, mandadas por Mendez Vigo, Puig Samper y Azpiroz. Carlistas y liberales hicieron fuego en la misma tarde del 12 desde sus respectivas líneas de Torrelodones y las Rozas sin resultado de ninguna clase, y habiendo llegado á noticia de Zariátegui que otras fuerzas enemigas más superiores que las de las Rozas se hallaban en las cercas de Madrid á la parte de Alcalá, dió orden de retroceder á Segovia por Guadarrama y Villacastin. En este punto la vanguardia carlista de caballería compuesta de solos 80 caballos acometió á 150 infantes y 85 jinetes liberales mandados por el comandante Aguirre, quien se portó tan mal, que cayó prisionero con toda su gente así de infantería como de caballería. De las Rozas partieron también las columnas liberales en persecucion de Zariátegui, y del otro lado de Villacastin empezó la caballería liberal á molestar la retaguardia carlista, que batiéndose bravamente en retirada durante cuatro ó cinco horas, dió lugar á que se salvase toda la expedicion en Segovia.

En consejo de oficiales generales se acordó que no era posible conservar á Segovia y ménos teniendo al frente numerosas fuerzas enemigas, y al momento se dió orden de evacuarla, marchando la expedicion muy tranquilamente á la sierra de Búrgos, hácia donde también se encaminaron sus perseguidores. Ya en la sierra, se apoderó Zariátegui de Salas de los Infantes, defendida por una regular guarnicion que se entregó al ver que no la socorria Mendez Vigo, por lo cual fué depuesto del mando á los pocos dias. Despues de un choque el 28 de Agosto en el pueblecito de Nebreda, sin más resultado que unos cuantos muertos y dos centenares de heridos de ambas partes, puso Zariátegui sitio al Burgo de Osma bien fortificado y defendido por tropa y nacionales que se resistieron durante cinco dias; pero al ver que Mendez Vigo tampoco iba como debia en su socorro se rindieron. Esto alentó al carlista en términos que se decidió á sitiar á Lerma, cuyo

fuerte se le rindió tambien con 800 soldados que le guarne-  
cian, visto que Mendez Vigo permanecia inactivo en Aranda.

Estos triunfos proporcionaron á Zariátegui tal número de armas, que pudo organizar cuatro nuevos batallones y alguna caballería, y así su fuerza se elevó á 12 batallones y cinco escuadrones. Entonces se propuso penetrar en la capital de Castilla la Vieja, de cuya capitania general se habia encargado el general Espinosa como Lorenzo del cuerpo de operaciones que entregó Mendez Vigo en Aranda á Puig Samper y éste en Boceguillas al vencedor de Santos Ladron. Desde Aranda, que ocupó Zariátegui así que la abandonó Puig Samper y dejando en ella á Goiri con tres batallones, se encaminó tan sigilosamente sobre Valladolid, que Espinosa supo su marcha cuando ya se hallaba en Tudela de Duero 11 kilómetros distante. No se creyó bastante fuerte Espinosa para resistir al carlista y salió precipitadamente de la ciudad en la mañana del 17 de Setiembre camino de Toro al frente de los soldados y nacionales, con los que debió defenderse hasta morir, habiendo dado órden al gobernador del fuerte de San Benito construido en el convento de este nombre hácia el paseo de las Moreras sobre la izquierda del Pisuerga, de que se sostuviese á todo trance. (1) Entró el carlista en la poblacion cuando por el opuesto lado acababa de abandonarla Espinosa y muy obsequiado por la mayoría de sus habitantes y varias autoridades permaneció allí para vergüenza de los jefes liberales encargados de perseguirle durante seis dias recogiendo armas y recursos, organizando un batallon de voluntarios casi todos del barrio de San Andrés y dictando disposiciones como si hubiera de ser duradera, ya que no eterna, su permanencia allí. A luego de instalarse en la ciudad intimó la rendicion al fuerte de San Benito, cuyo gobernador le contestó en términos que eran para el carlista peores que una negativa, por lo que éste dispuso abrir una mina para penetrar en él. Súpolo el

---

(1) El batallon de Minerva no figuró en este acontecimiento porque la inmensa mayoría de sus individuos se hallaban en sus respectivos pueblos por ser tiempo de vacaciones. A haber estado en Valladolid, es probable que hubieran inclinado á la resistencia á todas las autoridades.

gobernador del fuerte y ofició á Zariátegui que haria fuego contra todo el que se viese desde el fuerte y por cualquiera de sus lados, por lo que se cesó en los trabajos de la mina. Entonces recibió Zariátegui dos pliegos á cual más alarmantes para él, uno del real de Cárlos participándole que la expedicion habia tenido que retirarse de la vista de Madrid, por lo cual se hacia preciso que él la esperara á la parte de Aranda, y otro haciéndole saber que procedente del Norte acababa de llegar á Dueñas una division liberal fuerte de unos 7.000 infantes y 800 caballos á cargo del baron de Carandolet. Inmediatamente tomó sus disposiciones para evacuar la ciudad en la madrugada del 24, y como al mismo tiempo apareciese Carandolet á la parte del convento del Cármen extramuros, camino de Palencia, dispuso que fueran á contenerle un batallon navarro y otro de Castilla, miéntras que él sacaba el resto de su expedicion por las puertas de Tudela. La pelea que sostuvieron los dos batallones contra las fuerzas de Carandolet fué de corta duracion: batiéndose en retirada, miéntras el resto de la expedicion evacuaba la ciudad lograron reunirse á ésta, perseguidos por la caballería liberal, que les hizo muy pocas bajas. La expedicion pasó por Tudela de Duero, y siguiendo por la ribera de este rio se fué á Aranda, por haber recibido otro pliego del real de Cárlos para que se uniese á él, que volvia á las provincias privilegiadas perseguido por Espartero. Al llegar Zariátegui á Aranda se encontró con que Lorenzo estaba en las inmediaciones de esta villa y tuvo la advertencia de mandar que se ocupase el puente para que no cruzase el liberal el Duero: junto á aquel se trabó récia pelea, que duró poco tiempo, porque estando en ella, se aproximó la expedicion de Cárlos y Lorenzo tuvo que retirarse. Juntas ya las dos expediciones de Cárlos y Zariátegui en Aranda, volveremos la vista atrás por unos instantes para dar cuenta de cómo el primero abandonó las cercanías de Madrid, teniendo que retirarse mohino y avergonzado y con su gente disgustada camino del país vasco-navarro.

Cárlos delante de Madrid.

Dejamos á Cárlos el 12 de Setiembre en Aranda, soñando con ocupar al siguiente dia la

capital, sin tener en cuenta los elementos liberales que ésta encerraba, ni tampoco que Espartero llegaba á las puertas de Madrid el mismo día 12 al frente de 21 batallones y 800 caballos, pues que dejando á Oráa intacto su ejército del Centro, hizo que se le unieran las columnas de Buerens y de Iriarte, que pertenecian al del Norte. El 11 había Carlos pasado el Tajo como arriba vimos, y el mismo día le pasó Espartero por Auñon, viniendo á la capital el 12 por la noche.

Durante este día, y mientras que los pocos soldados, nacionales, varios diputados y patriotas acudieron llenos de entusiasmo á las tapias aspilleradas de Madrid, decididos á rechazar al pretendiente, algunas fuerzas de Cabrera y Sebastian de Borbon con su escolta se acercaron á Vallecas en ademan provocador. Salieron contra los carlistas los defensores más animosos de Madrid, pero fueron rechazados con pérdida de algunos heridos y prisioneros. Ni Carlos ni su generalísimo mandaban atacar: esperaban con confianza que Cristina llevase á cabo lo pactado, como lo esperaban los carlistas de Madrid, cuya junta secreta dió una proclama en el mismo día 12, en que decia: *QUE TODO estaba arreglado, que el príncipe de Asturias empuñaria el cetro español, que su augusto padre le cedía; que la hija de Fernando VII seria la esposa de aquél, y su AUGUSTA viuda marcharia á Italia á disfrutar de lo que de derecho la CORRESPONDIA.* Mas la gobernadora habia mudado á estas fechas de modo de pensar, no arrepentida, sino porque la actitud del pueblo de Madrid y la proximidad de Espartero con su numeroso ejército y de otras columnas liberales la habian hecho ver lo descabellado de su plan, hijo del despecho (1). En comprobacion de esta su nueva actitud, como sabia que un general, que habia sido traidor al sistema constitucional de 1820 al 23, estaba encargado de una de las más importantes puertas de la villa

---

(1) Aunque los jefes liberales que le conocieron ocultaron el plan de Cristina al pueblo, éste, que de algo se apercebíó, empezó desde esta época á odiar y menospreciar á la que habia sido su ídolo; y la que era esposa, aunque en secreto, hacia cuatro años largos del guardia plebeyo Fernando Muñoz, y mujer de buenas costumbres, fué ultrajada y calumniada en su honor de una manera cruel.

y dispuesto á llevar á cabo la felonía de facilitarles por ella la entrada, llamó al general San Miguel y le encargó que le separasen de su puesto. San Miguel la dijo que si dudaba de él, y ella contestó por disimular: *no; es que le aprecio mucho y no quiero que exponga su vida*. El alevé estaba nombrado, para despues de realizada su vil accion, ministro de la Guerra de Cárlos. Lejos Cristina de cumplir lo pactado, salió á caballo á recorrer las calles de Madrid y animar con su presencia y palabras á sus defensores. Viendo Cárlos que habia sido engañado por su cuñada y que Espartero se hallaba en Madrid, dió orden de retirada, y en la noche del 12 al 13 abandonó á Arganda y se fué á dormir á Mondéjar, en donde descansó dos dias para marchar despues y dormir el 18 en Aranzueque. Cerca de este pueblo dió alcance Espartero el 19 á la retaguardia de la expedicion, á la que en el instante mandó que acometiese su caballería, la cual tropezó con un escuadron valenciano, que echó á correr llevando el espanto y la confusion á todo el ejército carlista, en términos que, sin batirse, se pronunció en completísima dispersion, debida, segun todas las probabilidades, al disgusto que la ocasionó el alejamiento de Madrid sin dejarla pelear como deseaba. El suceso (pues ni el nombre de accion merece) de Aranzueque dejó á la expedicion en el estado más lastimoso: despues de perder unos 300 prisioneros, casi todos los mozos que, conducidos por los curas, se habian agregado en Castilla la Nueva, se volvieron á sus casas; Cabrera se marchó con su gente al Maestrazgo, Sanz y Zabala se extraviaron con una division y otros con otras fuerzas, que no parecieron hasta pasados varios dias, y Cárlos marchó precipitadamente con unos 5.000 hombres tan sólo camino de Castilla la Vieja, pasando por Brihuega, Cifuentes, Torrecuadrada y otros pueblos hasta llegar á Aranda el 28, en ocasion de que Zariatogui, como ya vimos, se hallaba peleando con Lorenzo. Reunidas en Aranda las dos expediciones y sabedoras que, además de Lorenzo, iban en su persecucion Espartero y el baron de Carondelet, se dirigieron á la sierra. El 4 de Octubre descansaron en Retuerta, villa de 200 vecinos, sita á orillas del Arlanza entre Lerma y

Salas de los Infantes. Lorenzo, que iba más cerca de las expediciones que Espartero y Carondelet, ocupó el 5 de madrugada á Retuerta, abandonada por los carlistas, que se situaron en ventajosas posiciones. Acometieron los primeros los carlistas, segun el plan formado por Zariategui y Moreno, y miéntras Lorenzo puso en órden su division recibieron el choque del enemigo un batallon de San Fernando y otro de la Reina gobernadora: hácese luego general la accion, en la cual se ven prodigios de valor de una y otra parte: la victoria iba á sonreir al carlista cuando aparece de repente la division Ribero, enviada por Espartero, que descansaba á una legua de distancia, y por medio de una brusca acómetida decide la accion, llevando el terror y el desórden á los carlistas, que se ponen en precipitada fuga despues de dejar sobre el campo 500 hombres entre muertos y heridos: los liberales tuvieron de unos y otros 300.

Desconcertadas las dos expediciones con el golpe de Retuerta y acosadas por Espartero, se encaminaron al país vasco, y repartiéndose la fuerza de ellas entre Carlos y Sebastian, aquél pasando no poca's penalidades, llegó á Arceniega cerca de Orduña el 26 de Octubre, cuando su generalísimo habia logrado pasar el Ebro é instalarse en Peñacerrada.

La guerra en el Norte.—Incendios.—Catástrofe de Andoain.

Durante la expedicion de Carlos tuvieron lugar en el Norte sucesos de alguna importancia favorables á las armas carlistas, encomendadas al general Uranga. Apoderóse éste

en el mes de Agosto de Peñacerrada despues de veinticuatro horas de asedio, y entregándose prisionera la guarnicion, compuesta de 500 hombres. Por la misma época, y á causa de hallarse enfermo Jáuregui, habíase encargado de la comandancia general de Guipúzcoa el brigadier Leopoldo O'Donnell, jóven de veintiocho años, de padres irlandeses, quien se propuso llevar la guerra á sangre y fuego, cuando, aun siendo justo hacerla así, que no es si no bárbaro é inicuo, le faltaban elementos para ello. Acometió el 8 de Setiembre á los carlistas, desalojándolos de las posiciones que tenian en Urnieta y persiguiéndolos pausadamente, pero con teson, hasta la línea de Andoain, y

no sólo perseguía á los carlistas en armas, sino á las gentes dedicadas al laboreo del campo. En esta especie de carcería de hombres, mandó quemar O'Donnell todos los caseríos del país que fueron reducidos á cenizas en número de 126. Al verse sus moradores sin hogar, pusieron el grito en el cielo, y Uranga ardiendo en deseos de venganza bajó á Guipúzcoa al frente de varios batallones navarros, decidido á castigar el vandalismo de sus contrarios. De nada le sirvió á O'Donnell parapetarse en las más ventajosas alturas de Andoain: el 14 de Setiembre se vió circunvalado por numerosas fuerzas navarras y guipuzcoanas, seguidas de multitud de paisanos que en su lenguaje desapacible gritaban: *no hay cuartel para los incendiarios*. A la primera irresistible acometida de los carlistas vuelven la cara los liberales para pronunciarse en vergonzosa dispersion: el mismo O'Donnell, que trató aunque en vano, de rehacer su jente, tuvo que escapar á uña de caballo y sin sombrero para salvar la vida en Hernani: los carlistas hicieron una matanza horrible, porque su furor con motivo de los incendios no reconocía límites: más de 650 cadáveres de soldados liberales quedaron sobre el campo; á algunos prisioneros españoles se les dejó con vida, pero todos los ingleses fueron inmediatamente fusilados en Tolosa. Animado Uranga con la victoria de Andoain volvió á Navarra y puso sitio á Peralta, que no pudo tomar Zumalacárregui, la cual se le entregó por capitulación despues de ligera resistencia. No sucedió lo propio con Azagra y Lodosa, sobre el Ebro, pues que á pesar de atacarlas con numerosas fuerzas y artillería, tuvieron que retirarse los carlistas en vista de la resistencia que les opusieron los sitiados.

Despues del regreso de Carlos al país vasco entregóse de lleno á la fracción furibunda de los apostólicos, guiada por el audaz obispo de Leon, por el intrigante, gallego Arias Teijeiro y otros que esperaban vencer, más que con las armas de los bravos, con la proteccion de la Dolorosa y las mil prácticas aparatosas del culto católico. Esto fué causa de hondas divisiones y profundos disgustos, que en su dia tenian que producir funestos resultados á la causa carlista. Por de pronto Uranga ganó terreno en la línea

de Zubiri, desalojando á los liberales de varios puntos importantes que Espartero no pudo reconquistar, porque á su regreso tuvo que dedicarse ante todo á restablecer la disciplina en la parte del ejército que no le acompañó á perseguir la expedición de Carlos.

**Asesinatos de Ceballos Escalera, Sarsfield y otros.** Sobradamente triste y angustiosa era la situación de todo el ejército del Norte al lanzarse Carlos con su expedición al centro de España, y ninguno más responsable de ella que el gobierno: era aun más responsable de tal situación que todo el gobierno el ministro de Hacienda Mendizábal, quien después de pagar á las tropas con promesas engañosas y planes de barullo, tuvo la avilantez de decir un día desde la tribuna, que *cada oficial, que no fuera vicioso, debería tener un cinto de onzas de oro*, cuando todos carecían de las cosas más necesarias á la vida. Imposible es que un ejército en tales condiciones, conserve la disciplina y ménos durante una guerra penosísima. Si Espartero logró que no se le insubordinasen las tropas que llevó consigo tras de Carlos debiólo más que á nada á su prestigio y al ejemplo que daba al soldado para sufrir por la patria, y aun así tuvo que mirar con indiferencia y casi capitular con varios oficiales de la Guardia real y estado mayor que se insubordinaron en Pozuelo de Aravaca á las voces de *abajo el ministerio* que tan mal lo hacía cuando Carlos se aproximaba á Madrid.

En San Sebastian se insubordinó durante los primeros dias de Julio un batallon de ingleses por no dársele sus haberes, y á los pocos dias lo hicieron pidiendo tambien los suyos los soldados que guarnecian á Hernani, dando muerte á algunos jefes, desobedeciendo al comandante general conde de Mirasol é hiriendo al general Rendon. En Santander dió tristes muestras de indisciplina el provincial de Segovia, que de dicha ciudad pasó á Miranda de Ebro en donde se hallaba el general Ceballos Escalera, encargado del ejército del Norte. El 16 de Agosto se declaró en abierta rebelion dicho provincial, instalándose en la plaza Mayor. Trató al momento Escalera de castigar el crimen, pero los más audaces y desalmados del provincial, después de poner en libertad á unos compañeros presos,

se dirigen al alojamiento del general dando espantosos gritos de *¡Mueran los traidores! ¡Mueran los que nos roban lo que es nuestro!* Sale de su habitacion Escalera con objeto de arengar á los que subian á ella, y sin aguardar á que diga una palabra le asesinan á balazos y bayonetazos, y pasando por encima de su cadáver saquean su equipaje en el que solamente encuentran 16 duros los que esperaban tropezar con millones que decian robados al soldado. En Viteria, algunos individuos de la partida de Zurbano y del regimiento de Almansa asesinaron al gobernador militar y á un ayudante suyo, á éste por equivocacion, pues que estaba metido en la trama y al matarle no le conocieron. En Pamplona, en fin, se alteró el orden penetrando por sorpresa en la plaza dos batallones y un escuadron de francos y á su cabeza el coronel Leon Iriarte y el comandante Barrical, demandando sus pagas y vomitando injurias contra Sarsfield, de quien decian haber recibido muchos agravios y desprecios. Instalaron con jefes de los sublevados, que tenian el criminal é insensato proyecto de proclamar la independendencia de Navarra, una especie de junta de gobierno en la casa de Ayuntamiento, la que hizo comparecer ante sí á Sarsfield y al coronel Mendibil, y despues de turbulenta y disparatada discusion despidieron á ambos. Sarsfield montó en su caballo, y en el instante se dirigieron contra él muchos francos pidiendo su cabeza: el pobre anciano, protegido por algunos nacionales, logró refugiarse en una casa, á cuyo piso 4.<sup>o</sup> trepó con trabajo, pero sus perseguidores ascendieron tras él y allí le mataron á tiros y bayonetazos, arrastrando en seguida su cadáver hasta una plaza próxima, en donde le desnudaron completamente para que hiciesen ludibrio de él algunas mujeres desalmadas: fueron despues los asesinos á su casa y la saqueron cogiendo cuanto dinero, alhajas y ropas encontraron en ella; y no satisfechos con la sangre del inocente general se encaminaron á la morada de Mendibil y le sacrificaron de la manera más cruel y bárbara.

Enterado Espartero cuando perseguia á Cárlos de los crímenes cometidos en Miranda, Vitoria, Pamplona y otros puntos juró vengarlos, é instalándose en la primera

poblacion, mandó el 30 de Octubre que todas sus tropas, incluso el provincial de Segovia, formasen en cuadro del otro lado del puente á la izquierda del Ebro, con órden expresa á la caballería y artillería, colocadas á retaguardia, de sujetar la infantería si por acaso intentaba impedir el castigo de los delincuentes. Despues de colocada así su ejército, partió de Miranda en un magnífico caballo, y atravesando el puente con su escolta se presentó severo y cetrino, pero lleno de dignidad y valor, en medio de aquel, y desenvainando su espada, con voz robusta aun cuando algo temblorosa, se dirigió á los soldados para decirlos «que les habia reunido allí con motivo de un suceso que tenia empañado el honor del ejército español, y que contaba con ellos para lavar la mancha. *¿No es verdad, añadió, que vosotros me servireis de égida, de coraza?»* Sí, contestaron entusiasmados los soldados. Viendo en tal disposicion á sus tropas, despues de relatarlas en sentidos términos el asesinato de Ceballos Escalera, quien tanto se habia distinguido en los combates, y sobre todo en la eterna noche de Luchana, exclamó: *¡Sí, soldados! Entre nosotros se hallan los perpetradores de tan atroz delito: el aire que respiramos está infestado por su pestífero aliento: vais á conocerlos: vais á presenciar su muerte... Los oculta este regimiento* (señalando al provincial de Segovia). *¡Sí; en estas filas se ocultan los abominables asesinos que dieron muerte á su general. Que los delaten inmediatamente sus mismos compañeros; y si por este medio no se consigue descubrir á los criminales, el provincial de Segovia que sea diezmado en el acto. ¡General jefe de estado mayor, disponed que se lleve á efecto lo que acabo de prevenir!* Delatando en el instante los inocentes á los 10 asesinos, éstos, previos los auxilios espirituales, fueron fusilados á la vista de todo el ejército, aterrado con el espectáculo, pero decidido á observar la disciplina militar, á la cual victoreó, como á la reina, á la Constitucion y al general en jefe. Se disolvió el provincial de Segovia, y sus soldados fueron destinados á otros cuerpos del ejército. Seguidamente se trasladó Espartero á Pamplona, y el 14 de Noviembre, previo consejo de guerra, hizo que se fusilase al coronel Leon Iriarte, al

comandante Barrical y á ocho sargentos, destinando á otros á presidio. Espartero prestó con los anteriores castigos un gran servicio, acaso el mayor que hiciera á la patria durante su carrera militar y política: le faltó, sin embargo, completarle, porque no vengó como debia el asesinato del gobernador de Vitoria. Miétras que el general en jefe restablecia la disciplina militar, el ministerio que sucedió al de Calatrava-Mendizábal la minaba por su base, teniéndole privado completamente de recursos, sin los cuales ni los mejores capitanes del mundo han logrado hacerse obedecer por mucho tiempo. A las reiteradas instancias y ardientes súplicas de Espartero para que se le facilitasen recursos y se aprovisionáran las plazas fuertes, contestó el ministro de la Guerra con una comunicacion tan extraña, que de seguro no se hallará otra igual en la historia de todas las guerras, pues que en ella decia: «*S. M. la reina gobernadora se ha enterado de la comunicacion de V. E., fecha en Pamplona á 27 del pasado, en que, al manifestar que se preparaba á emprender las operaciones sobre la línea de Zubiri, por si lograba restablecerla, indica la ABSOLUTA FALTA de medios de TODA CLASE en que se halla el ejército, y que desde el 3 de Octubre sólo ha recibido un millon de reales para socorrer sus necesidades. De real órden lo digo á V. E. para su conocimiento, Dios, etc. Madrid y Diciembre 4 de 1837.*—Ramonet.—Señor general en jefe de los ejércitos reunidos.» El ministro que así procedia con el general en jefe, viendo á su ejército desnudo y hambriento y á las plazas fuertes desprovistas de todo, ó se hallaba demente ó debia estar vendido á la causa carlista.

La guerra en el resto de España. Cataluña, Mando de Urbiztondo

Antes de la expedicion de Cárlos á Cataluña, las facciones de este país habian cobrado brío y obtenido algunas ventajas por los excesos á que se entregaban de continuo los

liberales de varios puntos, sobre todo los de Barcelona, siempre inquieta durante los períodos de libertad, como siempre sumisa en los de despotismo. En principios de 1837 alteraron el órden algunos bullangueros que calificaban á los gobernantes de inmorales, rapaces y agentes del extranjero, y abominaban de Madrid, á la que lla-

maban nueva Sodoma. Como el ayuntamiento simpatizaba con los anarquistas tuvo que disolverle la autoridad; pero aquellos, cuando más falta hacia ir á escarmentar al envalentonado carlista, se lanzaron el 4 de Mayo á las calles, guiados por un tal Ramon Xaudaró, sujeto de dudosos antecedentes, hasta el extremo de decirse de él que era agente de Cárlos como lo habia sido del cruel conde de España, siendo lo cierto que, si carecia del carácter de tal agente, su conducta sólo podia favorecer la causa carlista. Las tropas salieron de sus cuarteles á hacer entrar en orden á los sublevados: estos se resistieron: hubo lucha y con ella abundante derramamiento de sangre; pero al anochecer, habiendo mediado personas influyentes y sensatas, la mayoría de los combatientes abandonó al Xaudaró, obteniendo permiso para salir armada á batir á los carlistas. Xaudaró, que se escondió, fué descubierto y fusilado inmediatamente. Algunos han querido ver en Xaudaró un mártir de la república, no siendo otra cosa que un loco ó un perverso.

Aprovechándose de estas turbulencias, que exigian una respetable guarnicion en la capital, Tristany, despues de varios encuentros en general prósperos para él, sobre todo el que le proporcionó el comandante Ramon Salviá vendiendo al brigadier Niubó para pasarse al enemigo no más ver muerto á su jefe y destrozada su columna (crimen que más adelante purgó siendo fusilado en Barcelona), se arrojó sobre Solsona, que ocupó despues de tremenda lucha, pero de la cual le expulsó el baron de Meer.

Tristany y otros guerrilleros catalanes cometian tantos excesos, hasta contra los hombres de opiniones absolutistas que Cárlos, para ponerlos término, nombró á Urbiztondo general en jefe del llamado ejército catalan con idénticas facultades que las que se confirieron antes á Maroto. Urbiztondo abandonó la expedicion de Cárlos al cruzar éste el Ebro, y encaminándose á la parte de Solsona puso todo su conato en disciplinar las partidas catalanas, pero vió esterilizados sus esfuerzos, porque la mayor parte de los carlistas en armas de Cataluña no eran partidarios de una idea, sino bandoleros ó miserables que ha-

bian empuñado aquellas por satisfacer venganzas personales ó por eludir persecuciones de la justicia. Inauguró su mando Urbiztondo ocupando el 12 de Julio á Berga, en donde no toleró á los suyos ningun desman; pero queriendo apoderarse á los pocos días del Prat de Llausanés se lo impidió Meer batiéndole y causándole bastantes pérdidas. Revolvió Urbiztondo contra Ripoll, que tomó despues de regular resistencia: en seguida puso sitio á San Juan de las Abadesas, que le hizo levantar Meer, habiéndole batido en sus inmediaciones, en las que él creyó batir al baron. En medio de estos sucesos, ya prósperos, ya adversos, Urbiztondo no perdonó medio ni momento para llevar la disciplina militar á las partidas catalanas; pero viendo la inutilidad de sus esfuerzos porque la misma junta superior catalana era la primera en contrariarle, como que varios de sus individuos recibian parte de los robos que hacia Tristany, dirigió á Cárlos sentidas exposiciones, las que produjeron su deposicion, en vista de la cual se encaminó en los primeros dias de Enero de 1838 á Navarra por Andorra y Francia, habiendo visto rechazadas las gentes, que le estuvieron medio sometidas, de Cardona, Falset, Cornudella, Pont de Armentera y Puigcerdá.]

**El Maestrazgo y Valencia.** Necesitamos volver la vista atrás por cortos momentos. Ya vimos cómo Cabrera, despues

de curado de sus heridas en casa del párroco de Almazan, logró regresar al Maestrazgo, en donde á mediados de Enero de 1837 se encargó de nuevo del mando. A los pocos dias hizo una correría á la huerta de Valencia, siendo alcanzado el 20 por Borso en Torreblanca, cerca de Alcalá de Chisvert, para ser derrotado y herido de alguna gravedad, por lo que tuvo que retirarse á que le curasen en la Cenia. Interin esto tenia lugar sus tenientes Forcadell y Llagostera derrotaron en las Cabrillas al coronel Crehuet, que guiaba tres batallones y dos escuadrones; perdió éste en la accion más de 600 hombres entre muertos y prisioneros: él y 23 de sus oficiales pertenecientes á los últimos, fueron fusilados incontinenti, segun las órdenes del tortosino.

Restablecido éste de sus heridas de Torreblanca se lanzó de nuevo á la huerta de Valencia en últimos de

Marzo, y el 29, sabedor de que los restos de la columna de Crehuet marchaban con punible descuido de Liria para Valencia, salió á su encuentro junto al sitio denominado el Pla del Pou y sorprendiéndolos de improviso los hizo á casi todos prisioneros en número de 1.000 y pico de infantes y algunos jinetes, escapando muy pocos de éstos á refugiarse en aquella ciudad. Tanto envalentonó esto á Cabrera que al siguiente dia se instaló con calma en Burjasot, á cuatro kilómetros de Valencia, para ofrecer al mundo un espectáculo tan horrible como repugnante y sólo propio de su corazon de tigre. Era aquel dia el cumpleaños de su rey y quiso celebrarle con un opíparo festin al aire libre, haciendo colocar varias mesas en una altura que dominaba el Guadalaviar y la próxima playa del Mediterráneo. Despues de la comida vinieron los brindis, que alternando con ligeras tocatas de las discordantes músicas de sus batallones, tenian lugar para hacer ver la vergonzosa ebriedad de los que los pronunciaban, y en medio de esta abominable orgía varias descargas hechas á espaldas del mónstruo y de los que le acompañaban dejaron sin vida á todos los oficiales y sargentos prisioneros del Pla del Pou. Los oficiales de Cabrera estaban ébrios de vino y licores: procuró él estarlo de sangre liberal; pero no le satisfizo la derramada y esperó nuevos acontecimientos para nunca lograrlo, porque su corazon de hiena más demandaba cuanta más se le daba.

Engreido con sus últimos triunfos puso sitio Cabrera en el mes de Abril á San Mateo y mientras tanto mandó á Cabañero que se apoderase por sorpresa de Cantavieja, lo cual efectuó el 25 de dicho mes, y al Serrador que lo hiciera de Benicarló, lo que cumplió haciendo prisionera á la guarnicion, compuesta en su mayor parte de nacionales: conducidos estos en número de 78 á la Cenia fueron asesinados á bayonetazos, como más adelante fusilados los que se entregaron en Cantavieja bajo palabra de salvar sus vidas. Oráa, general en jefe del ejército del Centro, obligó á Cabrera á levantar el sitio de San Mateo, como Noguera; logró alejarle despues de Gandesa, á la que por cuarta vez puso asedio el tortosino en últimos de Mayo.

Ya vimos arriba cómo Cabrera, después de los anteriores sucesos, favoreció el cruce del Ebro de la expedición de Carlos, á la cual siguió hasta las puertas de Madrid para separarse de ella después del acontecimiento de Aranzueque. Al volver al Maestrazgo fué sorprendido por Oráa en Arcos de la Cantera y completamente derrotado con pérdida de muchos hombres entre muertos y prisioneros, contándose entre éstos 700 cazadores aragoneses, cuyo canje propuso el carlista á Oráa por los de Herrera y éste no aceptó desgraciadamente, como también vimos en su lugar. Con algunos encuentros de escasa importancia entre Nogueras y Cabrera concluyó el año 1837, durante el cual habia aumentado el último su hueste y recuperado á Cantavieja, que fué para él una inapreciable adquisición.

Castilla, Ex-  
tremadura,  
Asturias y Ga-  
licia. Durante el año de 1837 la guerra no varió de fisonomía en la Mancha, recorrida, saqueada, incendiada y ensangrentada por los Palillos, los Jaras, los Orejitas, los Pecos y otros bandoleros que al grito de ¡viva Carlos V y la religion! jamás pensaron en defender ideas de ninguna clase, sino en cometer crímenes de todas especies, y si en el campo liberal se les hubiera permitido el mismo libertinaje que en el carlista. á aquél se hubieran acogido para conseguir sus fines. Escarmentados dichos bandidos en algunos pueblos, como en Almagro y Puerto-Lápiche, guarnecidos solamente por nacionales, se vengaban en otros inermes ó descuidados, asesinando á los que eran tildados de liberales ó no les daban lo que les pedían. No debe detenerse el historiador á narrar horrores de gentes desalmadas, de verdaderos caballistas, sino apuntar ligeramente su bandolerismo, que el gobierno debió y pudo esterminar, habiendo dedicado á ello las fuerzas necesarias en obsequio siquiera de la humanidad y de la causa de la civilización.

No merecen juicio diferente los partidarios extremeños, que no pasaban de 500, guiados por Sanchez, Pulido. Patagorda y otros en todo semejantes á los Palillos, Orejitas, etc.

En Galicia y Asturias viéronse este año nuevos partidarios que habian reemplazado á otros muertos en las ba-

tidas que les daba la tropa ó fusilados al caer prisioneros. Descolló entre ellos por su ferocidad un desertor del ejército que empezó su carrera de traicion quemando á un hombre vivo en Astúrias; pero pronto pagó sus crímenes siendo cogido y ajusticiado en Fonsagrada. Ninguna importancia tenían las partidas astures y galaicas ni hacían más que llevar el terror á las poblaciones pequeñas, que no se las mostraban favorables, ó que cumplían las órdenes de las autoridades encargadas de su persecucion. El número de los carlistas armados en Astúrias y Galicia no pasaba de 2.000, divididos en 20 ó 25 partidas.

Trabajos de las Córtes. Constitución de 1837. Vamos á dar fin á este libro con una corta reseña de los trabajos de las Córtes y un ligero exámen de la Constitución de 1837, la ter-

cera elaborada para el pueblo español desde 1812. Fué su principal autor Salustiano de Olózaga, quien en la comision y ante la Asamblea la sostuvo con su facundia, que en los países impresionables los oradores tienen el privilegio de imponer sus propios ó ajenos pensamientos, como de ello formen empeño, por irrealizables que sean. Profesóla Olózaga inmenso cariño hasta morir, haciéndose la ilusion de que todo el mundo debia mirarla como obra perfecta y profesarla el mismo amor de padre que él la tenia: su vanidad no le permitió ver que la Constitución nacia muerta, aparte de otras razones. porque no habia contribuido á su confeccion el partido moderado. Tal Constitución, sin negar que con ella podían satisfacerse las aspiraciones del pueblo español en aquella época respecto de la política, era en su conjunto mísera copia de las Cartas francesa y portuguesa y de la Constitución belga, y en sus detalles otro engendro ridículo que tenia su parecido al del Estatuto real. De todos modos en ella no se ve nada concreto y resuelto en favor del pueblo y si todo en pró del poder real. No atreviéndose su principal autor á proclamar de lleno la soberanía de la nacion, ideó el ridículo medio de deslizar, digámoslo así, tan importante punto en el preámbulo de ella, que comenzaba de este modo: *Siendo la voluntad de la nacion revisar*, EN USO DE SU SOBERANÍA, etc. Esto descontentó á los partidarios de la soberanía nacional y á los enemigos de tal principio. Te-

nia de bueno esta Constitucion, al revés que la del 12, que era corta (79 artículos y éstos breves). Sin mentar siquiera los derechos de reunion y asociacion, consignaba en el artículo 2.º la libertad de imprenta proscribiendo la prévia censura, *pero con sujecion á las leyes*, que podian ser buenas ó malas. El art. 4.º prometia que unos mismos Códigos regirian én toda la monarquía y que en ellos no habria más que un solo fuero para todos los españoles en los juicios comunes, civiles y criminales. El 8.º reconocia la necesidad de la dictadura en circunstancias extraordinarias. El 10 proscribia la pena de confiscacion de bienes. El 14 obligando á la nacion á mantener el culto y los ministros de la religion católica, *que profesan los españoles*, entrañaba la intolerancia religiosa, es decir, la vergüenza y la desventura de la España con la negacion de todo progreso. Los artículos 12 y 13 eran referentes á las Córtes, que se compondrían de Congreso y Senado. El 15 facultaba al rey para nombrar los senadores á propuesta en lista triple de los electores que nombrasen los diputados á Córtes. El 17 marcaba las condiciones para ser senador, debiendo éste tener los medios de subsistencia y demás circunstancias *que determinaria la ley electoral*. El 21 disponia que cada provincia nombrase un diputado por cada 50.000 almas. El 22 fijaba el método directo para la eleccion de diputados, que habian de ser del estado seglar, y reunir las circunstancias *que determinase la ley electoral*. El 26 disponia que las Córtes se reunirían todos los años. El 29 que cada uno de los Cuerpos colegisladores formaria su reglamento interior. El 30 que los diputados nombrarian su presidente, vicepresidentes y secretarios. El 31 que el rey nombraria el presidente y vicepresidentes del Senado. El 36 reconocia el derecho de iniciativa de las leyes en el rey y en los dos Cuerpos colegisladores. El 39 daba al rey el derecho de negar la sancion á los proyectos de ley. Los artículos 44, 45, 46 y 47 concedian al rey constitucional pocas ménos facultades que las que tienen los monarcas absolutos. El 56 señalaba la mayor edad del rey que tendria lugar al cumplir los 14 años. El 57 facultaba á las Córtes en los casos de ser menor el rey é impossibilitarse para ejercer su autoridad, para nombrar una

regencia compuesta de una, tres ó cinco personas. El 65 disponia que los juicios en materias criminales serian públicos. El 66 prometia la inamovilidad de los jueces y magistrados. El 67 prometia al pueblo la responsabilidad de aquellos. El 69 reconocia la existencia por cada provincia de una diputacion compuesta del número de individuos que determinase la ley, nombrados por los mismos individuos que los diputados á Córtes. El 70 reconocia los ayuntamientos nombrados por los vecinos *á quienes la ley concediese tal derecho*. El 71 decia, *que la ley determinaria la organizacion de las diputaciones provinciales y ayuntamientos*. El 75 ponia la deuda pública bajo la salvaguardia de la nacion. El 76 facultaba á las Córtes para fijar todos los años, pero á propuesta del rey, las fuerzas de mar y tierra. El 77 reconocia la existencia de la milicia nacional tan útil y necesaria durante la guerra. En el 1.º adicional ó sea el 78, se prometia *que las leyes determinarían la época y el modo en que se habia de establecer el jurado*. Por último, en el 2.º adicional se prometia así bien que se darian leyes especiales para el gobierno de las provincias ultramarinas.

Como se ve por el anterior extracto, el Código de 1837 podia ser calificado de *Constitucion de las promesas*.

Prometia establecer el jurado, que no se estableció.

Prometia leyes especiales para Ultramar, que no se hicieron.

Prometia la inamovilidad judicial, que no se vió.

Prometia la responsabilidad de los jueces y magistrados, que se vió menos.

Prometia que unos mismos Códigos regirían en toda la monarquía, y esto quedó consignado en el papel como el establecimiento de un solo fuero.

Prometia la ley electoral, que si vino fué con su censo y sus privilegios y dejando las Diputaciones provinciales y los Ayuntamientos, es decir, la vida nacional á merced del poder ejecutivo. Por el contrario, la corona fué investida de todas las atribuciones necesarias y aun sobradas para reducir á la nada, cuando bien la viniese, á todos los demás poderes públicos.

La promulgacion de la Constitucion en 18 de Junio no

produjo entusiasmo. No habia motivo para ello. La corona la detestaba por su preámbulo á pesar de ser tan vergonzante; la aristocracia se declaró enemiga suya por su Senado, y el clero, fija su mirada en el Norte, ni oír hablar de ella queria.

En cambio, miétras que Olózaga en alas de su amor propio se frotaba las manos de gozo alabando por do quiera la obra en que más que nadie trabajára, y varios venerables progresistas, partidarios hasta allí de la Constitucion del año 12, se vanagloriaban de ver el retrato de ésta en su hija la del 37, muchos moderados ó reaccionarios decian que este Código político se habia confeccionado con sus principios, por lo cual le defenderian... hasta que se les presentase ocasion de destruirle, como lo verificaron en 1845, y oportunidad para desnaturalizarle, como lo hicieron en 1839 y 40 por medio de las leyes orgánicas. Se habia hecho sin su concurso, y era una candidez el esperar otra cosa de ellos.

Como el presupuesto de gastos para 1837 ascendia á unos 1.600 millones de reales y el de ingresos á solos 841, Mendizábal, despues de hacer votar á las Córtes la abolicion de los diezmos y primicias, medida que no se llevó entonces á cabo, propuso para enjugar el déficit, ó la realizacion de un empréstito en el extranjero, ó votar una contribucion extraordinaria de guerra. Las Córtes le votaron 500 millones de reales, que no realizó, viéndose por lo tanto desatendidas las más sagradas obligaciones del Estado, empezando por el ejército, que derramaba su sangre en la mitad de la España. El 5 de Junio aprobaron las Córtes el proyecto de ley electoral, basado en el censo de 200 rs. En los últimos dias de Julio aprobaron la ley llamada del clero, que no quiso sancionar la corona porque no era de su agrado, como tampoco lo era de muchos llamados liberales, entre ellos Olózaga, que no la querian por miedo ó fanatismo, habiéndose dado el caso de salirse del salon de sesiones por no votarla. En cambio el eclesiástico Martinez Velasco se distinguió por sus ataques á Roma y á los fanáticos llamando *moneda falsa* á las declaraciones de la curia romana, y diciendo que la España era un edificio viejo y ruinoso que era preciso

derribar para formar otro nuevo y elegante. El diputado Vicente Sancho combatió el poder papal, y con escándalo de casi todos sus compañeros, que eran intolerantes por miedo ó especulacion, dijo: *Si todos fueran como yo no se necesitaba de esta ley; el que quisiera religion, que la pague; el que quisiera misa, que la pague tambien.* En vigor la Constitucion y desacreditado el ministerio, más que por nada por lo desatendidas que tenia las obligaciones del Estado á causa de carecer de recursos, fué sustituido el 18 de Agosto por otro compuesto de moderados y progresistas, entre los cuales tropezamos con los nombres de algunos demagogos del 20 al 23. Dióse por sucesor de Calatrava á Espartero, que no aceptó el cargo; á Mendiábal le sustituyó Pita Pizarro, que era progresista y luego se pasó al moderantismo; á Acuña, que habia sucedido á Lopez en Gobernacion, le sustituyó Vadillo; á Landero el Salvato del 20 al 23, y á Gil de la Cuadra, que desempeñaba el ministerio de Marina, el general San Miguel, aunque interinamente. Pero tan desacreditado nació este gabinete, que á los cuatro dias eayó para ser sustituido por el siguiente: Balanzat obtuvo la cartera de la Guerra; Gonzalez Alonso, el que propuso la importantísima reforma en unas Córtes del 20 al 23 que los lacayos de la real casa no gastasen escarapelas, la de Gobernacion; el general Ulloa la de Marina y Castejon la de Gracia y Justicia. No aceptaron ni Castejon ni Balanzat, y fueron sustituidos por Mata Vijil y Ramonet. A los ocho dias hubo otra crisis y entró en Hacienda Antonio María Seijas.

Como las Córtes Constituyentes habian acabado su mision, aun cuando siguieron trabajando mientras se verificaban las elecciones para las Córtes ordinarias, aquellas dieron por concluidas sus tareas el 4 de Noviembre y el 19 se abrieron éstas, en las cuales los moderados tenian mayoría, aun cuando insignificante. A ellas vinieron Torero y Martinez de la Rosa. Siendo la situacion del partido moderado, formóse ya entrado Diciembre el ministerio Ofalia, compuesto de éste como presidente y ministro de Estado; Espartero, que no aceptó, de Guerra; Castro y Orozco de Gracia y Justicia; Cañas de Marina; el mar-

qués de Someruelos de Gobernacion, y Alejandro Mon, paisano y protegido de Toreno, de Hacienda. Recibió mal el país á este ministerio, y los periódicos progresistas le combatieron terriblemente, sacando á plaza que Ofalia habia sido ministro dos veces de Fernando VII absoluto, que Castro y Orozco era un jóven que hacia cuatro años habia salido de las aulas de Granada para ser revolucionario y llegar así á diputado, y que Mon, adocenado abogado de Oviedo, habia empezado cinco años antes su carrera de empleado en una triste secretaría de una subdelegacion subalterna de fomento. *El Eco del Comercio*, principal órgano del partido progresista, fué el que más duramente atacó á los nuevos ministros, á cuya defensa salió *El Castellano*, pequeño periódico que llegó á tener inmensa circulacion, sin duda por estar redactado en estilo descuidado y casi podria decirse antiliterario, pues fenómenos de tal especie se han visto y se ven con frecuencia en esta atrasada España y tambien en la vecina y voluble Francia.

Presentáronse los nuevos ministros ante el Congreso el 18 de Diciembre. Ofalia dijo que el gabinete se proponia acabar la guerra civil con el concurso de las Córtes y concluir con las divisiones de los partidos observando la Constitucion y las leyes. El encargado interinamente del departamento de la Guerra, baron del Solar de Espinosa, leyó una memoria sobre las fuerzas del ejército, por la cual se dió á conocer á la nacion que, importándose todo el presupuesto de su ministerio 759 millones, no se recaudaban para él más que 422, resultando un déficit de 337. ¿Qué extraño es en vista de esto que el pobre soldado hiciera la guerra hambriento, descalzo y con pantalon de verano en medio del invierno y que los oficiales recibieran en un año entero tan sólo dos ó tres pagas? El ministro de Hacienda Mon dijo con notable desenfado, «que él no presentaba ninguna memoria acerca del estado del tesoro, porque la que pudiera formar no ofrecería más que desastres.» Como se ve, no eran buenos ni con mucho los auspicios bajo los cuales empezó á funcionar este ministerio al espirar el año 1837.